
Pío Moa
1936: El asalto final a la República
(Documentación adjunta)
¡VIVA RUSIA!
1.ª edición 30.000 ejemplares
CB

1936: EL ASALTO FINAL A LA REPÚBLICA

En 1936 se concitaron y chocaron fuerzas políticas que desde principios de ese siglo y aun antes venían condicionando la historia de España. Condicionándola, precisamente, como una historia convulsa. Las consecuencias de aquel año decisivo todavía nos alcanzan de muchos modos. Este libro, continuación de 1934: Comienza la guerra civil, ofrece el relato pormenorizado de los acontecimientos que precedieron y siguieron a las elecciones de febrero de 1936 ('las elecciones del Frente Popular').

El análisis de los sucesos y de sus diversas interpretaciones permite entender los factores que terminaron por romper la convivencia democrática en España, desembocando en una dictadura de casi cuarenta años. La obra incluye gran número de documentos extraídos de la prensa de la época. Son del mayor interés para el lector, sea aficionado o especialista, pues le acercan con extraordinaria viveza al ambiente y los problemas de aquel tiempo.

Con su estilo ameno, pero preciso y riguroso, Pío Moa pone aquí al alcance del gran público la

memoria de un año trascendental. Las tesis rupturistas de Moa sobre la República y la guerra, expuestas en su célebre trilogía, han sido a menudo cuestionadas. Pero puede afirmarse que han salido reforzadas de todos los debates serios, y hoy su aceptación se va generalizando.

ISBN: 9788489779723
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: JuanDeLezo, 29/08/2021

A la entrada del primer barracón del campo de Auschwitz hay una cita del filósofo useño, aunque de nacionalidad española, George o Jorge Santayana: «Quienes olvidan su pasado están condenados a repetirlo». Sirva también el consejo a los españoles.

A modo de presentación

AL PRESENTAR esta nueva obra del historiador Pío Moa, se imponen algunas aclaraciones por parte del editor a la vez que coordinador general de esta edición. El libro se articula en torno a dos partes tan claramente diferenciadas como relacionadas entre sí. Por un lado, el análisis histórico de Pío Moa, centrado en el período que va de enero a julio de 1936. Es decir, desde la convocatoria de las elecciones que dieron la victoria al Frente Popular hasta el alzamiento militar que capitanearon los generales Mola y Franco. Por otro lado, un abundante Apéndice Documental en el que se reproducen los más significativos documentos extraídos de los periódicos de la época, completado todo ello con abundantes ilustraciones de los principales acontecimientos de la época.

Los textos que componen dicho Apéndice se reproducen de forma facsimilar, salvo en aquellos casos en que la mala calidad del periódico original ha obligado a efectuar una retranscripción del artículo, circunstancia que se indica en tal caso al pie del mismo. La censura que durante este período de la República afectaba a la prensa, impedía a los periódicos de derechas relatar libremente los desórdenes sociales, tiroteos, incendios de centros religiosos y civiles que caracterizaron aquellos turbulentos meses. Una forma de soslayar tal impedimento consistía en reproducir íntegramente, pero sin comentarios, los debates efectuados

en las Cortes. Entre los artículos del diario El Debate aquí reproducidos figuran amplios fragmentos de los mismos. En dos casos en que ha sido preciso darle al artículo un título que oriente al lector sobre su contenido, se ha puesto dicho titular entre corchetes.

Los periódicos reproducidos en el Apéndice Documental son los siguientes. Por un lado, Claridad (primero revista y luego periódico de la facción más extremista del Partido Socialista, liderada por Largo Caballero), El Socialista (periódico oficial del PSOE, enfrentado a Claridad, y portavoz de la facción dirigida por Indalecio Prieto), Mundo Obrero (el periódico del Partido Comunista) y Solidaridad Obrera (órgano de la anarquista CNT). Por su parte, las posiciones de la prensa de derechas se hallan expresadas por El Debate (órgano de la CEDA de Gil-Robles), completándose con algunos textos de ABC. Significativos extractos de las cartas escritas durante dicho período por Manuel Azaña a su cuñado, Cipriano de Rivas Cherif, complementan asimismo todo este aparato documental.

Reproducir en una investigación histórica las fuentes en las que se basa constituye, sin duda, la mejor manera de ilustrar al lector, así como de acallar aquellas voces discrepantes que pudieran impugnar la veracidad de los hechos estudiados. Siempre es útil ir a hurgar entre los amarillentos documentos y periódicos de una época, pero cuando el historiador en cuestión se llama Pío Moa, ello resulta, en el convulso panorama intelectual y político de nuestro país, casi indispensable.

Quienes, sin discutir ni rebatir ninguna circunstancia concreta, acusan a Moa de falsificar la realidad, seguirán, por supuesto, increpándole igual. Pero ahí estarán los hechos: tozudos, contundentes, expuestos negro sobre blanco. Ahí estarán estas imágenes, aquí reproducidas, de iglesias incendiadas, escuelas asaltadas, periódicos arrasados… Ahí estará el gran retrato de Stalin presidiendo

durante la guerra la lucha de la República por la «libertad». Ahí estarán sobre todo —para quienes todavía pretendan que se trataba de salvaguardar la «democracia»— las inequívocas intenciones repetidas hasta la saciedad por el PSOE y sus aliados comunistas en aquellos tremebundos meses de 1936. De una sola cosa hablaban en mítines, discursos, periódicos; una sola cosa anhelaban: hacer la revolución, instaurar la dictadura del «proletariado». Ya, de inmediato —clamaba un Largo Caballero—. Cuidado, no nos precipitemos, que ya fracasamos en octubre del 34 —matizaba un más cauto Indalecio Prieto—.

Es transparente, como lo señala Pío Moa en estas páginas, la relación entre el intento revolucionario de 1934 y la situación prerrevolucionaria contra la que se alzó en 1936 media España: dos situaciones tan íntimamente relacionadas como lo están los dos libros que Moa ha publicado en Altera: el actual y el que, editado hace un año bajo el título 1934: Comienza la Guerra Civil, recibió por parte del público una tan clamorosa acogida. Al publicar obras como éstas, en las que nuestro pasado reciente es expurgado de las falsedades incrustadas en nuestro imaginario colectivo, no nos anima, desde luego, ningún ánimo «revanchista». Contrariamente a quienes son amigos de derribar estatuas y reabrir heridas so pretexto de abrir tumbas, consideramos que sigue siendo válida la consigna que, cuando el régimen anterior decidió demolerse por sí solo, lanzaron la mayoría de sus partidarios: Que no haya ni vencedores ni vencidos. Que se cierren las viejas heridas. Que la Historia sea sólo eso: Historia en la que pensar, pasado en el que reflexionar; no Memoria incandescente, no arma arrojadiza en la pugna política de hoy.

Si en aquel entonces, al comienzo de la Transición, tales principios parecían ser objeto de un consenso prácticamente unánime, se ha de reconocer que ya no queda hoy casi nada del mismo —y no es ciertamente a la

derecha a quien incumbe la responsabilidad por tal calamidad. Importa restablecer dicho consenso, desde luego. Pero nunca sobre la falsedad o el engaño: sería, por lo demás, imposible realizarlo. Importa restablecer tal consenso llevando nuestro pasado —es más que hora, setenta años después: ¡casi un siglo!— fuera del combate político: abriendo de par en par —no otra cosa hace Pío Moa— las puertas de la Historia, sus debates y discusiones; cerrando una vez por todas las de la falsa Memoria, sus odios y abominaciones.

JAVIER RUIZ PORTELLA

Introducción

El legado de la insurrección de 1934

POCOS sucesos históricos como la II República y la guerra civil españolas han generado tanta bibliografía, si bien cabe decir que una parte muy considerable de ella es irrelevante o puramente propagandística. Abundan, por otra parte, los estudios atentos a mil detalles sin que sea fácil encontrar en ellos un hilo conductor o un criterio de valoración claros. El aserto sobre el carácter complejo de la historia se ha convertido en un tópico casi vacío, de puro obvio, y se ha usado a menudo para justificar el simple embrollo del estudioso, o para complicar los problemas innecesariamente. Ante bastantes libros viene a la cabeza el chiste del cura a quien pregunta el obispo: «Si usted sabía que yo venía a visitar la parroquia, ¿por qué no ha hecho sonar las campanas?». «Por cinco razones. La primera, no tenemos campanas porque se rompieron; la segunda…». «Basta, con esa razón me sobran las demás». Parejamente podríamos plantearnos: «¿Por qué se hundió la democracia republicana?», y contestar después de examinar su epiléptica historia: «Porque no había demócratas». La respuesta es correcta, pues aunque algunos había, desde luego, su influencia pesó muy poco. Ya la Constitución, aunque democrática en lo esencial, tenía un gran lastre de

sectarismo y se convirtió en papel mojado mediante leyes como la de Defensa de la República, que imponía un estado de excepción permanente, permitiendo al Gobierno cerrar prensa a discreción o detener y deportar sin acusación, y otros frecuentes actos despóticos.

Si nos fijamos en los republicanos de izquierda, Azaña el primero, respondieron a su derrota electoral de 1933 con dos intentos de golpe de Estado. Y el resto de las izquierdas (PSOE, PCE, CNT-FAI, etc.) se componía de marxistas o anarquistas, es decir, totalitarios, terroristas a menudo. Por lo que hace a las derechas, casi ninguno de sus políticos puede considerarse realmente demócrata, y un sector de ellas, el monárquico y más adelante la pequeña Falange, trataban de derrocar al régimen por medios violentos. Más cerca de una democracia liberal estaba el partido Radical, de Lerroux, que arrastraba a una parte considerable de la opinión, pero terminaría laminado por sus enemigos.

Sin embargo, estos hechos, hoy indudables para cualquier mediano conocedor de la historia, no volvían la República inviable por fuerza. Las normas democráticas pueden asentarse paulatinamente si los principales partidos muestran moderación y un básico respeto por la ley. Y esta condición, a pesar de muchas leyendas seudohistóricas en contra, se daba de forma predominante en la derecha, aglutinada en la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), mientras que sólo existía en sectores muy minoritarios de la izquierda, como el de Besteiro dentro del PSOE. Dicho de otro modo: en la izquierda predominaba la tendencia revolucionaria, y en la derecha la legalista. Este desequilibrio imposibilitó una y otra vez la estabilización de aquel régimen, hasta precipitar un proceso revolucionario y el conflicto armado.

El proceso revolucionario se dio en dos fases: la previa a la insurrección izquierdista de octubre del 34, y la de los meses que siguieron a las elecciones de febrero de 1936. El

primero lo he investigado en *Los orígenes de la guerra civil* y he publicado el relato, popularizado pero sin merma de rigor, en el libro *1934: Comienza la guerra civil*. Este nuevo trabajo sobre el año 1936 (su primera mitad, más exactamente) continúa el anterior, y, como en él, he eliminado prácticamente las notas, para aligerar la lectura y porque el apéndice documental las hace en gran medida innecesarias. Este libro reproduce buena parte de los capítulos correspondientes de *El derrumbe de la Segunda República y la guerra*, donde el lector concienzudo podrá encontrar las referencias concretas; tiene en cuenta, además, otros estudios, en especial el de Stanley Payne en su reciente libro *El colapso de la República*, así como la detallada exposición, más antigua, de Fernando Rivas *El Frente Popular. Antecedentes de un alzamiento*, sobre los meses entre las elecciones de febrero del 36 y la rebelión derechista de julio. De gran interés, también, los capítulos dedicados al tema por A. Bullón de Mendoza en su biografía *José Calvo Sotelo*. Quien desee profundizar en el tema debe buscar en la imprescindible recopilación *Los documentos de la Primavera Trágica*, de Ricardo de la Cierva, hoy casi inencontrable (los ejemplares guardados en la Editora Nacional fueron reducidos a pasta de papel durante la anterior etapa socialista), pero reproducido en el más reciente *Media nación no se resigna a morir*.

Sin ninguna sorpresa constatamos la ausencia de estudios serios sobre la época por parte de historiadores de izquierdas, que siguen presentando al Frente Popular, ganador de las elecciones del 36, como un conglomerado reformista y democrático. También en este punto la relación de hechos y los documentos en contra tienen tal peso que basta su lectura atenta para destruir por completo la pretensión. Asombra, por tanto, la terquedad propagandística de numerosos intelectuales y políticos en presentar la situación en el 36 como esencialmente normal

y democrática, sólo perturbada por una injustificable sublevación «fascista» o «reaccionaria». A primera vista se trata de una visión deliberadamente falsa, pero quizá no lo sea del todo, y convendría deshacer un equívoco. Desde luego el caos, la amenaza revolucionaria y la violencia presidieron aquellos meses, pero quizá esos intelectuales consideren normal y democrático tal estado de cosas. En ese caso debieran empezar por definir qué entienden por normalidad y sistema de libertades, pues quizá no todo el mundo estuviera de acuerdo al respecto. Para el objeto de este libro bastará, creo, con una narración cuidadosa de los hechos y opiniones de los protagonistas.

* * *

Hoy ningún historiador serio ni ningún político honesto puede dudar de que en 1934 los principales partidos de izquierda, PSOE y Esquerra catalana en primer plano, quisieron, planificaron y llevaron a cabo una guerra civil, con ese nombre, alzándose contra un Gobierno legítimo; y de que, con excepciones como la del socialista Besteiro, el resto de la izquierda colaboró con el PSOE política y moralmente. Los documentos probatorios son simplemente abrumadores.

A quien conozca ciertos enrarecidos ambientes académicos no le chocará que la respuesta a la divulgación de estos hechos históricos haya consistido a menudo en el insulto, la descalificación personal y... ¡la exigencia de censura!, contra los divulgadores. Tal reacción, observa Stanley Payne, «plantea inquietantes cuestiones sobre la situación de la actual democracia española», y en particular «si la democracia se ha implantado de verdad en las universidades españolas». Las agresiones a la libertad de expresión y de debate en universidades de Vascongadas y Cataluña, extendidas recientemente a Madrid, son sólo la

consecuencia lógica del talante inquisitorial de determinados profesores, políticos y periodistas. No sólo falla la democracia en bastantes de nuestras universidades, sino algo más básico: la honestidad intelectual imprescindible para que la labor de investigación no degenere en farsa.

Pero los hechos son tozudos, y el carácter e intencionalidad de la insurrección del 34 ha quedado meridianamente claro. Muchos, no obstante, rehúsan considerarla el comienzo de la guerra civil, e insisten en tipificarla como un precedente aislado, datando en julio del 36 la «verdadera» guerra, con el levantamiento militar de las derechas. Intentaré explicar por qué no se trató de un simple precedente, mostrando el lazo de hierro entre los dos sucesos.

La insurrección del 34 difiere de modo esencial de otras sufridas por la República, como las tres anarquistas anteriores o el golpe del general Sanjurjo en 1932. Éstas, aparte de su escaso peligro para el régimen, procedían de medios más bien marginales, de ninguna forma representaban al grueso de la izquierda o de la derecha, y por esa razón entrañaron un peligro escaso, siendo reducidas con poco esfuerzo (10 muertos en la de Sanjurjo y unos 250 en las anarquistas). En cambio la del 34 abarcó de un modo u otro *a la gran mayoría de la izquierda*. A muchos les ha pasado inadvertida la trascendencia de este hecho: significaba que la democracia se había vuelto imposible, pues ni aun la simple convivencia en paz es viable cuando el grueso de la oposición rechaza radicalmente al adversario y está dispuesta a romper violentamente las reglas constitucionales. Después de derrotar a los insurrectos la derecha mantuvo el sistema, pero éste había sufrido daños de muy difícil arreglo.

En principio, no tenía por qué ser demasiado difícil. El fracaso del alzamiento del 34 (con un saldo de 1400

muertos en las dos semanas que duró) pudo haber hecho reflexionar a sus promotores y llevarlos a cambiar sus concepciones, como otras veces ha pasado. En tal caso la guerra del 34 habría quedado como un desdichado episodio sin continuación. Pero, como veremos detenidamente en este libro, ocurrió lo opuesto.

Así, las izquierdas se alzaron so pretexto de que la derecha preparaba un golpe fascista. Hoy nadie ignora la falsedad de tal acusación. Pero diversas historias —tanto de carácter izquierdista como derechista— han aceptado el supuesto de que los dirigentes izquierdistas, en cualquier caso, creían en la amenaza fascista, obrando así bajo la influencia de un trágico e involuntario error. Se trata de un supuesto perfectamente falso, como creo haber probado con detalle en *Los orígenes de la guerra civil*. Los líderes sabían que el sector decisivo de la derecha, la CEDA, no era fascista ni preparaba ningún golpe, como puso de relieve Besteiro, y utilizaron adrede esos pretextos para justificar su propio golpe, excitar a las masas ante un imaginario peligro, y paralizar la reacción de las derechas, muy sensibles a tales acusaciones.

No se trata de repetir aquí la argumentación y datos expuestos también en el libro anterior *1934: Comienza la guerra civil*. Baste señalar que la CEDA —y Franco— no replicó a la fracasada insurrección izquierdista con un contragolpe desde el poder. Eso es lo que habría hecho de ser fascista, pero en realidad defendió la legalidad republicana invocando las libertades. Y ello a pesar de que la Constitución le disgustaba por su carácter no ya laico sino abiertamente anticatólico. Por tanto fueron las izquierdas quienes atacaron el orden constitucional, y fue la derecha quien defendió ese orden, como Madariaga ha destacado y los hechos demuestran. Con estas pruebas inapelables, las acusaciones de fascismo debían haber cesado…, y sin embargo se intensificaron después de la

insurrección, en prueba de la persistencia de un espíritu guerracivilista acompañado de la correspondiente mala fe.

Esas concepciones, repito, volvían imposible la convivencia política. Las derechas vencedoras mantuvieron las normas constitucionales, pero enseguida volvieron a sentir el acoso implacable de sus adversarios: una estentórea campaña de denuncia de la represión «feroz» del Gobierno contra los revolucionarios de Asturias. En realidad esa represión, como ha observado Stanley Payne en la obra citada, «fue la más moderada impuesta por cualquier Estado liberal o semiliberal que se haya visto amenazado por una gran subversión revolucionaria y violenta en la Europa de los siglos XIX o XX. En 1871 la Comuna de París fue ahogada en un mar de sangre que incluyó miles de ejecuciones arbitrarias. La represión zarista de la revolución rusa y el estallido del terrorismo de masas de 1905-1907 fue, en proporción, más moderada que en el caso francés, pero igualmente grave, suponiendo, al menos, 3000 ejecuciones. El *Freikorps* y otros elementos que reprimieron los desórdenes revolucionarios de 1919-1920 en Alemania actuaron con mucho más rigor que la derecha española, y lo mismo sucedió en la Estonia democrática donde, pese a ser un país tan pequeño, tuvieron lugar numerosas ejecuciones tras el intento comunista de tomar el poder en 1924».

Sobre la realidad de la represión de Asturias hablaremos en este libro, pero constatamos de entrada que la campaña de las izquierdas al respecto cambió profundamente el clima social, crispándolo al máximo. En 1934 la sociedad padecía fuertes tensiones, pero no un ambiente de guerra civil. Lo demuestra la indiferencia popular a los desesperados llamamientos a las armas hechos por el PSOE y los nacionalistas catalanes. En cambio en 1936 encontramos un odio muy extendido, con grandes masas de derecha o de izquierda dispuestas a lanzarse a degüello

contra «la otra España». La propaganda sobre la supuesta represión de Asturias constituyó el eje mismo de la agitación, de la acción unitaria y de la campaña electoral izquierdista a partir de octubre de 1934. Articuló la política de las izquierdas entre esa fecha y febrero de 1936. Su inmensa trascendencia, estudiada por mí con algún detenimiento en *El derrumbe de la Segunda República*, y merecedora de una amplia y detallada monografía, queda sin embargo minusvalorada en casi todas las historias escritas sobre aquella época.

En todo caso dicha campaña fue el reguero de pólvora seca de una política irreconciliable, que une la insurrección del 1934 con el proceso revolucionario reabierto a comienzos de 1936. Conviene señalar no obstante, que este proceso no se habría reiniciado sin la intervención de Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República. Don Niceto, obrando de forma arbitraria y dudosamente constitucional, truncó a finales de 1935 la aspiración de la CEDA, plenamente legal, a gobernar los dos años de legislatura restantes, y con ello abrió las puertas a un enfrentamiento mucho más radical que en octubre.

También debe señalarse que la postura de las izquierda distaba de ser unitaria, excepto en cuestiones como la citada campana sobre Asturias o la aversión a la Iglesia: si en 1934 casi todas las izquierdas participaron directa o indirectamente en la sublevación, no lo hicieron con los mismos objetivos, y lo mismo ocurriría cuando obtuvieran nuevamente el poder en febrero del 36.

Así, el PSOE pretendía imponer su propia dictadura, llamada «proletaria», siguiendo el ejemplo soviético. Al igual que los comunistas y ácratas, los socialistas daban muy poco valor a la democracia, considerándola un aparato de poder encargado de mantener la explotación de los obreros por los «burgueses» combinando la represión con unas libertades puramente «formales». Sin embargo, ese

aparato y sus libertades podían ser explotados por los revolucionarios para organizar a «las masas» con vistas a liquidar en el momento oportuno la democracia «capitalista». En 1933 la dirección socialista, tras marginar al sector legalista de Besteiro, creyó llegada la ocasión de acabar con la República «burguesa». Percibía a las derechas como un conglomerado débil y sin brío ofensivo, fácil de debelar. Luego, tras el fracaso de octubre, un grupo del partido, encabezado por Prieto, atenuaría ese talante, acercándose al de Azaña. Pero el sector mayoritario, dirigido por Largo Caballero, persistiría en la actitud revolucionaria, teniendo la pasada derrota por un revés pasajero.

Las izquierdas «burguesas», capitaneadas por Azaña, perseguían otros fines, y sorprende a primera vista su acuerdo con los revolucionarios. Pero Azaña había diseñado desde el comienzo de la República un «plan de demoliciones» de la España tradicional mediante la alianza con los antidemocráticos sectores obreristas. El plan fracaso ya en la primavera de 1933, pero ello no abrió los ojos al líder republicano, verdadero aprendiz de brujo. Y en 1935-36 intentó reeditar su plan en condiciones muchísimo peores, usando una intensa demagogia justificativa de la insurrección de octubre. Los frutos, inevitablemente, resultaron también mucho más dañinos. Él esperaba servirse de los revolucionarios, pero serían éstos quienes le utilizaran.

En los últimos cuarenta años la figura de Azaña ha sido beatificada a la laica por las izquierdas y parte de las derechas, presentándolo como modelo de demócrata víctima de las circunstancias o del cerrilismo derechista. Esa operación ha exigido omitir, con asombrosa falta de sentido crítico, las palabras y conductas más significativas del beatificado. Debemos reconocer que el democratismo de Azaña era por lo menos peculiar. Él tenía a la derecha y

a la Iglesia por el enemigo absoluto. Sin pensar en aplastarlas radicalmente, como ansiaban sus aliados revolucionarios, planeaba reducirlas a la impotencia, a oposición testimonial sin posibilidad de gobernar pero justificadora de una seudodemocracia. Algo así había hecho en Méjico el PRI, partido muy corrupto y masonizado, muy popular entre las izquierdas republicanas, a su vez muy influidas por la masonería, como es hoy generalmente reconocido. Coherente con tales ideas, Azaña replicó a la victoria electoral de la derecha en 1933 con dos intentos de golpe de Estado, luego con la justificación —por lo menos— de la insurrección del 34, y finalmente con la alianza conocida por Frente Popular, en la cual sería desbordado por sus socios.

En 1934 las izquierdas obreristas y los nacionalistas catalanes demostraron su violencia y falta de espíritu democrático, y los republicanos de izquierda manifestaron su decisión de aliarse con ellos para impedir gobernar a las derechas. Esa alianza entre revolucionarios, separatistas y republicanos «burgueses», así como los métodos radicales utilizados por ella, especialmente su inescrupulosa campaña sobre la represión de Asturias, constituyen la clave de la tragedia. Por eso la revolución de octubre fue el verdadero comienzo de la guerra civil, y no en un simple precedente aislado de ella: su fracaso no aplacó los ánimos ni hizo cambiar sustancialmente las actitudes de la izquierda. Por el contrario, en 1936 los ánimos se hallaban mucho más exaltados que en 1934, y la convivencia democrática se había tornado definitivamente imposible.

I

Una discusión dramática

EL 11 de diciembre de 1935 el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, convocó a su despacho a Gil-Robles, ministro de la Guerra en funciones y líder del partido conservador y católico CEDA. La mayoría de los observadores políticos, y el mismo Gil-Robles, pensaron que el presidente le llamaba para encargarle formar Gobierno, después de la dimisión, dos días antes, del jefe del anterior gabinete, Joaquín Chapaprieta. Según la ley, el presidente, como jefe del Estado, designaba al jefe del Gobierno, el cual debía contar además con la confianza de las Cortes, y Gil-Robles parecía el hombre indicado, pues dirigía el partido con mayor número de votantes y de diputados. Y faltaban dos años para el cumplimiento de la legislatura comenzada a finales de 1933, después de la victoria electoral de la derecha.

Pero poco antes de la entrevista ocurrió un suceso extraño. Gil-Robles constató que la Guardia Civil vigilaba su ministerio, así como los accesos a Madrid, los cuarteles y aeródromos. Aquella insólita medida sólo podía provenir de las más altas esferas. Alarmado, acudió temprano al palacio presidencial y pudo constatar cómo el ministro de Gobernación en funciones, responsable de la Guardia Civil,

salía de consultar con don Niceto, como solía conocerse al presidente. Gil-Robles, sintiéndose humillado, le increpó exigiéndole la retirada de la vigilancia, y entró airado en el despacho presidencial. Entonces se aclaró la situación: el presidente no pensaba encargarle el Gobierno, sino expulsarle definitivamente del poder, y había utilizado la Guardia Civil para neutralizar de antemano cualquier reacción del líder conservador.

Con estas maquinaciones don Niceto provocaba una crisis institucional, pues si él no daba su confianza al líder de la CEDA, los parlamentarios no la darían, seguramente, a ningún otro candidato propuesto por don Niceto, y el país quedaría ingobernable. Por tanto la única salida consistía en interrumpir la legislatura, disolviendo las Cortes y convocando elecciones en plazo breve; y eso, precisamente, le vino a anunciar el presidente a Gil-Robles. Estas intrigas ocurrían en un ambiente social de furiosa crispación. En sus memorias, Gil-Robles recuerda:

> Todo el porvenir trágico de España se presentó a mi vista. Con ardor, casi con angustia, supliqué al señor Alcalá-Zamora que no diera un paso semejante. El momento elegido para la disolución, le dije, no podía ser más inoportuno. Las Cortes se hallaban aún capacitadas para rematar una obra fecunda, tras de la cual podría llevarse a cabo sin riesgos la consulta electoral. En un breve plazo, a lo sumo dentro de algunos meses, sería posible sanear la Hacienda; votar los créditos necesarios para un plan de obras públicas que absorbería la casi totalidad del paro; liquidar los procesos del movimiento revolucionario de 1934, que era temible bandera de agitación en manos de las izquierdas; aplicar la reforma agraria, con el reparto de los cien primeros millones de pesetas ya consignados; completar la reorganización del ejército, para adoptar enseguida el acuerdo de la reforma de la Constitución que, según palabras del propio jefe del Estado, invitaba a la guerra civil. Impedir la realización de esa tarea, añadí con toda vehemencia, era tan peligroso como injusto.

Pero el presidente descartó tranquilamente tales argumentos. A juicio de Gil-Robles, sus propósitos empujaban al país «hacia el abismo». El líder de la CEDA, fuera de sí, le apostrofó: «Su decisión arrojará, sin duda, a las derechas fuera del camino de la legalidad y del acatamiento al régimen. Con el fracaso de mi política, sólo podrán ya intentarse las soluciones violentas. Triunfen en las urnas las derechas o las izquierdas, no quedará otra salida, por desgracia, que la guerra civil. Su responsabilidad por la catástrofe que se avecina será inmensa. Sobre usted recaerá, además, el desprecio de todos. Será destituido por cualquiera de los bandos triunfantes. Por mi parte no volveré a verle jamás aquí. Ha destruido usted una misión conciliadora».

Don Niceto Alcalá-Zamora da otra versión en sus memorias:

> Gil-Robles ardía en impaciencia para recorrer vertiginosamente las etapas de su carrera, que había fijado con excesivo apresuramiento en las cercanías de la cuarentena [...]. La franqueza, en cierto sentido plausible y conveniente, con que Gil-Robles mostrara sus pretensiones a Chapaprieta y a mí, permitió, también con absoluta y leal claridad, que yo expresara a aquél la imposibilidad de complacerle. Él había sido elegido en 1933 entre la lista de los enemigos de la República, aliado con los monárquicos, y haciendo su propaganda sobre la condenación del 12 y el 14 de abril de 1931. Después había rehuido hacer explícitas declaraciones de plena adhesión al régimen, limitándose a decir que el problema no era oportuno para plantearlo, lo cual parecía dejarlo aplazado [...]. Hacía falta por todo ello para la presidencia de éste que fuese reelegido sin alianza monárquica y con inequívocas declaraciones republicanas, sin reserva alguna. Además convenía que se impusiera al núcleo fascista de su partido, el más ruidoso y el más mimado hasta entonces por él. [...] Era lo más curioso que, no pudiendo negar los hechos Gil-Robles, intentaba justificar sus tolerancias hacia los fascistas del partido, alegando [...] que a su lado

> eran menos peligrosos que junto a Primo de Rivera. Fueron inútiles advertencias y consejos, aun dados con insólita franqueza.

Así pues, Alcalá-Zamora rechazaba al jefe de la CEDA porque, a su entender, no era republicano, protegía a los elementos «fascistas» de su partido y se guiaba por meras apetencias personales de hacer carrera. En otras palabras, reproducía, aproximadamente, los ataques de las izquierdas a Gil-Robles. No hace la menor alusión al ambiente de verdadero odio, de verdadera polarización social, que percibían todos los observadores en la España de aquellos días, y que volvía muy peligrosas las maniobras políticas; ni tampoco menciona el pleno derecho constitucional que asistía a Gil-Robles en sus aspiraciones a gobernar.

Por otra parte, las acusaciones de no ser republicano suenan a hueco. ¿Quiénes eran republicanos, es decir, respetuosos con la legalidad constitucional? ¿Lo eran Azaña y otros políticos de izquierda que habían intentado dos golpes de Estado al perder las elecciones en noviembre de 1933? ¿Lo eran los socialistas, o los nacionalistas catalanes que habían asaltado sangrientamente el Estado en octubre de 1934 con el propósito explícito de organizar la guerra civil? Y, sin embargo, Alcalá-Zamora no había puesto ni volvería a poner la menor objeción al Gobierno de tales partidos. Este desequilibrio en el trato resulta mucho más grave por cuanto, en octubre de 1934, la CEDA había defendido explícitamente las libertades y la legalidad republicana contra los «republicanos» que la habían asaltado. Pero Alcalá-Zamora, hombre algo intoxicado de retórica, parecía preferir las proclamas verbales a los hechos.

Tampoco resulta convincente su alusión al sector «fascista» de la CEDA, es decir, a sus juventudes. Como en todos los partidos, el sector juvenil era el más radicalizado, pero la CEDA no había formado con él milicias, ni

organizaba desfiles uniformados, ni vigilaba las ideas de los vecindarios, ni actuaba con violencia o asesinaba a enemigos políticos. Eso lo habían hecho sistemáticamente las juventudes del PSOE, comunistas, anarquistas y nacionalistas catalanes…, quienes no reciben siquiera una reprimenda en las memorias de Alcalá-Zamora.

También tiene interés que, en medio de aguas tan revueltas, don Niceto quisiera discernir exclusivamente motivaciones de interés personal, de «hacer carrera», en la exigencia del líder de la CEDA. Un líder que en 1933 había renunciado a su derecho a gobernar como jefe del partido más votado, con la esperanza de calmar así la crispación de las izquierdas y consiguiendo justamente lo contrario.

Resulta difícil explicar tan extravagante rigidez hacia Gil-Robles y tan exagerada complacencia con una izquierda que había demostrado sin sombra de duda su disposición a destruir la ley a tiros. Quizá ese talante dependiera del propio carácter e historial de Alcalá-Zamora. Era éste, como Gil-Robles, un conservador y católico practicante, pero tenía el prurito de pasar por «progresista» y de ganarse así el aprecio de la izquierda. Un modo fácil de hacerlo consistía, precisamente, en mostrarse muy exigente y crítico con la derecha, respaldando las acusaciones de las izquierdas, aun las más injustas. Pese a ello, nunca alcanzó don Niceto la benevolencia de la izquierda, la cual, consciente de esa peculiaridad del hombre, lo mortificaba sin tregua tildándole de «reaccionario», «cacique», o aplicándole motes chabacanos como *El botas*.

Tales desprecios y burlas debían dolerle, especialmente porque habían sido él y otro derechista, Miguel Maura, más que las propias izquierdas, quienes habían traído la República en 1930-31: a tal fin habían convocado el Pacto de San Sebastián y explotado con decisión la quiebra moral de la monarquía tras los comicios municipales del 12 de abril de 1931. Luego las izquierdas le habían desbordado y

tomado la iniciativa, sobre todo desde la quema de iglesias, bibliotecas y centros de enseñanza a las pocas semanas de llegado el nuevo régimen. Por entonces don Niceto encabezaba el Gobierno provisional, y no había estado a la altura de las circunstancias, portándose con nerviosa pasividad ante la oleada de delincuencia antirreligiosa. Su mal papel entonces, y la decepción consiguiente de la opinión derechista del país, habían frustrado su proyecto de encabezar un vasto movimiento conservador que compensara el empuje de unas izquierdas cada vez más extremistas. Quien iba a encabezar ese movimiento sería Gil-Robles, el cual supo organizar la poderosa CEDA, mientras el partido prohijado por don Niceto languidecía falto de apoyo popular. Éste fue con toda probabilidad otro motivo de la inquina del presidente, bien visible en sus memorias, hacia Gil-Robles.

Como he expuesto detalladamente en *Los personajes de la República vistos por ellos mismos*, una clave del fracaso de aquel régimen fueron las destructivas rivalidades personales entre sus jefes, llevadas hasta el odio, y manifiestas en sus respectivas memorias. Y, sin que ello entrañe un juicio conclusivo, sino sólo indicativo, Azaña desde la izquierda y Gil-Robles desde la derecha coinciden en describir a Alcalá-Zamora como persona psíquicamente perturbada. Tampoco Cambó lo deja bien parado.

Sea como fuere, la decisión presidencial de diciembre de 1935 no añadía nada a la estabilidad del régimen, en nombre del cual, con purismo fuera de lugar, quedaba expulsada del Gobierno la fuerza más votada y estable de las Cortes, fuerza católica y conservadora como el mismo presidente, y que había defendido vigorosamente la legalidad durante la peor crisis sufrida hasta entonces por la República.

Junto a la indudable aversión a Gil-Robles había en la mente de don Niceto un plan de vasto alcance: pensaba

moderar finalmente a la República por medio de un partido de centro. A ese fin había destrozado un mes antes al principal partido de centro existente en España, y a su jefe, Alejandro Lerroux. Lo había hecho colaborando en una intriga casi inverosímil urdida por el socialista Prieto y el republicano de izquierda Azaña junto con un delincuente holandés llamado Strauss, en torno al *straperlo*, unas corruptelas insignificantes del partido lerrouxista. El presidente había colaborado en la maniobra esperando aprovechar el derrumbe de Lerroux para heredar su considerable apoyo popular[1]. A continuación había burlado a la CEDA por primera vez al escamotearle el Gobierno y encargarlo en cambio a Chapaprieta, tecnócrata más que político, el cual hubo de dimitir a los dos meses, como quedó indicado.

Por consiguiente, descabalgados Lerroux y Gil-Robles, debía nacer el gran partido de centro inspirado por don Niceto, que recogiese a la mayor parte del electorado de aquéllos, y se convirtiese en árbitro de las Cortes y del régimen. Ese partido estabilizaría de una vez la República y la encauzaría en la buena dirección, superando las convulsiones de los dos bienios anteriores. Conocemos estos planes por las memorias de Chapaprieta y Portela Valladares, colaboradores del presidente por entonces.

Tales habían sido los antecedentes e intenciones de la exclusión definitiva de Gil-Robles por don Niceto. Y, como pronto se vería, los manejos de éste contra Lerroux habían destruido el último amortiguador entre derechas e izquierdas, y la expulsión de la CEDA sólo iba a descomponer y radicalizar todavía más la situación.

Gil-Robles interpretó que la negativa del presidente a entregarle el poder «vulneraba la esencia misma del sistema constitucional, aunque respetara la forma», y sin duda había mucho de ello. Desesperado, recurrió a algunos militares afectos, sugiriéndoles que tomaran

transitoriamente el poder y restablecieran la legalidad constitucional. El intento fracasó por la oposición de Franco, temeroso de que la intentona precipitase la revolución en lugar de contenerla. Era la cuarta propuesta o sugerencia de golpe contra la República rechazada por el general. La primera había partido de Sanjurjo en 1932, la segunda de un sector monárquico durante la insurrección del 34, y la tercera del líder de la CEDA, exasperado ante la vulneración de la ley por el presidente para imponer una conducta impunista hacia los jefes de dicha insurrección.

Después de burlar por segunda vez a Gil-Robles, el presidente terminó encargando el Gobierno a Portela Valladares. Éste, un masón ya anciano de setenta años, había destacado en tiempos de la monarquía como típico cacique experto en amañar elecciones, y no era a la sazón diputado ni tenía apoyo parlamentario, lo cual añadía sal y vinagre a las heridas de la derecha. Portela debía dar forma al deseado gran partido de centro, llamado precisamente así, Partido Centrista, y preparar las elecciones en el momento adecuado, quizá finales de la primavera de 1936.

El nuevo Gobierno no podía ejercer constitucionalmente por cuanto, si bien gozaba de la confianza del presidente, tenía el rechazo del Parlamento, y sería derribado tan pronto se presentase ante la Cámara. Para eludir el obstáculo, don Niceto decretó a mediados de diciembre la suspensión de sesiones de las Cortes durante quince días, hasta principios de año, decisión nuevamente al borde de la legalidad y ajena al espíritu de la Constitución. La decisión traía otro embrollo: las Cortes debían aprobar por esas fechas los presupuestos para el año 1936, y, para evitar la sesión parlamentaria al efecto, el presidente y su Gobierno quisieron imponer la prórroga automática de los presupuestos de 1935. Tal medida ya vulneraba directamente la ley, pues aplicar impuestos no votados por

las Cortes constituía un delito, y la CEDA no pensaba consentirlo.

Al terminar el mes de diciembre, Portela reformó su Gobierno para hacerlo más homogéneo. Lo hizo abruptamente, entre gritos e insultos, con diversos ministros próximos a la violencia física.

Los últimos días de 1935 la península entera sufrió violentos y dañosos temporales, como anunciando tormentas sociales mucho más peligrosas. En crispada expectación, las gentes y los partidos pensaban que no podrían demorarse mucho unas nuevas elecciones. «Se va a desatar en toda el área nacional una tempestad política, y sería de desear que no ofreciéramos el espectáculo lamentable de un pueblo envenenado por antagonismos suicidas», advertía preocupado el prestigioso diario *El Sol*. En sus páginas escribía también el conocido filólogo Américo Castro: «Están prosperando males asaz medrosos: el gusto por la rapiña y la depredación crónicas, el desencanto y la modorra o el soñar con la más desesperada de las utopías. Vivir en puro trámite y barruntar el Apocalipsis». El editorial del periódico no mostraba mayor optimismo: «Hay que decirlo en toda su amarga crudeza. Los españoles vamos camino de que nada nos sea común, ni la idea de la patria, ni el régimen, ni las inquietudes de fuera ni de dentro, y mucho menos los postulados de convivencia nacional que fueron la aurora de esperanza que precedió al advenimiento de la República». El Gobierno de Portela aseguraba estar dispuesto a «una obra de pacificación», convencido de que la «hostilidad implacable entre derechas e izquierdas, los rumbos exterminadores, con sus caracteres de guerra civil, abren más que un interrogante, una sima ante el país». Quizá para entonces empezaba a vacilar el optimismo con que habían emprendido sus maniobras don Niceto y Portela: ellos mismos habían dado cancha a aquellos «rumbos

exterminadores» que ahora les asustaban y que les había vaticinado Gil-Robles.

Por entonces, recuerda el pensador Julián Marías, «la politización, iniciada dos años antes, alcanzó su máximo. Se atendía sobre todo a lo político; ante una persona no se miraba si era simpática o antipática, guapa o fea, inteligente o torpe, decente o turbia; sino a si era de *derechas* o de *izquierdas*». Esa pasión contagiaba a todas las capas sociales, en especial a la juventud.

La preocupación se extendía. El político Ossorio y Gallardo, un «progresista» católico al estilo de Alcalá-Zamora, propuso un manifiesto de intelectuales contra la guerra civil, que apoyaron Unamuno, Azorín, Del Río Hortega y otros, aunque Marañón u Ortega y Gasset no quisieron ver la ocasión tan dramática. Como el resto de la sociedad, incluido el ejército, los intelectuales estaban agriamente divididos. Unos tendían a la derecha con más o menos energía: así Baroja, Manuel Machado, Unamuno, Marañón, Ortega, Madariaga, etc.; y otros a la izquierda, como Antonio Machado, García Lorca, Valle-Inclán, León Felipe, Ramón Sender o Max Aub. Las posiciones extremas estaban representadas por Alberti, Maeztu, Bergamín, Pemán y tantos más. Hasta algún tiempo antes había predominado en el mundillo cultural una atmósfera más relajada, donde la discusión o rivalidad no impedían la amistad entre escritores o artistas de distintas opiniones; pero eso iba siendo ya cosa del pasado. Un ejemplo típico de esa evolución podría ser el Ateneo de Madrid, un círculo intelectual que había concentrado buena parte de la brillante actividad cultural de los primeros treinta y cinco años del siglo. Al comenzar la República su tradicional pluralismo y ambiente tolerante se habían enturbiado, y para 1936 habían desaparecido por completo.

Ante las tensiones con las Cortes, Portela y don Niceto prorrogaron por un mes entero la suspensión de la

actividad parlamentaria. Pero la mayoría de los diputados no estaba dispuesta a admitirlo nuevamente, ni tampoco la prórroga de los presupuestos, y las protestas arreciaron. Gil-Robles escribió al presidente de las Cortes, Santiago Alba: «La suspensión de sesiones por el Gobierno implica una manifiesta violación de la Constitución vigente, que equivale a un golpe de Estado y coloca al presidente de la República y a su Gobierno fuera de la ley». Alba informó a Portela de la ilegalidad del acto, dictaminada por la Asesoría Jurídica del Congreso. Las izquierdas apoyaban al Gobierno, no por simpatía hacia él, sino para perjudicar a la CEDA.

Inmediatamente las derechas gestionaron una acusación al presidente y a Portela por un delito contra la Constitución y otro penal, al haber paralizado las Cortes y usurpado sus funciones, y convocaron a la diputación permanente de la Cámara para dictaminar. El debate tendría lugar el 7 de enero. Portela prometió asistir a él para defender su postura ante los parlamentarios, pero percibió el riesgo de que la aventura concluyera ante los tribunales. La víspera de la sesión en que iban a ser formalmente acusados, él y don Niceto se reunieron y resolvieron precipitar sus planes para conjurar el peligro. El mismo día 7, en lugar de cumplir su promesa de comparecer ante la diputación permanente de las Cortes, Portela y don Niceto las liquidaron de un plumazo y convocaron elecciones para el 16 de febrero, con segunda vuelta el 1 de marzo. De nada valieron las protestas de los burlados parlamentarios.

Las votaciones iban a realizarse bajo la ley electoral propiciada por Azaña en 1933. Esa ley había sido muy combatida por la derecha, y Gil-Robles la había tildado de mussoliniana, porque daba a los ganadores un margen de ventaja en el Parlamento muy desproporcionado con los votos recibidos. Azaña la había promovido porque creía que

su alianza con los socialistas siempre obtendría una ligera mayoría electoral, que por esa vía quedaría transformada en absoluta hegemonía en las Cortes. En noviembre de 1933 había ocurrido justo lo contrario de sus esperanzas, venciendo con gran mayoría el centro derecha. No sólo la CEDA, también Alcalá-Zamora había considerado la ley electoral de Azaña injusta y creadora de tensiones guerracivilistas, pero no la habían cambiado, y ahora convocaba nuevas elecciones de acuerdo con ella.

Y así, entre maquinaciones y aturdimiento, quedó resuelto en apariencia el embrollo sin salida a que había sido llevada la vida política del país tras cinco años de sacudidas. La República había pasado por una primera fase de varios meses de provisionalidad y elaboración de las leyes fundamentales, luego por un bienio de izquierdas (conjunción republicano-socialista) bajo Gobierno de Azaña; a éste había sucedido un segundo bienio de centroderecha, con Lerroux y Gil-Robles como figuras destacadas. La disolución de Cortes de 1936 abría una cuarta etapa en la vida de la República. Nadie podía saber que se trataba de la última etapa, pero muchos barruntaban que aquel estado de cosas no podía durar ya mucho.

II

Campaña electoral guerracivilista

EL TELÓN de fondo de la campaña electoral fue la pasada revolución de octubre. Pese a la derrota, las izquierdas, casi en pleno, loaron la insurrección como un hecho glorioso, aun si algunas no pensaran repetirla, por lo menos a corto plazo. Y también todas ellas prácticamente convirtieron en eje de su agitación la pretendida represión crudelísima achacada a las derechas en Asturias.

El tono que iba a adquirir la contienda electoral lo habían dado en vísperas de ella dos mujeres políticas, Matilde de la Torre y Dolores Ibárruri, una desde *El Socialista*, la otra desde *Mundo Obrero*, los días 2 y 4 de enero, aún bajo la censura. La primera trataba la denuncia por la violación y asesinato de tres muchachas a manos de revolucionarios asturianos, hecho no bien aclarado. Matilde desautorizaba la denuncia por calumniosa, y hacía bandera de ella para dejar en la oscuridad otros muchos crímenes cometidos entonces: «Los chacales del orden furioso necesitaban también lanzar esta calumnia monstruosa contra los luchadores de octubre. La especie venenosa cundió como otras muchas. Las clases "educadas" la acogieron con el morboso regocijo con que acogen todo lo nauseabundo. Ya tenían carne para un rato más». Dolores

Ibárruri, *La Pasionaria*, no quedaba atrás: «Tenemos que hacer grandes esfuerzos para disciplinar nuestra indignación. Todavía no es tiempo, aunque cada día está más cerca; el dolor, el deseo de justicia gritan con ímpetu: ¡Debes! Pero la prudencia aconseja: ¡Espera! Esperaste durante días interminables y noches de angustia mortal, escuchando los gritos dolorosos de las víctimas, el llanto lacerante de las madres, de las viudas, de los huérfanos, el clamor de los torturados, las carcajadas de los que gozaban con el mal. Los voceros de la calumnia hicieron sonar las trompas opacas de la mentira infamante. Era su "verdad", la única "verdad" permitida en aquellos momentos».

Las quejas por la censura exageraban. Los revolucionarios no habían podido explayarse en la prensa, pero el lenguaje empleado por las dos líderes mostraba la escasa dureza censora, que también había permitido la publicación, durante 1935, de libros y reportajes exaltando la rebelión socialista o la de Companys. Y habían circulado, en clandestinidad muy poco arriesgada, decenas de miles de hojas y folletos del mismo género.

Y, apenas convocadas las elecciones, se desató un vendaval de acusaciones e insultos entre derechas e izquierdas, con mayor furia que nunca. La prensa, los muros empasquinados, la radio y las calles alfombradas de octavillas, los incontables mítines, despedían un incansable mensaje de odio. Portela puso en tensión a todas las fuerzas policiales para impedir incidentes.

Derechas e izquierdas dispusieron de abundantes fondos para su propaganda. Muchos empresarios asustados entregaron dinero a la CEDA, que hizo una campaña impetuosa, pero tan atosigante que le perjudicó, según se diría luego. Las izquierdas también disfrutaron de amplios recursos, gracias a cuotas y donativos, a las grandes sumas sustraídas de los bancos aprovechando la revuelta de Asturias, y a las ayudas de Moscú al PCE, cuya propaganda

fue muy intensa y virulenta para un partido todavía pequeño.

Comprobada la eficacia emotiva y movilizadora de los relatos de Asturias, los socialistas y republicanos de izquierda los hicieron base de su campaña electoral, como símbolo de una guerra civil que rebrotaba explosivamente en los espíritus, catorce meses después. Sus periódicos recogían informes de políticos izquierdistas como Fernando de los Ríos o Gordón Ordás, adornados con nuevos y espeluznantes detalles y «testimonios». Una anónima «mujer vieja, zurcida de arrugas, doblada de años y de trabajo —narraba al periodista— estremecida, todavía palpitante: "¡Es horrible, horrible! Mi mocín de once años cayó muerto por un machete. ¡Teníais que haberlos visto sobre nuestras hijas! ¡Teníais que haber sufrido, atados con hierros, mientras me desgraciaban a la moza y me mataban al marido y me quemaban la casa! ¡Teníais que oírles reír de mis súplicas y ser insultados y heridos a puntapiés en el suelo, como unos perros!"». El periodista concluye de modo razonable pero sin hacerse caso a sí mismo: «no es posible detenerse en cada narración espantosa». *Frente de batalla*, titulaba expresivamente *La Humanitat*, periódico de Companys, sus noticias sobre la campaña electoral.

La derecha replicaba con rabia: «¡Españoles! Los judas emboscados del separatismo, en criminal maridaje con los asesinos de Octubre, quieren rasgar la unidad de España»; «Por el honor de nuestro ejército. El que nos libró del Octubre rojo»; «La hiena revolucionaria se revolvió anoche en estertores convulsivos de sangre y de venganza. Los caballeros de la tradición, voceros de España, se opondrán a este intento criminal». Y sus adversarios: «Nosotros acusamos de verdugos, incendiarios y saqueadores a Lerroux-Gil-Robles. ¡A la cárcel!»; «Monstruos sin entrañas»; «El pueblo unido arrollará a las pandillas del crimen»; «Nosotros acusamos de responsables de 5000

asesinatos a Lerroux-Gil-Robles. Por menos se ha aplicado el garrote vil»; «Los trabajadores inician la contraofensiva. Empiezan a desarrollarse las huelgas en todo el país»; «Por la España antifascista, contra la España del hambre, el terror y la muerte»; «Responsabilidades a los verdugos».

El *straperlo* era explotado como un filón inagotable para pintar a las derechas, en pleno, como una banda de ladrones. El «bienio negro», como llamarían las izquierdas al período de centro derecha, dejaba «desolación, miseria y sangre. Bribones, rastacueros y encubridores se la fueron pasando de mano en mano [a la República] hasta dejarla en cueros vivos y prostituida. Nada ha quedado aquí sin prostituir»; «Se han disuelto las Cortes de la corrupción y el terror».

El intercambio no conoció tregua: «Ruge la horda revolucionaria vencida por la CEDA en una pugna feroz, y que aparece sordamente unida con otras fuerzas y otros partidos»; «La CEDA y los monárquicos saben que el Bloque Popular es su muerte definitiva»; «Entrevista del comité que propugna el contubernio, mestizaje y barraganía de las izquierdas»; «La hipótesis de que el vaticanismo vuelva a injertarse en el Gobierno hay que rechazarla. Ni la CEDA ni sus cómplices y correveidiles»; «El que ayuda a partidos que persiguen la libertad de la Iglesia, peca contra Dios»; «Luchamos por Dios y por España»; «Las derechas quieren una España hitleriana. Una España ignorante y con hambre. Una España sin libertad, sometida al terror de la reacción y el fascismo»; «Obreros honrados y conscientes: mientras vuestros hermanos de Asturias luchaban y morían, los líderes huían por las alcantarillas y pasaban la frontera para darse en el extranjero una vida de opulencia y orgía»; «El Frente monárquico y fascista [existía un frente de izquierdas pero no de derechas] os ofrece: esclavitud, sangre, miseria. El Bloque Popular os asegurará: libertad, bienestar, amnistía.

¡Votad contra los ladrones! ¡Votad contra los torturadores!»; «¡Contra la revolución y sus cómplices! ¡Españoles! La patria está en peligro»; «Las derechas quieren una España desesperada, llena de cárceles y de campos de concentración, sometida a las torturas y a las ejecuciones»; «¡Contra los ladrones y sus cómplices! ¿Dónde están los catorce millones robados en Asturias?»[2]; «Por el mantenimiento de la civilización cristiana en nuestro pueblo»; «El fascismo bajo cualquiera de sus disfraces es la regresión a la barbarie, a la esclavitud, al hambre, organizadas totalitariamente»; «Luchan, de un lado, los defensores de la religión, de la propiedad y de la familia; del otro, los representantes y voceros de la impiedad, del marxismo, del amor libre. Son las dos ciudades enemigas de que habla San Agustín»; «Por nuestros hogares amenazados por la muerte y la ruina», gritaba la Lliga, y replicaba Companys: «Si las derechas triunfasen, España volvería a ser el Estado miserable y absorbente que fue con la monarquía. Las derechas han destruido la economía del país y sembrado pasiones de violencia». Etcétera, etcétera.

Los republicanos de izquierdas fustigaban al clero, en especial a los jesuitas: «Dominan al Sumo Pontífice». Les atribuían «Control sobre almas, bienes y pueblos», «Control sobre la vida nacional». Hablaban de «la sordidez de los obispos», etc. Así lo explicaba Política, el periódico de Azaña.

El más somero repaso de la agitación de entonces obliga a leer con pasmo asertos como éste del estudioso J. Avilés Farré en su monografía *La izquierda burguesa en la II República*: «En general la propaganda del Frente Popular se caracterizó por su moderación, al menos comparada con la que realizaba la derecha, según ha demostrado Tusell». Las formaciones del Frente Popular amenazaban directamente a las derechas con la muerte, que nadie

interpretaría en un sentido metafórico, extremo al que no llegaban sus contrarios. Una vez más algunos historiadores utilizan conceptos como el de «moderación» en un sentido sumamente especial, que recuerda la frase de Tucídides sobre el cambio de sentido de las palabras para justificar los actos. En la citada monografía, por lo demás, Avilés omite deliberadamente sucesos tan significativos como el intento de Azaña de anular mediante golpes de Estado el resultado de las elecciones de noviembre de 1933.

En el PSOE, el interés electoral había forzado una tregua pasajera entre los dos sectores del partido enfrentados entre sí, el de Prieto y el de Largo, pues el sector democrático de Besteiro había vuelto a perder la partida. Como se recordará, Prieto y Largo se habían aliado en 1933 para erradicar la influencia de Besteiro y preparar la insurrección. Pero tras la derrota, los dos extremistas se habían peleado: Largo, *el Lenin español*, mantenía de lleno la línea revolucionaria, mientras que Prieto prefería volver a la alianza del primer bienio con Azaña. La pugna interna entre las dos tendencias había llevado al PSOE al borde de la escisión. Pues bien, los de Prieto fueron quienes con más ardor pulsaron la tecla asturiana. En cambio, los bolchevizantes de Largo Caballero insistían de preferencia en denunciar los «manejos» de Prieto, en las clarificaciones doctrinales y en los logros de Stalin en Rusia, cantados en noticias y reportajes: «En contraste violento con la quiebras de la economía y los estragos del hambre en los países envilecidos por la tiranía fascista, llegan datos incontrovertibles de la prosperidad y bienestar crecientes en la Unión Soviética, donde los resultados superan las previsiones más optimistas».

Margarita Nelken, una de las exdiputadas más aguerridas del PSOE, «informaba» desde la URSS: «Para enterarse de veras de lo que supone la edificación del socialismo hay que ir hacia el interior». Y daba ejemplo:

bordeando el mar de Azof, contaba cómo «los "blancos" [las tropas contrarrevolucionarias que lucharon contra los bolcheviques durante la guerra civil rusa] empaparon de sangre estas tierras para conservar sus tradiciones, su religión, sus propiedades y el derecho de explotar al prójimo». Sin embargo, ya el pueblo vivía a sus anchas. En Azerbaiyán notaba que las mujeres «saben todas —absolutamente todas— leer y escribir, y participan todas en la vida social de su país». Sus viajes iban marcados por una «cordialidad abrumadora» en la tierra de la abundancia. Su mesilla del tren se llenaba de «bombones de chocolate, caramelos, nueces, mandarinas, manzanas, cigarrillos»; en las estaciones compraban sin tasa «caviar, pan, unos pollos asados, frutas, galletas». Sus guías la obligaban a comer ración doble «para que cuando torne a los países capitalistas cuente qué es eso del hambre en Rusia de que tanto hablan. La carcajada es general». Nelken, tutelada por la policía secreta, se dejaba deslumbrar a gusto, como tantos —aunque no todos— turistas revolucionarios de la época. Hacía un turismo dirigido y explicaba a los obreros españoles los prodigios de que era testigo. Para ella no existía la reciente colectivización del campo, con su rastro de millones de muertos por hambre, fusilamientos y trabajo esclavo, o el terror impuesto tras el asesinato de Kírof. Esas realidades le eran ocultadas y ella deseaba ignorarlas o, en la medida en que las conocía, pues tenía que conocerlas en buena medida, las entendía como el lógico ajuste de cuentas a los enemigos del socialismo, por parte del régimen que estaba abriendo las puertas del paraíso en la tierra.

La realidad queda bastante mejor descrita en un intercambio de cartas entre Mijaíl Shólojof y Stalin. Shólojof, premio Nobel de literatura y cantor de la «epopeya» colectivista en novelas como *Campos roturados*, pedía privadamente a Stalin piedad para los campesinos,

reducidos al hambre y torturados para expropiarles sus cosechas: «El método del frío. Se desnuda al koljosiano y se le pone "al fresco" completamente desnudo, en un hangar. A menudo se ponía al fresco a los koljosianos por brigadas enteras. El método del calor. Se rocían los pies y las faldas de las koljosianas con queroseno y se les prende fuego. Después se apaga y vuelta a empezar. En el koljós Napolofski, un tal Plotkin, plenipotenciario del comité del distrito, obligaba a los koljosianos a tenderse sobre una placa calentada al rojo vivo, después los "descalentaba" encerrándolos desnudos en un almacén. Podría multiplicarse hasta el infinito este tipo de ejemplos. No se trata de "abusos", no, ése es el método corriente de recogida del trigo». Pero, como le contestaba Stalin, «usted ve UN aspecto de las cosas. El otro aspecto es que los respetables trabajadores de su distrito —y no sólo del suyo— estaban en huelga, llevaban a cabo un sabotaje y ¡estaban dispuestos a dejar sin pan a los obreros y al Ejército Rojo! El hecho de que ese sabotaje fuera silencioso y en apariencia pacífico no cambia en absoluto el fondo del asunto, a saber, que los respetables trabajadores llevaban a cabo una guerra de zapa contra el poder soviético. ¡Una guerra a muerte, camarada Shólojof!».

Y fue, en efecto, una guerra a muerte del poder soviético contra una gran masa de respetables trabajadores desarmados, que defendían su derecho no ya a cobrar adecuadamente por su trigo, sino a alimentarse ellos y sus familias. Los campesinos colectivizados a la fuerza y condenados al hambre huían por cientos de miles a las ciudades y abandonaban allí a sus hijos con la esperanza de que alguien los acogiera. Se salvaban pocos. La policía recogía a los niños más desnutridos en vagones de mercancías y los reenviaba al campo, para que agonizasen sin ser vistos. Hoy se sabe que existían depósitos de cereales, pero que el camarada Stalin dio orden de no

distribuirlos, a fin de exterminar a los «enemigos de clase». Murieron seis millones de personas según los cálculos más recientes, realizados sobre los archivos parcialmente abiertos del Partido Comunista de la URSS.

En la exaltación de los avances soviéticos coincidían las izquierdas republicanas «burguesas», a veces con verdadera extravagancia. En el diario de esa tendencia *La Libertad* informaba el poeta comunista Rafael Alberti: «Ya hay en la capital de los soviets cafés, restaurantes, tiendas, puestos de frutas, quioscos de flores. ¡Quioscos de flores! Subrayo esto porque cuando un país puede permitirse el lujo de cosas tan superfluas, tan delicadas, tan supercivilizadas como las flores, es que ese país está en camino o que ya ha llegado a la meta de los deseos humanos». En tal caso España habría alcanzado esa meta hacía muchos años.

A decir verdad muy pocos se llamaban a engaño sobre lo que realmente ocurría en la URSS, pues numerosos testimonios traspasaban las fronteras. Pero no pocos se empeñaban en darlos por falsos, o lo fingían. Para las derechas, la posibilidad de que España llegara a sufrir algo parecido constituía una auténtica pesadilla.

* * *

La prensa moderada como *El Sol*, exhortaba a la serenidad y al cuidado de los asuntos prosaicos: «¿Qué hacer para humanizar la lucha feroz que se avecina? Son legión los españoles que se alzan contra todo eso y piden paz, pan y trabajo»; «Madrid, empapelado estos días con carteles que no son propaganda lícita. Son gritos en la pared que alzan una algarabía»; «Barullo en medio de la oscuridad. Crispaciones de ánimo exaltadas y como en trance de locura. ¿Es esto política?». E invocaba patéticamente el bolsillo: «De algunos problemas

importantes que directamente afectan a la economía de la nación nos hemos venido ocupando. La sensación de que sostener esta labor en las actuales circunstancias es también como predicar en el desierto, nos fuerza a abrir un paréntesis de espera hasta que transcurra el período electoral»; «Mientras derechas e izquierdas amenacen con el exterminio, el país no podría contemplar con tranquilidad el porvenir. De una coyuntura económica de máxima favorabilidad que culminó en el pasado otoño, pasamos a un estado de nerviosismo. El dinero vuelve a sus escondrijos, la actividad comercial decrece por momentos, el crédito extranjero parece fruncir el ceño. La pasión desorbitada abrasa en dos días la obra reconstructiva de meses». *El Sol* constataba con impotencia cómo los llamamientos centristas o moderados quedaban «en muestra inoperante de literatura política».

Y así era. Izquierdas y derechas apenas atendían a la economía, salvo en promesas tópicas, porque creían estar luchando por algo más esencial: la propia existencia. Azaña lo advertirá demasiado tarde: «El odio es engendro del miedo. Una parte de España temía, hasta el pavor, a la otra parte. Un viajero habla de la energía de tigre del español cuando se irrita. Ninguna irritación mayor que la de creerse destinado a las fieras». Pero en aquellos días el periódico azañista echaba leña y no agua al fuego.

Los socialistas bolchevizantes y comunistas preparaban a las derechas la aniquilación política o incluso física, como había ocurrido en la URSS; la izquierda moderada —relativamente— de Azaña se contentaba con excluirlas prácticamente del régimen, reduciéndolas a una minoría impotente en una democracia de fachada. De ahí la cólera derechista, cercana a la histeria. La CEDA, aunque todavía respetuosa con la República, abogaba por liquidar la revolución y castigar a sus rectores, lo cual pudiera abrir el camino a un régimen corporativista. Las izquierdas no

creían, o simulaban no creer, en la moderación de Gil-Robles, cuyas masas inquietas amenazaban desbordar a su líder. Había más razones que en 1933 para pensar que el acoso revolucionario —la «lucha de clases»— echaría a la derecha en brazos del fascismo. La izquierda, a su turno, decía temer una dictadura monárquica.

La violencia verbal iba acompañada de otra más física. Los incidentes, según la detallada relación de Fernando Rivas en *El frente popular. Antecedentes de un alzamiento* (Madrid, 1976), empezaron el 14 de enero, con un enfrentamiento entre comunistas y falangistas que dejó tres heridos. En los días siguientes los incidentes se multiplicaron, desde Vigo a Granada, dejando unos 20 muertos y muchas decenas de heridos, bastantes de ellos de gravedad. Los contusionados o heridos leves en reyertas callejeras fueron innumerables. Las izquierdas explotaban cada muerto suyo con huelgas, concentraciones y refiriéndolo siempre a la represión, a su decir sanguinaria, de la «gloriosa» insurrección de octubre de 1934.

Portela cuenta en sus memorias una entrevista con Amós Salvador, un político seguidor de Azaña y hombre de natural afable que, no obstante, le anunció «con frialdad espantable que las izquierdas estaban dispuestas a ir al Frente Popular para empeñar lucha a muerte con las derechas: "si ellos vencen, que nos exterminen —me dijo para concluir—; y si nosotros vencemos, los exterminaremos a ellos". No puede extrañar que todos contemplasen con honda ansiedad un resultado adverso en las urnas».

En tales circunstancias, los comicios no pasaban de ser un expediente inevitable para adueñarse del Estado, cuyo valor había dejado en claro la revuelta de octubre. Quien lo dominase podría respirar tranquilo frente a la amenaza del contrario, y usarlo de modo más o menos implacable, según la resistencia de los vencidos o los propósitos del vencedor.

Pero no sería fácil que la legitimidad de las elecciones, de por sí dudosa en medio de aquel apasionamiento, fuera a engendrar un Gobierno legítimo, es decir, capaz o deseoso de mantener las normas democráticas.

III

Líderes y programas

EL PARTIDO CENTRISTA Democrático, de Portela y don Niceto, publicó el 28 de enero su manifiesto: «Las próximas elecciones deben decidir la senda y los destinos de la nación: si se han de encerrar en la pugna despiadada, fundamentalmente inferior y destructora, de dos irreconciliables banderías, o si hemos de salir a aquellos horizontes de estabilidad, de convivencia, de continuidad […]; si hemos de caer en la guerra civil que unos anuncian o en la revolución roja que por el otro extremo nos amenaza […]. ¿Vamos a volver al pasado, a instalarnos en mitad del siglo XIX? […] Que cada ciudadano responda a estas preguntas antes de depositar el voto». Parecía lógico esperar que muchos españoles, angustiados ante la polarización política, respondiesen a este llamamiento. Pero tanto Portela como Alcalá-Zamora gozaban de insuficiente prestigio en la ciudadanía, las izquierdas los despreciaban y las derechas les echaban la culpa de lo que estaba ocurriendo. En todo caso, los dos personajes habían sido quienes habían precipitado las elecciones en un momento de máxima crispación, y habían contribuido a ella.

Por otra parte, sus promesas sociales y económicas sonaban poco fiables al venir de un partido mal construido

a última hora. *El Sol* constataba tristemente el día 7: «Desbaratada la articulación de los partidos moderados, ¿cabría la formación, a toda prisa, de un partido de centro con lo que no ha encontrado acomodo todavía, un partido improvisado? Lo más fácil es que el pueblo le vuelva la espalda».

Alcalá-Zamora, señala Portela en sus memorias, temía sobre todo a las derechas y trataba de favorecer a las izquierdas: «Sólo me encargaba que procurase que las izquierdas no trajesen menos de ciento ochenta diputados». La razón parece clara: si triunfaban las derechas, lo primero que harían sería expulsarle sin contemplaciones del sillón presidencial, mientras que de las izquierdas podía esperar un trato mucho más favorable, pues le deberían a él el triunfo, por haber convocado las elecciones en momento oportuno para ellas. Portela, por su lado, estaba persuadido de que las derechas apenas conservaban respaldo popular, y los dos seguían esperando un abultado éxito de su «centro» y convertirse en árbitros de la República.

Obedeciendo al designio del presidente, Portela trató de llegar a arreglos electorales con las izquierdas, pero éstas mostraron desprecio hacia él y don Niceto. Consiguieron acuerdos en muy pocos lugares, como Lugo o Badajoz, donde amañarían papeletas junto con los socialistas para derrotar a las derechas, según cuenta Juan Simeón Vidarte, uno de los líderes del levantamiento del 34 y autor de unas voluminosas memorias[3]. Ante su chasco con la izquierda, Portela recurrió a las derechas, y Gil-Robles, con repugnancia, se avino a algunos tratos.

Largo Caballero dice en sus memorias que fue él quien más intensamente se movió, en mítines y declaraciones, por el triunfo del Frente Popular. Y así fue, en efecto. Prieto, su rival en el partido, no podía emularle porque después de octubre del 34 estaba oficialmente perseguido y en el exilio,

aunque en realidad residía en Madrid con conocimiento de casi todo el mundo, y desde allí dirigía los hilos de su grupo. Pero salir abiertamente a las tribunas habría sido excesivo.

Y no puede decirse que Largo ocultase sus propósitos, como podrá el lector constatar en la documentación adjunta: «Prometemos, ante el proletariado español y del mundo entero, reivindicar la memoria de los que cayeron [en la insurrección del 34], vengarlos». Amenazó con que las cárceles volverían a llenarse, esta vez con los derechistas que habían defendido la República en aquella fecha, y llamaba a «la clase obrera» a «adueñarse del poder político, convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo»; «Hay que empezar por apoderarse del Poder político». Anunció su decisión de no respetar un veredicto electoral desfavorable: «Si triunfan las derechas, [...] tendremos que ir forzosamente a la guerra civil declarada. No se hagan ilusiones las derechas ni digan que son amenazas; son advertencias. Ya saben que nosotros no decimos las cosas por decirlas». Y, efectivamente, después de la insurrección del 34 y sus 1400 muertos, las derechas sabían perfectamente a qué atenerse. Algunos historiadores, sin más base que su arbitrario deseo, afirman que las frases de Largo carecían de verdadera intención. No pensaban eso, desde luego, quienes las oían.

Azaña, siempre contradictorio, pulsaba tanto la tecla radical como la moderada: «No queremos más guerra que la guerra política y leal, pacíficamente desenvuelta entre los ciudadanos». Sin embargo, caracterizaba a sus adversarios políticos como «enemigos de la República», «enemigos del pueblo y de la libertad», autores de una política de «presos, hambre, negocios sucios». No vacilaba en la mentira descarada: «Hemos asistido al espectáculo más grave, a la caza de republicanos organizada desde el poder a tiro limpio, desde la tragedia de Asturias hasta el último rincón de España, apoyando la pistola en el cráneo y obligando a

gritar: "¡Muera la República!"». En los hechos —insistamos una vez más—, aquellos «republicanos» habían asaltado a la República, y las derechas la habían defendido. Al igual que Largo, rehusó públicamente aceptar una victoria de la derecha: «Si se vuelve a someter al país a una tutela aún más degradante que la monárquica, habrá que pensar en organizar de otro modo la democracia»: si los ciudadanos osaban elegir semejante «tutela», debían saber a qué se arriesgaban. Nada nuevo en la conducta de quien había contestado a la victoria derechista en 1933 con intentos golpistas.

En Cataluña, las derechas dirigidas por Cambó hicieron gala de un lenguaje inusualmente moderado. La Esquerra las mortificó calificando su candidatura como «la del *straperlo*», y centró su campaña en la exaltación del encarcelado Companys y lo que llamaba «restablecimiento constitucional», concebido en un sentido muy similar al del PRI mejicano, como ocurría con el resto de las izquierdas «burguesas». Tampoco pensaba respetar un resultado adversos de las votaciones.

La rebelión de Companys en el 34 había tenido en máximo grado los tintes grotescos habituales en el historial del nacionalismo catalán[4]. Pese a gozar de una abrumadora superioridad de fuerzas, habían bastado dos o tres compañías del ejército y la Guardia Civil para sofocar la intentona, tras una noche de llamamientos y acciones estrambóticas de la Esquerra. Convertir en hecho heroico aquella tragicomedia (costó la vida a decenas de personas) era tarea nada fácil, pero los nacionalistas no se arredraron:

> Los nombres del presidente Companys y de los consejeros [...] encabezan las candidaturas del Frente de Izquierdas de Cataluña, con toda su preclara significación. ¡Con toda su preclara significación! Pudieron contemporizar, pudieron claudicar, pudieron huir. Las posibilidades eran infinitas. Las puertas posteriores del edificio de la

> Generalidad, abiertas y libres. Pero aquello hombres, conscientes de lo que exigían y representaban, se limitaron a cumplir con su deber. Cuando la fuerza armada ocupó el Palacio de la Generalidad, su jefe y el piquete de infantería que lo escoltaba, con la bayoneta calada y la consigna de «¡fuego!» a la más leve resistencia, encontró al presidente Companys y a sus consejeros reunidos en el despacho de la Presidencia. Con dignidad se había entrado en el Palacio. Con dignidad se salía. La entrada fue entre vítores de la multitud, una tarde de victorias y esperanzas. La salida era entre un piquete de tropa, pálida y nerviosa. Pero se podía salir como se había entrado: con la cabeza alta y la conciencia limpia. Afuera, en el ámbito dramático de la mañana, las ametralladoras taladraban el día [...]. Es la candidatura del 6 de octubre. Es la candidatura de la dignidad catalana. Aquel gesto y el heroísmo magnífico de los mineros asturianos, y la gallardía histórica de todos los que se levantaron contra el fascismo en aquella noche de dolor y de espanto, mantienen el impulso del 14 de abril y la vida del régimen. El día 16, por aquel gesto de ayer, recobraremos la República y la Constitución y afirmaremos sus postulados. Para respetarlos e impulsarlos, si todos acatan el veredicto popular. Para defenderlos, si el adversario vuelve a tomar la ofensiva.

Es decir, el veredicto popular sólo valía si ganaban ellos. En otro caso lo considerarían una «ofensiva» del adversario. Por lo demás, Companys y los socialistas se habían alzado contra la República, y los «fascistas» la habían defendido. En cuanto a la rendición de los esquerristas ante dos compañías de soldados, es uno de los episodios más chuscos de la época. Maravilla, no obstante, la desfachatez con que los nacionalistas presentaban las cosas exactamente al revés de como habían sido, e involucraban la «dignidad catalana» en un episodio digno de Tartarín de Tarascón, si no hubiera causado derramamiento de sangre. Los catalanes habían optado entonces por la legalidad republicana y habían desoído los frenéticos llamamientos de la *Generalitat* a tomar las armas. Y, sin embargo, esta

propaganda turbiamente sentimental calaba ahora en numerosos catalanes. En cuanto al catalanista de derechas Cambó, su templanza iba a darle malos resultados, hasta el punto de quedarse sin escaño.

También Gil-Robles volvió a demostrar mucho menos extremismo del que cabría esperar en tales circunstancias. No ocultaba su ira contra Alcalá-Zamora, a quien culpaba de haber truncado los planes de la CEDA, y le acusaba de cómplice de la revolución por su política impunista y su intervencionismo poco o nada constitucional Si en 1933 las izquierdas coreaban los mítines al grito de «¡Muera *el Botas*!», ahora las derechas clamaban «¡A por él!», refiriéndose asimismo al presidente. Y advertía Gil-Robles: «Si la autoridad se inhibe, entonces la sociedad no sólo tiene el derecho de defenderse, sino el deber de hacerlo. Quien desata vientos de arbitrariedad recoge tempestades de sangre. Quien nos busque nos encontrará». «Somos un partido de clara y neta catolicidad frente al laicismo de los otros. Tenemos una comprensión cristiana para todas las clases frente al marxismo. Queremos una España justa e imperial en el sentido espiritual».

La obsesión de octubre también le afectaba, inevitablemente: «El movimiento más criminal que ha registrado España en todos los tiempos, porque no iba contra una clase política, sino contra la patria misma»; «La justicia se aplicará a rajatabla…, pero en las cabezas», con amplia amnistía para los meros ejecutores. Propugnaba una alianza que «sólo tiene por límite aquél en que empiezan los revolucionarios». Abarcaba, pues, a los monárquicos de Calvo Sotelo, «hombres que miran a España y a Dios, y no importa lo que hayan dicho de mí»; «Los que estuvimos juntos en octubre podemos estarlo ahora». Las radicalizadas juventudes de su partido le acogían en los mítines con gritos fascistoides de «¡Jefe!, ¡jefe!», pero ciertamente el «jefe» seguía aferrado al legalismo. Al pactar

con los monárquicos, amigos de destruir al régimen, no se confundía con ellos y limitaba el acuerdo a las elecciones, sin compromiso ulterior. Tampoco amenazó con desacatar una voluntad de las urnas adversa.

Si en la derecha la posición de Gil-Robles podría compararse a la de Azaña —más moderada la del primero—, la de Calvo Sotelo venía a ser simétrica de la de Largo Caballero. Pero, conviene recordarlo siempre, el Largo Caballero de derechas carecía por completo de la fuerza del Calvo Sotelo de izquierdas. Peroraba Calvo: «Gil-Robles fracasó […]. En España, donde el pueblo es analfabeto, no puede existir un Gobierno del pueblo por el pueblo, sino […] una minoría selecta, gobernando al servicio del pueblo». Idea curiosamente cercana a la de Azaña sobre los privilegiados «títulos para gobernar» poseídos supuestamente por la «inteligencia» jacobina[5]. Por otra parte, la mayoría de la población (en torno al del 75%, aunque con grandes diferencias provinciales) estaba alfabetizada desde la dictadura de Primo de Rivera.

Criticando a la CEDA, argumentaba Calvo Sotelo: «Se predica por algunos la obediencia a la legalidad republicana; mas cuando la legalidad se emplea contra la patria y es conculcada en las alturas, no es que sobre la obediencia, es que se impone la desobediencia, conforme a nuestra doctrina católica, desde Santo Tomás al Padre Mariana. No faltará quien sorprenda en estas palabras una invocación directa a la fuerza. Pues bien, sí la hay […]. Una gran parte del pueblo español, desdichadamente una grandísima parte, piensa en la fuerza para implantar el imperio de la barbarie. […] Para que la sociedad realice una defensa eficaz necesita también apelar a la fuerza». En ese concepto definía al ejército como la columna vertebral de la sociedad, desdeñando el hecho de que el ejército no estaba menos dividido que el resto. Aspiraba a un nuevo Parlamento constituyente, que cambiase de arriba abajo la

Constitución «asesinada ya por sus autores», e impusiese una dictadura de hecho, proscribiendo a los partidos «separatistas y marxistas revolucionarios».

* * *

Se presentaba un gran número de partidos, muchos de ellos simplemente pintorescos, pero los más fuertes no lo eran lo bastante para pensar en ganar, lo que condujo a una carrera por establecer las coaliciones más amplias posible, a menudo con partidos de carácter muy diferente. Los líderes respectivos fueron Azaña y Gil-Robles. Este último capitaneaba al partido más potente de la derecha, mientras que el partido de su contrario, Izquierda Republicana, era muy débil y mal organizado: su líder pesaba mucho más que el propio partido. Y ese líder, Azaña, contribuía a la debilidad al rehusar la fusión con el partido muy afín de Martínez Barrio, por quien sentía poca estima.

Pero los republicanos de izquierda, divididos en varios grupos, comprendían que la llave del poder estaba en manos del Partido Socialista, incomparablemente más influyente que ellos, y buscaron su colaboración. Azaña y el jefe socialista Indalecio Prieto estaban de acuerdo al respecto y habían diseñado un frente o amplia coalición de las izquierdas. Claro que el sector más extremista e importante del PSOE, conocido como ala «bolchevique», de Largo Caballero, gritaba a pleno pulmón, como dos años antes, su decisión de derrocar el régimen, y podía ser tachado de antirrepublicano con razones mucho más sólidas que la CEDA. Pero los republicanos no le hicieron ascos, e hicieron girar la campaña también en torno a la amnistía y a la justificación de la insurrección de octubre. A ésta se habían sumado políticamente en su momento, negándolo luego[6]. Para Azaña y los suyos la cuestión se reducía a marchar unidos a las urnas, pues de otro modo

ninguno de ellos tendría la menor esperanza de alcanzar el poder.

Tampoco percibía Azaña la creciente influencia del PCE, al que trató en un principio de marginar de su alianza. Pero el PCE ya pesaba notablemente, por sí mismo e, indirectamente, por su engranaje con los «bolcheviques» del PSOE. Y estos últimos obligaron al líder republicano y a Prieto a aceptar a los comunistas. En el frente electoral que iba tomando forma, las fuerzas revolucionarias (sector de Largo y comunistas, más el apoyo externo de la CNT) tendrían mucho mayor peso que el sector muy relativamente moderado constituido por republicanos y prietistas. Esta relación de fuerzas dentro de la liga conocida más tarde por Frente Popular, determinaría la evolución política del país.

El proyecto de Azaña modificaba el del primer bienio en un punto sorprendente: en 1931-33 había gobernado en coalición con el PSOE, pero ahora pensaba gobernar en solitario, según su idea de que sólo los republicanos tenían «títulos» para mandar en el régimen, por muy minoría que fuesen. Los socialistas les respaldarían desde las Cortes. Por describirlo gráficamente, los azañistas harían de jinete y el PSOE de caballo, idea de un realismo muy dudoso a aquellas alturas. Azaña no tenía los pies en la tierra cuando definía la política del Frente como «republicana, por un Gobierno republicano y con el apoyo del proletariado español». Reducir el proletariado a los partidarios del PSOE y del PCE ya constituía un serio error, y distinguir entre él y los republicanos implicaba reconocer el carácter no republicano de los partidos obreristas. Al descansar en tales apoyos hacía una apuesta arriesgada en extremo.

Por otra parte, el PSOE se hallaba muy dividido, como ya quedó indicado, y entre el ala de Prieto, minoritaria pero influyente, y la mayoritaria de Largo Caballero, se cruzaban los ataques más venenosos, en una pugna despiadada por

dominar los aparatos del partido. Pese a ello, los dos grupos aceptaron la alianza propuesta por los republicanos. No obstante, la coincidencia entre los enfrentados líderes del PSOE partía de un equívoco. Prieto entendía el apoyo a los republicanos como una política a largo plazo, Largo como una conveniencia momentánea y limitada a las elecciones. El 12 de enero, en su primer mitin, *el Lenin español* declaró no arrepentirse «absolutamente de nada» en relación con la insurrección de octubre: «Antes de la República, nuestro deber era traer la República; pero, establecido este régimen, nuestro deber es traer el socialismo. Y cuando hablamos de socialismo, hay que hablar de socialismo marxista, de socialismo revolucionario con todas sus consecuencias. El programa común con los republicanos no nos satisface. Después del triunfo, y libres de toda clase de compromisos, nosotros seguiremos nuestro camino».

En definitiva, él prefería un Gobierno de izquierda burguesa por su evidente debilidad frente al gran designio socialista, y porque la amnistía iba a permitirle recomponer rápidamente sus filas. Y Largo era, debido a su fuerza de masas, el hombre clave de la coalición frentepopulista. Las elecciones, si daban el triunfo a las izquierdas, le permitirían empeñarse en un desgaste a fondo del Gobierno republicano hasta provocar su crisis y relevarlo de manera legal, como parte principal de la coalición. Por tanto, sus socios republicanos y Prieto sabían a qué atenerse, pero no quisieron enterarse o fingieron no hacerlo. Multiplicaron los ataques a las derechas acusándolas de una supuesta intransigencia: «Ellas son las que preparan movimientos revolucionarios y la guerra civil». El encono de la campaña de las izquierdas «burguesas» y Prieto llevaban agua al molino revolucionario.

Los comunistas defendían una estrategia más indirecta que la de Largo. Siguiendo las líneas del VII Congreso de la

Komintern, su Bloque o Frente Popular entrañaba un compromiso a medio plazo con los republicanos con vistas a la destrucción completa de las derechas, tachadas sin discriminación de «fascistas». Esta política, de suyo revolucionaria, debía completarse con la depuración a fondo del ejército. Además, planeaba la fusión con el PSOE bajo su hegemonía, y así, tras liquidar entre todos al «fascismo», los frágiles republicanos no serían obstáculo serio al avance del «partido único de la clase obrera» hacia un régimen socialista.

Por lo tanto, bajo la etiqueta de Coalición, Bloque o Frente Popular, había al menos tres concepciones diferentes. Ganó el programa republicano, pero sólo en apariencia, pues descansaba en los hombros de unos socialistas resueltos a sacudírselo al día siguiente de las urnas.

El 15 de enero se firmaba el pacto de coalición de izquierdas, y el 16 se publicó su programa y manifiesto, suscrito por Izquierda Republicana, de Azaña, por Unión Republicana, de Martínez Barrio, y por el PSOE. Éste firmaba en representación propia y de la UGT. las Juventudes Socialistas, el PCE, el Partido Sindicalista de Angel Pestaña, y el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), grupo secundario pero muy activo durante la revuelta del 34 en Cataluña. El manifiesto subrayaba la hegemonía republicana al especificar su rechazo de la nacionalización de la tierra propuesta por los socialistas, o el control obrero en las fábricas y las leyes fundadas en «motivos sociales o económicos de clase». Entre esto y la ilusión de una victoria derechista, los financieros respiraron aliviados. «El dinero, siempre bien informado, cree en la derrota de la revolución. La Bolsa sube», comenta Arrarás con sarcasmo en su *Historia de la Segunda República española*.

El programa incluía como punto clave una amnistía desde noviembre de 1933, con reposición de los empleados, públicos y particulares, despedidos por causa de la revuelta anarquista de diciembre del 33 y la izquierdista de octubre del 34. Los insurrectos «damnificados» recibirían además reparaciones, y serían perseguidos, en cambio, los funcionarios autores de violencias contra los rebeldes. Con ello quedaba reivindicada sin ambages la insurrección de octubre. Era como si la amnistía aplicada en su momento por las derechas a la *sanjurjada* se hubiera extendido a la glorificación de ésta y a la persecución judicial contra quienes la habían reprimido en defensa de la ley.

Asimismo serían derogadas las medidas agrarias e industriales, y los planes de obras públicas del bienio anterior. Y «reclamadas las transgresiones cometidas contra la ley fundamental», propósito que excluía, obviamente, los reiterados y sangrientos asaltos a la ley fundamental perpetrados por las izquierdas. «La ley orgánica del Tribunal de Garantías habrá de ser objeto de reforma a fin de impedir que la defensa de la Constitución resulte encomendada a conciencias formadas en una convicción o en un interés contrarios a la salud del régimen», lo cual anunciaba una depuración en toda regla para poner a dicho Tribunal directamente al servicio del Frente Popular.

De igual modo, los organismos policiales serían depurados y reorganizados «con funcionarios aptos y de reconocida lealtad al régimen», planteado éste, inequívocamente, como régimen de izquierdas. Todo ello bajo la promesa de «restablecer el imperio de la Constitución», entendido como la anulación política de la derecha y el desquite de quienes en octubre habían atacado la legalidad. El programa, pues, conducía a un nuevo régimen, similar a la corrupta seudodemocracia mejicana.

Aunque este programa ha recibido a menudo el título de moderado, no lo es bajo ningún criterio, salvo el de la comparación con los planes bolcheviques o anarquistas. Tenía, además, amplia probabilidad de convertirse en papel mojado ante la diversidad de intenciones de los firmantes. Así debió de apreciarlo el autor de buena parte del texto, Sánchez Román, jefe del Partido Nacional Republicano, quien a última hora rehusó rubricarlo. Según explicaba *El Sol* el 26 de enero, Sánchez repudiaba al PCE, así como los propósitos violentos y revolucionarios claramente persistentes en los partidos obreristas y su falta de compromiso con la Constitución de 1931… a la que tampoco mostraba mucha fidelidad el programa de Sánchez Román. El acuerdo electoral, decía éste, «quedaba deshecho ante las imposiciones proletarias a cambio de votos».

En Cataluña, el problema de la unidad estaba resuelto gracias al predominio absoluto de la Esquerra, que prefirió mantenerse al margen del Frente Popular, en una línea separatista poco disimulada. Su mayor obstáculo venía de la CNT-FAI, a la cual, como en el resto de España, se veían obligadas a halagar las demás izquierdas, olvidando agrias y muy recientes querellas.

El talante anarquista, poco inclinado a pactos, fue variando bajo la sugestión de la «lucha antifascista» y de la amnistía. La CNT desdeñaba las coaliciones, pero mitigó su propaganda contra las urnas, concesión nada parca al Bloque Popular.

* * *

Las derechas encontraban mayor dificultad para un pacto unitario. Como las izquierdas, lo creían imprescindible, extendiéndolo hasta partidos abiertamente opuestos a la democracia, como Renovación Española o el

Carlista. Marginaron en cambio a la Falange, fuera por su excesiva demanda de puestos en las listas electorales o por no dar argumentos a la propaganda contraria. Esta exclusión sentenció al líder falangista José Antonio, pues privado de inmunidad parlamentaria, sería pronto encarcelado y más tarde fusilado, ya con la guerra otra vez en marcha. Las dos ramas monárquicas, carlista y alfonsina, hablaron de unificarse, pero el proyecto quedó en amago por disensiones en apariencia nimias. La alfonsina Renovación Española proponía, como el PCE en su campo, una alianza estratégica y no coyuntural de las derechas, y por motivos simétricos: para realizar una «limpieza» de revolucionarios después de las elecciones y orientar una política común.

Por su parte, la CEDA pensaba sólo en un acuerdo momentáneo. El líder monárquico Calvo Sotelo no cesaba de zaherir a Gil-Robles (tildándole de fracasado por haber sido demasiado blando con don Niceto y las izquierdas), denunciaba su «táctica» legalista y trataba de comprometer a la CEDA en una línea abiertamente dictatorial, al paso que exigía demasiados diputados. Esto causaba incomodidad en la derecha católica, porque muchos de sus seguidores, desalentados por las experiencias últimas, prestaban oído a las diatribas de Calvo Sotelo. Aunque el jefe cedista necesitaba a los monárquicos —mucho menos que Azaña al PSOE—, la alianza entre ellos sólo podía ser superficial, y el primero quería limitarla a las elecciones, sin proyección ulterior.

Al Partido Centrista de Portela, Gil-Robles lo veía como una dañina maniobra de don Niceto para arrancarle clientela y aliados, favoreciendo así, voluntaria o involuntariamente, a las izquierdas: «Con la creación de un nuevo partido, que se ha atravesado en la vida española con el carácter de centro, se pretende atacarnos desde otro frente». Insultó a Portela, aunque al final, y con mutua

reticencia, llegaron ambos a entendimientos parciales. De todas formas no llegó a conformarse un bloque de derechas con la misma cohesión del Bloque o Frente Popular, excepto en Cataluña, donde todas las fuerzas conservadoras compusieron un «Frente Catalán de Orden».

IV

Los insurrectos de 1934 alcanzan el Poder

LLEGÓ así la jornada del 16 de febrero, con todas las fuerzas policiales en la calle para impedir disturbios. Con tal vigilancia, la jornada transcurrió casi sin sangre: sólo un muerto, falangista acuchillado en Asturias.

Al anochecer, la radio publicó los primeros resultados, que por el momento daban ventaja a las candidaturas izquierdistas. Sin esperar a más, muchedumbres enardecidas tomaron a las calles en Madrid y otras ciudades, exigiendo la inmediata liberación de los presos y la reposición de las corporaciones municipales destituidas por colaborar en la revuelta del 34. Empezaron los hostigamientos y ataques a sedes políticas de la derecha y asaltos a colegios electorales. Muchas autoridades se inhibían, por temor. Gil-Robles describe la situación en términos que corroborarían en líneas generales Portela y el propio Azaña: «Los gobernadores civiles manifestaban su parcialidad en muchas provincias [...] y toleraban los desmanes y coacciones de las turbas, cuando no colaboraban descaradamente con ellas». La jornada concluía con alteraciones nada propias de unas elecciones normales.

Hacia las cuatro de la madrugada, el consternado Gil-Robles fue a visitar a Portela para pedirle que contuviese la agitación izquierdista por medio del estado de guerra. Portela afirma en sus memorias que el líder católico le había incitado a erigirse en dictador, cosa no muy probable, y que ante su negativa le había preguntado:

> —¿Qué juicio se forma usted del porvenir y a dónde cree que va a llevarnos la situación, tal como se presenta?
>
> —Resueltamente soy pesimista —le dije—. Lo más probable, según muchas veces he anunciado al país, es que nos encontremos en vísperas de una nueva guerra civil.
>
> —Si usted piensa así —arguyó entonces Gil-Robles—, […] ¿va usted a dejar que lleguemos a ese terrible evento, que a usted es posible evitar con sólo mantenerse en el Gobierno? […] ¿Desertará usted de ese primordial deber que únicamente usted puede llenar, por sus condiciones personales, por el puesto que ocupa, y por estar apartado de las dos fuerzas extremas?
>
> —No insista usted —le repliqué—. El daño está hecho y no por mi culpa, que procuré por todos los modos evitarlo. A otros incumbe ahora esa tarea. […] He dicho que acataría la voluntad del país, cualquiera que fuese.

Probablemente Portela estaba ya entonces pensando en retirarse, prácticamente en huir de su cargo. Según la versión de su mentor, don Niceto: «Produjose en Portela su derrumbamiento al conocer los datos [electorales, pues su partido de centro prácticamente se hundía] […]. Por si era poco, a su temperamento impresionable se le contagió el pánico que se adueñó de Cambó en Barcelona y de Gil-Robles en Madrid, y después de hablar con éstos me llamó en la madrugada del lunes 17, todo asustado y pidiéndome le autorizase por teléfono la suspensión de garantías y aun el estado de guerra. […] Al decirle que considerase firmados los dos decretos, le aconsejé serenidad y que por lo pronto no se llegase al estado de guerra. Ya de día […]

perdió Portela la serenidad de tal modo que al invitarle yo a trasladarse a palacio me respondió sarcásticamente que iría si lo dejaban llegar, pues creía temerario el intento».

También Cambó vivió con angustia aquellas horas. Su retórica moderada no había dado el menor resultado, y las izquierdas, reforzadas con los votos anarquistas, habían logrado en Cataluña una victoria extraordinaria. En sus memorias recuerda: «El día del escrutinio, en el cual me hacían el favor de dejarme sin acta, se organiza una manifestación que, al deshacerse, va a la Vía Layetana y al pasar por delante de mi casa empieza el griterío con las voces de "*¡mori Cambó!*". Si en aquellos momentos unos hombres valerosos hubieran reventado la puerta, y subiendo a mi casa me hubieran tirado por el balcón, seguramente aquel día se habría iniciado la revolución salvaje que se produjo en 19 de julio». Es decir, que se produciría sólo cinco meses después.

Portela evitó establecer el estado de guerra, pero impuso el de alarma, que suspendía buena parte de los derechos constitucionales e imponía la censura en la prensa, y que, por lo demás, había sido la situación más frecuente a lo largo de toda la República.

Azaña señalará en carta a su cuñado Rivas Cherif: «Los gobernadores de Portela habían huido casi todos. Nadie mandaba en ninguna parte y empezaron los motines». También menciona urnas robadas «por los comunistas». Alcalá-Zamora observa: «Crisis: algunos Gobernadores Civiles dimitieron. A instigación de dirigentes irresponsables, la muchedumbre se apoderó de los documentos electorales: en muchas localidades los resultados pudieron ser falsificados».

Nada lejanamente parecido había pasado tras el éxito electoral derechista de 1933.

* * *

¿Cuáles fueron los resultados electorales? En realidad apenas puede decirse que se conozcan. Nunca fueron publicados oficialmente, y este llamativo hecho ha obligado a los historiadores y políticos a hacer sus propios cálculos, muy discordantes entre sí. Al parecer votaron 9 870 000 ciudadanos, un 72% del cuerpo electoral, y las izquierdas habrían alcanzado entre 3 800 000 y 4 800 000, según autores (que, curiosamente, pretenden llevar su exactitud hasta las unidades). Con las derechas y el centro, las estimaciones varían igualmente. Hoy suelen tenerse por las más aproximadas las cifras ofrecidas por J. Tusell, que dan un práctico empate a derechas e izquierdas (4 500 000 y 4 650 000 respectivamente), corregidas por Ramón Salas Larrazábal, que suma 4 430 000 para el Frente Popular y 4 510 000 para las derechas. Según J. Linz y J. de Miguel, las izquierdas habrían obtenido el 43% de los sufragios, la derecha el 30% y el centro y centro-derecha el 21%.

Las discrepancias provienen de qué se considere «centro» y qué «derecha». Por ejemplo, el muy derechista Partido Nacionalista Vasco suele computarse como de centro por el simple hecho de que rehusó apoyar a las derechas (que sí lo apoyarían a él en la segunda vuelta). Casi todos los analistas y, desde luego, los políticos del momento, tuvieron al centro por hundido, sin rebasar los cuatrocientos o quinientos mil sufragios. Dentro de la imprecisión de las cifras, puede decirse que, con respecto a 1933, las izquierdas subían en un millón y medio de votos (de 3 a 4,5 millones) y las derechas en un millón (de 3,5 a 4,5). Estos aumentos salieron fundamentalmente del naufragio del centro, que perdió entre 1,4 y 1,9 millones. También deben sumarse los votos anarquistas, unos cientos de miles que engrosaron a las izquierdas y fueron probablemente decisivos en Cataluña.

Cabe suponer que algunos antiguos votantes de izquierda votarían a la derecha, por temor a la revolución, y otros de derecha en sentido contrario, debido a la frustración por parte de Alcalá-Zamora de los proyectos económicos cedistas, así como por las medidas de saneamiento de la Hacienda, interrumpidas en el peor momento, cuando acarreaban sacrificios inmediatos a mucha gente, sin que pudieran percibirse sus beneficios a medio plazo. Probablemente Azaña se benefició de esta situación, atrayéndose un número de votos mayor de lo esperado.

La ausencia de cifras oficiales arroja una densa sombra de sospecha sobre los resultados, pero en todo caso la CEDA admitiría muy pronto su derrota, lo cual ha dado a los comentaristas de izquierda un arma poderosa para sostener la legitimidad de aquellas urnas. Sea como fuere, el empate en votos se tradujo en una fuerte mayoría izquierdista en diputados. Esto también pone en duda la validez de los comicios, pero en principio lo hacía posible la ley electoral: como bastaba una ventaja insignificante en votos para lograr una ventaja aplastante en diputados, si un partido obtenía gran superioridad en algunas circunscripciones, pero perdía por poco en la mayoría de ellas, podía quedar en las Cortes muy por debajo de sus contrarios, incluso si en el cómputo general del país los ganadores resultaban menos votados. Según el cómputo de J. Tusell, el Frente Popular sacaba 263 escaños, la derecha 156 y el centro 54, en la primera vuelta.

Alcalá-Zamora daría meses más tarde, en el diario suizo *Journal de Genève*, su conocida explicación:

> A pesar de los refuerzos [anarco]sindicalistas, el Frente Popular obtenía solamente un poco más, muy poco, de 200 actas en un Parlamento de 473 diputados. Resultó la minoría más importante, pero la mayoría absoluta se le escapaba. Sin embargo, logró conquistarla

> consumiendo dos etapas a toda velocidad, violando todos los escrúpulos de legalidad y de conciencia.
>
> Primera etapa: desde el 17 de febrero, incluso desde la noche del 16, el Frente Popular, sin esperar el fin del recuento del escrutinio y la proclamación de los resultados, que debería haber tenido lugar ante las Juntas Provinciales del Censo en el jueves 20, desencadenó en la calle la ofensiva del desorden, reclamó el Poder por medio de la violencia.

¿Cómo interpretar estas elecciones, tan cruciales en la historia de España? Algunos autores, como Madariaga, han especulado con las cifras para probar que, en realidad, la mayoría de la población permanecía moderada, pero el aserto choca con el ambiente, la propaganda y las intenciones de los políticos. La gente despreció, con toda evidencia, las opciones moderadas o que se presentaban como tales, y optó, sobre todo en la izquierda, por las abiertamente extremistas, a pesar de la promesa de guerra civil que llevaban implícita y a veces claramente explícita. Los resultados de Cambó o del centro en conjunto indican algo. Millones de personas, impresionadas por la propaganda en torno a la sanguinaria represión de Asturias descrita por las propagandas, albergaban sentimientos de revancha. Otros millones votaron indignados ante la destrucción de las esperanzas derechistas por parte de Alcalá-Zamora, o asustados por las amenazas proferidas sin tregua por los insurrectos vencidos dieciséis meses antes.

A lo largo de los días 17 y 18, siguientes a las votaciones, los disturbios no hicieron más que intensificarse, y muchos políticos del Frente Popular los alentaban. Por ejemplo, en Gijón y Oviedo los presos se sublevaron, apoyados en la calle por miles de simpatizantes. *La Pasionaria* acudió a Oviedo a liberarlos por la brava. Álvaro de Albornoz, el candidato más votado de la región, protestó: «Apenas hemos infligido una derrota a las derechas, se comienza de nuevo a violar las normas jurídicas […]. Que tengan un poco

de paciencia y aguarden hasta que se reúnan las Cortes y se dicte la amnistía». Pero *La Pasionaria* pensaba de otra forma: «Con la bandera de la libertad de los presos nos ha votado Asturias y tenemos la obligación, con normas jurídicas o sin ellas, de devolver la libertad a los presos». Evidentemente fue *La Pasionaria* quien impuso la «ley», y las autoridades de la prisión, intimidadas por la agresiva muchedumbre, abrieron las puertas, dejando libres a presos comunes y a procesados por la rebelión del 34. Casos parejos sucedían en otros lugares.

Algunos historiadores afirman oficiosamente que los desórdenes carecían de trascendencia[7], pero los políticos del momento los vieron, desde luego, muy de otro modo. Portela resume en sus memorias la sucesión de motines e incendios en las cárceles, con muertos y heridos; tiroteos y disturbios con heridos y algún muerto en diversas ciudades, especialmente en Zaragoza; ocupación tumultuosa de las alcaldías; suelta de presos en Madrid y reposición del alcalde Pedro Rico, destituido por su participación en la rebelión del 34, etc. El angustiado gobernante se sentía ante un dilema insoluble. Podía ceder a las turbas en la calle, proclamando la amnistía, por ejemplo, pero con ello cometería una ilegalidad; o podía reprimir los desmanes, lo cual costaría mucha sangre y haría peligrar su propia cabeza. Además creía que los republicanos de izquierda fomentaban bajo cuerda los tumultos, a fin de colocar al Gobierno en una situación crítica. Asustado, resolvió dimitir y dejar a las izquierdas la papeleta de hacer frente a sus propios secuaces.

El Gobierno, desde luego, gobernaba muy poco en esos días, pero su dimisión arrojaba una nueva sombra sobre la legalidad del proceso, pues su deber evidente era mantenerse hasta completar las elecciones con una segunda vuelta, prevista para el lº de marzo. Y a continuación traspasar ordenadamente sus poderes al

nuevo Gobierno, previsiblemente de Frente Popular. Pero el estado de ánimo de Portela no le permitía resistir un instante más. Al atardecer del día 18 convocó a Martínez Barrio, uno de los líderes vencedores, el cual ofrece esta versión: «Entraron en la estancia los generales Pozas y Núñez de Prado. Ambos confirmaron la gravedad de los informes que el presidente poseía. […] Una intensa nerviosidad se acusaba en los cuarteles. […] Aquella noche no estaba al frente del ministerio un gobernante resuelto a imponer su autoridad, sino un hombre acorralado que quería salir a escape de la tragedia».

Portela, pues, presentó su renuncia a don Niceto el día 19, después de haber prevenido a Azaña de su dimisión. Ese día, la Puerta del Sol hervía de gentío que quería colgar la bandera roja en el balcón de la sede de Gobernación y amenazaba invadir el edificio. Portela salió de él, prácticamente huyendo, hacia la presidencia del Gobierno, para entregar sus poderes a Azaña en una ceremonia improvisada a toda prisa. Asistían él, Azaña, Martínez Barrio y los generales Pozas y Núñez de Prado. Este último le indicó al jefe socialista Juan Simeón Vidarte: «Parecía una ceremonia masónica. El Gran Maestre de la Gran Logia da posesión a su sucesor delante del Gran Oriente español y en presencia de dos generales masones: el Gobierno parece haber nacido bajo nuestros auspicios». Vidarte era también un masón destacado. En el nuevo Gobierno entraron también siete ministros masones. Ese gabinete, sumamente beligerante, iba a presidir la segunda vuelta de las elecciones, nueva irregularidad en el alocado proceso iniciado por don Niceto sólo dos meses antes.

La dimisión de Portela no resolvió nada: «En un rápido recuento de las violencias de los trece primeros días de frentepopulismo —escribe Fernando Rivas, minucioso relator de los hechos en su libro *El Frente Popular*—, vemos que se produjeron once choques armados entre grupos

políticos antagónicos o con la fuerza de orden, y 14 agresiones personales, de lo que resultó un balance de unos veintidós muertos y unos ciento doce heridos; se registraron aproximadamente cuarenta incendios y unos ochenta y cinco asaltos a edificios, centros políticos, templos o periódicos; unos cincuenta atracos […], cinco motines de cárceles y un número impreciso […] de asaltos [a cárceles]». El izquierdista general Pozas, director general de la Guardia Civil, consideró los sucesos manifestaciones de «alegría republicana».

¿Quiénes habían llegado al poder? La misma coalición de hecho autora de la revuelta del 34, con las posiciones aparentemente invertidas: en el 34 el elemento dirigente era el abiertamente revolucionario; y el auxiliar, el republicanismo «burgués». Ahora iba a mandar este último, obrando los revolucionarios como auxiliares. El cambio, sin embargo, no calmaba la ansiedad de las derechas, cuyos sentimientos podían describirse como próximos al pánico, según explicaba Alcalá-Zamora. El deprimido Gil-Robles y otros políticos se eclipsaron, y la dirección ostensible de la CEDA pasó temporalmente a Giménez Fernández, representante del ala más izquierdista del partido.

En cuanto a la Falange, el partido más cercano al fascismo, si bien atemperado por su catolicismo, decidió abstenerse de cualquier solidaridad con las derechas vencidas o de cualquier acción contra el nuevo Gobierno. Su líder, José Antonio Primo de Rivera, expresó la esperanza de que Azaña desarrollase finalmente una gestión positiva para el país. En cualquier caso, su actitud tenía poco peso, porque su partido tenía muy poca envergadura, no habiendo obtenido un solo diputado en las elecciones. Por contraste, el Partido Comunista, aunque también pequeño por el momento, alcanzaría los diecisiete. Ambos estaban llamados, no obstante, a intervenir de forma muy relevante en los acontecimientos próximos.

V

¿Contendrá Azaña la revolución?

EL MIEDO de las derechas descendió bastantes grados el 20 de febrero, cuando Azaña hizo un llamamiento a la calma en sus primeras declaraciones oficiales: «El Gobierno se dirige con palabras de paz. Espera que toda la nación corresponda a los propósitos de pacificación, de restablecimiento, de justicia y de paz. […] No conocemos más enemigos que los enemigos de la República y de España. […] Nuestro lema es defensa de la República, República restaurada y, por consiguiente, libertad, prosperidad y justicia en España. Unámonos todos bajo esa bandera en la que caben republicanos y no republicanos, y todo el que sienta el amor a la patria, la disciplina y el respeto a la autoridad constituida».

A la CNT, el poderoso sindicato anarquista que había ayudado con sus votos al triunfo del Frente Popular, no le agradaron esas palabras: «Para el trabajador consciente no puede haber más que dos caminos: o con la burguesía o frente a ella; si opta por la primera es que consiente ser un esclavo». Azaña tenía pésima experiencia de la CNT. En su anterior período de Gobierno, de 1931 a 1933, había sido ese sindicato el que le había empujado a la crisis y al descrédito con sus continuos movimientos insurreccionales.

El más grave de ellos, en enero de 1933, había culminado en el pueblo gaditano de Casas Viejas, donde la policía de Azaña había realizado una matanza de campesinos inermes. Y ahora los anarquistas no dejaban de recordar el suceso, preguntándose qué diferencia había entre él y la represión de Asturias. Las palabras de Azaña tampoco gustaron a los socialistas de Largo, aunque éstos, de todas formas, estaban resueltos desde el principio a seguir tras las elecciones su propia política, al margen del Gobierno azañista.

Por las mismas razones que displacían a los revolucionarios, las frases de Azaña sentaron como un bálsamo a las derechas. Parecía posible contar con el Gobierno para frenar el proceso revolucionario en marcha. Expectativa bastante lógica porque, después de todo, el «burgués» Azaña no podía estar interesado en nada semejante a la dictadura del «proletariado» o a las apetencias anarquistas. Giménez Fernández, republicano y líder momentáneo de la CEDA, proclamó su firme legalismo y ofreció su colaboración al Gobierno.

Hasta entrado marzo, después de la segunda vuelta electoral, no se constituirían las nuevas Cortes, y entre tanto la derecha tenía mayoría en la Diputación Permanente de ellas. Desde ahí podía obstaculizar las iniciativas del nuevo Gobierno, pero manifestó enseguida un caluroso afán de cooperación. En primer lugar, aceptó la «legalización» de la amnistía impuesta ilegalmente desde la calle, librando al Gobierno de la preocupación de reprimir las movilizaciones. Luego restableció la autonomía catalana, suspendida tras la rebelión del 34, y lo hizo igualmente antes de la reunión del nuevo Parlamento, que legalmente debía decidir sobre tal asunto. Esta cuestión preocupaba agudamente a Azaña, pues Companys y los suyos, salidos de la cárcel por la presión de las masas izquierdistas, pensaban «plantarse en Barcelona y tomar posesión por la

fuerza», lo cual, indica el sucesor de Portela, significaba perpetrar «un disparate colosal, repetir otro 6 de octubre y hacérmelo a mí. […] Parecen chiquillos y me dan mucho quehacer para traerlos al buen sentido». El Gobierno y las Cortes empezaban a marchar arrastrados por la calle, pero lo normal sería que, tras unas primeras cesiones, la autoridad fuera recuperando pronto sus fueros.

Y sólo muy tímidamente protestó la derecha ante un decreto que obligaba a los patronos no ya a readmitir a los empleados despedidos por huelgas políticas o por el movimiento revolucionario de octubre, sino a indemnizarles con hasta seis meses de paga. Ello entrañaba para muchas empresas pequeñas un coste difícil de soportar, y obligaba casi siempre al despido de los trabajadores contratados meses antes en sustitución de los insurrectos. Se mencionaba a una viuda forzada a readmitir y resarcir económicamente a los asesinos de su marido.

Azaña, muy consciente de este apoyo derechista, se vanagloriaba irónicamente, en cartas a Rivas Cherif[8], de haberse convertido en «un ídolo nacional», «un ídolo de las derechas», las cuales, afirma, «sienten estupor ante nuestro triunfo y respeto ante nuestra autoridad». Muy ufano, contestaba con desprecio a las ofertas de colaboración de la CEDA, atribuyéndolas, acertadamente, al miedo: «Tienen un miedo horrible. Ahora quieren pacificar, para que las gentes irritadas se calmen y no les hagan pupa. Si hubieran ganado las elecciones no se habrían cuidado de pacificar». Parecía olvidar que quienes se habían lanzado a la guerra, sólo dieciséis meses antes, habían sido las izquierdas. Y se recreaba: «A Gil Robles la Pasionaria le ha cubierto de insultos. […] No sabe dónde meterse, del miedo que tiene». E insiste: «¿Causa profunda de todo esto? El miedo. Te divertirías mucho si estuvieras aquí».

Él mismo, que nunca había brillado por una valentía excepcional, explotaba el susto de sus antiguos adversarios,

con una frivolidad difícil de creer: «He tenido algunas escenas divertidas. Por ejemplo: vino a visitarme el Consorcio de la Banca privada en pleno […] a pedirme que hiciera algunas declaraciones sobre el orden público. […] Les dije que no me daba la gana […] y que debían dar cuarenta mil duros para los inundados de Sevilla, para impedir que quemaran algún Banco. Se quedaron de piedra y han soltado los 40 000 duritos». El Consorcio había acudido a testimoniarle la «plena adhesión de la Banca […] incondicionalmente al lado del Gobierno».

Hacer desplantes a otras autoridades le divertía extraordinariamente: «Me he dado el gusto de no admitir en mi despacho al Presidente del Supremo». Desairó al general Batet cuando éste iba a saludarle, hecho significativo porque Batet había defendido la República y acabado en pocas horas con la revuelta de Companys en 1934. Azaña había afirmado, con evidente falsedad, no haber tenido ninguna relación con dicha revuelta. Mostraba su alegría porque «ya hay otro general preso», en referencia a López Ochoa, asimismo defensor de la ley durante la revolución de Asturias.

Le complacía especialmente punzar a quien seguía siendo presidente de la República, Alcalá-Zamora, a quien, en definitiva, debía el poder. Se jacta de humillarle soltándole «atrocidades» ante los ministros. Cuando el presidente invocó su derecho a hacer observaciones al Gobierno, le contestó: «Las hará usted mientras haya aquí alguien que se crea en el deber de escucharlas. En otro caso, se las hará usted a los muebles», y comenta: «Esto es lo más suave que nos decimos». «Sólo me falta cogerle por las solapas».

Estos alardes y provocaciones, expuestas con evidente placer por él mismo, dejan una impresión de desvarío. Hablaba de haber resuelto «con elegancia» el problema de la amnistía, que en realidad había sido impuesta desde la

calle y facilitada por la colaboración de la derecha. Creía estar en una situación muy parecida a la de 1931, incluso más favorable para él, sin percibir, aparentemente, la significación del hundimiento del centro (al que él había contribuido con su intriga contra Lerroux). Ni que la derecha, pese a perder las elecciones, seguía representando a la mitad de la población, y que acorralarla podía inducirla a reacciones extremas. Tampoco daba señal de entender la enorme diferencia entre el PSOE de 1931 y el de 1936. Y, contra las esperanzas de la derecha, mostraba una extraña despreocupación por el deterioro galopante del orden público o por la agitación de los partidos revolucionarios, sobre los cuales quería sostenerse.

Y el 1 de marzo caía por tierra la esperanza de la concordia prometida diez días antes. Ante una magna concentración encuadrada por una masa de milicianos comunistas y socialistas uniformados, que exigía depurar el ejército y castigar a los autores de la represión de octubre, Azaña declaró que el programa del Frente Popular se cumpliría «para que la República no salga más de nuestras manos, que son las manos del pueblo. Tenemos la República y nadie nos la arrebatará». Y ciertamente ahí estaba el punto clave del programa izquierdista, «moderado» según muchos comentaristas. Nunca Gil-Robles había efectuado declaraciones parecidas.

La derecha se sintió más impresionada por la manifestación misma que por las frases de Azaña, pese a certificar éstas la agonía de la democracia y la entrada del Gobierno por los caminos de la ilegalidad. *La Pasionaria* definió el momento: «Vivimos en una situación revolucionaria que no puede ser demorada con obstáculos legales, de los que ya hemos tenido demasiados desde el 14 de abril. El pueblo impone su propia legalidad y el 16 de febrero pidió la ejecución de sus asesinos. La República

debe satisfacer las necesidades del pueblo. Si no lo hace, el pueblo la derribará e impondrá su propia voluntad». El «pueblo», lógicamente, consistía en *La Pasionaria* y quienes quisiesen seguirla, que ciertamente no eran pocos en aquellos meses, después de la intoxicación en torno a las supuestas atrocidades de Asturias.

Por el susto, la derecha se mostraba sumisa. El 6 de marzo Gil-Robles prometía «una oposición serena, razonada y firme, sin obstrucciones estériles», y trece días después Giménez Fernández exigía a sus diputados definirse públicamente sobre tres cuestiones: ¿fascismo o democracia?, ¿república o monarquía?, ¿reformas sociales o pleno conservadurismo? La mayoría optó por la república y la democracia, y se autocriticó de la anterior política social seguida por la CEDA. Naturalmente, estas decisiones no suscitaron comprensión, sino desprecio entre sus adversarios, muchos de los cuales exigían la ejecución de los líderes derechistas. Ante las pésimas perspectivas, los diputados de la CEDA añadieron que si la democracia no funcionaba, el partido se disolvería y cada cual iría con quienes considerase más afines. Los monárquicos, en especial Calvo Sotelo, acentuaban sus sarcasmos hacia lo que percibían como servilismo de la derecha católica.

* * *

El 18, día anterior a la declaración de la CEDA, el Frente Popular de Asturias exigía una ponencia para investigar los crímenes represivos. Se formó enseguida, presidida por Matilde de la Torre y Dolores Ibárruri. De ser ciertas las acusaciones tendría que haber miles de personas en la región exigiendo reparaciones por daños provenientes de las torturas, saqueos y asesinatos achacados a los represores. Sin embargo no existe constancia de tales reclamaciones. Es más, de la comisión investigadora nunca

más se supo, y *La Pasionaria* la omite en sus memorias. El autor de uno de los informes más famosos sobre la represión, el republicano Gordón Ordás, se había negado a debatirlo en las Cortes derechistas, alegando que lo haría sólo ante un Parlamento de izquierdas, único legítimo en su opinión. Pero tampoco mostró la menor prisa por hacerlo cuando ése Parlamente se constituyó. En adelante iban a ser las derechas las que demandaran en las Cortes la investigación oficial de las atrocidades, sin obtener, misteriosamente, la menor respuesta de las izquierdas.

No fue posible condenar a nadie por los pretendidos crímenes represivos. El Frente Popular hacía recaer especialmente sobre Franco la responsabilidad por ellos, y según su propio programa electoral debía de haber un crecido número de militares y policías a encausar. Sin embargo, sólo el general López Ochoa y un capitán de la Guardia Civil, Nilo Tello, fueron detenidos, siendo procesados con suma pereza. El misterio de tan extraña desgana se aclara teniendo en cuenta cómo se montó la campaña y analizando con espíritu crítico sus contenidos. No obstante, las acusaciones izquierdistas han sido reproducidas como verdades de fe por una amplísima historiografía española y extranjera, en especial anglosajona. Ciertamente hubo algunos excesos en la represión, pero ni de muy lejos los pregonados por la propaganda. E inferiores, además, a los crímenes cometidos por los revolucionarios, los cuales parecían atribuirse el derecho a asesinar, pues la campaña no los aludía siquiera.

En *El derrumbe de la Segunda República* dediqué algunos capítulos a examinar las contradicciones y vaguedades de la campaña, y la conclusión inesquivable es que se trató de un amasijo de exageraciones, falsedades y medias verdades. La campaña tuvo una intensidad extraordinaria dentro y fuera de España. El testimonio de su principal organizador, Juan Simeón Vidarte, revela que

se planteó a imitación de la célebre «ferrerada», en torno a la ejecución del pedagogo terrorista Ferrer Guardia a principios de siglo. En la de Asturias jugaron un papel especial la masonería y las internacionales obreristas, con especial incidencia del aparato de la Komintern, dirigido por Willi Münzenberg, un verdadero genio de la propaganda.

La campaña resultó muy útil a las izquierdas, pues les permitió recuperarse políticamente y pasar del banquillo de los acusados al estrado del fiscal, aunque al precio de elevar la tensión social en España hasta el borde del estallido. Para millones de personas dentro y fuera del país, la derecha que había defendido la legalidad quedó marcada a fuego como una brutal oligarquía oscurantista y asesina, resuelta a perpetrar los más odiosos crímenes y torturas masivas a fin retener sus «injustos privilegios». El estereotipo ha sido tan repetido por políticos e intelectuales «progresistas», que sigue formando parte de una «cultura» política muy difundida. Pero es natural que, una vez cumplido su objetivo de unir a las izquierdas y llevarlas al poder, éstas prefirieran evitar investigaciones embarazosas sobre la veracidad de sus acusaciones.

Difícilmente cabe exagerar el interés del episodio: revela cómo una campaña básicamente mendaz puede cambiar en ocasiones el destino de una nación. Con el aludido caso de Ferrer Guardia había ocurrido algo muy parecido, aunque a menor escala. Después de la Semana Trágica de 1909, todas las izquierdas y el partido principal de la oposición se habían concitado para acabar políticamente con Antonio Maura. Éste era uno de los pocos líderes del momento con visión de estadista, promotor de reformas que probablemente habrían consolidado y avanzado en la democratización del régimen liberal de la época. También entonces la campaña había logrado su objetivo, haciendo crujir las estructuras del régimen, preludio de renovadas

agitaciones y violencias que habían de dar al traste con él. Pero la agitación en torno a los sucesos de Asturias tendría efectos mucho más demoledores.

* * *

Continuaba la imposición de la ley desde la calle. Después de la amnistía fue una «reforma agraria» consistente en la «legalización» de la invasión de terrenos privados. Los sindicatos, en especial la UGT, organizaban, a veces de forma masiva, la ocupación de las fincas, como las tres mil invadidas simultáneamente en Badajoz el 25 de marzo. El Gobierno, cuya autoridad se diluía cómo azúcar en agua caliente, marchaba a rastras de la presión izquierdista en la calle y en el campo.

Días antes habían ocurrido en Granada hechos de la mayor significación. En respuesta a una supuesta agresión derechista, recoge Stanley Payne en *El colapso de la República* (págs. 296-297): «tuvieron lugar una serie de desórdenes y actos de destrucción de la propiedad que culminaron el 10 de marzo con una huelga general y un tumulto masivo, incluida la quema de los talleres y oficinas del periódico derechista *El Ideal*, así como de sedes políticas de la derecha, varias iglesias y al menos dos casas particulares. La violencia se extendió por otras ciudades pequeñas de la provincia, mientras que en la ciudad de Granada al menos dos personas resultaron muertas». En palabras de Macarro Vera, «el gobernador había caído en la irresponsabilidad de dar volantes de auxiliares de su autoridad a las milicias socialistas y a los anarquistas, que en los días siguientes se dedicaron a registrar las casas de personas de derechas», como si los conservadores fueran culpables de la destrucción de sus propiedades.

«La política del gobernador civil de Granada fue el preludio de dos actuaciones que más tarde llegarían a ser

habituales: la autorización a los revolucionarios para actuar como policías auxiliares, lo que garantizaba que se desobedecería la ley de manera incluso más grave; y la tendencia cada vez más frecuente, tras la violencia y los desórdenes protagonizados por la izquierda, a arrestar sólo a los derechistas, como si les culparan de los desórdenes de la izquierda».

El Gobierno reaccionó con un amago de energía, y arrestó a personas de izquierda y de derecha, pero fue una actuación insuficiente y sin continuidad. Sería la política del gobernador de Granada la que en adelante marcase la «normalidad», limitándose el Gobierno a aplicar la censura a las informaciones. Los periódicos solían aparecer con espacios en blanco, y pronto se resignaron a la imposibilidad de informar a la gente sobre los continuos disturbios y asesinatos.

La derecha presionaba, de modo tan apremiante como inútil, para que las Cortes trataran la situación y obligaran al Gobierno a cumplir su deber más elemental de salvaguardar la ley. Pero los diputados izquierdistas tenían asuntos más urgentes, el principal de ellos era el de aumentar su mayoría parlamentaria hasta privar a la derecha de cualquier esperanza de hacer triunfar alguna vez sus propuestas, con lo cual quedaba reducida a un papel decorativo. Con esa finalidad resolvieron, erigiéndose en juez y parte, revisar las actas conseguidas por los conservadores en las elecciones pasadas. Para *El Socialista*, diario del grupo de Prieto, «ni un solo diputado de derechas puede afirmar que alcanzó limpiamente su escaño». Con su actitud establecía de entrada un clima de intimidación y amenaza. El mismo Prieto se encargó de presidir la comisión encargada de entrar a saco en las actas de sus adversarios. Madariaga, agudo testigo de la época, comenta: «Conquistada la mayoría, fue fácil hacerla aplastante. Reforzada con una extraña alianza con los

reaccionarios vascos, el Frente Popular eligió una Comisión de actas y ésta procedió de una manera arbitraria. […] No se trataba solamente de una ciega pasión sectaria; se trataba de la ejecución de un plan deliberado y de gran envergadura. Se perseguían tres fines: hacer de la Cámara una convención, aplastar a la oposición y asegurar el grupo menos exaltado del Frente Popular». El menos exaltado —aunque no dejaba de estarlo— eran las izquierdas republicanas respaldadas por Prieto.

Derechas e izquierdas habían protestado por fraudes y coacciones electorales. Las protestas derechistas fueron desoídas. La CEDA pidió pruebas documentales para atender a las acusaciones, pero la comisión prefirió utilizar lo que llamaba «certeza moral». En las nuevas Cortes, los comunistas tenían un protagonismo extraordinario, pese a constituir una pequeña minoría. Uno de sus diputados, Martínez Cartón, exigió: «Que se aplique la ley con un sentido menos de latín y más de ruso, porque […] lo entienden las masas populares». Los obreristas deseaban expulsar del Parlamento a los líderes más destacados de las derechas, Gil-Robles y Calvo Sotelo, pero Azaña y Prieto, deseando mantener alguna apariencia de legalidad, preferían mantenerlos. Lo consiguieron, pero las arbitrariedades llegaron al punto de provocar la dimisión del mismo Prieto, pese a no ser precisamente un político escrupuloso.

Las sesiones transcurrieron en un lenguaje injurioso y amenazante. Destacó *La Pasionaria*, que calificaba a Gil-Robles, por ejemplo, de «histrión ridículo, salpicado de sangre», «payaso asalariado», «verdugo» pidiendo abiertamente su encarcelamiento por su «política de engaños, de chanchullos y de crímenes». El también comunista Uribe acusaba a Calvo Sotelo —en falso, como de costumbre— de haber amenazado «con ponernos un patíbulo en cada esquina para colgar a todos los

trabajadores y a todos los republicanos». La socialista Matilde de la Torre clamaba: «El mérito de ese señor ha sido haber hecho cinco mil muertos en Asturias», aunque Calvo no había tenido intervención alguna en los sucesos, pues había carecido de cualquier autoridad gubernamental; y el número de muertos en toda España, causados por la insurrección de los correligionarios de Matilde, ascendía a 1400. Estos lenguajes indican el ambiente de histeria dominante en las sesiones.

Al final, las derechas hubieron de ceder nada menos que 32 escaños, la mayoría a favor del Frente Popular, más algunos a otras formaciones menores, a fin de dar una vaga sensación de imparcialidad. *El Debate*, órgano oficioso de la derecha católica, clamaba el día 18: «Una cosa es aceptar la pérdida en el juego limpio y otra muy distinta soportar conscientemente las ambiciones insaciables de una mayoría ensoberbecida». El 31 de marzo la CEDA abandonó las sesiones. Giménez Fernández declaró que se estaba sustituyendo «la voluntad popular, base de un régimen democrático, por el imperio absoluto de una mayoría discutible, base de los regímenes totalitarios», y advirtió que se retiraba para no colaborar en la transformación de las Cortes en «organismo faccioso». Con toda evidencia la revisión de actas había constituido una ilegalidad más —tampoco nada parecido había ocurrido al triunfar las derechas en 1933—, y la apreciación de Giménez reflejaba la realidad. Pero la CEDA, acusada furiosamente de golpista por las izquierdas, hubo de volver al Parlamento a los pocos días, con las orejas gachas.

A resultas del fraude, el Frente Popular subía hasta los 277 escaños, el centro aumentaba ligeramente hasta 60, y la derecha se quedaba en 131. Mediante una serie de hechos consumados, el «grupo menos exaltado» de la izquierda, como le llama Madariaga, estaba transformando el régimen en algo parecido a la seudodemocracia del

sistema mejicano. En apariencia, consolidaba su posición no sólo ante las derechas, sino ante las izquierdas más extremistas. Pero los hechos demostrarían que se trataba de una ilusión.

* * *

La frivolidad y autosatisfacción algo alucinadas con que Azaña venía contemplando los sucesos debieron de irse debilitando conforme el panorama político se oscurecía. El 17 de marzo registraba: «Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de la derecha y el registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas… Han apaleado […] a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol, a dos oficiales de artillería; en Logroño acorralaron y encerraron a un general y a cuatro oficiales. […] Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno, y he perdido la cuenta de las poblaciones en que se han quemado iglesias». Todo este vendaval destructivo en sólo un mes desde las elecciones, y sin trazas de amainar.

Dos días antes el Gobierno había declarado, con notable insolencia, que «el estado actual del orden público es satisfactorio». Desmintiéndose, había prorrogado el estado de alarma por otro mes, y seguiría haciéndolo en los siguientes. El estado de alarma restringía severamente las libertades ciudadanas, pero no se aplicaba a los desmanes de las izquierdas. La censura de prensa, al impedir informar de los continuos atentados, crímenes políticos e incendios, pretendía dar a los ciudadanos una sensación de normalidad, pero en vano, porque las noticias circulaban

como rumores creando un ambiente de descomposición social.

Y en una comparecencia ante las Cortes, el 3 de abril, Azaña certificaba, sin que casi nadie se percatase de ello, el fin de las esperanzas puestas en él como valladar frente al impulso revolucionario. Su triunfalismo inicial había decaído bastante. Se presentó dramáticamente como «el bulto todavía parlante de un hombre excesivamente fatigado», y advirtió: «Ésta es quizá la postrera coyuntura que tenemos, no sólo para el desenvolvimiento pacífico y normal de la vida republicana, […] sino también en régimen parlamentario». Daba impresión de hacerse cargo de la realidad, pero no era del todo así. Contradiciéndose, descartó tanto la posibilidad de la revolución como de un golpe militar, calificándolos respectivamente de «inmensa patraña» o de «fantasma». ¿Por qué, entonces, sentía tal fatiga y creía tan amenazada la normalidad republicana y parlamentaria?

Mostró una apariencia de energía al advertir que el programa del Frente Popular lo llevaría a cabo la autoridad del Gobierno y no otras «autoridades» callejeras, y al condenar «el desmán, la violencia, el terrorismo, dondequiera que se manifiesten y hágalos quien los haga». Sus palabras desataron el entusiasmo de los conservadores, que no prestaron la atención debida a las frases siguientes: «Dejemos llegar un poco a nuestro ánimo el sentimiento de la misericordia y de la piedad. ¿Es que se puede pedir a las muchedumbres irritadas y maltratadas, a las muchedumbres hambreadas durante dos años, a las muchedumbres saliendo del penal, que tengan la virtud que otros tenemos de que no trasparezcan en nuestra conducta los agravios de los que guardamos exquisita memoria?». Es decir, justificaba los desmanes, la violencia y el terrorismo. Y lo hacía apoyándose en mentiras notorias. En los dos últimos años, el hambre había descendido con respecto al

anterior período republicano, gobernado por el propio Azaña, y las «muchedumbres irritadas saliendo del penal» no eran multitudes, y se habían sublevado contra la legalidad republicana y cometido mil «desmanes», instigadas por los aliados de Azaña y por Azaña mismo. Quedaba claro que él no estaba dispuesto a frenar la oleada de disturbios, en definitiva tan justificados, a su juicio. Lo más chocante es que encubriera tales propósitos presentándolos como inspirados por «la misericordia y la piedad[9]».

Azaña había hablado con tono sereno, señalando los problemas, y los diputados, angustiados por la situación al igual que el resto de la ciudadanía, quedaron encantados. También quedó encantado el orador: «¡Qué éxito! No creo haber tenido uno igual en las Cortes. La mayoría, en pie, vociferaba, vitoreaba. […] El espectáculo fue magnífico. […] Subió la Bolsa, se ha cubierto la renovación de las obligaciones del tesoro, ya nadie cree en los soviets ni en el golpe militar». Los más eufóricos parecían los comunistas y los conservadores. Éstos se aferraban a la condena aparentemente enérgica de las violencias. Los otros entendían el mensaje de la «piedad y la misericordia».

Prieto calificó de mágico el discurso. Azaña había logrado infundir confianza a la sociedad, dando a entender que veía con claridad los problemas y, por tanto, sabría resolverlos. Pero el mismo Prieto, tras reflexionar, comprendió que se trataba de un discurso «vacío». No había en él un plan, siquiera una indicación, para eludir la pendiente hacia el abismo. Al contrario. La legitimidad, de por sí dudosa, obtenida por el Frente Popular en las elecciones, se esfumaba a marchas forzadas: el Gobierno se negaba a cumplir y hacer cumplir la Constitución. Lejos de contener el impulso revolucionario, como esperaban las derechas, lo amparaba en la práctica.

En esa pendiente, el día anterior el periódico *Claridad*, órgano del sector «bolchevique» del PSOE, daba la consigna para un nuevo avance contra la democracia: formar milicias en todos los pueblos y «hacer el desarme a fondo de los enemigos del proletariado y de la República». Y, sobre todo, ejercer «firme presión sobre el Gobierno. ¿Por qué no? En el asunto de las milicias, como en el de la amnistía, como en el de la Reforma Agraria, acabará por inclinarse ante el certero instinto de las masas proletarias y campesinas. [...] Al pueblo hay que organizado militarmente». De hecho, tanto los socialistas como los comunistas y los anarquistas llevaban años organizando milicias paramilitares. Se trataba ahora de imponerlas como un poder fáctico por todo el país, contando con la incapacidad del Gobierno para imponer la ley, como había ocurrido con la amnistía y la «reforma agraria».

Y Azaña y los suyos, por su lado, preparaban un nuevo golpe a la legalidad y la normalidad constitucional, respaldándose en aquel peculiar Parlamento. Planeaban destituir al presidente don Niceto, el «progresista» de derechas que les había abierto el camino del poder. Tras la revisión de actas, esta medida debía remover cualquier obstáculo a un poder cada vez más despótico de las izquierdas.

VI

Los planes de las izquierdas

EN SU discurso del 3 de abril, Azaña había dicho también: «Si yo hubiera sido un hombre egoísta, le habría dicho al señor presidente de la República: Señor presidente, por un par de meses que venga otro a sacrificarse. Y habría cogido el Gobierno en condiciones de paz y tranquilidad». Con esta exposición algo infantil expresaba su esperanza de que en dos meses se calmase la inquietud. No parecía consciente de que él mismo estaba echando leña al fuego.

El país había adquirido un aspecto revolucionario desde la inauguración de las nuevas Cortes, cuando los diputados obreristas habían entonado la *Internacional*, en pie y con el puño en alto. En las ciudades y en el campo cundían las huelgas, manifestaciones y trifulcas, los desfiles con emblemas marxistas o anarquistas, la presencia de las milicias de partido, a veces armadas, la obstrucción de carreteras para exigir a los automovilistas ayudas para el Socorro Rojo u otros fines. La Iglesia sufría un hostigamiento enconado, llegando a imponérsele tasas por el toque de campanas, por los enterramientos o por cualquier otra actividad religiosa, aparte de los continuos atentados contra los edificios eclesiásticos, agresiones y humillaciones a sacerdotes, etc. El Gobierno colaboraba

permitiendo las tropelías y con planes para erradicar definitivamente cualquier atisbo de enseñanza religiosa.

Madariaga retrata el panorama: «Ni la vida ni la propiedad contaban con seguridad alguna. […] No era sólo el dueño de miles de hectáreas […] quien veía invadida su casa y desjarretado su ganado sobre los campos donde las llamas devoraban las cosechas. Era el modesto médico o abogado de Madrid con un hotelito de cuatro habitaciones y media y un jardín de tres pañuelos, cuya casa ocupaban obreros del campo ni faltos de techo ni faltos de comida, alegando el derecho a hacer la cosecha de su trigo, diez hombres para hacer la labor de uno; era el jardinero de la colonia de casas baratas que venía a conminar a la muchacha que regaba los cuatro rosales del jardín a que se abstuviese de hacer el trabajo que pertenecía a los jardineros sindicados; era la intentona de prohibir a los dueños de automóviles que condujeran ellos mismos, obligándoles a tomar un conductor sindicado; era la huelga de albañiles de Madrid con una serie de demandas absurdas con evidente objeto de mantener abierta y supurando la herida del desorden, y el empleo de la bomba y el revólver por los obreros contrarios al laudo contra los obreros que lo habían aceptado».

El Gobierno había abierto puertas y ventanas a un proceso revolucionario. Proceso caótico —pero no espontáneo, sino promovido activamente por los partidos— porque en él confluían estrategias diversas, como ya quedó indicado.

Los anarquistas de la CNT-FAI pretendían debilitar el poder «burgués» mediante una agitación constante, la «gimnasia revolucionaria», hasta que finalmente el edificio del Estado quedase expuesto al golpe final. Dominaban la CNT, la central sindical con más afiliados de España: se suele hablar de un millón y medio, pero parece más realista rebajar la cifra a la mitad. Aun así constituían una fuerza

impresionante, y una de las pesadillas de la República desde su mismo comienzo.

Convencidos de que el momento decisivo se acercaba con rapidez, los anarquistas miraban como enemigos no sólo a las derechas y al Gobierno, sino también a los socialistas y comunistas, por quienes eran correspondidos con creces. El 26 de marzo el órgano libertario *Solidaridad Obrera* escribía: «Estos días se ha venido repitiendo la frase de Lenin en distintos periódicos marxistas y de izquierda. Lenin dijo en un discurso que la segunda nación en Europa que utilizaría la dictadura del proletariado sería España. […] Pero Lenin no conocía ni el estado temperamental de España. […] Aquí no se admiten dictaduras, ni rojas, ni azules ni negras. […] España es el único país donde el anarquismo se levanta como una bella promesa de prontas realizaciones. […] Pese a Lenin y a todos sus panegiristas, España va directamente hacia una revolución de tipo libertario. […] En esta hora preñada de amenazas es cuando el sentido revolucionario debe agudizarse, concretarse, no desperdiciando ocasiones. […] Es menester que no defraudemos las esperanzas depositadas por el proletariado nacional e internacional en la capacidad y potencia del movimiento español. […] La revolución en España será de tipo libertario».

No pensaban lo mismo los socialistas de Largo Caballero, para quienes el proceso debía desembocar pronto en una dictadura «proletaria», en pro de la cual predicaban y obraban sin descanso. Los hechos confirmaban sus cálculos: en octubre del 34 parecían hundidos, pero la derrota había sido pasajera. Sólo dieciséis meses después, los vencedores se encontraban fuera del poder, unos destruidos políticamente (los lerrouxistas) y los otros, en especial la CEDA, aturdidos y a la defensiva, mientras las organizaciones revolucionarias estaban reconstruidas y fuertes como nunca antes. ¿Qué demostraban estos

cambios asombrosos, sino que la historia marchaba a favor de la revolución, y que las victorias de la «burguesía» sólo podían ser pasajeras?

El 19 de marzo, su periódico *Claridad* decidía como aspiración inmediata «lº La conquista del poder político por la clase trabajadora por cualesquiera medios que sean posibles; 2º La transformación de la propiedad privada o corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social y común». Algunos historiadores han insistido en reducir tales frases a mera retórica, sin una «verdadera» intención revolucionaria. Después de la experiencia de octubre y atendiendo al comportamiento de ese partido en 1936, sostener tal cosa sólo puede entenderse como una ingenuidad interesada, por llamarla de alguna manera.

En sus memorias, Largo Caballero señala: «El señor Azaña creyó que iba a gobernar una Arcadia feliz. Que por el hecho de estar él en el poder se terminarían los conflictos entre patronos y obreros y no habría huelgas, y que los trabajadores sufrirían con paciencia la explotación capitalista. […] Como a pesar de haber un Gobierno republicano se producían huelgas, se desesperaba». Esto es sólo un pálido reflejo de la realidad. Los socialistas pro Largo multiplicaban las huelgas, la presencia de milicias y diversas actividades violentas. El Gobierno se veía constantemente zarandeado, ya que su estabilidad dependía, precisamente, del Partido Socialista.

Esta conducta de Largo Caballero hacia un Gobierno de izquierdas, a cuyo triunfo había contribuido con sus votos, ha parecido absurda a muchos observadores superficiales, y se la ha criticado por falta de inteligencia o de sentido común. Sin embargo, Vidarte nos da el secreto de esa táctica: «Caballero [creía] que los republicanos fracasarían y la fruta suficientemente madura caería inevitablemente a sus pies». Como ya quedó indicado, él y sus inspiradores, en

especial el intelectual Araquistáin, procuraban deliberadamente hacer fracasar al Gobierno de Azaña, llevándolo a una crisis definitiva para sustituirle en el poder por el mero mecanismo político y sin correr los peligros de una nueva insurrección. El Frente Popular les ofrecía justamente esa oportunidad histórica. No cabe dudar de que las derechas sentían escalofríos ante tal posibilidad, y ello las impulsaba a persistir en la búsqueda, contra toda esperanza, de acuerdos con Azaña[10].

Pero eran quizá los comunistas quienes desplegaban una acción más sistemática y enérgica dentro de sus posibilidades, todavía limitadas. En su estrategia, recuérdese, había dos elementos fundamentales: la unidad con el PSOE para crear el «partido único del proletariado español», y la presión sobre el Gobierno republicano para que desarticulase a las derechas —tildadas casi en bloque de «fascistas»— y encarcelase a sus líderes. Este paso allanaría mucho el camino a una revolución de tipo soviético y tendría la ventaja de ser dado, si las cosas marchaban bien, por un Gobierno «avanzado», pero «burgués» y «democrático». Las declaraciones del PCE al respecto, que he analizado en otros libros, no dejan el menor lugar a la duda.

La política comunista se inspiraba en la táctica de frentes populares decidida en el VII Congreso de la Comintern, e inspirada por Moscú. Stalin, preocupado por el auge de la Alemania nacionalsocialista, había abandonado la línea anterior, llamada «clase contra clase», intransigente con los partidos tachados de burgueses y sus lacayos y agentes los socialistas («socialfascistas»). Ahora se acercaba a esos partidos burgueses y a sus lacayos proponiéndoles unirse contra el común enemigo «fascista». Con ese lema unitario, los estalinianos debían arrastrar a las fuerzas «pequeño burguesas» y a los exsocialfascistas a posiciones radicales de las que fuera cada vez más difícil

volver atrás. Ardua tarea, pues muchos posibles aliados catalogaban a los comunistas como peores que los fascistas. Aun así, la nueva línea de la Komintern cosecharía bastantes laureles, y una influencia intelectual y política todavía visible en estos comienzos del siglo XXI.

A menudo se ha dicho que el PCE de entonces buscaba consolidar la República a fin de aislar al fascismo. Tal pretensión choca absolutamente con los hechos conocidos e ignora el carácter de las doctrinas y estrategias comunistas. Para empezar, no existía en España un fascismo de alguna importancia: lo más parecido a él, la Falange, había salido de las elecciones sin un solo escaño. Y la República hacía agua por todas sus junturas, empezando por la política del Gobierno. Si hubiera pretendido consolidar al régimen, el PCE se habría aliado acaso con Prieto y Azaña, y les habría empujado a respetar la Constitución. En cambio, hacía exactamente lo contrario: se aliaba con el extremismo de Largo Caballero, a quien halagaba con el título de *El Lenin español*, y presionaba al Gobierno para que derrumbase la ley por completo. Todo lo cual, por cierto, radicalizaba a sectores de la derecha hacia un posible fascismo que por el momento seguía siendo insignificante.

Síntoma de la situación, el día 5 de abril, dos después del discurso «mágico» de Azaña, eran anuladas las elecciones municipales convocadas veinte días antes. Algunos han querido interpretar esa anulación como una concesión conciliatoria hacia Gil-Robles, pero, una vez más, no hay nada de ello. Azaña lo explica: «Hay un alboroto tremendo. Socialistas y comunistas quieren la mayoría en todos los ayuntamientos y además los alcaldes. […] Han cometido la ligereza [¡!] de decir que eso lo hacen para dominar la República desde los ayuntamientos y proclamar la dictadura de los soviets. Esto es una simpleza [¡!], pero por lo mismo es dañoso. Los republicanos protestan y el hombre neutro está asustadísimo. […] Tendré que suspender las

elecciones, si no se llega a un acuerdo, para evitar que republicanos y sociales vayan desunidos y a favor de esto triunfen las derechas, como en el año 33». El objetivo de la suspensión fue, obviamente, impedir un probable triunfo derechista o un golpe de las izquierdas obreristas.

Y los comunistas obtenían el mismo día 5 un éxito trascendental en su línea de fusión con el PSOE, al menos con la fracción de Largo: la unificación de las organizaciones juveniles de los dos partidos, que adoptaron el nombre de JSU (Juventud Socialista Unificada). El suceso tenía mucho mayor alcance que la integración, en diciembre anterior, de la CGTU, el pequeño sindicato comunista, en la UGT. Las juventudes, instruidas por militares izquierdistas, formaban la punta de lanza revolucionaria, exhibían su carácter paramilitar, acumulaban armas y cultivaban una ardorosa agitación y un incansable proselitismo. Seguramente perpetraban atentados, como en 1933-34.

La unificación parecía una absorción de los comunistas por los socialistas, dada la desproporción numérica entre las dos juventudes, y Largo se sentía dichoso. Pero en realidad, la dirección, el funcionamiento y la propaganda se hicieron prácticamente soviéticos, y Santiago Carrillo, principal líder de las juventudes socialistas, era ya un agente de Stalin. En diciembre había proclamado su identificación política con los comunistas y su propósito de hacer de las juventudes la vía para la efectiva bolchevización del PSOE. Pocas semanas antes de la fusión había visitado Moscú, con otros compañeros suyos, y recibido instrucciones que reproducía el 9 de abril el diario *Claridad*: «Como nos decía Manuilski, el viejo bolchevique, […] lo importante ahora para el movimiento de unidad y para todo el curso de la revolución española es que la tendencia que encarna Largo Caballero triunfe en el seno del Partido Socialista». Según datos oficiales, poco fiables,

las juventudes unificadas pasaron en tres meses de 100 000 a 140 000 afiliados. Para el PCE, este éxito demostraba la corrección de su línea de unidad «proletaria», base de un Frente Popular muy distinto del concebido por Prieto y Azaña. El partido se convertía velozmente en una auténtica potencia.

La táctica comunista consistía en «ir ligando estrechamente la acción parlamentaria con la acción extraparlamentaria, teniendo como norte el objetivo fundamental de la lucha revolucionaria por el poder y por la instauración del Gobierno obrero y campesino». «Lo conquistado el 16 de febrero es el punto de partida. […] Se realizará el programa del Bloque Popular hasta su último punto, y seguiremos adelante» hasta «hacer de España un pueblo libre y feliz como lo es hoy el pueblo soviético […] merced a la dictadura del proletariado». En un mitin celebrado el 10 de abril en Madrid, con presencia de Largo Caballero y de Margarita Nelken, explicaba el máximo dirigente del PCE, José Díaz: «Nosotros apoyamos al Gobierno en tanto éste cumpla lo pactado. […] Pero lo hecho no es suficiente […] Nosotros somos republicanos y nuestra finalidad es una República como la de la Unión Soviética».

Realmente no se podía hablar con más claridad. Un rasgo de cierta historiografía, influida por la propaganda stalinista y muy difundida en estos años, consiste en omitir las declaraciones de los propios comunistas o pretender que no querían decir lo que evidentemente decían. No hace falta explicar la causa de tales desvirtuaciones.

Paralelamente, la lucha interna en el PSOE entre partidarios de Largo y partidarios de Prieto se tornó aún más acre. Los dos dirigentes habían colaborado en 1933-34 para desbancar a Besteiro, el líder socialista que se oponía a la dictadura del «proletariado» y a la intentona guerracivilista, pero después del fracaso sus estrategias

habían divergido. Prieto, aunque cultivó muy especialmente la leyenda de la represión de Asturias, no pensaba repetirla, sino aliarse con Azaña en pro de un régimen tipo PRI mejicano. En cambio, Largo Caballero seguía pensando en un régimen a la soviética, y sólo pensaba apoyar a Azaña como un medio de acercarlo. Entre los dos líderes había surgido una lucha realmente feroz, a base de intrigas y ataques en la sombra para hacerse con el control del aparato. Prieto daba la impresión de haber ganado, pues se había apoderado del órgano del partido, *El Socialista*, y controlaba la ejecutiva y varias agrupaciones locales como la vasca o la asturiana. Sin embargo, el grupo de Largo tenía la hegemonía en la decisiva UGT, en agrupaciones clave, especialmente la madrileña, en el grupo parlamentario socialista, y en la muy importante organización juvenil… hasta que los comunistas se la apropiaron limpiamente, faena de la que Largo tardaría en percatarse.

El sector «bolchevique» pronto se dotó de un nuevo órgano de expresión, el semanario *Claridad*, que el 6 de abril pasó a diario. Los prietistas, muy preocupados, se revolvieron con encizañadas acusaciones sobre el origen del dinero detrás de tal dispendio. Un «dinero inconfesable», aseguraban. En realidad el dinero de *El Socialista*, órgano del sector de Prieto, también ofrecía muchos blancos a la sospecha. Los de Largo Caballero reaccionaron con furor, tachando a sus contrarios de manejos fraudulentos en el partido y de traidores puros y simples.

* * *

El sector «moderado» del Frente Popular giraba esencialmente en torno a la asociación de Azaña y Prieto. El primero gobernaba, y el segundo debía garantizar el apoyo

socialista al Gobierno, tarea que se le volvía más difícil cada semana, debido a la hegemonía «bolchevique» en el PSOE. Los dos políticos asociados ya habían logrado seis meses antes la destrucción del partido de centro de Lerroux, y ahora iban a dar un nuevo paso en la transformación de la República de 1931 en un régimen bastante distinto, transformación que, por simplificar, llamaremos mejicanización. El paso anterior había consistido en la revisión de actas para reducir a la impotencia a la oposición derechista, junto con la depuración del aparato del Estado y el control político sobre la magistratura. Ahora se trataba de eliminar a don Niceto de la presidencia de la República.

La destitución de don Niceto resultaba moral y políticamente incongruente. Si a alguien debía el poder el Frente Popular era a él. Y no sólo el poder, sino la vida misma de los jefes insurrectos de octubre, cuya conmutación de pena había él impuesto con presiones ilegales. Y otras muchas cosas. Alcalá-Zamora había cooperado con Prieto, Azaña y el chantajista Strauss para hundir Lerroux, y había estorbado a la CEDA en su acción de Gobierno, terminando por expulsarla ignominiosamente del poder. Él había intentado congraciarse con las izquierdas y disuelto las Cortes en un pésimo momento para los conservadores, y había intrigado en pro de la victoria izquierdista. Tras las elecciones, había pasado por alto ilegalidades como la imposición de la amnistía, cuando con muchas menos razones había provocado en 1934 una crisis institucional y la dimisión de Lerroux por la amnistía de Sanjurjo.

Tan grande y transcendental suma de favores a las izquierdas autorizaban a don Niceto a esperar de ellas un trato a su vez favorable, así como la continuidad en el cargo. Pero Azaña y Prieto le distinguían con un profundo desprecio, bien visible en las memorias del primero, y tenían para él planes muy distintos. Como le había

pronosticado Gil-Robles en la dramática conversación mencionada en el primer capítulo, las izquierdas también le arrojarían de la poltrona presidencial.

Azaña, tan pronto llegó al poder, le demostró su gratitud colmándolo de desaires. Tenía el designio de sustituirlo en la presidencia y apartar así el último obstáculo a la mejicanización del régimen. El proyecto ofrecía algunas dificultades, pues él y Prieto no querían violar la ley de forma demasiado obvia. El presidente podía ser destituido por el artículo 82, muy arriesgado por cuanto exigía el acuerdo de tres quintas partes de la Cámara, la cual quedaría disuelta de no prosperar el intento, por lo que escogieron para su propósito el artículo 81: bastaba una mayoría de diputados que diese por injustificada la segunda disolución de las Cortes.

Según la ley, el presidente tenía derecho a disolver las Cortes por dos veces, pero si el Parlamento posterior a la segunda disolución consideraban que ésta había sido innecesaria, el presidente quedaba destituido automáticamente. Con ello se buscaba evitar el uso despótico del poder presidencial. En la práctica significaba que si el presidente interrumpía arbitrariamente el período legal de un Parlamento, se exponía a que las elecciones consiguientes las ganase el mismo partido cuyo poder él había interrumpido, y éste lo destituyese valiéndose de su mayoría parlamentaria: la mera reelección del partido demostraría el carácter innecesario de la anterior disolución. En otras palabras, si la CEDA hubiera ganado, habría hecho pagar a don Niceto su arbitrariedad expulsándolo de la presidencia. Pero si, como había ocurrido, ganaba el partido contrario, éste no podría castigar a quien le había abierto el paso al poder: si declaraba innecesaria la disolución, estaría declarando también innecesaria o ilegítima su propia victoria.

Prieto y Azaña tenían otro problema: ¿debía computarse la disolución de enero como la primera o la segunda del derecho presidencial? En los cinco años de existencia de la República se habían producido dos disoluciones parlamentarias, la última y la que había puesto fin al Gobierno de las izquierdas, en otoño de 1933. Pero, aducía el presidente, la de 1933 correspondía a las Cortes Constituyentes, es decir, a un Parlamento sin período definido de duración, pues su misión consistía en elaborar las leyes fundamentales, debiendo cesar una vez aprobadas, aunque hubieran prolongado sus funciones con imprecisa legalidad (Largo Caballero ya había amenazado entonces con la guerra civil). Por lo tanto, el cese de aquellas Cortes no entraba en su prerrogativa, y la disolución de 1936 debía computarse como la primera.

No sólo pensaba así Alcalá-Zamora: en 1931 se había discutido el problema, y Azaña había tachado de «desatinada» y «peligrosa» para la estabilidad del régimen la idea de computar la disolución de las Constituyentes como la primera autorizada al presidente. Sin embargo, en 1936 no le interesaba recordar sus opiniones anteriores.

¿A quién correspondía decidir en el conflicto de interpretaciones entre las Cortes y el presidente? No debía ser una de las partes, sino el Tribunal de Garantías Constitucionales, creado expresamente para dictaminar en tales conflictos. Pero no ocurrió nada de eso. La mayoría frentepopulista en las Cortes se erigió nuevamente en juez y parte, con evidente ilegalidad.

Ahora bien, ¿iban los gobernantes a declarar innecesaria la disolución gracias a la cual gobernaban, y en pro de la cual llevaban presionando dos años? Pero el cúmulo de retorcimientos y arbitrariedades necesario para llevar adelante sus planes no amilanó a los políticos izquierdistas, y el 7 de abril, tres después del discurso «mágico» de Azaña, Prieto presentaba una asombrosa proposición: «Los

diputados que suscriben, atentos únicamente a la suprema razón política de asegurar en todas las instituciones del Estado republicano la observancia y la defensa de la Constitución, […] proponen que las Cortes […] declaren que no era necesario el decreto de disolución de Cortes de 7 de enero de 1936».

Pocas veces en la historia política del país se habrá producido una manipulación y un desafuero tan clamorosos. La propuesta recibió los votos de todo el Frente Popular más los de los diputados del PNV, contra los votos de Portela y cuatro más, y con la abstención de las derechas, deseosas de expulsar a don Niceto, pero reacias al método empleado.

Alcalá-Zamora consideró la maquinación un doble golpe de Estado (pues antes las Cortes se habían declarado indisolubles). Siguieron avisos y maniobras de unos y otros con cierto aire de sainete. Martínez Barrio, presidente de las Cortes, sustituyó interinamente a don Niceto hasta que se cubriera electoralmente el cargo. Martínez recuerda en sus memorias: «Terminada la ceremonia, más parecida a velada fúnebre que a fiesta de recién nacido, marché a mi casa. Los brazos de mi mujer me recibieron cariñosos, al tiempo que de sus ojos caían las lágrimas. Furtivamente las mías se unieron a las suyas. […] No. No había sido la jornada buena para la República. […] Nos habíamos lanzado por uno de esos despeñaderos históricos que carecen de toda posibilidad de vuelta. […] Aquella noche dormí poco y mal, como si la Presidencia de la República, ni deseada ni procurada, tuviera la maléfica propiedad de dañarme el corazón y excitarme los nervios».

Azaña, muy al contrario, comunicaba eufórico a Rivas Cherif: «La cosa no ofrecía dudas. Dejo aparte el placer estético de la operación, que no ha sido pequeño. […] Seguimos destituyendo peces gordos; no va a ser sólo don Niceto. No se me olvida ninguno».

Y en medio de estas intrigas, llantos y placeres estéticos, la República corría a su destino. Cuando el historiador independiente repasa los testimonios de los protagonistas de la época, sean Martínez Barrio, Azaña, Madariaga, Alcalá-Zamora, Gil-Robles y tantos otros aquí sólo citados con brevedad, queda literalmente pasmado ante las exposiciones seudohistóricas difundidas en los últimos veinte años por una historiografía de raíces marxistas, según las cuales la República y la democracia se mantenían sin mayor problema básico que las conspiraciones de la derecha.

VII

La reacción de las derechas

A LAS fuerzas representadas por Azaña y Prieto les molestaba cada vez más la alianza con los revolucionarios, por lo que iniciaron algunos tanteos hacia la CEDA. Prieto, con clásico oportunismo, los describía así el 15 de abril en su periódico bilbaíno *El Liberal*: «Las derechas se avienen a soluciones políticas que en cualquier otro momento habrían juzgado inadmisibles, porque las sobrecoge el pavor de un desbordamiento de las masas populares». Diagnóstico acertado, aunque omitía la aguda inquietud que también le embargaba a él.

Sin embargo, las hipotecas políticas y el ambiente radical creado volvían arduo e inconfesable cualquier trato con las derechas. Los revolucionarios intimidaban al Gobierno con advertencias contra semejantes relaciones: ¿cómo tolerar acuerdos con los asesinos y torturadores de Asturias, con los ladrones del *straperlo*, etc. etc.? Prieto y Azaña se habían metido en su propia trampa al haber construido aquellos estereotipos con especial empeño. Y, llegados a aquellas alturas, tampoco en la CEDA había mucha disposición a entenderse con semejantes políticos, pese a que Giménez Fernández y Gil-Robles estuvieran atentos a cualquier indicio de arreglo. Algunos derechistas

propugnaban abandonar el Parlamento y romper abiertamente con una situación de ilegalidad rampante.

Durante dos meses las derechas habían intentado llevar a las Cortes el debate sobre el orden público, pero sus adversarios habían estado ocupados con la revisión de actas y la destitución de Alcalá-Zamora. Por fin concedieron los días 15 y 16 de abril para tratar el asunto. Las sesiones iban a resultar auténticamente feroces, mientras corría la sangre, una vez más, por las calles de Madrid.

La conmemoración de la llegada de la República, el día 14, había resultado alterada por unos petardos, quizá lanzados por falangistas, pero el incidente más grave corrió a cargo de unos pistoleros izquierdistas que merodeaban cerca de la tribuna de autoridades y que asesinaron a un oficial de la Guardia Civil. Aquélla fue la gota que colmó el vaso de la indignación de las derechas, que estaban pasando de una sumisión dictada por el miedo a una reacción más enérgica. El entierro del oficial, el día 16, se convirtió en un acto multitudinario de protesta derechista. Un grupo de revolucionarios disparó indiscriminadamente sobre la concentración en el paseo de la Castellana, causando numerosos muertos y heridos. A pesar de ello, la manifestación se rehizo, y en un nuevo tumulto, camino del cementerio, el teniente Castillo, de la Guardia de Asalto e instructor de milicias socialistas, disparó a bocajarro contra un joven manifestante, hiriéndole de gravedad. El incidente tendría su más trágica continuación tres meses después.

La víspera, pues, habían empezado los debates parlamentarios sobre el orden público. Calvo Sotelo denunció los sucesos entre constantes injurias y amenazas del Frente Popular. Muchos habían querido creer que los desmanes tras las elecciones expresaban sólo «alegría republicana», y que todo volvería pronto a sus cauces. Pero, señaló Calvo, el desorden duraba ya demasiado. Margarita Nelken le interrumpió: «¡Y lo que durará!». El jefe

monárquico ofreció unas cifras impresionantes: en un mes y medio, desde el 16 de febrero al 2 de abril, las violencias políticas habían causado 74 muertos y 345 heridos, 73 centros políticos conservadores habían sido asaltados o incendiados, así como 143 iglesias y decenas de domicilios privados, registros de la propiedad, etc. Aquello pareció a otros diputados: «¡Muy poco, cuando no os han arrastrado a vosotros todavía!». Arrastrar significaba asesinar de manera pública y vejatoria. *La Pasionaria* intentó achacar los crímenes a la derecha, e increpó a Calvo Sotelo: «¿Cuánto dinero habéis tenido que pagar a los asesinos?». Margarita Nelken gritó: «¡Vamos a traer aquí a todos los que han quedado inútiles en Asturias!», replicando a su vez *La Pasionaria*: «Sería más cómodo arrastrar a los asesinos». Calvo Sotelo provocó las iras de *La Pasionaria* con un inciso: «Advierto que las interrupciones que tengan carácter ofensivo, viniendo de algunas personas para mí no lo serán[11]».

Los datos de Calvo Sotelo no son fáciles de comprobar, porque la censura impedía publicar la mayoría de tales sucesos, pero nadie los puso en duda, y el propio Azaña hablaba dos semanas antes de más de 200 muertos y heridos. Lejos de disminuir, la «alegría republicana» iba en aumento.

Calvo criticó los incendios de iglesias, caracterizados por Azaña como «tonterías»: «Nunca, señor Azaña, se puede calificar así el incendio de un templo». Al referirse a una iglesia quemada al lado mismo de la Puerta del Sol, donde se hallaba la Dirección General de Seguridad, fue respondido con chirigotas: «¿Quién la quemó?». «¡El obispo de Alcalá!». También le gritaban que los incendiaban las derechas. Entre protestas citó palabras pronunciadas en un mitin izquierdista en Cartagena: «No debemos contentarnos con quemar una o mil iglesias. Eso es un espectáculo que tiene algo de fausto, de deslumbrante, más

o menos magnífico. Pero que no tiene base sólida para garantizar el bienestar en el día de mañana. La única manera de hacer efectiva nuestra liberación económica es expropiando a la Deuda privada, al Banco de España, expropiando a todos los que explotan y expolian al pueblo español». Como sus apelaciones implícitas a los sentimientos religiosos causaban muy poca impresión a su auditorio, aludió al valor artístico de lo destruido: «Esculturas de Salzillo, magníficos retablos de Juan de Juanes, lienzos de Tiziano, tallas policromadas, obras que han sido declaradas monumentos nacionales, como la iglesia de Santa María de Elche, han ardido en medio del abandono, cuando no de la protección cómplice [de las autoridades]». Y señaló otras destrucciones semejantes, recibiendo en respuesta gritos de «¡Para la falta que hacían!…».

Azaña miraba los incendios con hastío y cierta preocupación; otros republicanos, en cambio, los encontraban muy de su agrado. Como señala el escritor Luis Romero: «La izquierda burguesa gobernante en ese momento, rabiosamente anticlerical y con elevado porcentaje de masones entre sus dirigentes, creía ver una válvula de escape en los ataques a la Iglesia. Casi podría decirse que se complacían en ellos, al considerarlos un desquite histórico y justiciero».

Lógicamente, millones de personas de sentimientos religiosos se sentían heridas en lo más vivo por aquella marea de profanaciones y ultrajes acompañados de la jactancia insolente de quien cree tener ganada la partida. Como es sabido, la llegada misma de la República vino acompañada de la quema de conventos, bibliotecas, centros de enseñanza y obras de arte, ante la indignada impotencia de los católicos. Esta furia contenida estallaría en muchos de ellos, a su debido tiempo, en un impulso de venganza.

La indignación subía de grado porque a menudo los autores o promotores de los incendios acusaban de ellos a las propias derechas, afirmando que lo hacían para provocar rechazo al régimen. En realidad, la complacencia de las autoridades con tales fechorías no ofrece lugar a la duda. Ni los diputados ni la prensa izquierdista los criticaban, o los consideraban con indiferencia arrogante o con diversión; y parte de esa diversión consistía en achacarlos a sus víctimas, para aumentar su irritación impotente. Los incendiarios nunca o rarísima vez eran detenidos, y se les enaltecía como «el pueblo». Ante la quema de iglesias en Yecla, el órgano comunista *Mundo Obrero* se preguntaba cuántas habría que quemar en el país si tantas tenía una población mediana. Álvarez del Vayo, socialista prosoviético, opinaba que tal vandalismo reflejaba la protesta del «pueblo» contra la lenta aplicación del programa de Frente Popular. A su juicio, el programa consistía en la completa destrucción de la derecha.

En la misma sesión parlamentaria, el líder del PCE José Díaz, acusó a Gil-Robles de haber amenazado con liquidar a 15 000 izquierdistas, acusación totalmente falsa, e incitó a asesinarlo: «Ésta es una cámara de cuellos flojos y de puños fuertes, que tiene que decir al pueblo la verdad tal como la siente. […] El señor Gil-Robles decía de una manera patética que ante la situación que se pueda crear en España era preferible morir en la calle que de no sé de qué manera. Yo no sé cómo va a morir Gil-Robles (*un diputado: "¡En la horca!"*) […], pero sí puedo afirmar que si se cumple la justicia del pueblo morirá con los zapatos puestos». Entre una algarabía de protestas y amenazas, *La Pasionaria* gritó a su vez: «Si os molesta, le quitaremos los zapatos y le pondremos las botas». Presidía la sesión el socialista Jiménez de Asúa, el cual se limitó a advertir que las frases de Díaz no constarían en el Diario de Sesiones. Sí constaron

las de *La Pasionaria*, y el diario *Mundo Obrero* reprodujo al día siguiente las de Díaz.

Para colmo, Azaña, totalmente incapaz de imponerse a sus aliados, se sumó a ellos e increpó duramente a unas derechas hasta entonces amedrentadas, más que comedidas (salvo el caso de Falange, como veremos ahora). «¿No queríais violencia? —les gritó—. ¿No os molestaban las instituciones sociales de la República? Pues tomad violencia. Ateneos a las consecuencias». Con esto no sólo renunciaba abiertamente a imponer la ley, sino que ponía los medios del Estado al servicio de los revolucionarios. También él tendría que atenerse a las consecuencias de una actitud que, en la perspectiva histórica, nos parece alucinada, como tantas otras de Azaña en aquellos meses.

Sin duda consideraba que las derechas carecían de espíritu o de fuerza para defenderse, y no pensaba ser él quien se arriesgase a suplirlas. Hasta entonces, la CEDA, aunque protestando, había soportado mansamente un cúmulo de arbitrariedades y agresiones, replicando con protestas formales perfectamente inútiles. Parecía convencida de que oponerse con energía o romper con el sistema habría dado a sus enemigos la gran oportunidad para destruirla por completo, y probablemente así habría ocurrido. Su abandono de las Cortes en protesta por la revisión de actas le había valido un coro de acusaciones de golpismo, con las consecuencias fáciles de prever, y había vuelto pronto con el rabo entre las piernas. Gil-Robles anunció, exasperado, que «Media nación no se resigna a morir», pero el aparato del Estado, tan decisivo como se había demostrado en 1934, estaba ahora en manos de las izquierdas, las cuales tenían muchísimos menos escrúpulos que las derechas a la hora de emplearlo contra la oposición. El Gobierno, amparando el proceso revolucionario en lugar de frenarlo, empujaba a las derechas a elegir entre

someterse a una destrucción en marcha, o rebelarse, con la casi seguridad de sufrir una derrota definitiva.

La única fuente de preocupación para el Gobierno era la conspiración militar, y Azaña sentía un profundo desprecio, bastante justificado por la experiencia, hacia las conjuras cuarteleras. Ya en vísperas de las elecciones habían cundido rumores de golpe militar, y el diputado Álvarez Mendizábal, del partido de Portela, había dicho temer más una conjura «de camareros o de cocineras», pues «yo, durante la dictadura, he estado presente en todas cuantas conspiraciones se fraguaron, y ninguno de los militares comprometidos acudió nunca a cumplir su palabra». Azaña daba la razón a Álvarez. Desde la quema de conventos en 1931 se habían organizado algunas conspiraciones monárquicas más bien pintorescas, y la más seria de ellas, la «sanjurjada» de 1932 había confirmado sus apreciaciones: desde el principio él había controlado a la mayoría de los comprometidos, cuya falta de seriedad en planes y preparativos le habían causado asombro. Y en 1936 estaba al tanto, por supuesto, de lo que tramaban algunos generales, que habían puesto sus esperanzas nuevamente en… Sanjurjo, por entonces exiliado en Portugal. El Gobierno adoptó la misma táctica que en 1932: controlar los teléfonos y los movimientos de los militares desafectos y valerse de confidentes, aguardando a que se lanzaran a la acción para aniquilarlos de una vez por todas. En los cuarteles, los afiliados a la derechista UME (Unión Militar Española) sufrían la vigilancia de la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista).

Azaña había señalado a Franco, en sus diarios, como el militar capaz de amenazarle en serio, y se ocupó de neutralizarlo enviándole a las Canarias en calidad de comandante general de las islas. Aunque de tendencias monárquicas, Franco mantenía una actitud neutra ante la República, respetaba la ley y sólo pensaba rebelarse si el

régimen caía en la revolución. En 1934 había dirigido la defensa de la legalidad frente a la insurrección izquierdista, y más tarde expresará su decepción: «Salvamos a la nación y con ella a la República; pero ésta desconfiaba de nosotros». Alarmado por los rumbos del Frente Popular, se resistía a intervenir mientras la deriva revolucionaria no se hiciera bien clara. De hecho había rechazado, e impedido, tres propuestas de golpe militar. Por otra parte, conocía bien a sus conmilitones y no parece haber tenido excesiva confianza en sus dotes o en su seriedad, sabiendo también que podían precipitar la revolución, en lugar de impedirla.

Como tantos derechistas, Franco había visto con extrema preocupación la forma como se produjo el triunfo del Frente Popular en febrero, y había intentado que se impusiera el estado de guerra para garantizar el orden y evitar que del triunfo izquierdista derivasen «unas consecuencias que no están implícitas, ni mucho menos, en el resultado», es decir, consecuencias revolucionarias. Se han presentado estos movimientos de Franco como intentos golpistas, pero eso parece poco probable. Según él, Portela le sugirió la intervención del ejército, pero Franco insistió: «Es al Gobierno a quien compete defender a la sociedad, secundado por el ejército». Vista la situación, parece haberse reunido con otros generales, entre ellos Mola, el 8 de marzo, a fin de preparar «un movimiento militar que evitara la ruina y la desmembración de la patria». Algunos querían marcar una fecha y darle un carácter monárquico, pero Franco habría impuesto que sólo se llevara a cabo «en el caso de que las circunstancias lo hicieran absolutamente necesario», y «exclusivamente por España, sin ninguna etiqueta determinada». Su destino en las Canarias, a mil kilómetros de la península, había mermado muy considerablemente su capacidad de acción, no obstante lo cual su prestigio parecía convertirle en el hombre decisivo.

La conjura siguió teniendo un carácter más pintoresco que otra cosa hasta que, a finales de abril, se hizo cargo de ella el general Mola, bajo la autoridad nominal de Sanjurjo. Mola había sido destinado por el Gobierno a Navarra, posiblemente para aislarlo, pues sus inclinaciones republicanas chocaban con el ambiente carlista muy predominante en aquella región. El general propugnaba, en efecto, un golpe de carácter republicano, que estableciera una dictadura militar transitoria encargada de aplastar la agitación revolucionaria y realizar algunas reformas para volver luego a un régimen constitucional. Pero aun bajo su dirección, más organizada y resolutiva, la conspiración iba a avanzar a trancas y barrancas en los meses siguientes. Unos militares eran monárquicos, pero no otros de los más prominentes, e incluso se sumó un masón, Cabanellas. Desde luego casi ninguno era fascista, contra la simplificación habitual. Por otra parte, la Falange mostraba reticencias, los carlistas eran antirrepublicanos, debían contar con el superior teórico, Sanjurjo, exiliado en Lisboa, y las comunicaciones con otros personajes cruciales, como Franco o Goded, resultaban difíciles. Otro problema era que muchos de los comprometidos carecían de mando. Un buen tanto para los conspiradores fue la adhesión de Queipo de Llano, un militar duro, hábil y audaz, director por entonces del cuerpo de Carabineros, lo que le permitía desplazarse fácilmente sin llamar la atención. Desde tiempos de Primo de Rivera, Queipo había sido uno de los principales conspiradores a favor de la República, pero los sucesos del Frente Popular le habían llevado a organizar la sublevación contra él.

Sometida, como quedó indicado, a la vigilancia del Gobierno, el cual de vez en cuando desconcertaba a los conspiradores con súbitos cambios de destino u otras medidas perturbadoras, la conspiración militar era bastante conocida de las izquierdas, y aunque no lo fuera,

la situación hacía forzoso sospechar que se estaba organizando. Las izquierdas más extremistas presionaban para que el Gobierno efectuase una depuración a fondo que dejase todo el ejército sometido exclusivamente a militares izquierdistas. Pero el Gobierno prefería esperar para aplastarlos en su momento. Y seguramente calculaba también que una depuración como la exigida por sus aliados le hubiera dejado completamente a merced de éstos. Conforme avanzaba el proceso revolucionario, los gobernantes «burgueses» comprendían que, por su propia seguridad, les convenía mantener un resto de equilibrio de fuerzas, y no destrozar por completo a la derecha.

Otra fuente de preocupación, aunque muy inferior, era para las izquierdas la Falange, una organización muy próxima al fascismo, atenuado no obstante por su carácter católico, y fundada por José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador. Preconizaba una política anticapitalista y anticomunista (nacionalsindicalismo), y un estilo «mitad monje, mitad soldado», jerárquico, y un sentido heroico de la vida, necesario a su juicio para salvar a la civilización occidental en peligro de destrucción por los movimientos revolucionarios soviéticos. Admitía influencias de Ortega y Gasset, particularmente en su concepción de las «minorías selectas» llamadas a regir a las sociedades para impedir su hundimiento en la barbarie. Respetaba la propiedad privada, pero pretendía la nacionalización de la Banca, reparto de latifundios, etc, y propugnaba un intenso nacionalismo español y un ideal de «imperio» concebido ambiguamente como influjo espiritual, o posiblemente político, extendido sobre otros países, especialmente los de cultura hispánica.

Apenas nacida, en 1933-34, había sufrido numerosos atentados mortales de las Juventudes Socialistas, hasta que comenzó a replicar de igual modo, organizándose un duelo terrorista entre ella y las izquierdas, que cesó, lógicamente,

al fracasar el levantamiento de octubre de 1934 (numerosas historias presentan a los falangistas como los iniciadores de la ronda de asesinatos. Ocurrió exactamente al revés). Tras las elecciones de febrero de 1936, como quedó indicado, la Falange acordó desolidarizarse de las derechas y, manteniéndose discretamente a la expectativa, «evitar todo incidente». Pero el Gobierno y las izquierdas no le permitieron tal discreción. Enseguida las autoridades procedieron a clausurar centros falangistas, incluyendo su sede central en Madrid (el 27 de febrero) y su periódico *Arriba*. Poco después empezaron los asesinatos: el 6 de marzo cayeron cuatro obreros afiliados a Falange, y otro quedó herido; al día siguiente moría otro militante, herido días antes en Palencia, y el 11 otros dos jóvenes, uno falangista y otro carlista, morían a tiros en una calle madrileña.

Las represalias no se hicieron esperar. Según el dirigente socialista Zugazagoitia, los falangistas «tenían un sentido heroico de su papel, y tanto matar como morir se les antojaba cosa natural». Otros han hablado de pistoleros a sueldo, cosa muy improbable. El atentado más significativo fue contra el líder socialista Jiménez de Asúa, defensor de Largo Caballero en el juicio por los sucesos de octubre, en el que éste salió absuelto. Jiménez se salvó, pero murió un policía de su escolta. El clamoreo de las izquierdas, que no habían dado importancia a los asesinatos previos, fue impresionante. Los disturbios en protesta se saldaron con el incendio y definitivo acallamiento del diario derechista *La Nación*, la quema de dos iglesias, la muerte de un guardia y un bombero, y el linchamiento, que no llegó a la muerte, de un militar que resultó ser republicano.

La prensa y los políticos de izquierda exigieron la aniquilación de la Falange, y en este caso el Gobierno actuó con la mayor presteza y sin demasiado escrúpulo legal. Al día siguiente, el partido de José Antonio fue prohibido,

cerrados todos sus centros y encarcelados casi todos sus dirigentes y numerosos militantes. Nunca los Gobiernos derechistas habían actuado así contra los pistoleros de izquierdas y sus organizaciones, tan activos en los meses previos a octubre del 34. Los terroristas de izquierdas iniciadores de la ronda de crímenes no fueron siquiera perseguidos. Aunque muchos falangistas pasaron a la clandestinidad y jóvenes de la CEDA acudieron a sus filas, su organización sólo pudo articularse precariamente en lo sucesivo.

Otros de sus atentados conocidos, aunque sin efecto mortal, fueron el tiroteo contra la vivienda de Largo Caballero o una bomba contra Eduardo Ortega y Gasset, político muy radicalizado, hermano del filósofo. En cambio, conseguirían asesinar al magistrado Manuel Pedregal, que había sentenciado a penas muy duras a autores o cómplices del atentado contra Jiménez de Asúa; y al capitán Faraudo, instructor de milicias izquierdistas. Conseguían mantener su particular resistencia, pero, obviamente, llevaban las de perder en su duelo con otros terroristas y con el Gobierno.

Por su parte, los carlistas aceleraban sus aprestos para una insurrección, bajo dirección de Fal Conde, y de Javier de Lizarza en Navarra, donde tenían verdadera fuerza, al tiempo que organizaban sus milicias o «requetés». Sin embargo, no protagonizaron incidentes sangrientos que llamaran la atención, y no despertaban demasiada preocupación en las izquierdas, pues era evidente que, como los falangistas, sólo resultarían peligrosos en combinación con el golpe militar, que el Gobierno creía tener, y en buena parte tenía, bajo observación.

Pese a las evidencias, diversos historiadores o comentaristas de izquierdas presentan los desórdenes de la época como causados por las derechas, con racionalizaciones como ésta, de Vidarte: «Era evidente el propósito de sembrar la inquietud y el desorden por toda

España, y ante este hecho que ningún historiador podría negar, nuestra pregunta es una sola: ¿a quién convenían estos disturbios; a quién convenía producir esta serie de atentados e incendios que iban en descrédito del Gobierno y de la obra del Frente Popular? Evidentemente a ninguno de los partidos que integrábamos este frente ni al Gobierno de Azaña». Es decir, los asesinatos, incendios, invasiones de la propiedad y huelgas salvajes convenían, según esa extraña lógica, a sus víctimas y a los partidos asustados que no cesaban de pedir al Gobierno la aplicación de la ley (¿por qué iban a hacerlo, si les convenía lo contrario?), encontrándose con la negativa acompañada de amenazas de muerte. Vidarte, además, omite adrede la esencial divergencia de fines, bien explicada por él en otro momento, entre los partidos de la izquierda, los propósitos desestabilizadores de Largo Caballero contra el Gobierno, o las actividades anarquistas, fuera de todo control.

Los revolucionarios comprendían, por supuesto, los efectos inmediatos del desorden, pero veían en él el preludio de la toma del poder que alumbraría una nueva sociedad emancipada de toda opresión, una sociedad de tipo soviético o libertaria, según preferencias. El arrasamiento de iglesias significaba aniquilar «la superstición»; los asaltos a centros políticos o periódicos derechistas —nunca o casi nunca sufrieron la misma suerte los de izquierdas— contribuían a desorganizar y debilitar a los «reaccionarios»; las huelgas interminables manifestaban un sano espíritu de lucha de clases. Asimismo tomaban pie de cualquier ataque o «provocación fascista» para llevar a cabo represalias brutales. Ya vimos la respuesta al fallido atentado contra Jiménez de Asúa. Otro ejemplo característico lo expone Dolores Ibárruri en sus memorias: unos falangistas tomaron una emisora en Valencia para radiar una proclama, y a ello contestó «el pueblo» asaltando y quemando el casino central de la ciudad, impidiendo

actuar a los bomberos, devastaron un restaurante y numerosos centros políticos derechistas, al tiempo que trataban de incendiar un periódico. *La Pasionaria* encontraba muy adecuadas estas reacciones.

VIII

«¿Basta ya?»

EL Lº de mayo se celebró con grandes manifestaciones y desfiles de milicias en numerosas ciudades, bajo lemas abiertamente bélicos. En Madrid más de cien mil personas, y miles de milicianos en formación marcial, desfilaron coreando vítores a Stalin, a Rusia y al *Lenin español*, mientras arrastraban y azotaban a muñecos que representaban a los líderes de la derecha.

Pero en las mismas izquierdas cercanas al Gobierno reinaba una inquietud creciente. Prieto la expone en su célebre discurso de ese día en Cuenca, donde, dirigiéndose a todas las izquierdas, puso a la luz la verdadera situación y echó por tierra explicaciones del tipo de las de Vidarte ya citadas. Tras una larga exposición repleta de demagogia populista, clamó Prieto: «¡Basta ya! ¡Basta, basta! ¿Sabéis por qué? Porque en estos desmanes […] no veo signo alguno de la fortaleza revolucionaria. Si lo viera, quizá lo exaltase. No, un país puede soportar la convulsión de una revolución verdadera. […] Lo que no puede soportar es la sangría constante del desorden público sin finalidad revolucionaria inmediata; lo que no soporta una nación es el desgaste de un poder público y de su propia vitalidad económica. […] Podrían decir espíritus simples que este

desasosiego, esta zozobra, esta intranquilidad, la padecen sólo las clases dominantes. Esto, a mi juicio, constituye un error […] No tarda en sufrir los efectos perniciosos la propia clase trabajadora en virtud de trastornos y posibles colapsos de la economía».

Estas palabras ponen a la luz algo que en realidad nadie ignoraba, pese a las pretensiones en contra: el origen izquierdista de la convulsión permanente. Pero había, a juicio de Prieto, otra razón para detener la oleada de disturbios. Y esa razón implica confesar la ausencia de una amenaza fascista, amenaza siempre invocada por la izquierda, incluido el mismo Prieto, para justificar sus propias violencias e ilegalidades: «El fascismo, aparte de los núcleos alocados que puedan ser sus agentes ejecutores, […] no es nada por sí si no se le suman otras zonas más vastas del país, entre las que pueden figurar las propias clases medias, la pequeña burguesía que, viéndose atemorizada a diario y sin descubrir en el horizonte una solución salvadora, puede sumarse al fascismo».

Pero, a decir verdad, Prieto impulsaba con demagogia desenfrenada los mismos males que intentaba paliar. No menos revelador que el discurso en sí es su contexto inmediato. El jefe socialista peroraba durante la campaña electoral en la provincia de Cuenca, donde se había decidido repetir las elecciones, por supuestas irregularidades. Con vistas a impedir el triunfo de las derechas, los prietistas, valiéndose del equipo de guardaespaldas conocido por «La Motorizada», sembraron el pánico por los pueblos, intimidando y arrestando ilegalmente a numerosas personas de simpatías derechistas a fin de impedirles votar. Conocemos bastante de lo ocurrido no sólo por las impotentes protestas de la derecha, sino también por relatos como el de uno de los miembros de «La Motorizada» en el libro *Guerra sin frentes*.

Tampoco sus apelaciones a una revolución más «inteligente» o «efectiva» deben tomarse en serio. Lo que se ventilaba era la lucha interna, dentro del PSOE, entre él y Largo Caballero, y le interesaba desacreditar la táctica de éste de empujar al Gobierno a una crisis para sustituir a los republicanos «burgueses».

En su discurso de Cuenca también señaló Prieto la posibilidad de que Franco, «por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el Ejército», acaudillase una rebelión: «Le he conocido de cerca cuando era comandante. Le he visto luchar en África, y para mí [...] llega a la fórmula suprema del valor: es hombre sereno en la lucha».

* * *

La situación no cesaba de deteriorarse, y surgían episodios como el de los «caramelos envenenados»: unos sujetos, probablemente manejados desde arriba, propalaron el bulo de que las monjas repartían caramelos envenenados entre los niños del barrio de Cuatro Caminos, en Madrid. Infundios semejantes habían ocasionado en el pasado matanzas de frailes, y ésta se saldó con el incendio de dos iglesias y el apaleamiento de monjas y señoras de costumbres religiosas, una de las cuales murió linchada.

También los anarquistas veían próxima su magna ocasión, y en la primera quincena de mayo celebraron en Zaragoza un congreso general y extraordinario para definir su estrategia. La euforia ante la situación del país impregnó las sesiones, y llevó a los líderes a plantearse de modo práctico la sociedad futura, que parecía ya al alcance de la mano: «La nueva regulación de convivencia, nacida del hecho revolucionario, será determinada por la libre elección de los trabajadores, reunidos libremente». No obstante, los líderes se ocuparon de regular aquella

«libertad» con normas minuciosas: la producción y el consumo se organizarían en comunas y federaciones de comunas, la gente sería adoctrinada mediante una enseñanza basada «en la libertad, la ciencia y la igualdad social», con abolición de «todo tipo de premio o castigo», eliminando «la distinción entre trabajador manual e intelectual: todo el mundo será las dos cosas». Habría «días de recreo general, ciertas horas del día para visita a exposiciones, teatros y cines», y hasta se preveían tratamientos sociales para «la enfermedad del amor». Una perspectiva algo asfixiante, para el gusto de no pocos.

El congreso animó extraordinariamente a los anarquistas, y el Comité Nacional de la CNT, habitualmente radicado en Barcelona, se trasladó a Madrid para coordinar mejor a la totalidad de sus fuerzas en la nación. Ante la actitud revolucionaria de los socialistas, propuso la acción conjunta con ellos, por ser «ferviente deseo de las clases trabajadoras españolas el derrocamiento del sistema político y social existente». Pero exigían a la UGT la ruptura inmediata con el Frente Popular y renunciar a la dictadura «proletaria», lo cual era lo mismo que sabotear la unidad invocada. A partir de entonces las huelgas se recrudecieron, y también la rivalidad y los choques callejeros, a veces sangrientos, entre militantes ácratas y socialistas.

Casi en simultaneidad con el congreso libertario, Azaña y Prieto llevaban a cabo la segunda parte de la destitución de Alcalá-Zamora. Según múltiples indicios, Azaña debía ocupar la presidencia de la República, como realmente ocurrió, y Prieto pasaría a ocupar la jefatura del Gobierno, adelantándose así a Largo Caballero. La primera parte, la presidencia para Azaña, salió a pedir de boca, pero no así la segunda, pues el sector «bolchevique» lo impidió, haciendo valer su mayoría en la representación parlamentaria del partido. Según algunos testimonios, Prieto había pensado

incluso en ofrecer una participación gubernamental a la CEDA, indicio de la desazón reinante. Y plan por lo demás inviable, ya que supondría romper por completo con los revolucionarios y demoler el Frente Popular. Ni Prieto ni Azaña tenían resolución para aceptar tal enfrentamiento, aun si el mismo habría evitado probablemente la guerra civil.

Largo negará que Prieto informase siquiera a los demás socialistas de su proyecto de dirigir el Gobierno, pero Vidarte indica que los diputados «bolcheviques» frustraron de raíz la iniciativa. Años después, Araquistáin, inspirador intelectual de Largo, comentaría al historiador Juan Marichal que su grupo había tramado «empujar» a Azaña hacia la presidencia, dejándolo sin poder ejecutivo, y vetar a Prieto, pues «así los inutilizamos a los dos». Con ello, «el Gobierno estaría en manos sobradamente incapaces para frenar a las masas o para calmar a las derechas, y se precipitaría el paso a un Gobierno francamente revolucionario». Quizá. Pero Azaña no precisaba un impulso externo para ocupar la presidencia, pues lo deseaba desde hacía tiempo y había planeado con Prieto la maniobra para expulsar a don Niceto. Además, el uso del poder ejecutivo por Azaña sólo podía ser juzgado muy favorablemente por los revolucionarios, pues hasta entonces les había dado todo género de facilidades. Ciertamente, cabía esperar que el Gobierno cayera en manos sumamente incapaces, pues el propio Azaña suele describir a sus correligionarios como botarates; pero él mismo no había demostrado ninguna capacidad excepcional, y Prieto tampoco se había distinguido más, excepto en el arte de la intriga. El interés de la confidencia de Araquistáin radica en la confirmación del designio «bolchevique» de constituir «legalmente» un Gobierno revolucionario.

Y lo que sí escribió Araquistáin en *Claridad* fue lo siguiente: «Azaña no es capaz de enfrentarse violentamente

con esta marcha ascensional e inevitable del proletariado. No puede ser un Kerenski ni un Hitler, pero en la Historia no siempre se es lo que uno quiere. Se puede ser, sin embargo, un personaje cómico o trágico. La historia está llena de trágicos bien intencionados. Ojalá sea un buen comadrón de la Historia».

La jefatura del Gobierno recayó entonces en Casares Quiroga, un galleguista nervioso, de exaltaciones verbales y muy poco apropiado para calmar el clima social. El 19 de mayo se presentaba a las Cortes animando al Frente Popular a «un ataque a fondo»; «Allí donde el enemigo se presente […] iremos a aplastarle». Proclamó la beligerancia de su Gobierno «contra el fascismo» que, siguiendo la demagogia marxista, podía abarcar, tal como lo describió, a casi toda la derecha. Por supuesto, no aludió siquiera a las violencias izquierdistas. Aquella declaración podía interpretarse como lo que era: un propósito anticonstitucional, aunque no nuevo. Gil-Robles le contestó: «Si el poder público se inclina sólo al lado del rencor y la venganza, tened la seguridad de que ese movimiento [el fascismo] crecerá, mañana será más concreto y encontrará el hombre, la organización y el móvil sentimental que lo impulse». Recalcó que la CEDA no buscaba «caminos de violencia» y alertó contra «esas fuerzas que claramente preparan la revolución».

Calvo Sotelo se expresó con mayor dureza. Advirtió a Casares que el deber de un militar consistía «en servir lealmente cuando se manda con legalidad y en servicio de la Patria, y en reaccionar furiosamente cuando se manda sin legalidad y en detrimento de la Patria». Él no estaba complicado en la trama de la conspiración militar, pero mostraba sin tapujos su resolución de apoyarla llegado el caso.

Y ese mismo día, el líder comunista Mije describía la realidad en un mitin en Badajoz: «Yo supongo que el

corazón de la burguesía de Badajoz no palpitará normalmente desde esta mañana al ver cómo desfilan por las calles con el puño en alto las milicias uniformadas; al ver cómo desfilaban esta mañana millares y millares de jóvenes obreros y campesinos, que son los hombres del futuro Ejército Rojo. […] Este acto es una demostración de fuerza, es una demostración de energía, es una demostración de disciplina de las masas obreras y campesinas encuadradas en los partidos marxistas, que se preparan para muy pronto terminar con esa gente que todavía sigue en España dominando de forma cruel y explotadora».

Las frases de Mije, entre tantas muchas que podrían citarse, explican sobradamente la política comunista, muy alejada de las lucubraciones que luego han querido presentarla como puramente reformista, cuando no democrática. Mije aclaró también, como otras veces, la posición de su partido ante el Gobierno: «En España muy pronto las dos clases antagónicas de la sociedad han de encontrarse en el vértice definitivo, en un choque violento, porque la Historia lo determina así. […] Y si ésta es la perspectiva que tenemos, es honrado y leal que hoy digamos con claridad a los republicanos de izquierda que la Historia les depara un papel en este instante que ni saben aprovechar ni están demostrando saberlo cumplir, y que si no lo saben cumplir, que no se llamen a engaño, que nosotros no estamos dispuestos a hacernos de nuevo cómplices de una mascarada». A menudo surgen equívocos causados por el mal conocimiento del lenguaje comunista. Cuando el PCE hablaba de cumplir la «revolución "burguesa"» y defender al Frente Popular quería decir: obligar a los republicanos a seguir la senda trazada por los comunistas —por «la Historia»—, como paso intermedio hacia la dictadura «proletaria».

Entre tanto, el complot militar seguía penosamente su marcha. A finales de abril, Mola había dado su primera

«instrucción reservada», y el 25 de mayo emitía la segunda. Madrid sería el punto decisivo, pero preveía graves obstáculos para imponerse allí, por lo que asignó la toma de la ciudad a las divisiones de Zaragoza, Burgos y Valladolid, dándolas por ganadas para la causa. Las demás divisiones debían apoyarse entre sí, y quedarían pasivas las fuerzas de Marruecos, Canarias y Baleares. Contaba con ganarse a la marina y cortar con ella el paso de las fuerzas marroquíes a la península en caso de que el Gobierno intentase moverlas. Según ese plan, Franco, por ejemplo, desempeñaría un papel muy secundario, cosa lógica dado su aislamiento, aunque su prestigio hacía que muchos rehuyeran sumarse al proyecto si no se contaba con él.

El auge revolucionario empujaba a las derechas a un dilema fatal. Si no se rebelaban, corrían el peligro de ser aniquiladas legalmente desde las Cortes, e ilegalmente desde la calle; pero si osaban sublevarse, tenían la mayor probabilidad de resultar completamente destruidas. Pues el aparato del Estado se hallaba en manos de las izquierdas, y el ejército tan dividido como la sociedad. Ocurriría como en octubre de 1934, cambiada la posición de los partidos, y con el agravante de que el Frente Popular no mostraba indicio ni deseo de imitar la contención de la CEDA en el caso anterior. Sin duda, una revuelta derechista fallida acabaría de desencadenar la revolución, como predecía Largo Caballero. Fuera o no táctica deliberada de la izquierda, los conservadores se veían abocados a una batalla perdida. La CEDA carecía en absoluto de preparación insurreccional, y las violentas réplicas falangistas o los aprestos carlistas no pasaban de acciones marginales, interpretables como coletazos del monstruo «burgués» agonizante.

Calvo Sotelo y otros, por tanto, pensaban en el ejército, pero las posibilidades de triunfo de un golpe militar disminuían con el tiempo. Si en febrero Franco había

indicado a Portela que el ejército estaba demasiado dividido para tomar la iniciativa, la división se había profundizado posteriormente, y los cambios de mandos acrecían la dificultad. Bajo el Frente Popular funcionaban sin obstáculo la infiltración y propaganda izquierdista en los cuarteles, en medida muy superior a la de los meses previos a octubre del 34. Desde Marruecos se había desplegado la UMRA, de inspiración masónica y aliada con las milicias del PSOE y el PCE, a las que facilitaba instructores. La UMRA hacía proselitismo entre los oficiales y espiaba a sus rivales de la UME.

Los militares conjurados sentían sobre sí el ojo del poder: llegaron a sorprenderse de que Mola no fuera arrestado o destituido. Éste, sufridor de continuas complicaciones en su tarea, atribuía su aparente impunidad a que «me creen un gigante y no saben que tengo los pies de barro. [...] Temen que al detenerme sobrevenga un alzamiento de las derechas en toda España». En realidad no existía ese temor. Simplemente el Gobierno aguardaba a que dieran el paso sin retorno.

Con todo, Prieto y otros no las tenían todas consigo. El dirigente del PSOE sostuvo una agria discusión con Casares, que llamó «cuentos de portería» a los informes del socialista, a quien aclaró: «Todo eso que ustedes me cuentan y mucho más lo sabe el Gobierno, y lo que yo quiero es que se echen a la calle de una vez para yugular la rebelión. Esta vez no vamos a quedarnos en una expropiación de bienes, como cuando la sublevación del general Sanjurjo».

Prieto salió furioso del encuentro. Pero el Gobierno estaba informado, no sólo por delaciones, sino por la intervención de los teléfonos de los políticos, capitanías y militares sospechosos. Azaña había ordenado esa vigilancia, ilegal o extralegal, y muy secreta, como lo explica Vidarte en *Todos fuimos culpables*[12].

Algunos derechistas, resueltos a la sedición, pensaban que la mayoría del país se mostraba pasiva y desconcertada, entre la amenaza permanente y la desinformación impuesta por la censura. Seguramente fue idea suya hacer circular, a finales de mayo, documentos apócrifos sobre un plan de insurrección comunista, a fin de incitar a una reacción más enérgica. El plan resultaba creíble, y muchos sin duda lo creyeron, pero los comunistas no pensaban en una insurrección a corto o medio plazo, sino en coaccionar al Gobierno para que destruyese a las derechas, y de paso a la democracia. Entre tanto formaban milicias, minaban el ejército, radicalizaban a las masas e imponían un doble poder de hecho. Ya hemos visto que tampoco el PSOE de Largo Caballero pensaba en una insurrección, pues la dinámica del Frente Popular debía llevarle al poder sin necesidad de arriesgar tanto. Indudablemente los desórdenes y crímenes constantes podían terminar empujando a las derechas a una rebelión a la desesperada, que los revolucionarios estaban seguros de sofocar y que daría la ocasión de acabar definitivamente con la República «burguesa» y sus libertades «meramente formales y engañosas». Sólo los anarquistas pensaban en levantamientos, pues preveían cercana su victoria, pero sin plazo preciso.

Dentro de los desórdenes del campo, en la segunda quincena de mayo se produjo una verdadera batalla en el pueblo de Yeste entre guardias civiles y campesinos que talaban ilegalmente los pinares. El balance fue un guardia y diecisiete campesinos muertos, con numerosos heridos por las dos partes. Fue el suceso aislado más sangriento de esos meses en el campo.

El día 31 de mayo hablaba Largo en un gran mitin en la Plaza de Toros de Madrid. Lo hacía bajo un gigantesco retrato de Lenin: «Ha llegado el momento de que la clase trabajadora no siga dividida ni se nos escape el triunfo por

nuestras luchas intestinas». Aludía a la fusión de comunistas y socialistas, que parecía próxima (y nunca había de llegar). Mencionó «un millón de obreros parados, lo que viene a representar cuatro millones de personas hambrientas», aunque ello se debía en gran parte a las continuas huelgas y sabotajes en las empresas, que hundían a muchas y retraían la iniciativa privada.

Las rivalidades en el seno del PSOE se acercaban al punto de ruptura. El «bolchevique» Álvarez del Vayo, más que probable agente del Kremlin dentro del PSOE, afirmaba que Prieto estaba urdiendo «un golpe de Estado en combinación con Azaña, cuya obra de Gobierno tendría muchas semejanzas con la de Mussolini en Italia». Y presentaba a Prieto como el futuro Noske, el político socialista que había ahogado sangrientamente los levantamientos revolucionarios en Alemania después de la primera guerra mundial, incluyendo los asesinatos de Kart Liebnecht y Rosa Luxemburgo.

Sin embargo, la iniciativa la tenían los «bolcheviques», que al terminar el mes estuvieron a punto de matar a Prieto cuando él, González Peña y Belarmino Tomás acudieron a dar un mitin en Écija. Miembros del sector «bolchevique» los atacaron a tiros, pedradas y botellazos. Les libró la rápida intervención de «La Motorizada» cuyos miembros, recordará Prieto, «protegían mi retirada con el fuego de sus pistolas ametralladoras». Su secretario fue salvado del linchamiento por la policía, y la Guardia Civil rescató a un apaleado Negrín. «Todavía no me explico cómo estoy aquí», diría días más tarde Prieto, quien ostentaba una herida en la frente, mientras González Peña expresaba su decisión de no hablar en público durante un tiempo prudencial.

El «¡Basta ya!» gritado por el jefe socialista el primer día de aquel mes no había sido escuchado.

IX

La última oportunidad

LA AUTORIDAD de Mola («el Director», en el lenguaje clandestino) sobre la conspiración tenía, entre otros escollos, el de su graduación de general de brigada, inferior a la de otros conjurados. Pero el 5 de junio, respaldado por delegación expresa de Sanjurjo, trataba de perfilar mejor sus proyectos. Se constituiría un directorio militar para ejercer una dictadura republicana al estilo de las de Polonia o Portugal —y no de los Estados fascistas—, la cual mantendría «todas las reivindicaciones obreras legalmente logradas». El directorio suspendería la Constitución de 1931 (que en la práctica sólo había regido durante cortos períodos en aquellos cinco años) y establecería unas Cortes constituyentes a las que se votaría con un carné especial, quedando excluidos los delincuentes y los analfabetos. Continuaría la separación entre la Iglesia y el Estado, así como la libertad de cultos, a la vez que se procedería a una reforma agraria.

Y mientras tanto seguía adelante un punto clave del Frente Popular: la llamada, con perfecta impropiedad «republicanización»; es decir, la depuración de las instituciones, vivamente denunciada por Ventosa.

Se trataba, sobre todo, de politizar la justicia. El comunista Uribe había sentado doctrina en el Parlamento el 19 de mayo: «Hay que cambiar fundamentalmente la composición de esos Tribunales, que no administran justicia, pera que hagan una justicia en beneficio del pueblo, que es el único que tiene derecho». Una ley aprobada el 9 de junio establecía un tribunal especial para vigilar a los magistrados, formado con mayoría de presidentes de agrupaciones sociales de izquierda y ultraizquierda. «La ley —observa Gil-Robles— consumaba la monstruosa paradoja de que, para enjuiciar a un magistrado o a un juez, bastaba saber leer y escribir, mientras que todos los demás ciudadanos habían de ser juzgados por quienes demostrasen una capacidad suficiente». El día 10, otra ley encomendaba a una asamblea de 75 miembros, con predominio gubernamental garantizado, la elección del Tribunal Supremo. Un proyecto de ley presentado por entonces concedía al ministerio el nombramiento directo de los cargos de la justicia municipal. Y así otras medidas tendentes a crear una judicatura identificada con los fines políticos del Frente Popular, eliminando de hecho la independencia del poder judicial. Al parecer, la mayoría de los jueces se plegó sin mayor protesta a estos avances hacia la tiranía.

Otro objeto de depuración fue el ejército, mediante la combinación de dos decretos, de hecho ilegales. Uno permitía al ministro adjudicar a su arbitrio los puestos vacantes, sin sujeción a normas, y otro le autorizaba a crear las vacantes, dejando disponible forzoso a quien estimase oportuno. También perderían sus ingresos públicos, sin garantía procesal ni posibilidad de recurso, los militares acogidos al retiro extraordinario de Azaña, si realizaran algún acto presuntamente subversivo. Con frecuencia, los oficiales eran saludados en las calles con gestos vejatorios, agresiones y gritos de «¡Viva Rusia!», «¡Abajo el ejército!»,

«¡Asesinos!», dando lugar a incidentes en los que la autoridad solía quitar la razón a los militares.

La agitación no afectaba por igual, lógicamente, a todas las regiones. Curiosamente las más radicalizadas en verano y octubre de 1934, Asturias, Cataluña y País Vasco, habían cedido ese lugar a otras por entonces más calmadas. La violencia se cebaba sobre todo en la mitad sur de la península y destacadamente en Madrid, lo que le daba mayor eco. Sin que, naturalmente, quedara exenta tampoco la mitad norte.

* * *

El 16 de junio las derechas conseguían presentar en el Parlamento una proposición no de ley: «Las Cortes esperan del Gobierno la rápida adopción de las medidas necesarias para poner fin al estado de subversión en que vive España». Era un nuevo intento, ya a la desesperada, de poner a los gobernantes ante sus deberes constitucionales.

Pero ni la mayoría de los diputados esperaba la adopción de tales medidas, ni el Gobierno pensaba en ello. Gil-Robles aportó ante la Cámara nuevos datos sobre quemas y destrozos de iglesias, periódicos y centros derechistas, huelgas, bombas, etc. Sólo en las dos jornadas anteriores a la sesión parlamentaria habían ocurrido incidentes graves en catorce localidades, con ocho muertos y doce heridos, varios cortijos calcinados, tiroteos contra «fascistas» y un intento de asalto a un polvorín, cuatro bombas en Madrid, vejaciones a religiosas de un colegio de huérfanos, etc. Las víctimas eran casi todas conservadoras, aunque un diputado atribuyó dos de ellas a agresiones derechistas. El balance de sangre ascendía desde febrero ya a 269 muertos y 1287 heridos, lo que tenía ya algo de guerra. Además, 33 periódicos de derechas habían sido asaltados y dañados, y otros diez habían quedado totalmente

destruidos, junto con 69 centros políticos y sedes de sociedades privadas. Como índice del descalabro económico contabilizó 113 huelgas generales y 228 parciales.

La sesión fue aún más borrascosa de lo habitual. Calvo Sotelo denunció la confusión representativa: «Aquí hay diputados republicanos elegidos con votos marxistas. Diputados marxistas partidarios de la dictadura del proletariado y apóstoles del comunismo libertario. […] La vida de España no está aquí, en esta mixtificación». E incitó a la rebelión: «Sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse a favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjese». Denunció desfiles de milicias armadas en Oviedo y las consignas corrientes en pro de un Ejército Rojo. Citó a Largo Caballero, que en un discurso acababa de admitir al Frente Popular sólo en cuanto se inspirase en la revolución de Octubre, y concluyó que, al estar el Gobierno ligado umbilicalmente al *Lenin español*, «sobran notas, sobran discursos, sobran planes, sobran propósitos, sobra todo; en España no puede haber más que una cosa: la anarquía».

Exigió asimismo un «Estado integral» que aplicara la autoridad. Y si a ese Estado se le quería llamar fascista, añadió, entonces «yo me declaro fascista».

Le amenazó Casares: «Si algo pudiera ocurrir, que no ocurrirá, Su Señoría sería el responsable con toda responsabilidad». Y dibujó un grato panorama de calma social y afluencia turística. «La inquietud, que no tendría justificación por los escasos actos de violencia que se han producido, no existe». Culpó a los patronos de los desórdenes, por no dar trabajo y practicar el pistolerismo: «Esta lucha de clases es una realidad, no sólo por una parte, sino más especialmente por la otra. Ateneos a las consecuencias». Remedaba la actitud de Azaña dos meses antes. Las derechas pedían al Gobierno el fin de las

violencias, y el Gobierno les replicaba… ¡haciéndoles responsables de ellas!

Más veraz que Casares, *La Pasionaria*, convertida en una verdadera estrella del Parlamento, admitió la intranquilidad social: «Las tempestades de hoy son consecuencia de los vientos de ayer», es decir, de la represión del «octubre glorioso». Y acusó a Calvo Sotelo, con perfecta falsedad, de dirigir «hordas de pistoleros». «No solamente hay que hacer responsable de lo que pueda ocurrir a un señor Calvo Sotelo cualquiera, sino que hay que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a aceptar los laudos del Gobierno» y a quienes «llenos de sangre de la represión de octubre vienen aquí a exigir responsabilidades».

Ventosa, político catalanista de derechas, recalcó que justificar los excesos del presente con los atribuidos al pasado impedía simplemente la vida civilizada. «¿Es que estamos condenados a vivir en España perpetuamente en un régimen de conflictos sucesivos, en que el apoderamiento del poder o el triunfo de unas elecciones inicien la caza y la persecución y el aplastamiento del adversario?». Aludió a la «beligerancia» de Casares, contraria a la ley, y a la «subversión de los espíritus» que todo ello comportaba. Rechazó con energía los planes de «republicanizar la justicia», los cuales buscaban «destruir la independencia judicial, sin la cual no podría existir ni la vida de un Estado democrático ni aun las propias libertades individuales consignadas en la Constitución». Continuó analizando las causas de la violencia: «El Frente Popular […] es una combinación imposible, la de marchar unidos […] los que pretenden destruir las organizaciones democráticas y la sociedad capitalista […], y los que siguen afirmando todavía que quieren mantener las instituciones democráticas y el régimen capitalista, aunque sea con tales o cuales condiciones. Forzosamente hay una contradicción

[…] que tiene que llevar a unos o a otros a la impotencia, y a todos a la perturbación».

Y concluyó: «Mantened el Frente Popular o rompedlo; haced lo que os plazca; pero si el Gobierno no está dispuesto a dejar de ser beligerante, para imponer a todos por igual el respeto a la ley, vale más que se marche, porque por encima de los partidos y combinaciones está el interés supremo de España, que se halla amenazada por una catástrofe». Curiosa mezcla de realismo teórico, al citar la amenaza que gravitaba sobre el país, y de absoluta falta de sentido de la realidad en ese «más vale que se marche». Si algo no estaba dispuesto a hacer el Frente Popular, tanto en su sector gobernante como en su sector confesadamente revolucionario, era marcharse. Muy al contrario, proseguían incontenіblemente sus medidas, unos para destruir a la oposición, otros para reducirla a un papel testimonial.

Naturalmente, las izquierdas extremistas, de mayor peso que las menos extremas pese a no estar en el Gobierno, pensaban muy de otro modo que Ventosa: el Gobierno no hacía lo suficiente. De Francisco, dirigente socialista, insistió en esa línea: «Han de herirse intereses privados, ¡qué duda cabe! Más se herirán cuando se realice una transformación del régimen en la que […] tenemos puestas absolutamente todas nuestras esperanzas». Y algunos, como Maurín, del POUM, exigieron un Gobierno conjunto de todas las fuerzas del Frente Popular.

Calvo Sotelo, en su contrarréplica, apenas prestó atención a *La Pasionaria*, pero dirigió a Casares las frases tan conocidas: «Bien, señor Casares Quiroga, […] yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para el bien de mi patria. […] Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó al rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no

podéis". Y es preferible morir con honra a vivir con vilipendio». Para concluir previno al gobernante contra los ejemplos de Kerenski y de Karoli, que abrieron paso al comunismo en Rusia y en Hungría. La alusión debió de hacer mella en Casares, quien, precisamente, decía querer evitar ese papel del ruso. Según Vidarte, tenía en su despacho un retrato de Kerenski como recordatorio del peligro. Calvo, por su parte, sentía sobre él una amenaza de muerte, certificada al día siguiente por *Mundo Obrero*, el órgano del cada vez más activo e influyente Partido Comunista: «La destrucción de todo esto es tarea inmediata del Frente Popular. Con el miserable Calvo Sotelo a la cabeza».

Conviene reparar en que, con ser dañinos los desórdenes y asesinatos en las calles, la respuesta del Gobierno y sus aliados en las Cortes resultaba mucho más demoledora para el régimen. Repetía, en escala incomparablemente superior, la actitud del Gobierno y la izquierda apenas instaurada la República, cuando justificaba como «obra del pueblo» la oleada de incendios de conventos, bibliotecas y centros de estudio. Ahora, al negarse a tomar medidas contra unos desmanes que el mismo Prieto había calificado de insoportables para la sociedad, y al amenazar además a quienes pedían la aplicación del Estado de derecho, rubricaban y respaldaban la ausencia de legalidad en el país. Y con ello, la ausencia de legitimidad de un Gobierno empeñado en transformar a marchas forzadas la República de 1931 en un régimen diferente, realmente despótico.

En lugar de votarse la proposición de la derecha sobre el orden público, el Parlamento votó la contrapropuesta de un grupo de izquierdistas: «Los diputados que suscriben, como resultad del debate producido al discutirse la proposición no de ley firmada por los grupos de la oposición, proponen:

»Que el Congreso declare no haber lugar a votar la proposición indicada y en su lugar se vote la confianza de la Cámara al Gobierno para la realización del programa del Frente Popular».

Aquella sesión de mediados de junio —pronto se vería con claridad— era realmente la última oportunidad de evitar el enfrentamiento radical en la sociedad española. Una oportunidad desechada alucinadamente por el Gobierno.

X

Los nacionalistas catalanes y vascos, al quite

LA ESQUERRA catalana, capitaneada por Companys, apoyaba al Frente Popular, pero sin mezclarse con él, y sufría los mismos problemas que el Gobierno, en particular a causa de la agitación anarquista. Le pasaba con ella lo que a Azaña y Casares con sus aliados revolucionarios: la temía, pero se veía abocada a consentirle sus desmanes y a hacerse cómplice de ellos. Y aunque en el movimiento anarquista existía alguna predisposición hacia el Frente Popular, por temor a un golpe derechista, también permanecía la memoria del tiempo en que el Gobierno autonómico de Companys había perseguido cruenta e ilegalmente a los militantes ácratas. El periódico de Companys, *La Humanitat*, exhortaba a la CNT a proteger el «oasis», dado que —aseguraba—, «el proletariado es el que más puede influir en su defensa». Por el contrario —insinuaba melosamente—, «ciertas tácticas de la lucha de clases tienen el inconveniente de contribuir a la depresión de los negocios».

A los anarquistas los negocios les traían al fresco, y en abril habían asesinado a los nacionalistas hermanos Badía, uno de los cuales había jugado un papel muy relevante en la

sublevación del 34. Se intentó atribuir el crimen a la Falange, pero todo el mundo sabía que detrás estaba la CNT-FAI. La prensa nacionalista levantó un clamor furioso contra el «bárbaro asesinato», exigiendo «¡Justicia, Justicia, Justicia!», y hablando de «martirio» y de «potencias tenebrosas». Los anarquistas negaron su autoría, como solían hacer en tales casos, pero amenazaron con sonados disturbios si a los muertos se les tributaba un homenaje público. Miquel Badía —afirmaban no sin algunas razones— se había señalado en 1933-34 como perseguidor y torturador de anarquistas. El homenaje tuvo lugar, de todas formas, en medio de un espectacular despliegue policial.

Los asesinos no fueron habidos.

Recientemente, el historiador Enrique Ucelay da Cal ha destapado las acusaciones subterráneas de medios nacionalistas señalando a Companys como inductor del crimen. Companys, antiguo abogado defensor de pistoleros ácratas, mantenía buenos contactos con ellos, probablemente también a través de la masonería. Su presunta inducción radicaría en un asunto de faldas, pues los dos estaban detrás de la misma militante *esquerrista*, y Badía habría amenazado al *president* de la *Generalitat*.

Existían otros motivos de resentimiento entre los dos jefes nacionalistas. Badía estaba muy dolido con la dirección de la Esquerra, que lo había preterido después de los sucesos del 34, ensalzando sin tasa, en cambio, a Companys y los suyos. Badía había sido de los poquísimos dirigentes que, después de llamar a los catalanes a la rebelión, había hecho algo parecido a luchar.

En una carta leída por el exlíder *esquerrista* Dencàs en el *Parlament* algún tiempo más tarde, Badía había escrito: «No cuenta que aquella noche aciaga [del 6 de octubre de 1934] algunos nos jugáramos la vida. Nuestra obligación, sobre todo la mía, era capitular enseguida, sin luchar como los hicimos. […] Y tenía la obligación de estarme escondido

en un despacho y sacar bandera blanca en cuanto hubiera oído un par de cañonazos. Di mal ejemplo al ser el único que con un grupo de voluntarios salió a la calle, y ahora lo he de pagar. Reconozco que sólo merezco desprecios e insultos. […] El apoyo material y moral lo tienen bien ganado aquellos valientes que permanecieron bien escondidos para rendirse a cambio de que les perdonaran la vida. Sí, hace muy bien la gente en ayudar y plañir por esos pobretes».

La CNT dictaba la ley en las zonas populares, y amenazaba jactanciosamente a la Esquerra, como en este suelto de *Solidaridad Obrera*: «Ha causado gran indignación en los medios obreros el artículo de Rovira i Virgili [intelectual y político nacionalista] […]. Asimismo el domingo se realizó en un lugar céntrico de Barcelona un solemne auto de fe con varios ejemplares de *La Publicitat*, por publicar este periódico un escrito de José María Planas calificando de pistoleros a los obreros anarquistas y reclamando una acción enérgica de las autoridades contra nuestras organizaciones. […] El domingo se hablaba en muchos lugares públicos de Barcelona frecuentados por obreros de exigir una rectificación de los periódicos difamadores y de OBLIGARLES A ENMUDECER si no adoptan una postura de imparcialidad y nobleza». Los nacionalistas hubieron de plegar velas, entre lamentaciones por lo que estaba ocurriendo con la ley.

Companys y los suyos habían sido, con el PSOE, los cabecillas de la insurrección guerracivilista del 34, y, una vez vueltos al poder, intentaban empujar a la mayor separación de hecho con el resto de España. Con su agudo instinto publicitario definieron a Cataluña como un «oasis», lugar de paz en medio de un «Estado español» dominado por las violencias. Oasis presuntamente envidiado o admirado por el resto del país: «Las otras tierras ibéricas admiran […] la Cataluña de Macià y de Companys […].

Cada victoria *esquerrista* hace brillar cada vez más el papel de Cataluña». Aunque el nacionalismo y el anarquismo habían hecho de la región, probablemente, la más convulsa del país en el siglo XX, ahora insistían en proyectar una imagen jactanciosa de tranquilidad: «nuestra convivencia es más perfecta que en otros pueblos» (de España). Companys propugnaba una «democracia expeditiva», que Azaña tradujo más exactamente por «despotismo demagógico». La atemorizada derecha catalanista se sometía, con la esperanza de que el extremismo fuera amainando y permitiera llegar a arreglos más convenientes. En sus cesiones incluso había votado a Azaña para presidente de la República tras la ilegítima destitución de Alcalá-Zamora. Como parte de su propaganda sobre el «oasis», los nacionalistas ocultaron con especial empeño los asesinatos políticos en la región, haciendo creer durante mucho tiempo que se limitaron a los de los hermanos Badía y otro más. Pero recientes investigaciones consignadas en *El colapso de la República*, muestran que el número real no bajó de quince, acompañados además, de una epidemia de huelgas de notable violencia.

El asesinato de los Badía no rompió de todas formas la relación oficialmente respetuosa entre los anarquistas y los nacionalistas. Ello daría sus frutos meses más tarde, en plena guerra civil, cuando la Esquerra aprovechara el caos creado por la CNT-FAI para conculcar la autonomía y llevarla muy cerca de la secesión efectiva.

* * *

Por lo que hace al Partido Nacionalista Vasco, llevaba éste su característica doble política. Había pasado de flirtear con intentos golpistas de la derecha al comenzar la República, a apoyar movimientos revolucionarios en el verano del 34, y en vísperas de las elecciones del 36 había

saboteado los esfuerzos unitarios de la CEDA. Había contribuido así a la victoria del Frente Popular, a pesar de las instrucciones del Vaticano, que preveía malas consecuencias si las derechas acudían desunidas a las urnas. En las Vascongadas fue precisa una segunda vuelta en las elecciones, y las derechas habían dado entonces sus votos al PNV para evitar el triunfo de las izquierdas. No les había servido de mucho, pues los discípulos de Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco, habían seguido colaborando con los extremistas contrarios, votando a favor de la revisión de actas y de la destitución de Alcalá-Zamora.

Esta colaboración de hecho, extraña en un partido tan católico, no impedía a la prensa sabiniana denunciar: «Nos alcanza en todas partes la descomposición del Estado español, […] estrago inmenso de su organización social, batida por la inmoralidad y la anarquía»; o bien acusaba las «convulsiones epilépticas de un pueblo moribundo que nos quiere aniquilar en su desesperación». Pese a ello, su ataque principal se dirigía contra la CEDA, asumiendo los tópicos de los ataques izquierdistas. La paradoja se entiende mejor recordando el espíritu del PNV, grabado a fondo por Sabino Arana entre sus seguidores: «Tanto nosotros podemos esperar más de cerca nuestro triunfo, cuanto España se encuentre más postrada y arruinada». O: «Si la viésemos [a España] despedazada por una conflagración intestina o una guerra internacional, nosotros lo celebraríamos con fruición y verdadero júbilo». De aquel proceso de descomposición social y nacional del país esperaban sacar grandes ventajas los nacionalistas vascos, como harían al reanudarse la guerra, aprovechando el estatuto de autonomía entonces concedido para romperlo en todos sus puntos y acercarse cuanto les fue posible a la separación.

Así, tras el triunfo del Frente Popular se produjo una alianza, no nueva históricamente, entre los revolucionarios,

los republicanos de izquierda y los separatistas. La base de esa alianza consistía en la común oposición a la derecha y a la propia historia de España, considerada muy negativamente por todos ellos. Los comunistas y los partidarios de Largo Caballero, especialmente, no vacilaban en propugnar el «derecho de autodeterminación», siguiendo los tópicos de Lenin y Stalin al respecto. Esto beneficiaba mucho, desde luego, a los secesionistas catalanes y vascos[13].

XI

Pasos definitivos hacia la guerra

EL 20 de junio, cuatro días después de la histórica sesión de las Cortes, Mola, algo desanimado por los obstáculos del Gobierno y las dificultades de coordinar a fuerzas heterogéneas, había cambiado de planes, dando mayor relevancia al ejército de Marruecos y a la armada. Y el día 23, Franco hacía por su cuenta un esfuerzo para atraer a Casares a una política más razonable. En su célebre carta, tan comentada, negaba —lógicamente— la existencia de complots en los cuarteles, pero le advertía de modo apremiante sobre el descontento en el ejército. «Los escritos que clandestinamente aparecen con las siglas UME y UMR [sic] son […] heraldo de futuras luchas civiles». A su juicio, en la inquietud militar coincidían preocupaciones de orden profesional, por la arbitrariedad del trato, y «aquellas otras de todo buen español ante los graves problemas de la patria», por lo cual le instaba a tomar «medidas de consideración, ecuanimidad y justicia». Para él, la solución radicaba en asegurar en el ejército un claro espíritu contrarrevolucionario, pues con esa condición ninguna maniobra revolucionaria tendría posibilidad de imponerse. Por el contrario, un ejército minado o dominado por las extremas izquierdas garantizaba los avances de la

subversión. Sea como fuere, sus palabras a Casares cayeron en oídos sordos.

Según el propio Franco, cuando el Frente Popular le destinó a las Canarias, él se había ofrecido a Azaña: «Hacen ustedes mal en alejarme. En estos momentos tan peligrosos para la vida del país, [...] yo en Madrid podría ser más útil al Ejército y a la tranquilidad de España». Pero el triunfante republicano no opinaba igual y le habría despedido con una clara advertencia: «Lo de Sanjurjo lo supe y pude haberlo evitado; pero preferí verlo fracasar». No podemos saber si ocurrió exactamente así, pero las palabras del general encajan con su poca disposición al golpe; y las atribuidas a Azaña, con la actitud de éste sobre la *sanjurjada*, consignada en sus diarios.

En Canarias, Franco recibía noticias de la conspiración en marcha y dudaba de la seriedad de los preparativos. Nunca había demostrado mucha confianza en las conspiraciones, ni deseos de romper la legalidad y la disciplina. En ello recuerda más a Gil-Robles que a Calvo Sotelo, pues este último estaba convencido desde el principio de que aquella República sólo podía traer desastres, y ya en 1935 predicaba la destrucción violenta del régimen. En el apego a la legalidad, el general había ido más lejos que el jefe de la CEDA, pues éste, en dos momentos de desesperación por las intromisiones poco o nada constitucionales de don Niceto, había sugerido el golpe a los militares, y Franco lo había impedido.

Tampoco debía de tener el futuro Caudillo una opinión muy alta de Sanjurjo, nuevamente jefe máximo del complot. Sanjurjo se había mostrado un tanto veleidoso en política, había jugado un papel quizá decisivo en el advenimiento de República, y luego había intentado un levantamiento militar injustificado, a juicio de Franco, y notablemente chapucero. Repetir aquel fracaso significaría desencadenar

inconteniblemente la revolución, y la aniquilación definitiva de los ideales e intereses de todos ellos.

De ahí que, ya avanzado 1936, cuando Mola se volcaba con todo su ser en la preparación del golpe, Franco vacilara interminablemente, para irritación de sus compañeros. Y no era sólo él quien percibía los albures del movimiento. Incluso uno de los más implicados, el coordinador Galarza, produjo en el político Serrano Suñer «una impresión decepcionante y penosa por la deficiencia de su información, confusión de planes y sobre todo por la escasez de su ánimo».

El 1º de julio informaba Mola: «El entusiasmo por la causa no ha llegado todavía al grado de exaltación necesario para obtener una victoria decisiva, y [...] la propaganda no ha alcanzado un resultado completamente halagüeño». En las cruciales Madrid y Barcelona, las autoridades y las izquierdas dominaban las guarniciones. Y si bien la Falange, medio desarticulada por la represión, había terminado por aceptar, a disgusto, la supremacía de los militares, los carlistas se resistían a hacerlo. Mola constataba que «aún hay insensatos que creen posible la convivencia con los representantes de las masas que mediatizan al Frente Popular», y en alguna ciudad clave de la revuelta —Valencia—, un político legalista había echado a rodar los planes. Mola alertaba de probables traiciones y pedía paciencia, por más que «todo está en marcha y no ha de cundir el desaliento». A aquellas alturas, la marcha atrás se hacía muy difícil, como les había pasado a los socialistas y a Companys en 1934.

* * *

Poco después de la sesión de Cortes del 16 de junio, Miguel Maura publicaba en *El Sol* varios artículos de gran repercusión. Maura, principal organizador de las

maniobras que habían traído la República en 1930-1931, era un político derechista complaciente con la izquierda extremista, al modo de Alcalá-Zamora, hasta el punto de haberse solidarizado con la insurrección de octubre. Pero ahora escribía: «Un ambiente de incertidumbre y de congoja atenaza hoy el espíritu de todos los españoles que no quieren verse envueltos en el remolino de la barbarie anarquista. "Todo menos esto", que es la última expresión de la repulsa, [...] está hoy en los labios de la inmensa mayoría de las gentes, incluso de aquellas que [...] pusieron su ilusión en el triunfo del 16 de febrero». Como única salida propugnaba una «dictadura nacional republicana».

Y los crímenes continuaban, imparables. A principios de julio, miembros del PSOE asesinaron en un bar a varios miembros de la Falange, y compañeros de éstos hicieron lo mismo, en represalia, con algunos socialistas. El Gobierno arrestó a trescientas personas de derechas y a ninguna de izquierdas. Empezaron a practicarse los «paseos», método que sería empleado masivamente unas semanas más tarde: diversas personas de derechas fueron secuestradas en sus casas y matadas en las afueras de Madrid.

Los conflictos obreros y campesinos también se envenenaban más cada día. Una interminable huelga de la construcción, complicada con otra de ascensoristas y electricistas provocaba incomodidades sin cuento a la población de Madrid, y se extendía a Bilbao y a Burgos, rivalizando en ella la CNT y la UGT. Los intentos de volver al trabajo eran disuadidos por medio de bombas o pistolerismo. La quema de mieses se extendía en Castilla la Nueva y Sevilla, perdiéndose buena parte de las cosechas. Una huelga de marineros mercantes inmovilizaba a la mayor parte de la flota en puertos españoles y extranjeros, perjudicando seriamente el abastecimiento y el comercio en general, ejercido mayoritariamente por vía marítima. Por los lugares más diversos de la geografía se declaraban

huelgas por los motivos más nimios, hasta pintorescos. En Atarfe (Granada), diversas autoridades izquierdistas recibieron suscripciones al diario católico *El Ideal*, y sintiéndose ultrajadas, declararon la huelga general en la comarca, paralizándola hasta dejar al pueblo falto de pan y de productos de primera necesidad…

Conforme la situación empeoraba, los revolucionarios mostraban mayor impaciencia, y los prietistas y azañistas más inquietud. Empezó a cundir entre estos últimos algo parecido a la propuesta de Calvo Sotelo de un Gobierno autoritario, pero de izquierdas, que cortase también el proceso revolucionario. Un poco en la línea de Maura, Prieto preconizaba el 4 de julio «un Gobierno no dictatorial, sino autoritario». Él había advertido que «las huelgas incesantes, los asesinatos harán que pronto la pequeña burguesía se desvíe de la clase obrera» (siguiendo la convención doctrinaria, llamaba «clase obrera» a los partidos obreristas como el suyo). Pero poco después de haber denunciado asimismo «la eliminación alevosa de ciudadanos» y el «gangsterismo político», dejó de hacer llamamientos a su relativa moderación, pues caían en el vacío. Persuadido de que la confrontación se acercaba a grandes pasos, se dedicó a urgir la unidad de las izquierdas y la alerta del Gobierno frente a la amenaza de rebelión derechista. El sector socialista de Besteiro, único realmente moderado, se encontraba sumido en la desesperación, incapaz de frenar a sus correligionarios.

En amplios sectores de la derecha Calvo Sotelo pasaba a ser considerado el líder adecuado al momento. A Gil-Robles le reprochaban haber seguido colaborando con el régimen mucho tiempo después de haberse éste agotado. Si el reproche tenía razón o no, dependía de interpretaciones. Pero carecería de base la imputación hecha más tarde al jefe cedista de haber retrasado la rebelión hasta que hubo

de realizarse en las peores condiciones, derivando en una cruenta guerra.

La marcha del país había corroído, en efecto, el legalismo de los afiliados a la CEDA, y el propio Gil-Robles estaba pasando a apoyar los planes de sublevación, más por fatalismo que con fervor. Lo expondrá en 1942: su partido «había hecho una experiencia de actuación legal, fracasada por los manejos antidemocráticos y por la violencia criminal de las turbas. […] No se divisaba más solución que la militar, y la CEDA se dispuso a darle todo el apoyo posible. Cooperé con el consejo, con el estímulo moral, con órdenes secretas de colaboración e incluso con auxilio económico, tomado en no despreciable cantidad de los fondos electorales del partido. […] Transmití a los elementos directivos de las organizaciones provinciales […] durante los meses de junio y julio de 1936 las siguientes instrucciones reservadas para el momento en que el alzamiento se iniciase: 1ª Todos los afiliados se pondrían inmediata y públicamente al lado de los elementos militares. 2ª Las organizaciones del partido ofrecerían y prestarían la más amplia colaboración. […] 3ª Los elementos jóvenes se presentarían en el acto en los cuarteles para vestir el uniforme del Ejército, […] huyendo todo lo posible de formar milicias». Etcétera. La suma entregada a Mola, a principios de julio, ascendía a medio millón de pesetas (unos 700 000 euros actuales), pocas de las cuales fueron gastadas. En las filas conservadoras crecía una sensación de máxima urgencia, y sin duda el líder católico terminó por apoyar como pudo la conspiración[14].

Las memorias de los líderes izquierdistas abundan en recriminaciones a Casares Quiroga y Azaña por haber desoído sus avisos sobre la inminencia del golpe. Claro que las críticas están hechas tras el desenlace de la contienda, y probablemente exageran la angustia de aquellos meses ante el alzamiento militar, pues casi todos ellos estaban

convencidos de vencer en el enfrentamiento. El 9 de febrero Largo había descartado el éxito de un golpe cuartelero, porque «la reacción sería tremenda, aplastante, porque hoy, en España, las masas están organizadas, aglutinadas, de manera que es difícil, casi imposible […] destrozarlas e impedirles manifestarse». El 16 de junio *La Pasionaria* declamaba en su tono acostumbrado: «Si hay generalitos reaccionarios que […] pueden levantarse contra el Estado, hay también soldados del pueblo, cabos heroicos como el de Alcalá, que saben meterlos en cintura». *El Socialista* se jactaba de tener a los conjurados bajo control. Dentro de la lógica inquietud predominaba un notorio optimismo.

También son injustas las acusaciones de pasividad hechas al Gobierno, el cual impuso en el ejército una serie de relevos muy racionales para sus fines, y que resultarían casi decisivos a la hora de la verdad. Además, perturbó constantemente la conspiración por medio de vigilancias y cambios; preveía trasladar para el otoño a la mayoría de los mandos del ejército de Marruecos, lo que habría neutralizado a éste y causado el desastre total de los rebeldes, si éstos hubieran aguardado tanto.

Por otra parte, los republicanos comprendían que una depuración demasiado drástica del ejército no sólo dejaría inermes a las derechas, sino también a ellos mismos frente a sus peligrosos aliados. El socialista Zugazagoitia observa que Azaña «tenía muy serios motivos para sentirse contrariado, no por los militares […] sino por la suma fabulosa de conflictos sociales y de orden público». Y Vidarte especula: «¿A quién temía más Azaña […]: a Largo Caballero o a los militares? El haber temido más a Largo Caballero […] hizo posible la sublevación». Opiniones no del todo ajustadas a la realidad, pero en parte correctas.

Aprovechando los sanfermines de Pamplona, los contactos de los conjurados se anudaron en firme, renació

el optimismo y parece haberse concretado la rebelión para el 14 de julio. Pero cuatro días antes los jefes carlistas rompían con Mola, al no plegarse éste a adoptar la bandera tradicional española, la disolución de los partidos y unas Cortes corporativas. El general, que juzgaba indispensable la colaboración de los requetés navarros y dudaba de las tropas de guarnición, cayó en el abatimiento y hasta pensó en fusilar al jefe carlista Fal Conde, o en suicidarse. Y el día 12 le llegaba un mensaje de Franco proponiendo un nuevo aplazamiento. Mola, frenético, desgarró el papel y lo arrojó al suelo. Todo parecía ponérsele en contra en el momento crucial.

XII

El golpe de gracia a la República: asesinato de Calvo Sotelo e intento de matar a Gil-Robles

EN ESTAS incertidumbres, el panorama iba a sufrir enseguida un cambio drástico, obligando a los conjurados a asestar el golpe de una vez o resignarse a su más que probable desarticulación.

Al anochecer del 12 de julio, el teniente Castillo, de la Guardia de Asalto, caía asesinado en una calle de Madrid a manos de falangistas o de carlistas, nunca se supo bien. Castillo había estado implicado en el golpe contra la República de octubre del 34, instruía militarmente a las milicias izquierdistas y descollaba por su ardor represivo contra las derechas. En la manifestación del 16 de abril, como se recordará, había disparado contra un joven tradicionalista, dejándolo al borde de la muerte. Era por tanto un objetivo privilegiado para los extremistas de derechas que practicaban un pistolerismo de réplica al contrario.

Apenas sabido el atentado, jefes de la policía exigieron al ministro de Gobernación, Juan Moles, permiso para efectuar una *razzia* nocturna —completamente ilegal—

contra conservadores significados. Moles accedió, y mandó suministrarles listas nominales y domicilios. Tal conducta no era nueva, pues ante cualquier atentado, del signo que fuere, el Gobierno solía responder con el arresto indiscriminado de decenas o centenares de derechistas. Los terroristas de izquierdas nunca o muy rara vez sufrían persecución. En los arrestos solían participar milicianos al lado de las fuerzas de orden público —ello ya había ocurrido en Cataluña en 1934, bajo la dirección de la Esquerra—, indicio de la descomposición de las instituciones. O de su «republicanización», si se prefiere.

También se organizaron en el cuartel de Pontejos, situado junto al ministerio de Gobernación, cerca de la Puerta del Sol, expediciones para matar a Calvo Sotelo, a Gil-Robles y posiblemente a Goicoechea, otro líder monárquico. No podían detener legalmente a ninguno de ellos, pues les amparaba la inmunidad parlamentaria, y por tanto se trataba de secuestrarlos. Componían el primer grupo un pelotón de guardias de asalto y cuatro milicianos socialistas, dos de ellos guardaespaldas y hombres de confianza de Prieto en «La Motorizada», y otros dos afectos a Largo Caballero. Las diferencias entre una y otra fracción socialista parecen haberse atenuado o desaparecido, a efectos prácticos, en las últimas semanas.

Un equipo secuestrador partió en una camioneta oficial bajo la autoridad del capitán Condés, asimismo socialista próximo a Prieto y complicado, como Castillo, en el golpe del 34 y en la instrucción de milicias del PSOE. Extrañamente, Condés no pertenecía a la Guardia de Asalto, sino a la Guardia Civil, e iba de paisano, pese a lo cual acudió de inmediato a Pontejos y asumió el mando de la operación. Todo da la impresión de un plan previo ya acordado para un caso semejante.

Los encargados de secuestrar a Gil-Robles fracasaron, pues su presa estaba de viaje, pero Calvo Sotelo sí fue

hallado. Intimidaron a la familia, cortaron el teléfono para aislarla y se llevaron al político. Dato significativo fue la pasividad de los guardias de seguridad encargados teóricamente de custodiar al diputado. Días antes Calvo Sotelo se había quejado a Moles de que su escolta le infundía sospechas. Sustituida, la segunda le pareció aún peor, y uno de sus custodios le informó de haber recibido instrucciones de no reaccionar en caso de atentado contra él.

Condés y los suyos hicieron subir a Calvo Sotelo a la camioneta y, al poco de emprender la marcha, un miliciano llamado Luis Cuenca le disparó dos tiros en la nuca, matándolo instantáneamente, hacia las tres y media de la noche. Cuenca tenía historial de pistolero político en Cuba y era hombre de mano de Prieto, a quien habría salvado cuando la agresión de otros socialistas en el motín de Écija. Tras el crimen abandonaron el cadáver a la entrada del cementerio del Este. Calvo Sotelo presentía su muerte desde las reiteradas amenazas que había sufrido en el Parlamento.

Así pues, guardias de asalto acompañados de pistoleros de izquierdas y mandados por un guardia civil, habían asesinado al jefe de la oposición más conspicuo junto con Gil-Robles, que a su vez se había salvado por puro azar. Prueba definitiva de la situación límite de desintegración del Estado y de la ley. E indicio muy fuerte de complicidad de un Gobierno «beligerante contra el fascismo» —un fascismo casi inexistente—, pero no contra la revolución. Los autores obraron sin duda en la confianza de no ser perseguidos, como casi siempre ocurría.

Los datos apuntan a un crimen político deliberado y con amplias ramificaciones en la izquierda. Contra esa hipótesis aducen algunos la falta de interés de la izquierda en un acto así. Pero sí lo tenía, y mucho: el interés de provocar a la derecha a una acción prematura, a fin de aniquilarla de

una vez. También se ha alegado que la operación buscaba sólo secuestrar a los jefes derechistas como rehenes para impedir nuevos atentados de la Falange, o para someterlos a interrogatorio en busca de pruebas que permitieran retirarles la inmunidad parlamentaria. Tales explicaciones no rebasan el nivel de la puerilidad, aunque implican algo más real: la transformación de las fuerzas de orden público en grupos terroristas. La expedición no podía tener otro fin que el asesinato, prometido en la prensa y en las mismas Cortes.

Del odio reinante en la vida pública da idea la frase pronunciada en agosto por el diputado del PSOE Angel Galarza, ministro de Gobernación en septiembre: «A mí […] el asesinato de Calvo Sotelo me produjo un sentimiento, […] el sentimiento de no haber participado en la ejecución». El lº de julio había dicho en las Cortes: «La violencia puede ser legítima en algún momento. Pensando en Su Señoría [en Calvo], encuentro justificado todo, incluso el atentado que le prive de la vida[15]».

El Gobierno prometió una investigación pública y a fondo, pero obró exactamente al revés. Impidió la reunión de las Cortes para tratar la situación, redobló la censura y las multas contra la prensa que tratara «inadecuadamente» el crimen. (El diario procedista *Ya* fue multado con una gruesa suma por describir el cadáver de Calvo Sotelo «con señales de violencia», y se prohibió emplear la palabra «asesinato», según recoge Ricardo de la Cierva). El Gobierno no persiguió a los asesinos, los cuales siguieron libres y ascenderían después a puestos de mayor responsabilidad, y apartó del caso al juez Ursicino Gómez, que había tomado el asunto con demasiada diligencia para los deseos oficiales. El día 14, la manifestación de derechistas tras el entierro de Calvo Sotelo fue atacada por la policía, causando entre dos y siete muertos, según versiones, así como numerosos heridos, en una acción que

no dejaba de recordar la de Casas Viejas. Tres oficiales de la Guardia de Asalto protestaron contra el ataque a manifestantes inermes, y fueron inmediatamente arrestados; algunas unidades de esa policía estuvieron al borde del motín por aquella utilización, a su juicio deshonrosa, de la fuerza. Otros derechistas perdieron la vida tiroteados por paisanos desde un automóvil.

Como resume S. Payne, el Gobierno se jactó el día 15 de haber detenido a 185 líderes locales y provinciales de la Falange, que se sumaban a los miles ya encarcelados, y anunció redadas mucho más amplias, así como la clausura de los centros monárquicos en Madrid (y también, para «compensar», de la CNT, la cual tampoco tenía la menor relación con los hechos: los ácratas protestaron violentamente, y uno de ellos resultó muerto a tiros). Los separatistas catalanes cerraron todas las sedes derechistas en Barcelona, aunque no se atrevieron con las anarquistas. De nuevo el Gobierno exhibía su beligerancia contra… el «fascismo». Y, por cierto, contra la Constitución y la más elemental justicia. Su actitud desmiente lo pretendido por innumerables comentaristas, incluidos bastantes de derechas: que el Gobierno nada tuvo que ver con el crimen. Tuvo que ver en calidad de encubridor. Eso, como mínimo.

Ya expuse en otra ocasión los densos indicios que apuntan a Prieto como inductor del magnicidio, lo cual sugiere relaciones de mayor altura, si recordamos su colaboración con Azaña en otras maniobras como un intento golpista en julio del 34, la liquidación política de Lerroux o la destitución de Alcalá-Zamora[16]. Prieto había mostrado su desazón por la actitud de Casares de no desarticular la conspiración militar y limitarse a vigilarla para aplastarla cuando saliese a la calle. El líder socialista creía que la conspiración militar de 1936 ofrecía mayor peligro que la *sanjurjada* de 1932. Posiblemente todos, incluso los de Largo, habían pensado en empujar a los

militares a una rebelión prematura mediante una magna provocación. Esto suena muy posible, a tenor de los datos, pero no pasa de especulación.

Hechos y no especulaciones son, en cambio, los siguientes: el asesinato de Calvo fue dirigido por Condés, un elemento muy afecto a Prieto, habiendo sido consumado directamente por Luis Cuenca, uno de los principales guardaespaldas del líder socialista. Asombra que casi ningún historiador haya valorado o tenido en cuenta unos indicios tan sólidos, así como otros más que indicaré, aunque la sospecha razonable va abriéndose paso.

La pintura que luego trazó Prieto de un Condés abrumado por el «deshonor» del crimen y hablando de suicidio, resulta simplemente grotesca. La eliminación física de Calvo Sotelo y de Gil-Robles estaba en el ambiente, pedida incluso en el Parlamento, y es muy fácil imaginar a Condés orgulloso de su «hazaña» y no pesaroso por un «crimen» que a sus ojos no podía ser tal. Por supuesto, Condés no se suicidó, Prieto lo encubrió frente a la ley y obstruyó eficazmente la labor de la justicia, nueva prueba del carácter gangsteril adquirido por la política de izquierdas. También llama la atención el lapsus de Prieto en la Diputación Permanente del Congreso, confundiendo a Calvo Sotelo con Gil-Robles. La confusión sugiere que Prieto sabía que Gil-Robles estaba en el lote. No menos significativo fue el robo del sumario a mano armada, el día 25 y por milicianos… prietistas. El estudioso I. Gibson dice que el robo lo hicieron espontáneamente algunos jóvenes socialistas para proteger a Condés y que quemaron los papeles sin informar a Prieto. La inverosimilitud del cuento no merece comentario, y es difícil saber si Gibson lo cree o simplemente quiere hacerlo creer. Gran parte de la historiografía «progresista» opera con tales interpretaciones.

Digamos también que un militar izquierdista y masón, Orad de la Torre, ha atribuido a la masonería, a través de la UMRA, la organización del asesinato. Como Orad tenía algunos fallos de memoria, su versión ha sido tomada poco en serio. No resulta, sin embargo, inverosímil, ni contradice mi hipótesis sobre la implicación de Prieto, dados los canales internos existentes entre unos y otros.

La operación pudo haberse decidido algún tiempo antes, a través de «La Motorizada» y de militares instructores de las milicias izquierdistas. Bastaría con aprovechar uno de los asesinatos atribuibles a los «fascistas» para dar una réplica absolutamente desproporcionada y definitiva que precipitase el conflicto armado. Al día siguiente del asesinato, Prieto escribió: «Hoy se dijo que la trágica muerte del señor Calvo Sotelo serviría para provocar el alzamiento de que tanto se viene hablando». No añadió, naturalmente, «y como habíamos planeado», aunque la idea viene fácilmente a la cabeza. Pero terminó el párrafo con una frase muy cargada de significado: «Aun habiendo de ocurrir así, será preferible un combate decisivo a esta continua sangría». Eso prefería el político socialista que con Largo Caballero había organizado en 1934, textualmente, una guerra civil, y que en mayo de 1936 sostenía que la «sangría» causada, en sus propias palabras, por las izquierdas, debía terminar. La solución para que terminase: el «combate decisivo». Seis meses después, en enero de 1937, y a fin de proteger a los asesinos y romper la investigación, el Frente Popular amnistiaría los delitos anteriores al 15 de julio de 1936.

* * *

El choque psíquico y político causado por el crimen fue demoledor, algo así como el tiro de gracia a la República. «Sentí la impresión de que todas las treguas estaban

terminadas, y disipadas todas las esperanzas de concordia. Las Españas irreconciliadas e irreconciliables se colocaban frente a frente, con las pistolas en la mano», dice Martínez Barrio. «Este atentado ha tenido para España los efectos de una bomba, con cuya explosión se han hecho saltar las compuertas que contenían el desbordamiento de las pasiones», concluye el socialista Romero Solano. «Este atentado es la guerra», resumió sobriamente Zugazagoitia. Y así lo juzgó casi todo el mundo.

La izquierda sentía confianza. Un diputado del PSOE comentó a Zugazagoitia: «Las consecuencias de que ahora se habla, no creo que debamos temerlas. La República tiene de su parte al proletariado, y esa adhesión la hace, si no inatacable, sí invencible. Si las derechas levantaran la bandera de la rebeldía sería llegado el momento de ejemplarizarlas con una lección implacable». Dos días después, en Londres, Álvarez del Vayo decía al embajador soviético Maiski: «Hay suficientes fuerzas en el país para evitar o, en todo caso, aplastar cualquier intento de golpe militar». Ese optimismo no era absurdo, como se ha querido hacer ver con posterioridad. La experiencia de octubre del 34 demostraba que quien poseyera los resortes del Estado tenía de antemano las de ganar, máxime si ese poder venía respaldado por una potente movilización de masas. El optimismo de muchos también encerraba el cálculo de que las masas desplazarían al Gobierno republicano y promoverían por fin, sin ninguna traba, la ansiada revolución, esta vez con los medios del poder en sus manos.

Algunos derechistas, desesperados, especularon con planes alocados para matar a Azaña o atacar las Cortes con gases. Otros muchos hacían las maletas para huir de España. La censura acalló a la prensa conservadora.

En cuanto a los militares comprometidos, la decisión de rebelarse en fecha próxima estaba tomada, pero resultaba en extremo azarosa a causa de las grietas entre Mola y los

carlistas, a los acuerdos poco claros con la Falange, a los titubeos y tibieza de algunos conjurados, y al aplazamiento pedido por Franco. Pero cuando Mola y los suyos estaban reunidos para tomar una decisión final, les llegó la noticia del magnicidio. Mola dijo: «No se puede esperar un minuto más. El Gobierno ha cogido la delantera y acabará por anularnos o exterminarnos». A partir de ese momento dominó más bien la prisa por entrar en acción. La Falange exigió el alzamiento inmediato, o lo emprendería ella por su cuenta. También Franco, en cuanto conoció lo ocurrido, dejó de lado cualquier titubeo. Lo mismo sucedió con otros muchos, y la conspiración tomó finalmente verdadera consistencia.

* * *

Aunque suspendió las sesiones parlamentarias, el Gobierno no pudo impedir que el día 15 se reuniera la Diputación Permanente de las Cortes para discutir, en principio, la prórroga del estado de alarma en que vivía el país desde febrero. Tras un corto debate al rojo vivo, quedaron las espadas en alto. Suárez de Tangil, monárquico y comprometido de tiempo atrás en preparativos de rebelión, declaró: «Este crimen sin precedentes en nuestra historia política ha podido realizarse merced al ambiente creado por las incitaciones a la violencia y al atentado personal contra los diputados de derechas que a diario se profieren en el Parlamento. […] Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto […] aceptando un papel en la farsa de fingir la existencia de un Estado civilizado y normal. […] Quien quiera salvar a España, a su patrimonio moral como pueblo civilizado, nos encontrará en el camino del deber y del sacrificio».

La réplica de Prieto fue de lo más reveladora. Presentó en un mismo plano las muertes del teniente Castillo y de Calvo Sotelo, con lo cual equiparaba involuntariamente a la policía del Frente Popular, y de rechazo al Gobierno y a sí mismo, con un grupo terrorista. Ello aparte, políticamente el caso de Castillo era uno más entre los muchos de aquellos meses que el Gobierno amparaba de hecho, con su incumplimiento de la ley, mientras que el de Calvo afectaba a un portavoz y uno de los líderes más relevantes de la oposición. Yendo más atrás, declaró el caso de Sirval, en Asturias, «exactamente igual al de Calvo Sotelo», y acusó a la derecha: «entonces no calculasteis que habíais sembrado una planta cuyo tóxico os había de alcanzar también a vosotros». Fingía olvidar que el asesinato del periodista Sirval se había cometido como un exceso represivo en una situación de guerra abierta, organizada y dirigida en parte por el mismo Prieto. Sus comparaciones intentaban una justificación por lo menos sospechosa del crimen, y exhibían un punto de alucinamiento.

Gil-Robles resumió las cifras de la violencia en menos de un mes: 61 muertos, 224 heridos, 74 bombas, más las habituales invasiones de fincas, arrasamientos de iglesias y centros derechistas, etc. Con ello sumarían 330 los muertos por causas políticas desde el 16 de febrero, número aproximadamente correcto. Malefakis cuenta 269 y R. Cibrián 273, pero basándose en los diarios *El Sol* y los argentinos *La Nación* y *La Prensa*. J. Linz sitúa la cifra en torno a los 300. En realidad, las fuentes informativas son insuficientes, ya que la censura limitaba o impedía las informaciones concretas, y muy posiblemente las mismas cifras de Gil-Robles estén por debajo de las reales. Era una violencia mucho más intensa que la que precedió a la caída de la democracia en Italia, Alemania o Austria, como observa S. Payne. Y, desde luego, una opresión y amenaza sobre la derecha inmensamente superiores a las alegadas

por las izquierdas en 1934 para justificar su recurso a la guerra civil.

Concluyó Gil-Robles: «Cuando la vida de los ciudadanos está a merced del primer pistolero, cuando el Gobierno es incapaz de poner fin a este estado de cosas, no pretendáis que las gentes crean ni en la legalidad ni en la democracia; tened la seguridad de que derivarán cada vez más por los caminos de la violencia, y los hombres que no somos capaces de predicar la violencia […] seremos lentamente desplazados por otros más audaces o más violentos que vendrán a recoger ese hondo sentido nacional». Palabras no muy expresivas. Como había comprobado él mismo, no es que el Gobierno fuera incapaz de impedir la violencia, sino que se había negado a ello, y de hecho colaboraba, por temor o complicidad, o más propiamente por una mezcla de las dos cosas, con un proceso revolucionario esencialmente antidemocrático, aportándole su propia cadena de ilegalidades. En todo caso, los líderes derechistas más pacíficos o más timoratos iban a ser desplazados, pero no lentamente.

José Díaz, comunista, amenazó: «Hemos preparado una proposición de ley para que el Gobierno pueda declarar ilegales todas las organizaciones que no acaten el régimen en que vivimos, entre ellas Acción Popular [el núcleo de la CEDA], que es una de las más responsables de la situación, y los periódicos que las representan. […] Cuando se haga lo que pedimos, […] no habrá guerra civil, porque los responsables de los atentados sois vosotros, los de la derecha, con vuestro dinero y con vuestras organizaciones. Por tales actos, vuestro puesto no debiera estar aquí, sino en la cárcel. […] Tengo la seguridad de que el noventa por ciento de los españoles arrollará cuanto intentáis hacer». La política del PCE desde febrero había buscado la liquidación de la democracia mediante la desarticulación de

las derechas, y ahora veía la ocasión oportuna para, así, «evitar la guerra civil».

Portela Valladares hizo un desesperado llamamiento a una tregua: «Piénsese que el hecho que lamentamos y condenamos puede abrir un nuevo ciclo en la historia de España. Vosotros [dirigiéndose a los ministros y diputados del Frente Popular] tenéis el fervor del régimen; yo también lo siento. Vosotros [dirigiéndose a los diputados de la oposición] tenéis el fervor de la patria. ¿No os preocupa la patria? ¿No la habéis de poner, en estos momentos de gravedad y preocupación, por encima del apasionamiento político? […] Creo que, por el bien de todos, hasta por egoísmo personal, estamos obligados unos y otros a decir: ¡alto el fuego!». Palabras en verdad extrañas. Quienes, según él, tenían «el fervor del régimen», si entendían por tal la República de 1931, se habían alzado contra el régimen en 1934, y desde febrero de 1936 no habían dejado un día de socavar su legalidad y las normas más elementales de convivencia. Y el alto el fuego sólo podían declararlo quienes habían desencadenado o amparado desde el poder la violencia. Eran las derechas, el grueso de ellas, las que llevaban meses pidiéndolo desesperadamente y obteniendo, a cambio, insultos, agresiones y amenazas de muerte.

Gil-Robles le replicó: «Ha estado muy en su punto que hiciera el señor Portela una invocación al sentido patriótico y al sentido de colaboración. […] Pero nosotros no lo hemos roto. […] En las filas de los republicanos de izquierda, si no en las declaraciones en el Parlamento sí en los pasillos, se habla constantemente de intentos o conatos dictatoriales; los partidos obreros están diciendo que la meta de sus aspiraciones es llegar a la dictadura del proletariado. […] ¿Qué os extraña que las gentes oprimidas estén pensando en la violencia? […] Vosotros sois los únicos responsables de que ese movimiento se produzca en España».

El representante de la Esquerra abogó por un Gobierno más izquierdista aún, que aplicase una política todavía más radical y a satisfacción de los extremistas. Companys llamaba a esa política «democracia expeditiva», y el mismo Azaña había traducido la expresión por «despotismo demagógico». Todos ellos hablaban como si Calvo Sotelo hubiera sido asesinado por las derechas. O quizá resulte más adecuado señalar que veían en el suceso la oportunidad de proceder para acabar de una vez con ellas.

El día anterior, mientras en Madrid se enterraba a Calvo Sotelo y a Castillo en dos ceremonias de tensión extrema y con varios derechistas más asesinados, había quedado soldada la alianza entre Mola y los carlistas. Franco preparaba las medidas definitivas en Canarias, y Prieto escribía en *El Liberal* de Bilbao: «Será una batalla a muerte, porque cada uno de los bandos sabe que el adversario, si triunfa, no le dará cuartel». Y el PSOE de Largo Caballero, analizaba en *Claridad*: «la lógica histórica aconseja […] soluciones más drásticas. […] Si el estado de alarma no puede someter a las derechas, venga cuanto antes la dictadura del Frente Popular. Es la consecuencia lógica e histórica del discurso de Gil-Robles. Dictadura por dictadura, la de izquierdas. ¿No quiere el Gobierno? Pues sustitúyale un Gobierno dictatorial de izquierdas. […] Todo menos un retorno de las derechas. Octubre fue su última carta y no la volverán a jugar más». Notable capacidad de presentar la historia al revés, como si hubiera sido la derecha la autora de la insurrección de octubre contra la República. Pero lo más relevante es su propuesta: veía llegado el momento de imponer su política de desplazar «legalmente» al Gobierno e imponer la revolución desde el poder. Y profética sonaba su frase final, en la misma línea de Prieto: «Sea la guerra civil a fondo». Lo sería.

Sin embargo, pasó un día y otro, y la revuelta no estallaba. «La mañana del 16 estaba todo en calma. Los

periódicos, en sus comentarios a la sesión de la Diputación Permanente, daban una impresión optimista y tranquilizadora. Además, brillaba el sol y la multitud bullanguera, sorbiéndose el aire estival, parecía muy lejana y apartada de las luchas políticas. De un momento a otro el doctor Pangloss de turno [...] diría campanudo: "Éste es un pueblo feliz"...», rememora Martínez Barrio. Algunos pensaron que los militares, enanos de la venta[17] en opinión corriente, carecerían de arrestos, como indicaba el periódico *Avance* el mismo día 16. Pero esa noche empezaban los movimientos de tropas en Marruecos, y en otros muchos lugares se ultimaban las disposiciones para la rebelión. El 17 saltaba en Melilla, algo precipitadamente, la chispa. Al enterarse, Azaña preguntó: «¿Qué hace Franco?». «Está bien guardado en Canarias», le respondieron. Franco preparaba la declaración del estado de guerra en las islas y el viaje por aire a Marruecos.

XIII

Fracaso del golpe militar y reanudación de la guerra civil

LA ACCIÓN de Melilla se extendió rápidamente por el protectorado, donde España mantenía un ejército reducido (unos 23 000 soldados) y sin armamento pesado, pero compuesto de las únicas unidades (Legión y Regulares) realmente eficaces de las fuerza armadas españolas. Fue un importante triunfo inicial de los sublevados. Otro fue la masiva afluencia de voluntarios a sus filas, sobre todo en Navarra y Álava. Sin embargo pronto iban a verse todos ellos en un callejón sin salida.

Siguieron unos días de confusión, y al final de ellos la relación de fuerzas no ofrecía dudas sobre los ganadores: en manos de las izquierdas quedaron prácticamente todos los recursos financieros e industriales, la mitad de la agricultura, en especial la que generaba divisas, las principales ciudades y la mayor extensión peninsular, la mitad del ejército y entre dos tercios y tres cuartas partes de las bien entrenadas fuerzas de seguridad (Guardia Civil y Guardia de Asalto), así como de la aviación y la marina. El dominio izquierdista del mar y el aire impedía, por consiguiente, trasladar las tropas de África a la península. Para empeorar las cosas, la principal zona rebelde, una

amplia franja extendida desde Galicia a Aragón, sólo disponía de municiones para unos pocos días de lucha, y en Andalucía los focos sublevados estaban rodeados por doquier. A juicio de casi todos los observadores, a los sublevados les esperaba la más sangrienta y aplastante derrota, mientras el terror y las venganzas se extendían por las dos zonas.

El golpe de Mola fracasó, pues. Se había planeado como una serie de acciones violentas, pero breves y resolutivas, y ahora los alzados tenían que afrontar una guerra con todas las ventajas en contra suya.

Este resultado se debía sobre todo a las precauciones del Gobierno que, como sabemos, venía vigilando estrechamente a los conspiradores. Pero vino acompañado de una presión revolucionaria extrema sobre Casares Quiroga, el cual intentó resistirse a armar a las masas, pero hubo de dimitir en cuestión de horas. Su sucesor, Martínez Barrio, intentó el único arreglo que habría impedido la guerra meses o incluso semanas antes: una alianza con las derechas para frenar a los revolucionarios. Habló con Mola al respecto, mas la iniciativa llegaba tarde. La rebelión derechista estaba ya en el punto sin retorno y lo mismo ocurría con el impulso de las izquierdas obreristas, que tomaban las calles exigiendo armas y llamando traidor a Martínez Barrio. El gobernante dimitió y salió a escape de Madrid, literalmente, como cuenta Azaña. El cual encargó entonces el Gobierno a Giral con la decisión de repartir las armas a los sindicatos. Desde ese momento los restos de poder republicano quedaron anegados por la marejada revolucionaria.

Se ha dicho a menudo que el armamento de las masas salvó a la República. Nada más lejos de la verdad. La República de 1931, de la que no quedaba casi nada tras los meses de proceso revolucionario combinado con las constantes ilegalidades gubernamentales, cayó

definitivamente por tierra. Y si los rebeldes tuvieron un respiro que les permitió rehacerse hasta cierto punto, se debió precisamente al desorden y las rivalidades suscitadas inmediatamente en el campo enemigo. Pues sintiéndose seguros de la victoria al tener todos los elementos para ella en sus manos, fue imposible que los partidos y movimientos izquierdistas actuasen de forma coordinada y con mando único. Al contrario, se saboteaban entre ellos con vistas a obtener una posición dominante a la hora del triunfo. Son bien conocidas las lamentaciones al respecto de Azaña y otros.

Sería Franco quien sacase a los rebeldes del atolladero, mediante resoluciones audaces que se demostraron acertadas. Inventó el puente aéreo, primero de la historia, para pasar pequeñas fracciones del ejército de África a la península, burlando el bloqueo naval establecido por la flota adversaria; con escasas unidades consolidó y amplió los enclaves rebeldes dispersos en la Andalucía occidental; y emprendió la marcha por Extremadura para unir las zonas norte y sur de los sublevados, llevando a los del norte las indispensables municiones. Asimismo consiguió de Italia y Alemania alguna ayuda a crédito, pese a no tener, al revés que el Frente Popular, otro respaldo financiero o aval que la esperanza, en aquel momento muy remota, de ganar la guerra.

Contra lo que han solido afirmar numerosos historiadores, el puente aéreo se estableció con los pocos aviones españoles disponibles, más uno alemán requisado, y no con los italianos y alemanes, que sólo sustituyeron a los españoles, más anticuados, cuando ya estaban alcanzados los primeros y decisivos éxitos. Las aeronaves extranjeras, de mala calidad las alemanas, más modernas las italianas, sólo aceleraron desde entonces el transporte, muy lento de todas formas, pues transcurrirían varios meses hasta que la totalidad del ejército de África pasase a la península.

Franco concentró su escasa aviación sobre sus pequeñas columnas africanas, en lugar de dispersarlos como hacían sus enemigos, y ello le permitió ganar la superioridad aérea local. Estuvo entonces en condiciones de emprender la marcha hacia Madrid, batiendo sucesivamente a las tropas contrarias, generalmente superiores en número. Apartándose ligeramente del camino a la capital, liberó el alcázar de Toledo, donde resistían enconadamente los guardias civiles y voluntarios del coronel Moscardó, hecho de enorme repercusión en España y fuera de ella. La cuestión moral era precisamente la decisiva, porque las tropas de Franco, apenas 20 000 hombres con armamento ligero, no podían pensar seriamente en conquistar una ciudad de un millón de habitantes animada por un mínimo de ánimo resistente. Pero las sucesivas derrotas, sobre todo la de Toledo, parecían haber desmoralizado por completo al enemigo. Madrid parecía destinada a caer como fruta madura y la guerra a punto de terminarse. Una guerra corta, en definitiva.

Sin embargo en aquellas semanas habían cambiado muchas cosas en el Frente Popular. La dispersión de esfuerzos y ausencia de autoridad gubernamental dio paso a una mayor concentración política. Largo Caballero lograba por fin su aspiración de dirigir el Gobierno, que llamó «de la victoria», desplazando al republicano Giral. Al mismo tiempo estableció relaciones privilegiadas con la URSS, enviando allí la mayor parte de las reservas de oro españolas, para comprar armas. Stalin se comprometió a fondo en la defensa del Frente Popular, y envió las Brigadas Internacionales, un pequeño ejército de voluntarios mayoritariamente comunistas reclutados en diversos países, así como excelentes aviones y carros de combate dotados de cañón (los carros alemanes e italianos de sus contrarios no pasaban de tanquetas con ametralladoras), artillería y especialistas militares de primera fila. De este

modo, cuando por fin las tropas de Franco arribaron a Madrid, a principios de noviembre, se encontraron en grave inferioridad material y táctica. La situación no parecía demasiado peligrosa por cuanto la desmoralización parecía cundir entre sus enemigos, volviendo fútil su ventaja en medios, y el Gobierno prácticamente se dio a la fuga, trasladándose a Valencia. No obstante, los comunistas se ocuparon de restablecer el espíritu de lucha, y el curso de la guerra cambió.

Aunque la visión propagandística tradicional presenta la imagen de una ciudad asediada por fuerzas poderosas, pero resuelta a resistir heroicamente, sabemos gracias a los estudios de R. Salas Larrazábal y J. M. Martínez Bande, que lo contrario se acerca más a la realidad. Los jefes de la defensa eran muy conscientes de su gran superioridad, y, por consiguiente, no se limitaron a resistir, sino que por tres veces lanzaron contraofensivas de envolvimiento para destruir a las tropas nacionales. De haber tenido éxito, no cabe duda de que habrían invertido el curso de la contienda, liquidando la fuerza decisiva del enemigo. Pero las tres contraofensivas fracasaron. El balance, con todo, no fue desfavorable a los defensores: gracias a la ayuda soviética consiguieron al menos impedir la caída de la capital.

El precio de este éxito izquierdista sería la prolongación de la guerra durante dos años y cuatro meses más, con los cientos de miles de víctimas correspondientes y la hegemonía pronto lograda por los comunistas en el seno del Frente Popular. Éste no conseguiría, de todas formas, enlazar la guerra civil con la guerra mundial, a lo que aspiró desesperadamente cuando vio su causa perdida, lo cual habría multiplicado todavía más las víctimas y las destrucciones.

* * *

Tal fue el desenlace final de las elecciones de febrero de 1936, impuestas por la arbitrariedad y los rencores personales de un político católico —Niceto Alcalá-Zamora— aspirante a pasar por «progresista». *Gracias a ellas, los que habían asaltado la República en 1934 tuvieron la oportunidad de repetir su intento desde el poder*. Sin tales comicios, organizados innecesaria y casi ilegalmente en un momento de máxima crispación social, la historia del país pudo haber seguido derroteros muy distintos. El angustiado Gil-Robles, que a finales de 1935 advertía a don Niceto de las consecuencias de su propósito de disolver las Cortes, mostró auténtica clarividencia, y sin embargo no sirvió de nada. Aunque la historia no se repite, es fácil distinguir en ella ciertos patrones, bien definidos a veces por figuras mitológicas, como es en esto caso la de Casandra[18].

XIV

Ayer y hoy

NO HAY comparación posible entre los alzamientos de 1934 y 1936. En el primero, las izquierdas se sublevaron contra un Gobierno legítimo y democrático, so pretexto de un peligro fascista puramente inventado. En 1936, las derechas se alzaron a su vez, pero no contra un Gobierno legítimo, sino despótico por sus propios méritos, además de deslegitimado por su negativa a cumplir y hacer cumplir la ley, así como por su amparo a un rampante proceso revolucionario. El mero relato imparcial de los sucesos aleja, en cualquier persona sin prejuicios, todo rastro de duda al respecto. La convivencia democrática se volvió entonces imposible, y no volvería a producirse hasta cuarenta años después. Pero ésta es otra historia, que pienso tratar en un próximo ensayo sobre la figura de Franco.

Las violencias izquierdistas en 1934 y 1936, o las causadas por las insurrecciones anarquistas durante la República, no deben considerarse explosiones aisladas. Entran en una tradición fácilmente remontable hasta principios del siglo XX, al menos. Desde 1875, el régimen liberal de la Restauración había logrado estabilizar internamente España en un sistema de libertades, aunque

no plenamente democrático (apenas existían entonces países que pudieran llamarse democráticos). Superó así la inestabilidad política y la plaga de los pronunciamientos militares propias de la mayor parte del siglo XIX. De ahí surgió, por primera vez desde la invasión napoleónica, un desarrollo económico modesto, pero sostenido, junto con una elevación progresiva de la renta per cápita.

Pese a tales méritos, la Restauración chocó, sobre todo después del «Desastre del 98», con la animadversión visceral y enconada de las izquierdas, así como con la deslealtad de una parte de las derechas. La agitación se manifestó en frecuentes y sanguinarios atentados anarquistas, y en 1909 culminó en la Semana Trágica de Barcelona, desencadenamiento de furia ciega que causó más de cien muertos. En 1917, las izquierdas y los nacionalistas catalanes impulsaron maniobras desestabilizadoras hasta llegar a la huelga revolucionaria y armada de agosto, que también ocasionó un número elevado de víctimas. Aparte de otros episodios como la salvaje «huelga de la Canadiense» en Cataluña, extendida a otras regiones, el pistolerismo anarquista, mirado con complacencia por el resto de las izquierdas, se volvió parte del panorama español. En los primeros años veinte, ese terrorismo adquirió una «intensidad y cronicidad intolerables», ante las cuales «fallaron —en palabras de Cambó— todos los recursos normales del poder, todas las defensas normales de la sociedad». Varios de los raros líderes derechistas con auténtica talla de estadistas —Cánovas, Canalejas, Dato— cayeron asesinados desde finales del siglo XIX, y otros, como Antonio Maura o el rey Alfonso XIII, sufrieron atentados fallidos.

En 1923 coincidieron tres corrientes desestabilizadoras: el pistolerismo desbocado, la demagogia sin freno propiciada por el PSOE y los republicanos en torno al desastre de Anual, en Marruecos, y la alianza entre los

separatismos vasco, catalán y gallego, con vistas a comenzar la acción armada para desmembrar a España. Parecía a punto de estallar una crisis revolucionaria que significaría la demolición definitiva del sistema de libertades y de la integridad del país. No ocurrió porque se adelantó el golpe militar de Primo de Rivera, aplaudido por casi todo el país, pese a instaurar una dictadura. Aunque la represión de su Gobierno fue muy suave, Primo consiguió lo aparentemente imposible: los anarquistas dejaron de matar, los separatistas olvidaron sus proyectos y mostraron una encomiable mansedumbre[19], y los socialistas… colaboraron con el dictador. Al dictador, en definitiva, lo habían traído entre todos ellos con sus continuas violencias y demagogias.

Los sucesos de la República y la guerra civil fueron sólo la continuación y culminación de aquella trayectoria izquierdista y separatista de subversión, asonadas y sangre. Terminada la dictadura, los partidarios de la República pensaron inmediatamente en un pronunciamiento militar, y lo intentaron, causando las víctimas correspondientes. Y apenas llegado su régimen, mucho menos por méritos republicanos que por la crisis moral y la claudicación de la monarquía, organizaron o facilitaron la quema de iglesias, bibliotecas y otros centros de cultura… En fin.

Otro rasgo definidor de aquellas izquierdas y separatismos fue que, si bien sabían aliarse contra la derecha, su violencia y traiciones estallaban con gran facilidad entre ellos mismos. Durante los cinco años republicanos, y exceptuando los muertos de la insurrección del 34, hubo cerca de 800 víctimas de la violencia política, la mayoría de ellas por choques entre las izquierdas o de éstas con el Gobierno izquierdista de Azaña durante el primer bienio. Luego, con la guerra civil ya en marcha, cientos o miles de personas de izquierdas fueron secuestradas, torturadas o asesinadas por partidos rivales,

en la retaguardia y en el frente. Tras el bombardeo de Guernica, los separatistas vascos se entendieron con los fascistas italianos para entregarles a sus aliados de izquierdas a cambio de una rendición ventajosa para el PNV. Y los secesionistas catalanes traicionaron constantemente a los mismos aliados, si bien con poco fruto, porque ni los fascistas ni los nazis ni los Gobiernos francés e inglés prestaron oídos a sus requerimientos. Los enconos llegaron al punto de generar dos pequeñas guerras civiles dentro del Frente Popular, la de 1937 en Cataluña y la de 1939 en Madrid, terminando con esta última la guerra civil general.

Cualquiera que observe desapasionadamente el historial de estos partidos y movimientos ha de apreciar en él una veta muy acentuada de desvarío e irracionalidad caprichosa. El mismo Azaña lo hacía constar con desazón en sus escritos, otorgando a los políticos que le rodeaban los títulos de «loquinarios», «ineptos» y otros no menos expresivos. No cabe olvidar tampoco las imprecaciones de los decepcionados padres espirituales de la República —Ortega, Pérez de Ayala y Marañón— contra lo que llamaban «estupidez y canallería» de los *rojos*.

Una causa de tales conductas radica seguramente en la acreditada esterilidad intelectual de las izquierdas y de los separatismos españoles, incapaces de un pensamiento de alguna envergadura. No es posible distinguir en su medio nada parecido a las obras de un Ortega, un Menéndez Pelayo, un Madariaga, un Unamuno, un Marañón, un D’Ors, un Maeztu y tantos otros pensadores liberales o tradicionalistas. Se proclamaran anarquistas, marxistas o jacobinos identificados con la Revolución Francesa, y jamás fueron capaces de aportar a sus doctrinas una brizna de pensamiento propio, una adaptación razonable, no digamos ya una crítica. Y no porque no hayan producido una literatura abundante. Al contrario, su literatura es

abundantísima, pero de un nivel muy bajo, incansable y penosamente reiterativo, caracterizándose por un moralismo simplón y un razonamiento que rara vez va más allá de la argucia asentada en prejuicios. En general tomaban los *textos sagrados* de los ideólogos alemanes, franceses, ingleses o rusos, y abundaban interminablemente en ellos, simplificándolos al nivel del panfleto y el griterío. Convencidos con fe casi religiosa de representar al «pueblo», a «los trabajadores», al «progreso», etc., su capacidad de insulto y desvirtuación resulta casi portentosa. Uno de sus temas preferidos, el anticatolicismo, ofrece una buena muestra de esa literatura casi siempre injuriosa y soez: partiendo de la fe en la insondable criminalidad de la Iglesia, cualquier calumnia contra ella quedaba justificada sin requerir mayor esfuerzo intelectual.

Aunque enarbolaran siempre la bandera de la libertad, el balance histórico de esos movimientos ha sido nefasto para ella. Consiguieron echar abajo el régimen liberal de la Restauración y luego el democrático —en principio— de la República. En ningún caso trajeron las libertades, pero supieron parasitarias, transformándolas en demagogia, para acosar a los regímenes que las facilitaban. El resultado fueron dos dictaduras, la de Primo y la de Franco. Y ante ninguna hicieron oposición o resistencia digna de nota aquellos apóstoles de la libertad…, si es que no colaboraron con ellas. Ya señalamos, por un lado, lo ocurrido con Primo, mientras que, por otro, ni los socialistas, ni los anarquistas, ni los separatistas, ni los republicanos lucharon de modo reseñable contra Franco después de la guerra civil promovida por ellos. Tan sólo lucharon los comunistas, como agentes de la URSS, y sin poner nunca en peligro la dictadura. Un grupo terrorista y mucho más despótico que el franquismo, la ETA, separatista-marxista, empezó a matar ya en la etapa final del régimen de Franco, cuando

éste se había liberalizado notablemente. El terrorismo ha sido —tampoco debe olvidarse al analizar los hechos— un eje fundamental de la acción izquierdista-separatista en el siglo XX. No todos los grupos realizaron atentados, obviamente, pero aun así manifestaron siempre una típica complacencia y «comprensión moral» hacia los asesinos, así como una irresistible inclinación a sacar ventajas políticas de los crímenes.

El balance de estos movimientos —debe insistirse en ello— ha sido siniestro, por mucho que algunos intenten justificarlo, invocando razones morales abstractas, injusticias sociales o abusos diversos. Para esas injusticias jamás fueron remedio, ni pudieron serlo, las ensoñaciones utópicas y caprichosas propuestas por esos partidos, conducentes, por su propia lógica, a tiranías totalitarias.

* * *

¿Hay similitudes entre la época descrita en este libro y la actualidad? Hoy España vuelve a vivir tiempos difíciles, y la confianza con que, pese a las dificultades, ha transcurrido la democracia hasta ahora, está cediendo el paso a una incertidumbre creciente. Mucha gente se pregunta si hay similitudes entre la época del Frente Popular y la actual, y qué podemos esperar. Desde luego hay semejanzas, y también diferencias profundas.

Como quedó indicado, la resistencia al franquismo por parte de los izquierdistas y separatistas fue mínima, y, a consecuencia de ello, la democracia posterior pudo beneficiarse de la práctica desaparición de los republicanos jacobinos, de los anarquistas y de los separatismos extremos. También de la Falange, nacida de una reacción a amenazas excepcionales y transformada en aparato burocrático sin capacidad de resistencia al cambio. Por su parte, los monárquicos, golpistas en la República, no

constituían un partido organizado y se habían democratizado. El propio franquismo tuteló en sus últimos años la reorganización de partidos como el PSOE o el PNV, a fin de contraponerlos a los comunistas y a la ETA. Todo ello facilitó la Transición, y también lo hizo la relativa democratización tanto del PCE, que abandonó el stalinismo, como del PSOE, que dejó de lado el marxismo. Con otras palabras: había dejado de existir el peligro revolucionario que había marcado la primera parte del siglo XX y causado la guerra civil. La caída del Muro de Berlín en 1989 acabó de alejar esa amenaza.

Sin embargo, la persistente debilidad del análisis histórico en las izquierdas, sumada al prurito de inventarse un historial antifranquista, ha llevado a muchos políticos a identificarse sentimental y moralmente con los viejos partidos belicosos, y a ensalzar acríticamente a sus desquiciados líderes. El PSOE, en particular, sustituyó el marxismo por un jacobinismo semejante al de los viejos republicanos. Estas actitudes absurdas y gratuitas extendieron en la sociedad una idea perfectamente falsa sobre la historia reciente de España, aunque durante años parecieron no tener apenas trascendencia práctica. Sin embargo, la historia pesa, el ayer y el hoy no son independientes entre sí, y la falsificación del pasado termina por envenenar el presente y comprometer el futuro. «Quienes olvidan el pasado [o lo falsifican, cabe añadir] están condenados a repetirlo», y a repetirlo en sus peores trazos.

Así, tan pronto las izquierdas perdieron el poder en 1996, hicieron del ambiente social previamente creado en torno a la República y la guerra un arma para acorralar a las derechas: en definitiva, éstas eran las herederas de aquellos «fascistas» que habían destruido la maravillosa República y asesinado a tantos de sus preclaros defensores. Argumento del mayor efecto, por cuanto la derecha,

siempre pusilánime ideológicamente, rehuía aclarar las cosas, y ella misma había llegado a aceptar buena parte de las interpretaciones izquierdistas del pasado. Interpretaciones —cabe precisar— de carácter marxista, esto es, antidemocrático casi siempre. Ese retrato de la derecha permitió que, en ocasiones como la marea negra del *Prestige* y sobre todo la guerra para derrocar a Sadam Husein, calara fácilmente entre millones de personas la propaganda izquierdista y separatista que pintaba al Gobierno de Aznar como despreciativo de los intereses del «pueblo», belicista, proimperialista y «asesino». ¡Qué más natural, viniendo ese Gobierno de donde venía!

Por otra parte, el peligro revolucionario, hoy superado, ha sido sustituido por el de la desmembración de España. Como en 1923, los separatistas se sienten muy próximos a alcanzar sus objetivos, después de haber casi abolido la democracia en las Vascongadas y de haberla restringido seriamente en Cataluña. El separatismo ha venido muy ligado, directa o indirectamente, al terrorismo, plaga que ha influido en la política española del siglo XX y, ahora mismo, más que en la de cualquier otro país europeo. La dificultad para hacerle frente, paralela a la disposición de muchos partidos a extraer rentas políticas de la sangre, hizo imposible hasta 1988 (¡diez años después de la Transición!) un acuerdo conjunto contra él, el Pacto de Ajuria Enea, repleto de agujeros e insuficiencias. Liquidado por el oportunismo y complicidad política del PNV con la ETA, hubo que esperar hasta el año 2000 para tener un Pacto Antiterrorista más respetuoso con los principios de la democracia…, si bien fue sobre todo la acción del Gobierno de Aznar la que puso contra las cuerdas a los profesionales de la bomba y el tiro en la nuca. Estos éxitos repercutieron en un debilitamiento de los partidos nacionalistas, los cuales ofrecieron la más enconada resistencia a esa política, única respetuosa con el Estado de derecho.

Pocas dudas hay de que nuestra democracia ha sufrido y sufre grandemente por el olvido y la desvirtuación del pasado. Su consiguiente fragilidad, mucho mayor de lo esperado, quedó lamentablemente de relieve en marzo de 2004, con motivo de la matanza perpetrada en Madrid por Al Qaeda. Con ése solo y brutal golpe, el islamismo radical logró cambiar de arriba abajo la política interna y externa de España, una potencia europea de peso más que medio. En lo exterior, la alineación con las democracias más asentadas y contra los movimientos terroristas se transformó en alineación con tiranías como la cubana o la marroquí, y en la concesión al terrorismo islámico de su mayor victoria hasta la fecha, dejando a los iraquíes, en cuanto dependía del nuevo Gobierno español, a merced de los mismos asesinos de Madrid. Por lo que hace a la política interior, el Pacto Antiterrorista quedó liquidado, la ETA volvió a ser legalizada y sus víctimas más directas sometidas a continuas maniobras de descrédito y división por el actual Gobierno, al tiempo que los separatistas catalanes más radicales adquirían influencia decisiva; entre todos ellos y el Gobierno intentan aislar a la derecha democrática, mientras que la Iglesia ha vuelto a ser hostigada (y favorecida la expansión musulmana); se gasta abundante dinero público en deformar el conocimiento del pasado, reavivando antiguos rencores so pretexto de «recuperar la memoria», etc. Tal es la realidad más evidente bajo las justificaciones demagógicas habituales (la «paz», etc.).

En dos palabras, asistimos a la reedición de la vieja alianza entre las izquierdas, los separatismos y el terrorismo. Si de algo sirve el conocimiento de la historia, debe hacérsenos evidente que nos hallamos de nuevo ante un peligro muy serio. ¿Se trata de un peligro inminente? A mi juicio todavía no, y ello hace posible una reacción enérgica y no traumática frente a él. No obstante, es

frecuente en la historia que la magnitud de una amenaza no sea percibida cuando aún hay tiempo de neutralizarla por medios normales, y sí solamente cuando no queda otro remedio que el enfrentamiento o la sumisión al despotismo. La experiencias europea anterior a la II Guerra Mundial, y la de España después de la insurrección de 1934, constituyen dos lúgubres ejemplos de esa tendencia. Sírvanos la advertencia de Santayana.

Principales personajes

ESTA breve referencia deja de lado a personajes secundarios en aquel año, aunque muy conocidos, como José Antonio, Sanjurjo, *La Pasionaria*, José Díaz, García Oliver, etc.

IZQUIERDAS

AZAÑA, Manuel. Se hizo republicano bajo la dictadura de Primo de Rivera y aceptó el pronunciamiento militar que debía derrocar a la monarquía, y que fracasó en diciembre de 1930. Escondido desde entonces, su contribución a la llegada de la República fue nula, pero pronto se convirtió en el mejor y más inteligente orador de las izquierdas republicanas. Jefe de Gobierno hasta 1933, hubo de afrontar varias insurrecciones anarquistas y la rebelión de Sanjurjo. El balance de su gestión no convenció al pueblo, que en 1933 votó masivamente al centro derecha, obligando a Azaña a presentarse por las listas socialistas y no las de su partido para poder salir diputado. Reaccionó a dichas elecciones intentando por dos veces un golpe de Estado, y muchos indicios le muestran comprometido en la insurrección de octubre del 34. Vuelto al poder tras las

elecciones de febrero del 36, la derecha le apoyó como posible barrera frente a la revolución. Pero él rehusó aplicar la ley, favoreció el proceso revolucionario y propició numerosas ilegalidades. Junto con Prieto expulsó a Alcalá-Zamora de la presidencia de la República, que él ocupó al poco tiempo. Reducido durante la guerra a una presidencia puramente nominal, y amenazando frecuentemente con dimitir, lo hizo al perder el Frente Popular Cataluña, muriendo en Francia, en penosas condiciones, en 1940, a la edad de 60 años.

BESTEIRO, Julián. Uno de los tres principales líderes del PSOE y presidente de las primeras Cortes republicanas, aunque sentía poco aprecio por los partidos de esa denominación. Como dirigente de la UGT había boicoteado la huelga general en Madrid, que debía acompañar al pronunciamiento militar republicano. Moderado y legalista, se opuso a la revolucionarización del PSOE desde el verano de 1933, denunciando la «manía dictatorial» que se apoderaba del partido y el «envenenamiento de los trabajadores» por una propaganda mendaz. Quedó laminado entre Prieto y Largo Caballero, que lo marginaron por completo en el partido y en la UGT. De haberse impuesto Besteiro, probablemente la guerra civil no habría tenido lugar. Al finalizar la contienda fue el único dirigente izquierdista que se quedó en España para afrontar «responsabilidades de otros». Fue condenado por los vencedores a prisión perpetua por no haber hecho todo lo posible por evitar la deriva revolucionaria de su partido. Dado que las penas de muerte conmutadas solían quedarse luego en seis años de prisión efectiva, probablemente habría salido de prisión en poco tiempo, pero a los pocos meses falleció en la cárcel de una septicemia causada por un rasguño accidental. Tenía 70 años.

COMPANYS, Lluís. Líder de la Esquerra Republicana, un partido nacionalista próximo al separatismo. Fue, con Largo Caballero y Prieto, principal organizador de la guerra civil en 1934. Apresado por una pequeña fuerza militar, después de haber declarado la rebelión contra el Gobierno legítimo y llamado a las armas a los catalanes, fue condenado a treinta años de cárcel, de los que cumpliría dieciséis meses. Liberado tras las elecciones del Frente Popular, volvió en triunfo a Cataluña, donde trató de aplicar lo que llamaba «democracia expeditiva», que Azaña traducía por «despotismo demagógico». Se le ha acusado de estar detrás del asesinato de sus correligionarios los hermanos Badía. Durante la guerra rebasó por completo la autonomía, llegando hasta muy cerca de la secesión, y cuando el Gobierno de Valencia le obligó a volverse atrás, mantuvo contactos bajo cuerda con Gobiernos extranjeros con vistas a traicionar a sus aliados, al terminar la guerra huyó a Francia, pero fue entregado a los vencedores por las autoridades alemanas de ocupación. Juzgado y condenado a muerte, fue ejecutado en Barcelona. Tenía 58 años.

LARGO CABALLERO, Francisco. Máximo dirigente de la vía revolucionaria en el PSOE, conocido como *El Lenin español*. Durante la dictadura de Primo de Rivera había impulsado la colaboración con ella, llegando a Consejero de Estado de la misma. Renuente a apoyar a los republicanos en 1930, había terminado por entrar en sus conspiraciones. Ministro con Azaña, no adoptó posturas muy radicales hasta el verano de 1933. Para entonces decidió que la experiencia de una República «burguesa» había sido suficiente, y que se imponía dar el paso a la «dictadura del "proletariado"» mediante una revolución de tipo soviético. Máximo dirigente de la guerra civil de 1934, tras el fracaso de la misma sería absuelto por «falta de pruebas», habiendo efectuado en todo momento declaraciones revolucionarias.

Tras las elecciones de febrero de 1936 procuró desestabilizar a los Gobiernos «burgueses» de Azaña y Casares Quiroga. Pensaba provocar una crisis y sucederlos legalmente, a fin de desatar la revolución desde el poder, sin el riesgo de una nueva insurrección. Durante la guerra civil dirigió el Gobierno, hasta que se convirtió en una molestia para los comunistas, que lo expulsaron después de la pequeña guerra civil de mayo de 1937 entre las izquierdas. Humillado por sus antiguos camaradas, al final de la guerra se refugió en Francia, donde fue detenido por los alemanes y enviado al campo de concentración de Oranienburg. Liberado por los soviéticos, volvió a Francia, con la salud quebrantada, muriendo en 1946 con 77 años.

PRIETO, Indalecio. Líder socialista muy prorepublicano y amigo de Azaña, con quien organizó diversas empresas políticas, como la eliminación de Lerroux, en compañía de un chantajista holandés llamado Strauss, o la de Alcalá-Zamora. En 1933, sin embargo, proclamó en las Cortes la ruptura irreversible con las izquierdas republicanas y se unió a Largo Caballero para defenestrar a Besteiro y preparar la guerra civil, en cuya organización tuvo gran protagonismo. Tras el fracaso de la insurrección olvidó la ruptura con los republicanos y volvió a aproximarse a Azaña, con quien diseñó la alianza de las izquierdas que daría lugar al Frente Popular. Rompió con Largo Caballero, llevando al PSOE casi a la escisión, pero no se acercó en absoluto a Besteiro, que siguió relegado. Tras la expulsión de Alcalá-Zamora parece haber querido suceder a Azaña al frente del Gobierno (Azaña pasaba a presidente de la República), pero lo impidieron sus rivales «bolcheviques» en el partido. El 1º de mayo denunció la insufrible agitación revolucionaria, y a finales de ese mes escapó por poco de ser linchado en Écija por los socialistas de Largo. Habló de una dictadura republicana, pero volvió a

radicalizarse, y serios indicios apuntan a él como inductor del asesinato de Calvo Sotelo. Durante la guerra contribuyó a la defenestración de Largo Caballero por los comunistas, siendo a su vez expulsado por Negrín en 1938, cuando se convirtió en obstáculo para la política del Kremlin en España. En el exilio se apoderó del yate **Vita**, que Negrín había enviado a Méjico cargado con un verdadero tesoro de bienes robados a particulares y al patrimonio histórico por las autoridades izquierdistas. Falleció en Méjico, en 1962, con 79 años.

DERECHAS

ALCALÁ-ZAMORA, Niceto. Político derechista, católico. Ministro con la monarquía, se hizo republicano en 1930 y dirigió los movimientos para traer la República, junto con otro exmonárquico, Miguel Maura. Por ello fue nombrado jefe del Gobierno provisional y luego presidente del nuevo régimen. Deseoso de ser reconocido como progresista, interfirió con frecuencia en los Gobiernos de centro-derecha salidos de las elecciones de noviembre de 1933, y ayudó a Prieto y Azaña en la maniobra del *straperlo*, que hundió al partido centrista de Lerroux. Con ello ayudó a eliminar el último amortiguador entre unas derechas y unas izquierdas radicalizadas. En diciembre de 1935 expulsó del poder a la CEDA, rompiendo el período de duración de las Cortes, y convocó las elecciones del 16 de febrero en un ambiente de máxima radicalización. Las izquierdas nunca aceptaron sus pretensiones progresistas, y le expulsaron de la presidencia poco después de dichas elecciones. Al cabo de poco tiempo emprendió un viaje al extranjero del que no volvió a España. Después de duras penalidades en Francia,

consiguió establecerse en Argentina, donde falleció en 1939, a los 72 años.

CALVO SOTELO, José. Dirigente del partido monárquico alfonsino Renovación Española. Convencido desde el comienzo de la República de que ésta sólo podía conducir a la revolución, y antiliberal abierto, se opuso en todo momento a la línea legalista de la CEDA, aunque aceptó participar en el juego electoral y en las Cortes, al estilo, en cierto modo, de los marxistas: utilizando las normas del sistema para echarlas abajo en su momento. Después de las elecciones del 36 se convirtió en el líder derechista más odiado por las izquierdas, a causa de sus resonantes denuncias del proceso revolucionario y de la complicidad del Gobierno en él. No parece haber estado mezclado en la conspiración militar, y sus palabras en el Parlamento tienen un fondo de llamamiento desesperado a la salvaguarda de la legalidad, aunque fuera una legalidad tan insatisfactoria para él. Su asesinato por un grupo terrorista compuesto de fuerzas de seguridad del Gobierno y milicianos socialistas, fue como la voladura de la última compuerta que separaba al país de la inundación bélica. Tenía entonces 43 años.

FRANCO, Francisco. No dirigió la conspiración militar de aquellos meses, y vacilaba en intentar el golpe por no creerlo bien organizado y esperar hasta el final un giro en la política del Gobierno. No obstante, era el general de más prestigio, con quien todos contaban. Sólo se decidió tras el asesinato de Calvo Sotelo, y lo hizo con absoluta resolución. Puede decirse que fue el último en sublevarse contra la República, habiéndolo hecho antes los anarquistas, el general Sanjurjo, los socialistas, los comunistas, y los mismos republicanos al perder las elecciones de 1933. Al fracasar el golpe de Mola consiguió enderezar la situación

para los suyos por medio del primer puente aéreo de la historia. Nombrado Jefe del Estado y del Gobierno, estableció una dictadura, muy rígida al principio, que se fue liberalizando con el tiempo. Murió en el poder en 1975, con 82 años.

GIL-ROBLES, José María. Máximo dirigente de la CEDA, principal partido de la derecha, de inspiración católica. Convirtió las desorganizadas fuerzas derechistas en el partido más votado del país, pero renunció a gobernar tras las elecciones de 1933, conformándose con apoyar a Lerroux. Como el marxista Besteiro, no era demócrata, pero sí legalista, pacifista y moderado. A pesar de ocasionales declaraciones antiparlamentarias, defendió el Parlamento y la legalidad republicanas contra la insurrección revolucionaria de las izquierdas en 1934, sin intentar aprovechar la ocasión para dar un contragolpe. Su línea legalista le valió la animadversión de los monárquicos de Calvo Sotelo, con quienes sostuvo relaciones difíciles. Expulsado del poder por Alcalá-Zamora a finales de 1935, pronosticó a éste los inevitables rumbos de guerra civil que seguirían a su decisión. Pese al proceso revolucionario en marcha después de las elecciones, mantuvo su política legalista hasta poco antes del asesinato de Calvo Sotelo, apoyando entonces la conspiración militar. Permaneció retirado durante la guerra civil, pero al terminar la contienda mundial trató de expulsar a Franco del poder aglutinando la oposición monárquica. Regresado a España, volvió a exiliarse en 1962, después de un nuevo intento de oposición (el «contubernio de Múnich»). Retornó algo después, falleciendo ya entrada la democracia, en 1980, a los 82 años.

MOLA, Emilio. Principal organizador del golpe militar, dirigido, en su intención, contra el Frente Popular y no

contra la República. Republicano él mismo, o al menos nada monárquico, había dirigido en 1930 y sin demasiada perspicacia, la acción policial contra las conjuras republicanas, y por ello fue preterido por los nuevos gobernantes. Sin embargo, no parece haber participado en movimientos contra el nuevo régimen hasta la llegada del Frente Popular. Bajo la autoridad nominal de Sanjurjo, un general cuya actitud había sido decisiva para traer la República, y luego se había sublevado contra ella en 1932, consiguió que la conspiración castrense superase su anterior nivel de pintoresquismo. Aun así, debió superar innumerables escollos para dar alguna coherencia organizativa y política al movimiento, y hasta el mismo final la sublevación estuvo a merced de cualquier contingencia. El golpe preparado por él, no obstante, fracasó a los pocos días, y parecía condenado a ser ahogado en sangre hasta la intervención de Franco. Pereció en accidente aéreo en 1937, mientras dirigía la ofensiva de los nacionales para ocupar la franja cantábrica del Frente Popular. Tenía 50 años.

Cronología del 7 de enero al 17 de julio de 1936

ENERO

7 de enero

Alcalá Zamora disuelve las Cortes y convoca nuevas elecciones generales.

15 de enero

Se forma el Bloque Popular o Coalición de Izquierdas, más tarde llamado Frente Popular, ante la convocatoria de elecciones para el 16 de febrero. En su integración confluyen dos corrientes, una desde el campo revolucionario marxista (fracción socialista de Largo Caballero, III y IV Internacionales) y otro desde la izquierda republicana de carácter jacobino y no demócrata.

Manuel Azaña (Izquierda Republicana) e Indalecio Prieto habían abanderado la formación de un frente único electoral y de gobierno ya en 1935. El VII Congreso de la III Internacional, comunista, impulsaba un proyecto semejante. También lo apoyó el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), con cierta fuerza en Cataluña y núcleos dispersos en otras regiones. Los anarquistas lo apoyaron desde fuera, por interés en la liberación de sus presos.

El matiz jacobino burgués, próximo al espíritu del PRI mejicano lo ponían, entre otros, Manuel Azaña y el socialista Indalecio Prieto; el lado más radical, Largo Caballero, el partido comunista y el POUM. A este respecto, el «camarada Ventura[20]», delegado del Partido Comunista de España, dijo desde la tribuna del VII Congreso Mundial de la Komintern, en Moscú: «En nombre de mi partido declaro a Largo Caballero y a sus amigos que estamos dispuestos a trabajar con ellos para formar un frente único, a fin de conseguir la unidad del frente proletario, y a procurar la creación de un partido revolucionario único, con objeto de derrocar el poder de la burguesía y erigir en España el poder proletario. Lo mismo decimos a nuestros camaradas anarquistas.»

Por su lado, las derechas no lograrían acudir unidas en toda España, lo cual iba a perjudicarles en la obtención de escaños. Únicamente en Cataluña se pudo conformar un Bloque Derechista semejante al Frente Popular.

21 de enero

Largo Caballero, líder del PSOE, al poco de salir de la cárcel, asombrosamente absuelto por «falta de pruebas» por su implicación en la insurrección guerracivilista de octubre de 1934, pronuncia un discurso en el cine Europa de Madrid, donde asegura: «No vengo aquí arrepentido de nada, absolutamente de nada. Yo declaro paladinamente que antes de la República nuestro deber era traerla; pero establecida la República, nuestro deber es traer el socialismo. Y cuando yo hablo de socialismo, no hablo de socialismo a secas; hablo de socialismo marxista, hablo de socialismo revolucionario… La clase burguesa y sus representantes entienden que se ha llegado ya a la meta de las instituciones políticas en nuestro país, y tenemos que decirles que no; la República no es inmutable; la República burguesa no es invariable; la República burguesa no es un

institución que nosotros tengamos que arraigar de tal manera que haga imposible el logro de nuestras aspiraciones. ¿De qué manera? ¡Como podamos!…»[21]

Tanto Largo Caballero como los nacionalistas catalanes y otros anuncian que no respetarán un resultado adverso en las elecciones que se aproximan. La derecha, en cambio, nunca pronunciará tales palabras.

FEBRERO

9 de febrero

Da comienzo la campaña electoral, que alcanzará un grado de odio y amenaza extraordinarios. Ese domingo, se celebra en toda España la presentación de candidaturas con 387 actos derechistas, 361 del Frente Popular y 300 centristas o independientes. No se registraron incidentes ese día. En las jornadas siguientes menudearán los choques callejeros y atentados, que dejan numerosos muertos y heridos.

16 de febrero

Elecciones generales.

Ante las primeras noticias parciales favorables al Frente Popular, las masas izquierdistas salen a la calle, asedian las cárceles para liberar a los presos, reponen ayuntamientos convictos de participar en la guerra civil de octubre del 34, y se extienden por el país numerosas violencias. Muchas autoridades dimiten o se ausentan. Todo ello perturba el recuento de votos (nunca se darían datos oficiales del mismo). Gil-Robles y Francisco Franco presionan al jefe de Gobierno, Portela Valladares, para que declare el estado de guerra a fin de cortar los desmanes y asegurar la normalidad electoral. Portela, asustado ante lo que entiende como un comienzo de guerra civil, sólo piensa en dimitir, y el día 19 entrega el poder a Azaña, sin esperar a

la segunda vuelta de las elecciones. Nueva anomalía en unos comicios marcados por las irregularidades.

El nuevo Gobierno es exclusivamente «burgués», sin incluir a los partidos obreristas, que, no obstante, tienen la principal influencia en la calle. Y es desde la calle donde empieza a imponerse la ley (amnistía, reposición de ayuntamientos condenados por la insurrección del 34, etc.). El Gobierno, a rastras, legaliza las vulneraciones de la legalidad. Salen también gran número de presos comunes.

26 de febrero

Restauración de la Generalidad de Cataluña, que había sido suspendida como consecuencia de la revolución secesionista del 6 de octubre de 1934. Companys, principal jefe de dicha rebelión contra el Gobierno legítimo de centro izquierda, encabeza el nuevo Gobierno catalán.

Decretos del Gobierno por los que se destina al general Franco a Canarias y al general Goded a Baleares.

27 de febrero

Clausura del local de Falange Española en Madrid. Seguirán diversos asesinatos de militantes falangistas y el cierre de su periódico *Arriba*, a consecuencia de lo cual la Falange comienza a replicar violentamente.

MARZO

1 de marzo

Segunda vuelta electoral en las provincias donde los resultados del primer turno no habían dado la mayoría prescrita por la ley. *La Pasionaria*, líder comunista, afirma: «Vivimos un periodo revolucionario y es preciso no se nos venga con empachos de legalidad, de la que ya estamos hartos desde el 14 de abril… La legalidad la impone el

pueblo, que pedía el 16 de febrero la ejecución de los asesinos. La República tiene que dar satisfacción a las necesidades del pueblo, y si no lo hace, el pueblo los arrollará e impondrá su voluntad.»[22]

3 de marzo

El periódico *El Sol* publica una estimación de los votos emitidos: Frente Popular: 4 540 000; Centro y Derechas: 4 300 000 (el centro se inclinaba, por lo común, mucho más a la derecha que a la izquierda). Salvador de Madariaga, en su obra *España* (página 540) aporta las siguientes cifras: Frente Popular, 4 206 156; Centro y Derechas, 4 464 648. Carlos Seco Serrano, en su *Historia de España*, tomo VI, página 160, recoge estos otros números:

Izquierda:		
	Socialistas y comunistas:	1 793 000
	Izquierda no marxista:	2 512 400
	Total Izquierdas:	4 305 400
Centro:		681 000
Derechas:		3 783 648
	Total Centro y Derechas:	4 464 648

Se conocen otras muchas estimaciones, con diferencias de hasta más de un millón de votos.

5 de marzo

Una huelga en Alcalá de Henares degenera en motín, arden la iglesia de los jesuitas, el convento de las Magdalenas y la iglesia de Santiago.

6 de marzo

Socialistas y comunistas irrumpen en la Diputación Foral de Navarra y colocan en el balcón principal la bandera roja.

8 de marzo

La ciudad de Cádiz es ocupada durante todo el día por turbas de revoltosos, que se adueñan de los colegios de los Paúles y Marianistas, el último de los cuales es convertido en Casa del Pueblo. Se queman la iglesia parroquial de la Merced, el convento de Santa María, el seminario de San Bartolomé, las Escuelas de Padres de Familia, las iglesias de San Pablo, Esclavas, Divina Pastora y el Colegio de la Viña.

10 de marzo

Granada, huelga general revolucionaria «contra las provocaciones de la reacción» (ante la muerte de un militante izquierdista en incidentes previos). Terror en la ciudad durante tres días y tres noches. Se incendia la casa del exdiputado derechista Carlos Morenilla Blanes, siguiendo la misma suerte la iglesia de las Carmelitas Descalzas, el palacio de los duques de Gor, la casa de los Pisas y la iglesia de San Gregorio el Bajo, así como el local de la Falange, el teatro de Isabel la Católica, los cafés Colón y Royal, el edificio del diario *Ideal*, los círculos de Acción Católica y de Acción Obrerista, una fábrica de chocolates y el chalet del tenis. Por la noche de este día, los incendiarios prendieron fuego a las iglesias de San Salvador, San Juan de los Reyes, Santa Inés, San Cristóbal, San Gregorio el Alto. Igual pasó con el centro de tabacos. Todo ello iba acompañado con asaltos de tiendas, continuos tiroteos y enfrentamientos con la fuerza pública. Dos muertos y siete heridos más justificaron la prolongación de la señalada huelga general.

10 de marzo

El general López Ochoa, jefe de las fuerzas del ejército que actuaron y sofocaron la revolución roja de Asturias contra la República en 1934, ingresa en prisión militar. En el Puente de Vallecas, próximo a Madrid se producen saqueos y se prende fuego a la iglesia de San Román, son también pasto de las llamas dos escuelas parroquiales, dos conventos de la carretera de Valencia, la iglesia del barrio de Doña Carlota y el centro de Acción Popular. No se escapan de los desmanes pequeños comercios, como tahonas, talleres, tejares, almacenes…

12 de marzo

En el paseo de Sagasta, en Madrid, al solicitarles la documentación, son asesinados por un grupo de pistoleros de las Juventudes Socialistas que patrullan la calle dos jóvenes derechistas, Juan José Olano Orive, 18 años, y Enrique Bersoley, de 17.

13 de marzo

Sale ileso de un atentado falangista el jurisconsulto y catedrático de Derecho Penal, Luis Jiménez de Asúa, cuando es tiroteado a la puerta de su casa, en la calle Serrano, en Madrid. El policía de su escolta, Jesús Gisbert, muere poco después a resultas de las heridas recibidas.

14 de marzo

José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange, es detenido por tenencia ilícita de armas. También son arrestados otros numerosos jefes falangistas. Las armas en poder de las izquierdas son a veces exhibidas en manifestaciones, sin que la policía intervenga. Azaña da la cifra de 200 muertos y heridos en menos de un mes, incontables incidentes diversos, acoso a militares y quema de iglesias.

15 de marzo

Se celebra la primera sesión parlamentaria en el Congreso. Las izquierdas obreristas cantan la internacional, de pie y puño en alto.

25 de marzo

Invasión sincronizada de miles de fincas en Badajoz y otros lugares. La ocupación de fincas en adelante será nuevamente «legalizada» *a posteriori* por el Gobierno.

ABRIL

1 de abril

Fusión de las juventudes socialistas y comunistas. Se crean las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas), bajo dirección comunista de hecho. Estas juventudes forman la punta de lanza de las milicias y de la agitación socialista-comunista.

3 de abril

Queda constituido el Congreso de los diputados de forma definitiva. Martínez Barrio es confirmado en la presidencia. La distribución de actas parlamentarias es la siguiente: Izquierda Republicana, 80 diputados; Unión Republicana, 37; Socialistas, 90; Comunistas, 16; Sindicalistas, 2; Esquerra, 38; Independientes de Izquierda, 8; Progresistas, 6; Centristas, 14; Conservadores, 3; Federales, 1; Liberales demócratas, 1; Radicales, 6; separatistas Vascos, 9; CEDA, 86; Agrarios, 13; Lliga, 13; Renovación Española, 11; Tradicionalistas, 8; Monárquicos independientes, 3; Independientes de derecha, 8.

La distribución de escaños correspondía a las siguientes representaciones: cada diputado del centro representaba un término medio de 10 987 ciudadanos, cada diputado de

izquierda representaba 16 303, y cada diputado de la derecha, 24 980. El sistema electoral español de la II República favorecía a las grandes coaliciones y primaba a las mayorías, de forma que los resultados se traducían, a veces y de modo curioso, como por ejemplo en estas elecciones es el caso de Jaén: izquierdas, 138 340 votos; derechas, 135 774; diputados electos del Frente Popular, 7; de derecha y centro, 3.

7 de abril

En las Cortes, Niceto Alcalá Zamora es destituido como presidente de la República por 238 votos contra 5. El destituido lo considera un golpe de Estado, y Martínez Barrio, su sucesor en funciones, opina que la República se ha precipitado «en un despeñadero que no tiene vuelta atrás».

14-15 de abril

Un guardia civil es asesinado por izquierdistas durante el desfile por el aniversario de la República. En su entierro, gran manifestación de derechas al día siguiente, que es tiroteada por elementos izquierdistas, causando numerosos muertos y heridos.

Primer debate en las Cortes sobre orden público. Calvo Sotelo y Gil-Robles describen la situación de caos y violencia, y piden al Gobierno que aplique la ley. El Gobierno se niega. En los continuos incidentes, la policía arresta masivamente a derechistas y nunca a izquierdistas, incluso si en la mayoría de los casos las víctimas son de derecha.

19 de abril

Una conspiración monárquica militar, completamente inefectiva, elige este día para un levantamiento. No pasa nada. A finales de mes, el general Emilio Mola, republicano,

se hace cargo de la dirección del complot y le da mayor eficacia. Mola aspira a un golpe rápido y violento que evite la guerra civil, y forme un directorio militar republicano que restaure el orden y dé paso a su debido tiempo a un régimen constitucional.

MAYO

1 de mayo

Se celebran en las principales ciudades impresionantes manifestaciones izquierdistas presididas por el emblema comunista de la hoz y el martillo. En Madrid los manifestantes arrastran por el suelo —en efigie— a los principales dirigentes de la derecha parlamentaria.

2 de mayo

Indalecio Prieto, en un acto público en Cuenca, llama a una cierta moderación, pues, a su juicio, la situación es tan «insoportable», que puede hacer crecer un fascismo real, hasta entonces inexistente en España. Para este líder socialista, es un error pensar que sólo la derecha está siendo perjudicada. El desorden económico —afirma— puede hundir al país y perjudicar a los trabajadores. De hecho, en una situación en que «ni la vida ni la propiedad contaban con seguridad alguna» (Madariaga), muchas empresas quebraban o dejaban de invertir, y el paro aumentaba a marchas forzadas. Para los revolucionarios, en cambio, aquella situación era muy prometedora.

En los días siguientes, los anarquistas celebran en Zaragoza un gran congreso, en el que trazan preparativos para la sociedad revolucionaria que creen ya muy próxima. A fin de aumentar su influencia en todo el país llevan la dirección desde Barcelona a Madrid, e intensifican las huelgas y violencias, en rivalidad con los socialistas.

10 de mayo

Manuel Azaña sustituye oficialmente a Alcalá-Zamora como presidente de la República, tras la interinidad de Martínez Barrio. El sector socialista de Largo Caballero impide que Azaña nombre presidente del Consejo al también socialista (más moderado) Indalecio Prieto. Caballero, conocido como el *Lenin español* aspiraba a desgastar al Gobierno *burgués* y sucederlo para aplicar la revolución desde el poder. El nuevo presidente sería Casares Quiroga, amigo de Azaña y hombre radicalizado, pero poco sólido.

19 de mayo

Casares Quiroga se presenta ante las Cortes y, ante el derrumbe del orden público, anima al Frente Popular a «aplastar» a las derechas «fascistas», término en el que incluye prácticamente a cualquiera. El Gobierno dejaba de defender la ley y se alineaba abiertamente con quienes la conculcaban sistemáticamente. Calvo Sotelo llama al ejército a no aceptar la situación de despotismo e ilegalidad en que a su juicio está cayendo el país.

Ese día, tras un masivo desfile de milicias uniformadas en Badajoz, el jefe comunista Mije dice: «el corazón de la burguesía de Badajoz no palpitará normalmente desde esta mañana al ver como desfilan por las calles con el puño en alto las milicias uniformadas… que son los hombres del futuro ejército rojo».

25 de mayo

Mola, como «Director» de la coordinación militar rebelde que opera en España, redacta una segunda circular donde prevé grandes dificultades para un triunfo inicial del golpe en Madrid.

31 de mayo

Llegan a su punto álgido las tensiones dentro del PSOE, entre el sector de Largo Caballero y el de Prieto. Este y otros de su fracción son atacados por socialistas de Largo Caballero en Écija; interviene la Guardia Civil y el grupo de guardaespaldas de Prieto, conocido por «la Motorizada», salvando a su jefe y a los demás de ser linchados.

Largo Caballero, en un mitin en Madrid, bajo un gran retrato de Lenin, anuncia importantes avances en la unidad de los revolucionarios, y la existencia de un millón de parados, que significaría cuatro millones de hambrientos.

JUNIO

1 de junio

Las huelgas se recrudecen en toda España, particularmente en Madrid. Compiten por dirigirlas los socialistas y los anarquistas, y a menudo se producen entre ellos o con quienes quieren volver al trabajo choques y tiroteos, con el resultado de muertos y heridos. La huelga de electricistas perturba especialmente la vida de los ciudadanos, particularmente en la capital.

16 de junio

Las derechas insisten en que el Gobierno debe cumplir y hacer cumplir la ley «para poner fin al estado de subversión en que vive España». Desde las elecciones se han producido ya casi 2000 muertos y heridos, centenares de huelgas salvajes, cientos de templos incendiados, muchos de ellos de gran valor artístico, así como sedes políticas y periódicos de la derecha, registros de la propiedad, etc., mientras las milicias vigilan y coaccionan a los vecindarios. La propuesta de las derechas es recibida con insultos, mofas y amenazas de muerte. El jefe del Gobierno, Casares Quiroga, hace responsable a Calvo Sotelo de cualquier cosa que pudiera ocurrir, y éste responde que «es preferible morir con honra

a vivir con vilipendio». Las fuerzas de orden público y parte de las militares se hallan en plena descomposición, infiltradas por las organizaciones revolucionarias. Muchos oficiales actúan como instructores de las milicias izquierdistas, y éstas participan en las redadas y *razzias* policiales contra las derechas.

La conspiración militar prosigue su curso entre grandes dificultades, causadas por las fricciones con los carlistas y con la Falange, así como por la desmoralización de bastantes de sus miembros. El Gobierno vigila estrechamente este ruido de sables, esperando a que salga a la calle, como en el golpe de Sanjurjo, para aplastarlo de modo radical. Prieto y otros discrepan de esa táctica, y exigen que se actúe inmediatamente contra los conspiradores, aunque todavía no haya pruebas claras.

Prosiguen las huelgas, que afectan a la marina mercante —principal medio de abastecimiento de España desde el exterior—, a la construcción, al transporte interior, a los recogedores de la basura y también a los sastres.

23 de junio

Franco manda una carta a Casares Quiroga notificándole el malestar en el ejército y la división interna del mismo, así como su preocupación por lo que pasa en el país. Le sugiere la adopción de medidas para contrarrestar a tiempo el deterioro de la situación. Aunque Franco está dentro de la conspiración, es consciente de sus debilidades, teme su fracaso y presiona para que sea el Gobierno el que tome medidas para contener la descomposición social.

Ese mismo día Miguel Maura, principal organizador del pacto de San Sebastián, que daría origen a la República, escribía en *El Sol*: «un ambiente de incertidumbre y congoja atenaza hoy el espíritu de todos los españoles que no quieren verse envueltos en el remolino de la barbarie».

Y propugnaba una «dictadura nacional republicana» para poner orden antes de que todo el régimen se viniera abajo.

JULIO

10 de julio

Días antes se había concretado para el día 14 la rebelión militar de Mola, pero ese día, para desesperación del general, el jefe de los requetés, Fal Conde, rompe con él por considerar sus proyectos favorables a la República. Dos días después, Franco envía un comunicado aconsejando posponer el alzamiento, llevando a Mola al borde de la desesperación. Pero en la noche del 12 al 13 de julio ocurre el hecho decisivo que disipa cualquier retraimiento.

12 de julio

El teniente Castillo, complicado en la guerra civil de octubre del 34 e instructor de las milicias izquierdistas, es asesinado por un grupo falangista o posiblemente carlista. El hecho es tomado como pretexto para que grupos de policías y milicianos vayan a buscar a sus casas, en plena noche, a Gil-Robles y a Calvo Sotelo, para a su vez asesinarlos. Fracasan con el primero, que no está en su domicilio, pero secuestran al segundo y poco después, en la camioneta policial, lo asesinan de dos tiros en la nuca. Un crimen sin precedentes tanto por su alcance —Calvo Sotelo era entonces el principal portavoz de la oposición, en paridad con Gil-Robles— como por la forma en que fue perpetrado, testimonio de la completa descomposición de las fuerzas de seguridad del Estado.

Al conocer la noticia, Franco, los carlistas, la Falange y todos los demás descartan cualquier vacilación y se deciden finalmente por el alzamiento militar con apoyo civil. Numerosos testigos, de izquierdas y derechas, concuerdan en que este crimen perpetrado contra el líder derechista

había hecho saltar las últimas compuertas que impedían la guerra civil.

15 de julio

Se reúne la Diputación Permanente de las Cortes en un clima de absoluta crispación. Los comunistas amenazan a la CEDA con su próxima disolución y encarcelamiento; Prieto pretende equiparar la muerte de Castillo a la de Calvo Sotelo; Gil-Robles señala las últimas cifras de asesinatos, asaltos, huelgas violentas y otros muchos desmanes, recuerda las amenazas de muerte que él y el asesinado habían recibido, y anuncia que aquel crimen destruye cualquier posibilidad de arreglo pacífico. Entre tanto, el Gobierno ha seguido con su táctica de atacar a las derechas, en lugar de a los causantes del crimen. La policía y elementos revolucionarios asesinaron a derechistas desarmados que volvían del funeral de Calvo Sotelo, fueron cerrados centros políticos y de derechas y detenidos gran número de miembros de ellas. La lucha de fracciones dentro del Partido Socialista deja paso al acuerdo para hacer frente a las derechas. Su prensa expresa optimismo: «sea la guerra civil a fondo», dice *Claridad*, el periódico de Largo Caballero. «Será una batalla a muerte», advierte Indalecio Prieto.

17 de julio

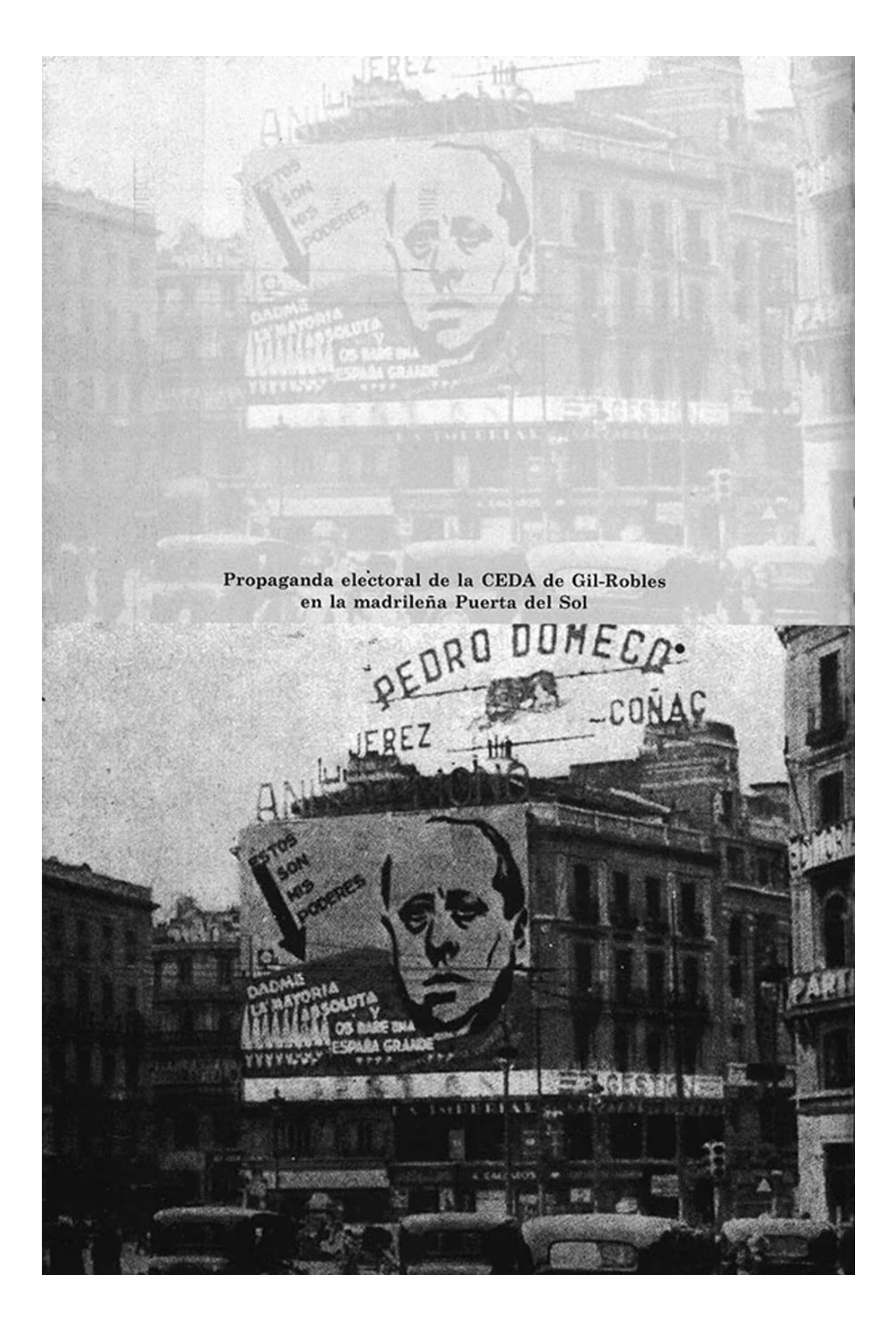
Comienza el levantamiento militar en Marruecos. En los cuatro días siguientes se producirían rebeliones en muchas otras guarniciones, y el alzamiento de los requetés en Navarra. Pero el balance final de esas jornadas es de una aplastante superioridad del Frente Popular. El golpe del general Emilio Mola ha fracasado, y la situación empezará a cambiar sólo cuando Franco logre trasladar algunas fuerzas, débiles pero bien entrenadas, de Marruecos a la Península. La acción rápida y relativamente poco cruenta

prevista por los conspiradores se va a transformar en una difícil y costosa guerra civil. Entre tanto, lo poco que quedaba de la legalidad republicana es destruida por completo por el Gobierno de Giral, amigo de Azaña, que ha sustituido a los de Casares y Martínez Barrio, forzados a dimitir por la presión revolucionaria en las calles. Giral armó a los sindicatos, provocando con ello el desencadenamiento de la revolución en la mayor parte del país.

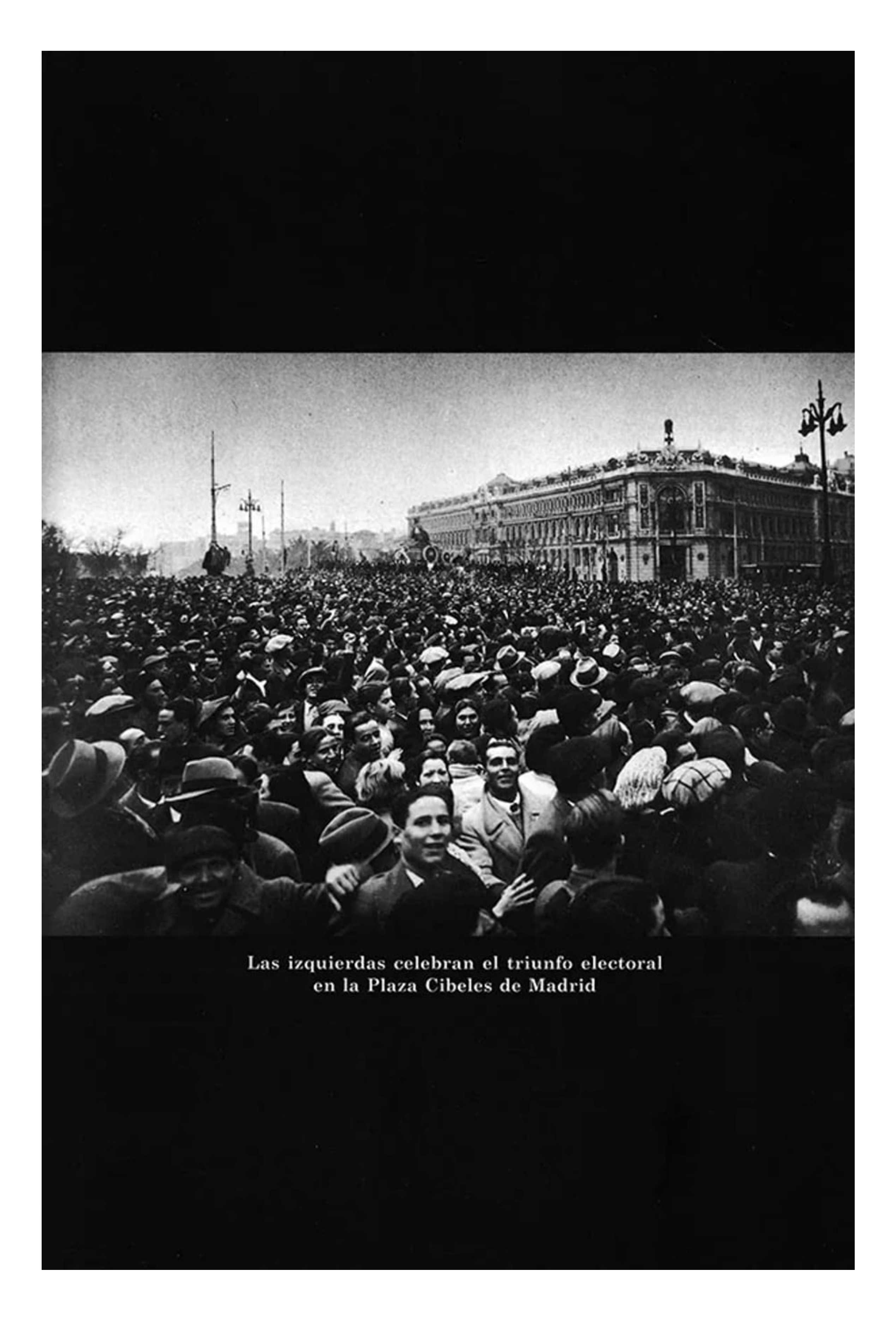
Apéndice fotográfico



Febrero de 1936: carteles electorales en Madrid.



Propaganda electoral de la CEDA de Gil-Robles
en la madrileña Puerta del Sol



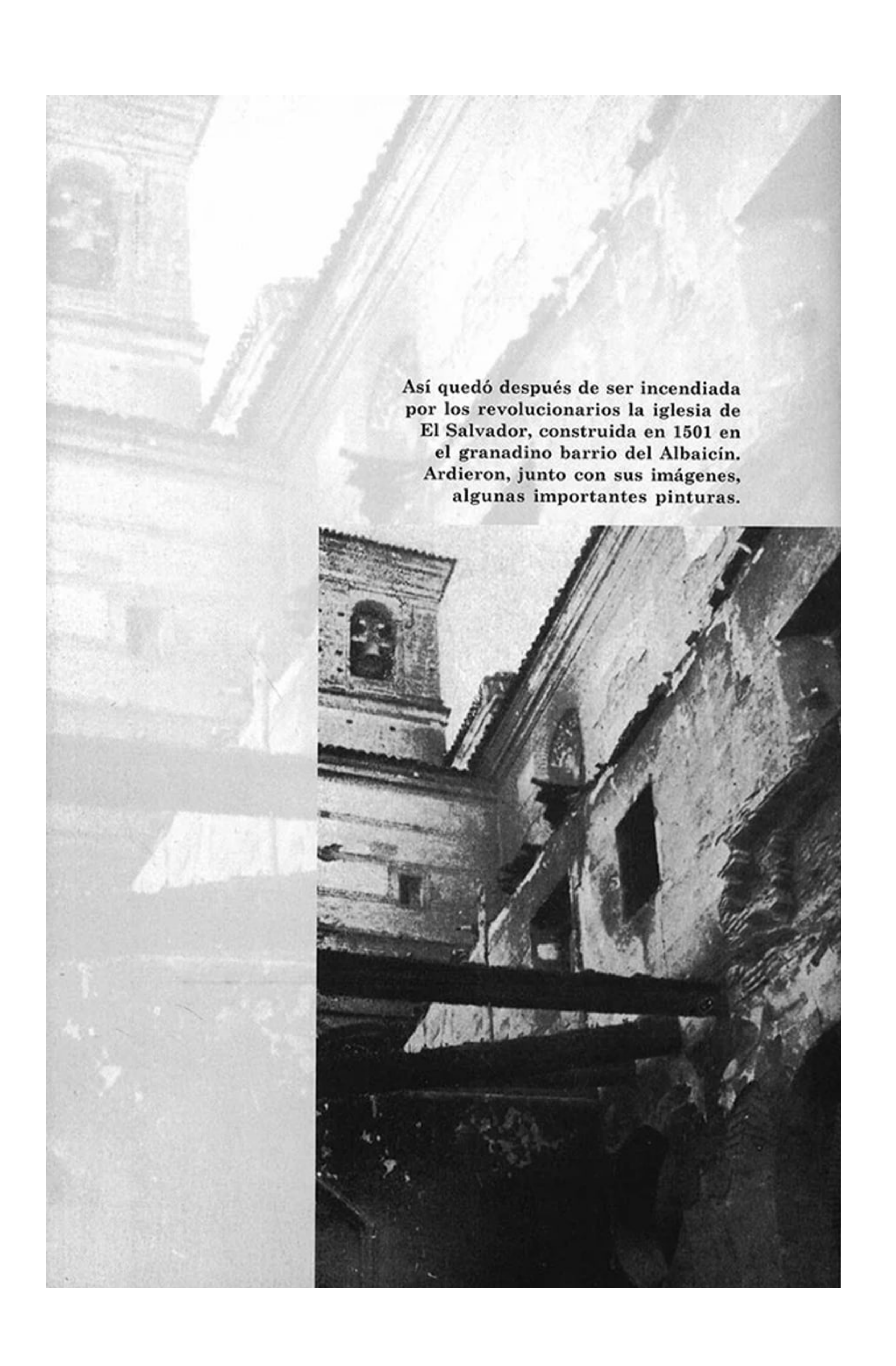
Las izquierdas celebran el triunfo electoral
en la Plaza Cibeles de Madrid

Bajo el emblema de la hoz y el martillo, la multitud festeja en la Plaza de Toros de Madrid a los amnistiados de la revolución de Asturias.

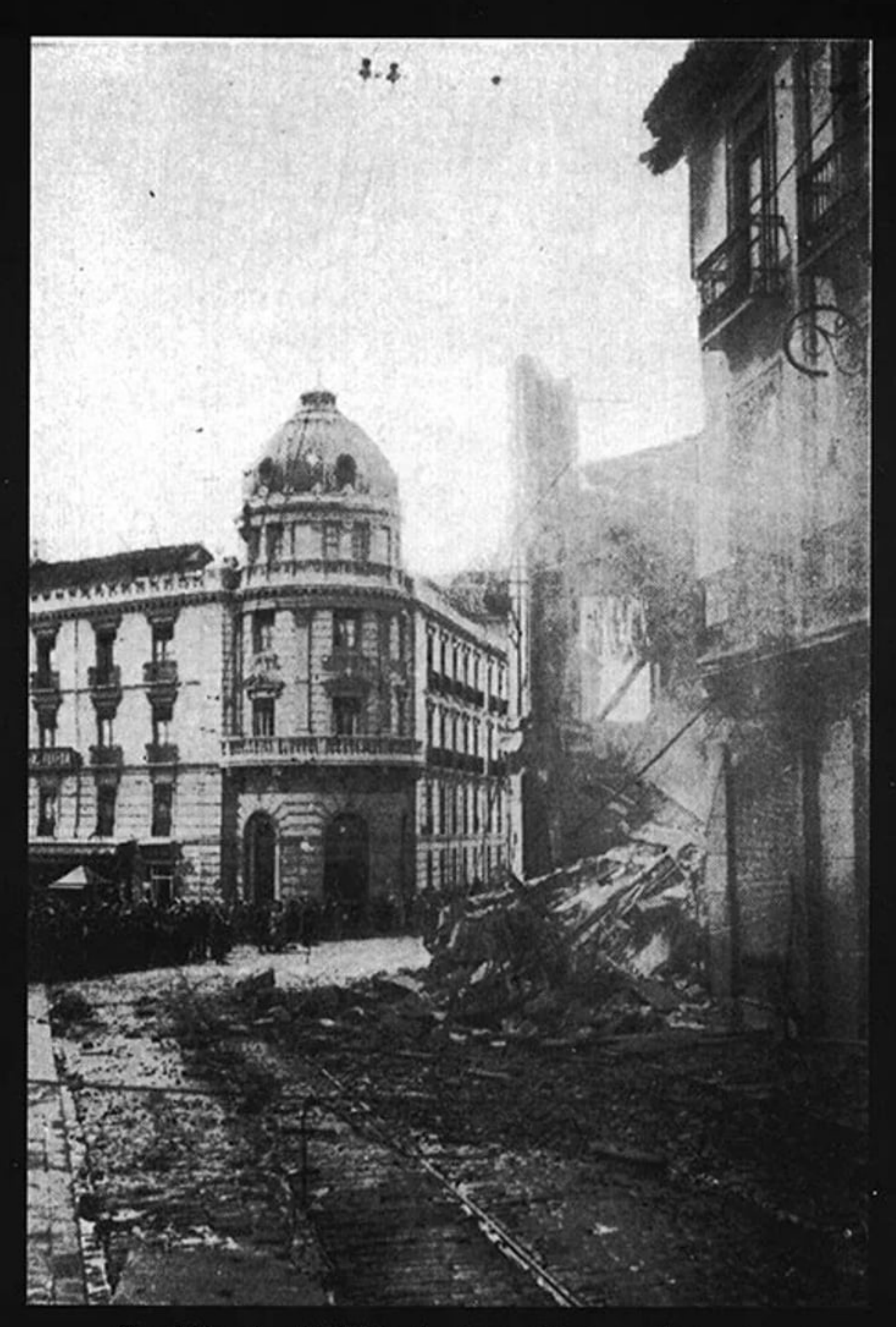




En el mismo acto de la Plaza de Toros de Madrid, Companys, acompañado por la viuda de Sirval, saluda a la muchedumbre con el puño en alto.



Así quedó después de ser incendiada por los revolucionarios la iglesia de El Salvador, construida en 1501 en el granadino barrio del Albaicín. Ardieron, junto con sus imágenes, algunas importantes pinturas.



También el café Colón fue incendiado en Granada.



La iglesia de San Nicolás incendiada
por las turbas en Granada.



Interior de la iglesia de San Luis, incendiada en el centro de Madrid.



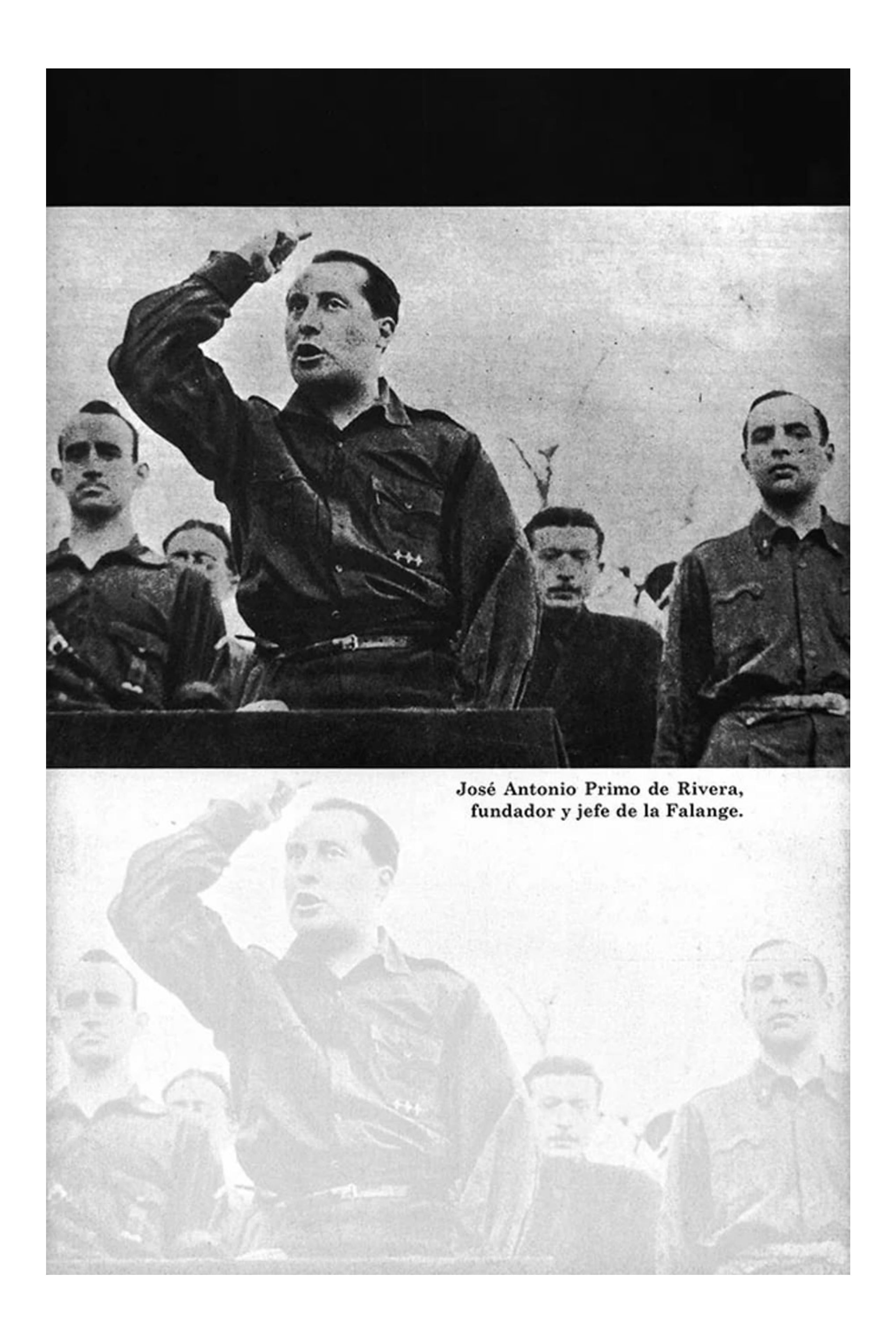
Tampoco los centros de enseñanza estuvieron a salvo. Así quedaron en Madrid las Escuelas Parroquiales de Vallecas.



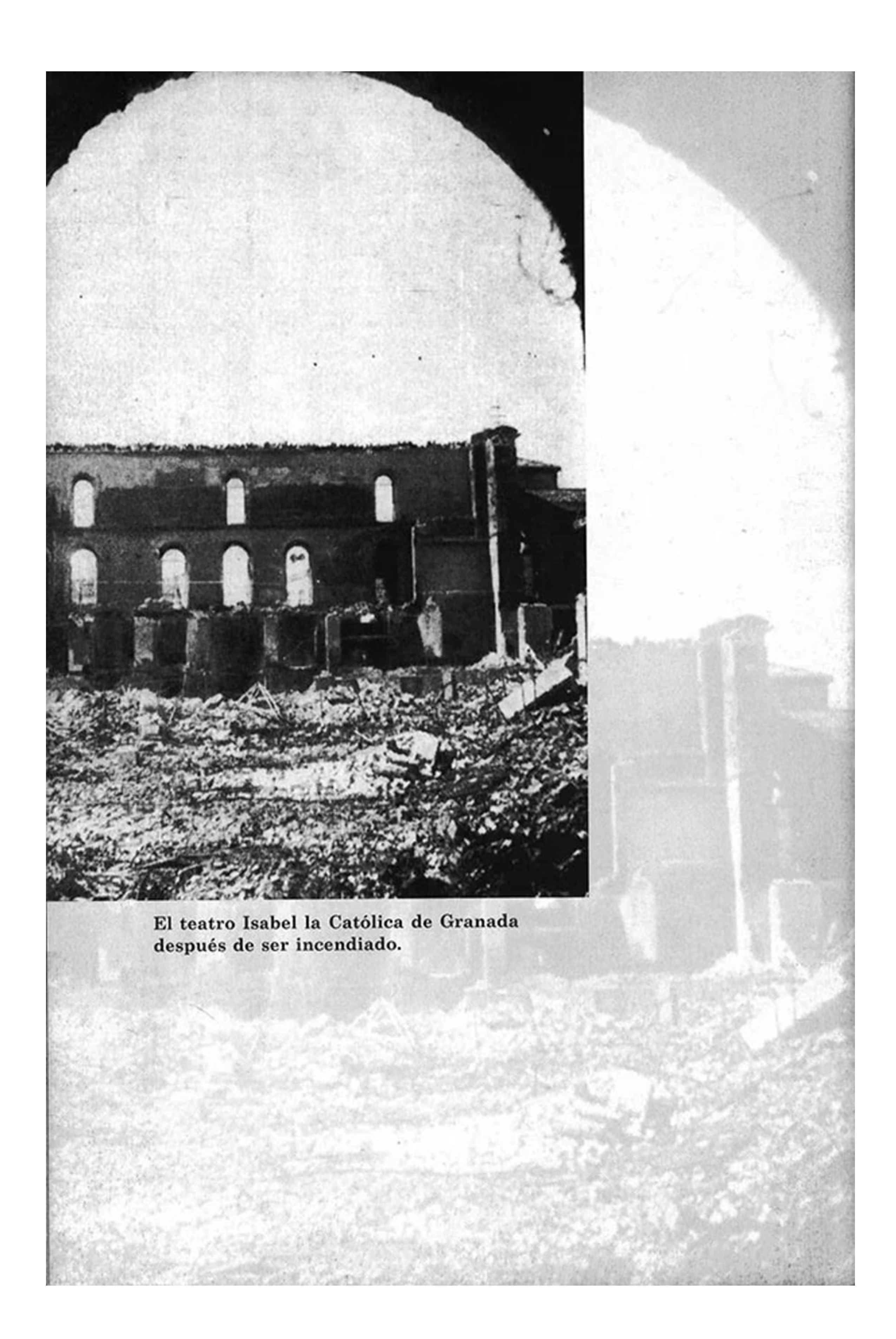
Es detenido el autor del atentado cometido en Madrid el 14 de abril de 1936 en los actos de celebración del aniversario de la República.



Disturbios en el Paseo de la Independencia de Zaragoza.



José Antonio Primo de Rivera,
fundador y jefe de la Falange.



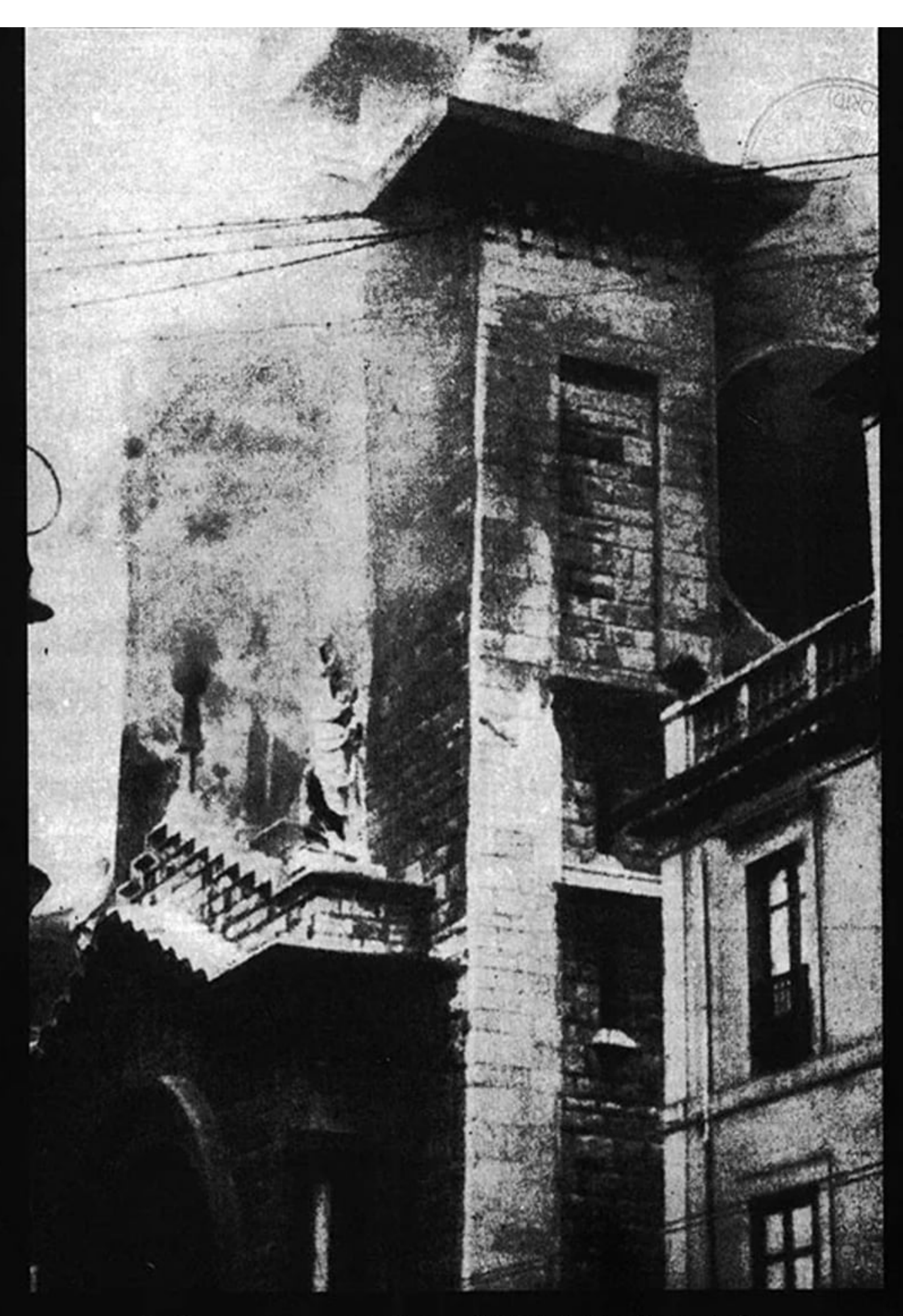
El teatro Isabel la Católica de Granada después de ser incendiado.



La hoz y el martillo,
omnipresentes en la
manifestación del
1.º de mayo en Madrid.



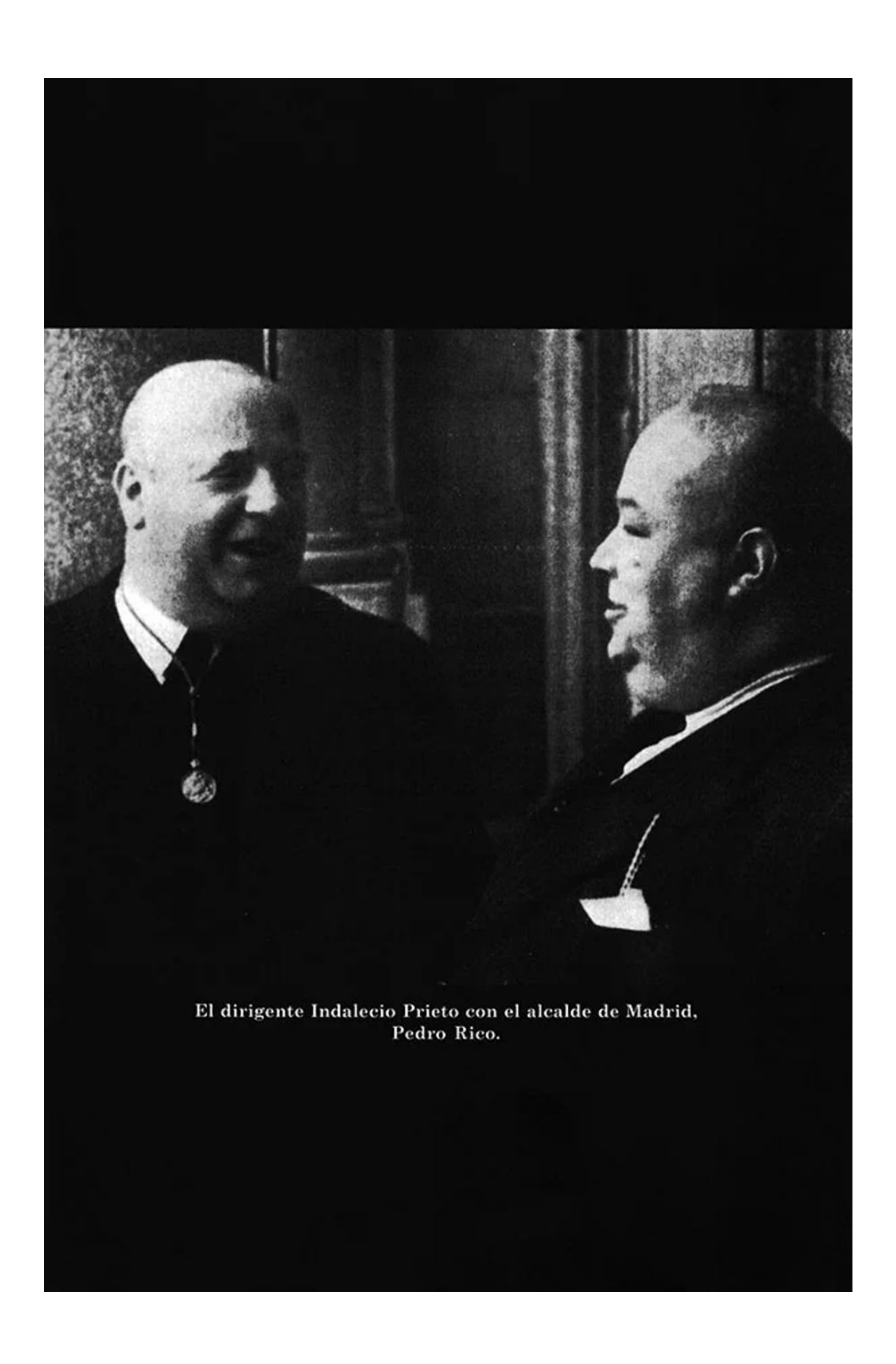
También en Barcelona la gran manifestación del 1.º de mayo estuvo presidida por grandes emblemas comunistas.



En las semanas anteriores al 18 de julio, docenas de templos fueron de nuevo incendiados por los revolucionarios, sin oposición de las autoridades.



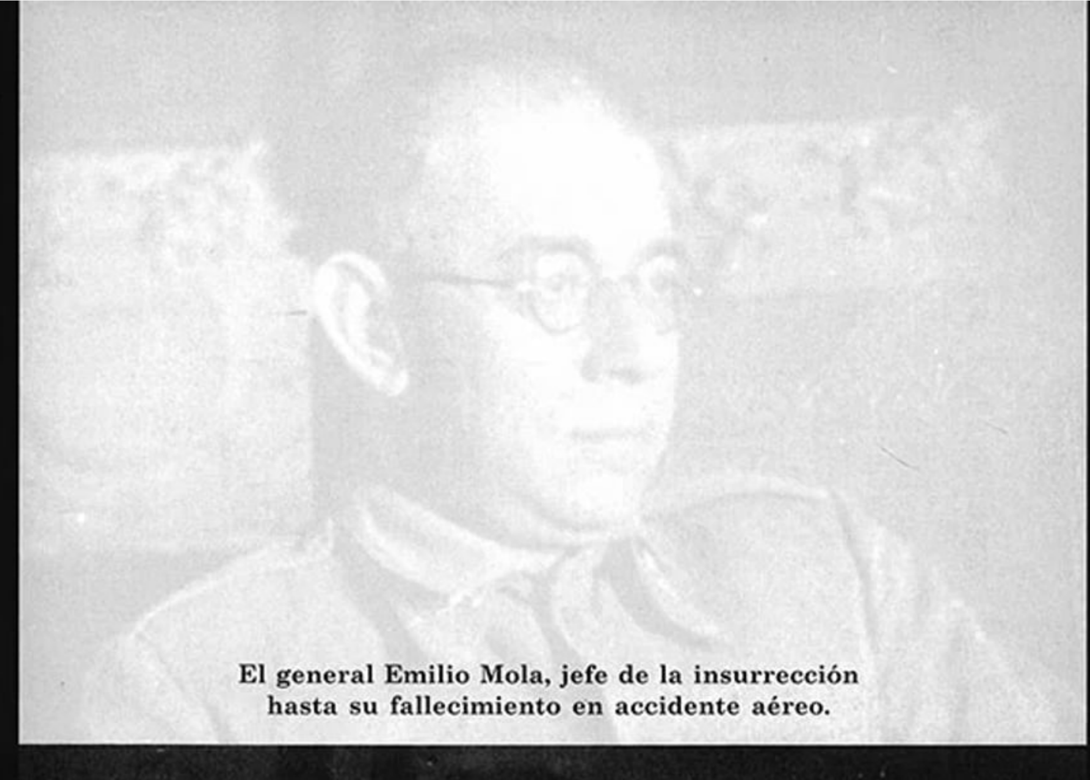
Mitin organizado por el Socorro Rojo.



El dirigente Indalecio Prieto con el alcalde de Madrid, Pedro Rico.

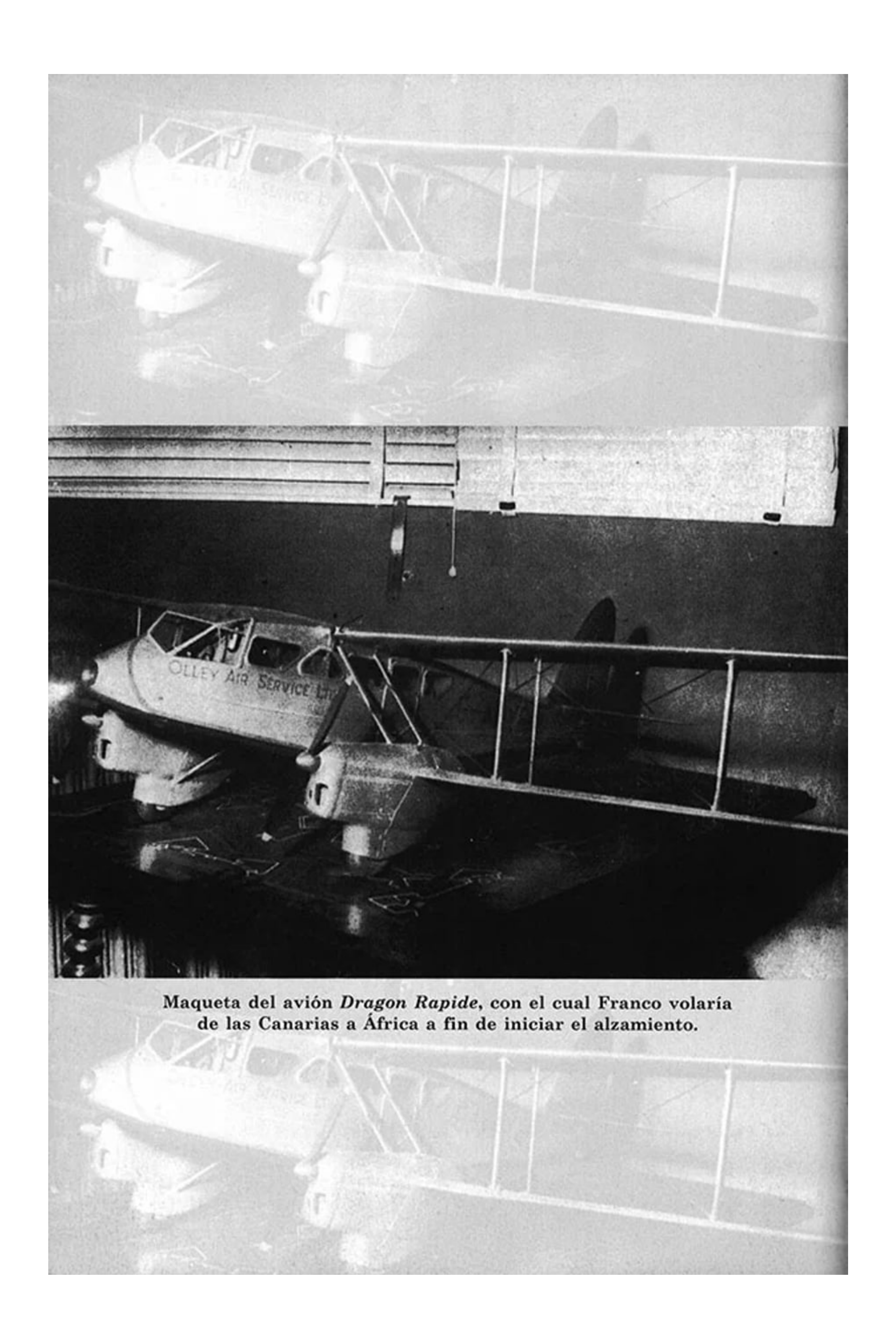


Gil-Robles, el líder de la CEDA.



El general Emilio Mola, jefe de la insurrección hasta su fallecimiento en accidente aéreo.

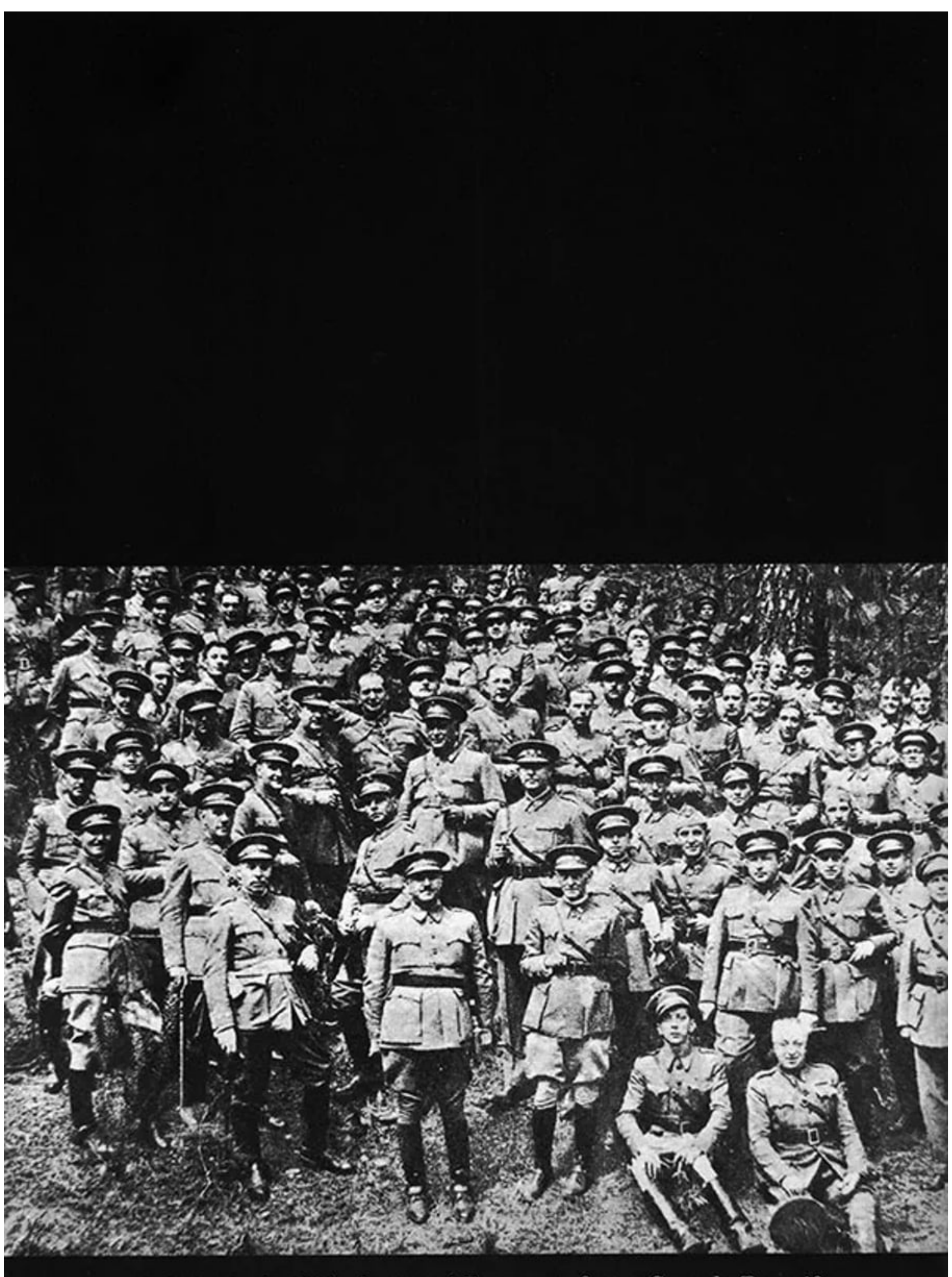




Maqueta del avión *Dragon Rapide*, con el cual Franco volaría de las Canarias a África a fin de iniciar el alzamiento.



Francisco Franco, fotografiado a su llegada a Tetuán.



17 de junio de 1936: el general Franco en Santa Cruz de Tenerife junto con los jefes y oficiales de las Islas Canarias.

¡ESPAÑOLES!

A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del Ejército y Armada habéis hecho profesión de fé en el servicio de la Patria, a los que jurásteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama a su defensa.

La situación de España es cada día que pasa más crítica; la anarquía reina en la mayoría de sus campos y pueblos; autoridades de nombramiento gubernativo presiden, cuando no fomentan, las revueltas. A tiros de pistola y ametralladoras se dirimen las diferencias entre los bandos de ciudadanos, que alevosa y traidoramente, se asesinan sin que los poderes públicos impongan la paz y la justicia.

Huelgas revolucionarias de todo orden paralizan la vida de la Nación arruinando y destruyendo sus fuentes de riqueza y creando una situación de hambre que lanzará a la desesperación a los hombres trabajadores.

Los monumentos y tesoros artísticos son objeto de los más enconados ataques de las hordas revolucionarias obedeciendo a las consignas que reciben de las directivas extranjeras, que cuentan con la complicidad o negligencia de gobernadores y monterillas.

Los más graves delitos se cometen en las ciudades y en los campos mientras las fuerzas de orden público permanecen acuarteladas, corroídas por la desesperación que provoca una obediencia ciega a gobernantes que intentan deshonrarlas. El Ejército, la Marina y demás Institutos armados, son blanco de los más soeces y calumniosos ataques precisamente por parte de aquellos que debían velar por su prestigio.

Los estados de excepción y alarma sólo sirven para amordazar al pueblo y que España ignore lo que sucede fuera de las puertas de sus villas y ciudades, así como para encarcelar a los pretendidos adversarios políticos.

La Constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total; ni igualdad ante la Ley, ni libertad, aherrojada por la tiranía, ni fraternidad cuando el odio y el crimen han sustituído al mútuo respeto, ni unidad de la Patria, amenazada por el desgarramiento territorial más que por regionalismo, que los propios poderes fomentan, ni integridad y defensa de nuestras fronteras cuando en el corazón de España se escuchan las emisoras extranjeras que predican la destrucción y reparto de nuestro suelo.

La Magistratura, cuya independencia garantiza la Constitución, sufre igualmente persecuciones que la enervan o mediatizan y recibe los más duros ataques a su independencia.

Pactos electorales hechos a costa de la integridad de la propia Patria, unidos a los asaltos a Gobiernos Civiles y cajas fuertes para falsear las actas, formaron la máscara de legalidad que nos preside. Nada contuvo la apetencia de poder, destitución ilegal del moderador, glorificación de las revoluciones de Asturias y catalana, una y otra quebrantadoras de la Constitución, que, en nombre del pueblo era el Código fundamental de nuestras Instituciones.

Al espíritu revolucionario e inconsciente de las masas engañadas y explotadas por los agentes soviéticos, que ocultan la sangrienta realidad de aquel régimen que sacrificó para su existencia veinticinco millones de personas, se unen la malicia y negligencia de Autoridades de todo orden que amparadas en un Poder claudicante, carecen de autoridad y prestigio para imponer el orden y el imperio de la libertad y de la justicia.

¿Es que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo?

¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con un proceder cobarde y traidor, entregándola sin lucha y sin resistencia?

¡¡Eso no!! Que lo hagan los traidores, pero no lo haremos quienes juramos defenderla.

Justicia e igualdad ante la Ley os ofrecemos Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía. Trabajo para todos. Justicia social, llevada a cabo sin enconos ni violencias y una equitativa y progresiva distribución de riqueza sin destruir ni poner en peligro la economía española.

Pero, frente a eso, una guerra sin cuartel a los explotadores de la política, a los engañadores del obrero honrado, a los extranjeros y a los extranjerizantes que directa o solapadamente intentan destruir a España.

En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia; en todas las Regiones, el Ejército, la Marina, y fuerzas de orden público, se lanzan a defender la Patria. La energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de las resistencias que se ofrezcan.

Nuestro impulso no se determina por la defensa de unos intereses bastardos, ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia, por que las Instituciones, sean cuales fueren, deben garantizar un mínimum de convivencia entre los ciudadanos que, no obstante las ilusiones puestas por tantos españoles, se han visto defraudados, pese a la transigencia y comprensión de todos los organismos nacionales, con una respuesta anárquica cuya realidad es imponderable.

Como la pureza de nuestras intenciones nos impide el yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social, y el espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos, sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden, la trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD.

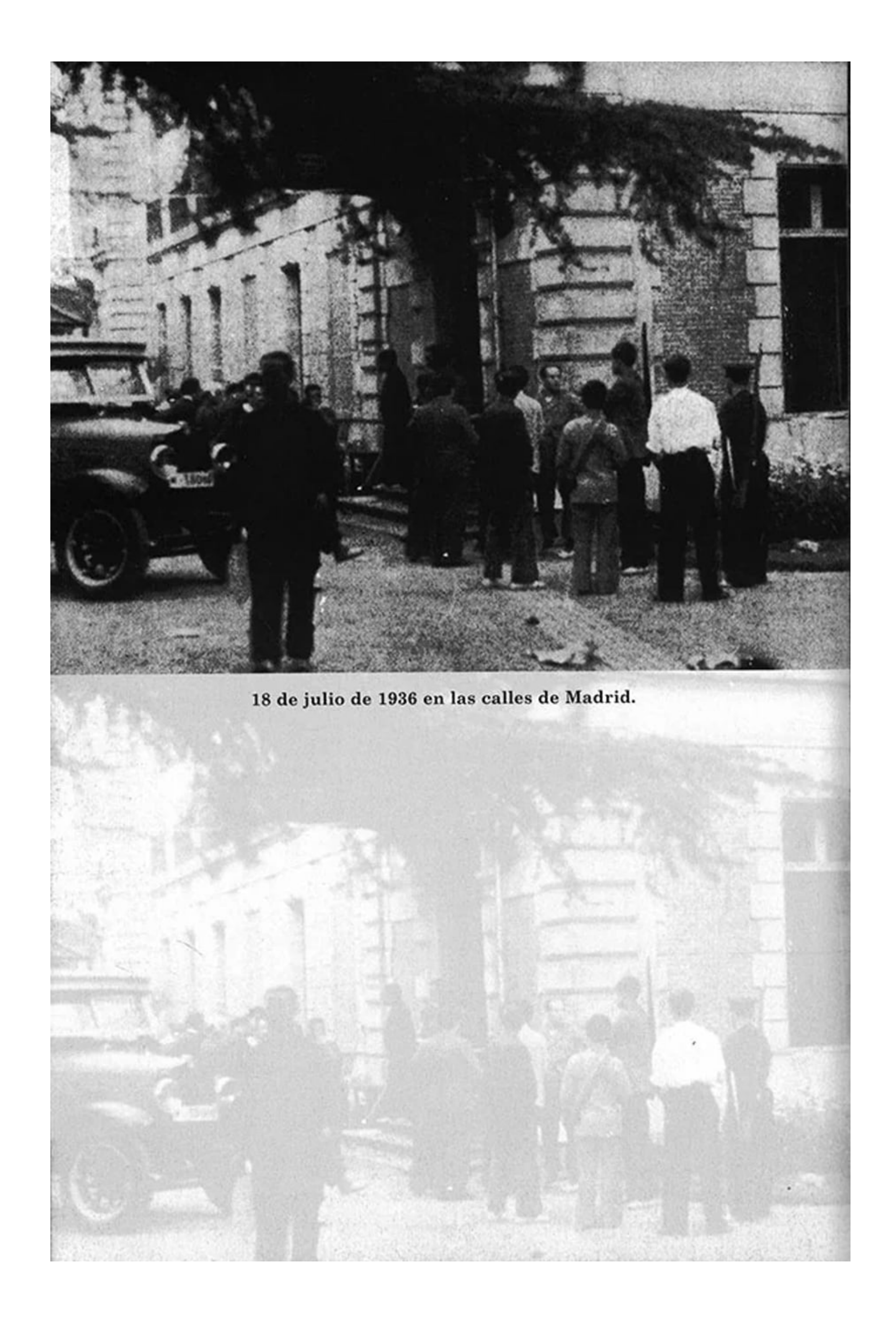
Españoles: ¡¡¡VIVA ESPAÑA!!!

¡¡¡VIVA EL HONRADO PUEBLO ESPAÑOL!!!

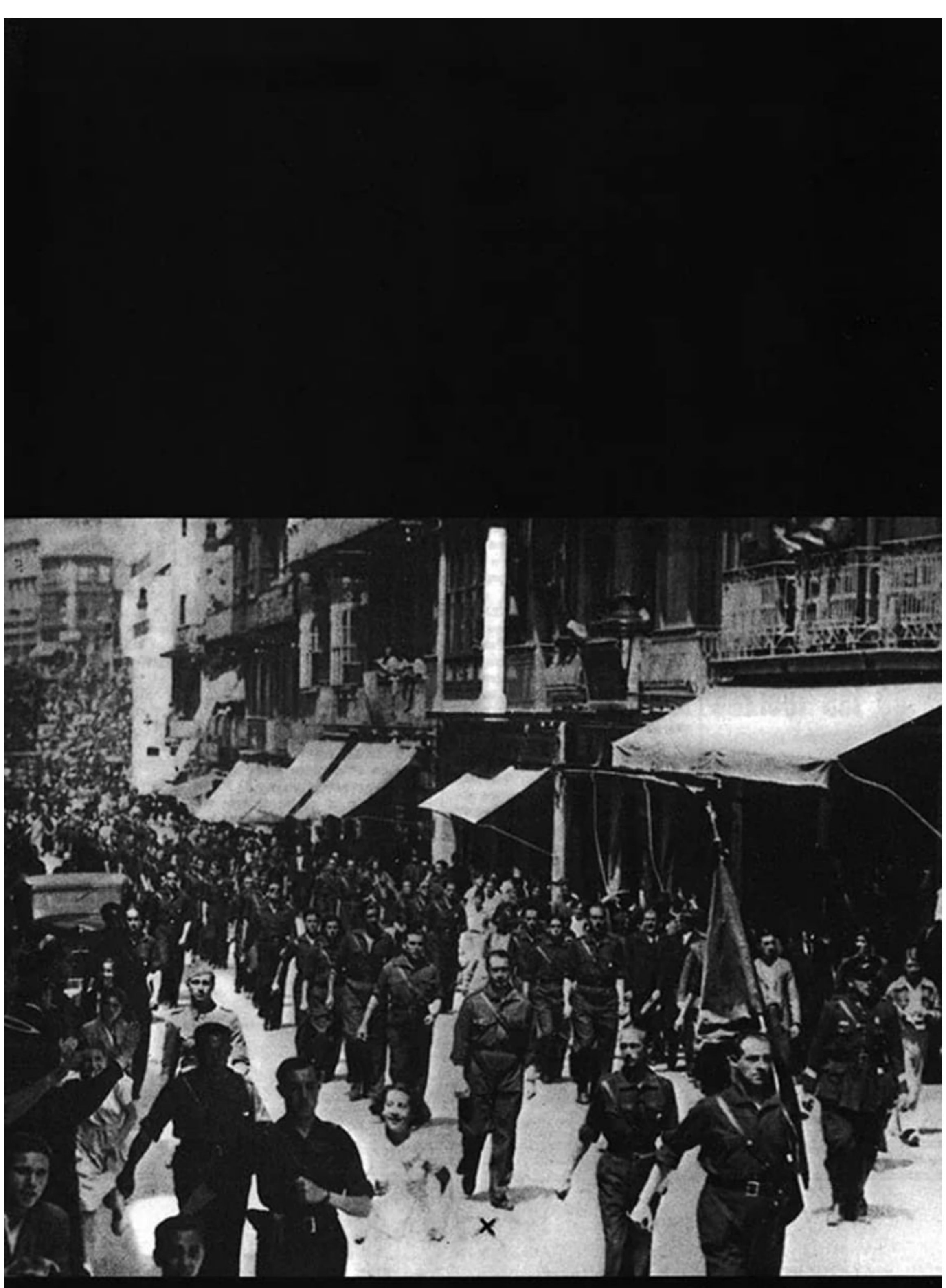
Comandante General de Canarias

Santa Cruz de Tenerife, a las 5 y cuarto horas del día 18 de julio de 1936.

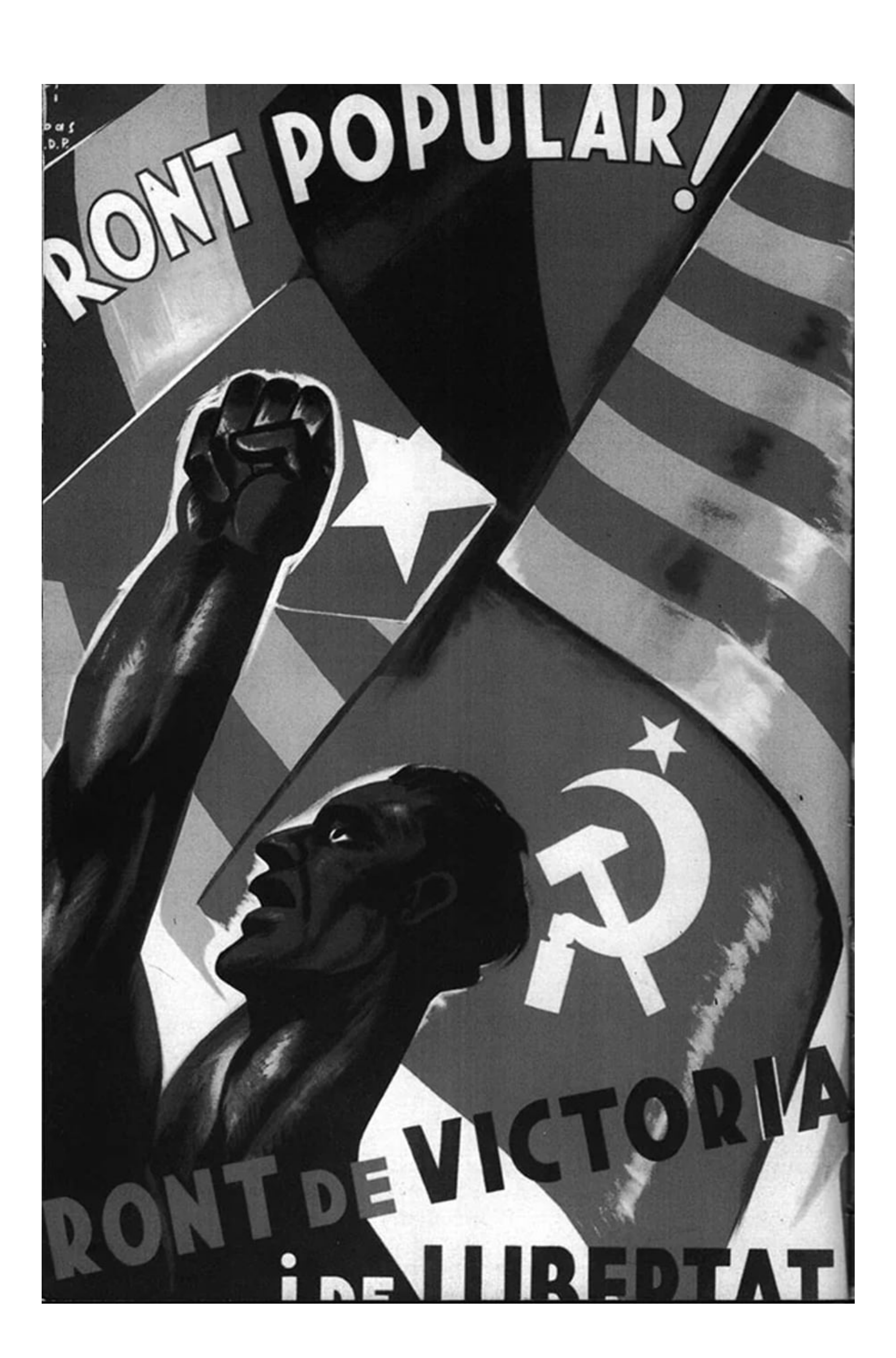
Bando por el que Franco declara el estado de guerra en Santa Cruz de Tenerife.

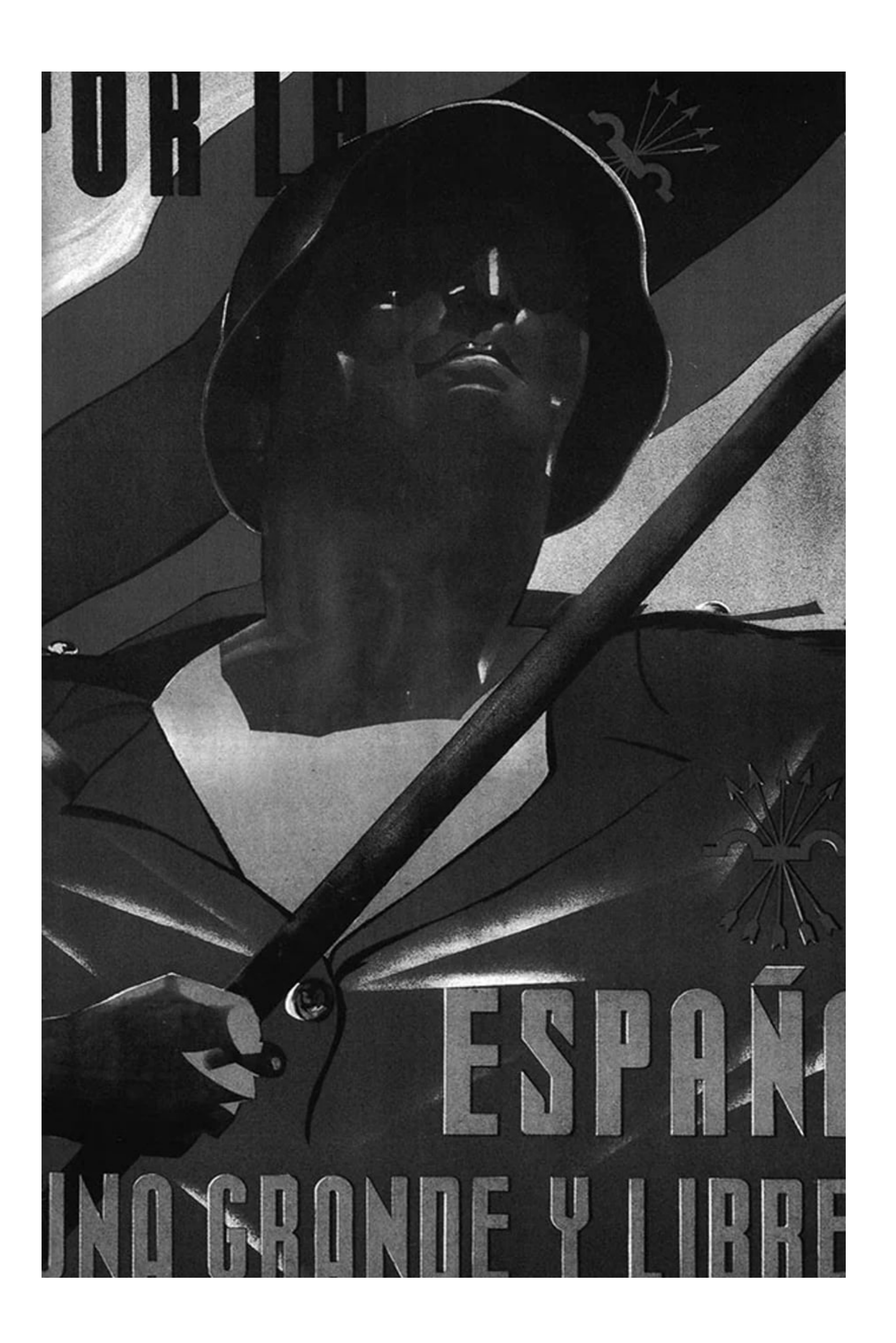


18 de julio de 1936 en las calles de Madrid.



Desfile de falangistas en Vigo el 18 de julio. Al frente, Manuel Hedilla.


RONT POPULAR!
RONT DE VICTORIA


POR LA
ESPAÑ
UNA GRANDE Y LIBRE



En las madrileñas Puertas de Alcalá y del Sol, Josef Stalin preside durante la guerra la lucha de la República por la «democracia».


Antifascistas
ESPAÑOLES
ADELANTE HASTA VEN-
CER AL FASCISMO CON
VOSOTROS ESTÁ EL
PUEBLO RUSO
J. Stalin
RADIO — VENTAS
PUERTA
DEL
SOL



Y durante tres años
las armas hablaron.

Apéndice documental

CLARIDAD

DIARIO DE LA NOCHE

«La clase obrera debe saber que por medio de la democracia burguesa, jamás, jamás podrá ser Poder y podrá transformar el régimen»

(Largo Caballero, en Linares)

(25-1-1936; retranscrito)

¡VIVA EL FRENTE ELECTORAL DE IZQUIERDA!

Vamos a la lucha sin ilusiones democráticas

Sabemos muy bien —y recientemente hemos acabado de aprenderlo— lo poco o nada que en lo que a nosotros más importe cabe esperar de una República burguesa, aunque esté gobernada íntegramente por quienes más afines se creen a nosotros. La lucha de clases es inexorable, y el buen marxista sabe ya de sobra que cualquier Gobierno que en la burguesía se sustente no puede ser otra cosa que el instrumento del que la clase privilegiada se sirve para dominar las legítimas ansias de la mayoría de los desheredados.

Y, sin embargo, vamos a la contienda animados, más que nunca, de un rotundo y avasallador espíritu de victoria.

(11-1-1936; retranscrito)

EL MARXISMO EN PIE

Toda la España trabajadora, con Largo Caballero

(30-1-1936; retranscrito)

Transcripción:

Sabemos muy bien —y recientemente hemos acabado de aprenderlo— lo poco o nada que en lo que a nosotros más importe cabe esperar de una República burguesa, aunque esté gobernada íntegramente por quienes más afines se creen a nosotros. La lucha de clases es inexorable, y el buen marxista sabe ya de sobra que cualquier Gobierno que en la burguesía se sustente no puede ser otra cosa que el instrumento del que la clase privilegiada se sirve para dominar las legítimas ansias de la mayoría de los desheredados.

Y, sin embargo, vamos a la contienda animados, más que nunca, de un rotundo y avasallador espíritu de victoria.

11-1-1936



Antes de conocerse el resultado final de las elecciones de febrero de 1936, ya se formaron en Madrid diversas manifestaciones callejeras.

Tras la victoria del Frente Popular, miles de presos políticos y comunes abandonan las cárceles.



SELLADA LA UNIDAD DE LAS JUVENTUDES SOCIALISTA Y COMUNISTA

Santiago Carrillo define las nuevas tareas de las Juventudes unificadas.– Largo Caballero, en un gran discurso, señala la inminencia de la coyuntura definitiva para el proletariado

El magno acto de la Monumental

Pueden sentirse satisfechos los organizadores del mitin de unificación juvenil marxista. Difícil será olvidar el hermoso y confortador espectáculo que ofrecían las milicias comunistas y socialistas, y mucho menos el impresionante desfile de los pioneros de los dos grupos marxistas. [...]

La orquesta proletaria interpretó "La Internacional", mientras milicianos y pioneros desfilaban para colocarse frente a la presidencia. [...]

Discurso de Largo Caballero

Camaradas: Todos los que tenemos puesta nuestra fe en la juventud española esperamos que esto no se limite a una concentración donde puedan exhibirse más o menos vistosos uniformes comunistas y socialistas. Es preciso que a esto siga una organización perfecta, una disciplina exacta, una voluntad firme. [...]

Es indudable que hay que ir precipitadamente —ésta es la palabra— a la unificación de todo el proletariado español. El movimiento sindical está ya casi unificado. Falta un poco todavía, pero es seguro que no tardará mucho tiempo en que las organizaciones obreras estén todas en una sola central. Las Juventudes Socialistas están también en camino de la unificación. Hace falta la unificación de los partidos marxistas. Esta unificación responde, como he dicho antes, a una necesidad. [...]

Discurso de Santiago Carrillo

Con esta concentración que celebramos hoy —comienza diciendo— puede decirse que se consagra públicamente la unidad de las Juventudes Socialista y Comunista, que no es una unidad orgánica, sin base y sin principios, sino una unidad que ha surgido de una coincidencia ideológica, plena y rotunda. Por esta razón, porque la unidad de las Juventudes Socialista y Comunista se basa sobre unos principios comunes, sobre una afinidad ideológica, es por lo que será indestructible, y por lo que cuantas maniobras se hagan contra ella no podrán prosperar. [...]

Las juventudes unificadas quieren dar con su ejemplo una lección a los partidos, decirles que su camino es el de la unificación, que hay que vencer los obstáculos como los hemos vencido nosotros, con desinterés, con abnegación, sin personalismos de ninguna clase. Es preciso que a la unidad de las Juventudes siga la unidad de los partidos, sin la cual el triunfo de la clase obrera no será posible.

(6-4-1936; retranscrito)

"La unidad de las Juventudes Socialista y Comunista ha surgido de una coincidencia ideológica, plena y rotunda"

Transcripción:

Pueden sentirse satisfechos los organizadores del mitin de unificación juvenil marxista. Difícil será olvidar el hermoso y confortador espectáculo que ofrecían las milicias comunistas y socialistas, y mucho menos el impresionante desfile de los pioneros de los dos grupos marxistas. [...].

La orquesta proletaria interpretó "La Internacional", mientras milicianos y pioneros desfilaban para colocarse frente a la presidencia. [...].

Discurso de Largo Caballero

Camaradas: Todos los que tenemos puesta nuestra fe en la juventud española esperamos que esto no se limite a una concentración donde puedan exhibirse más o menos vistosos uniformes comunistas y socialistas. Es preciso que a esto siga una organización perfecta, una disciplina exacta, una voluntad firme. [...].

Es indudable que hay que ir precipitadamente —ésta es la palabra— a la unificación de todo el proletariado español. El movimiento sindical está ya casi unificado. Falta un poco todavía, pero es seguro que no tardará mucho tiempo en que las organizaciones obreras estén todas en una sola central. Las Juventudes Socialistas están también en camino de la unificación. Hace falta la unificación de los partidos marxistas. Esta unificación responde, como he dicho antes, a una necesidad. [...].

Discurso de Santiago Carrillo

Con esta concentración que celebramos hoy —comienza diciendo— puede decirse que se consagra públicamente la unidad de las Juventudes Socialista y Comunista, que no es una unidad orgánica, sin base y sin principios, sino una unidad que ha surgido de una coincidencia ideológica,

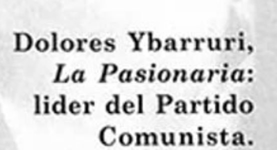
plena y rotunda. Por esta razón, porque la unidad de las Juventudes Socialista y Comunista se basa sobre unos principios comunes, sobre una afinidad ideológica, es por lo que será indestructible, y por lo que cuantas maniobras se hagan contra ella no podrán prosperar. [...].

Las juventudes unificadas quieren dar con su ejemplo una lección a los partidos, decirles que su camino es el de la unificación, que hay que vencer los obstáculos como los hemos vencido nosotros, con desinterés, con abnegación, sin personalismos de ninguna clase. Es preciso que a la unidad de las Juventudes siga la unidad de los partidos, sin la cual el triunfo de la clase obrera no será posible.

6-4-1936



Santiago Carrillo, Secretario General de las Juventudes Socialistas Unificadas.





Dolores Ybarruri, *La Pasionaria*: lider del Partido Comunista.



LA FIESTA DEL TRABAJO, por Róbledano

Un cura párroco es detenido por fascista

JAÉN, 13- En Andujar, adonde había ido con motivo de la romería de la Virgen de la Cabeza, ha sido detenido el párroco de San Ildefonso, de Jaén, D. José Vera Mármol, de significación fascista.

(13-6-1936; retranscrito)

Los obreros se incautan de la fábrica de cervezas El Aguila

Un señalado triunfo de los obreros.– Ha sido destituido el director de la fábrica

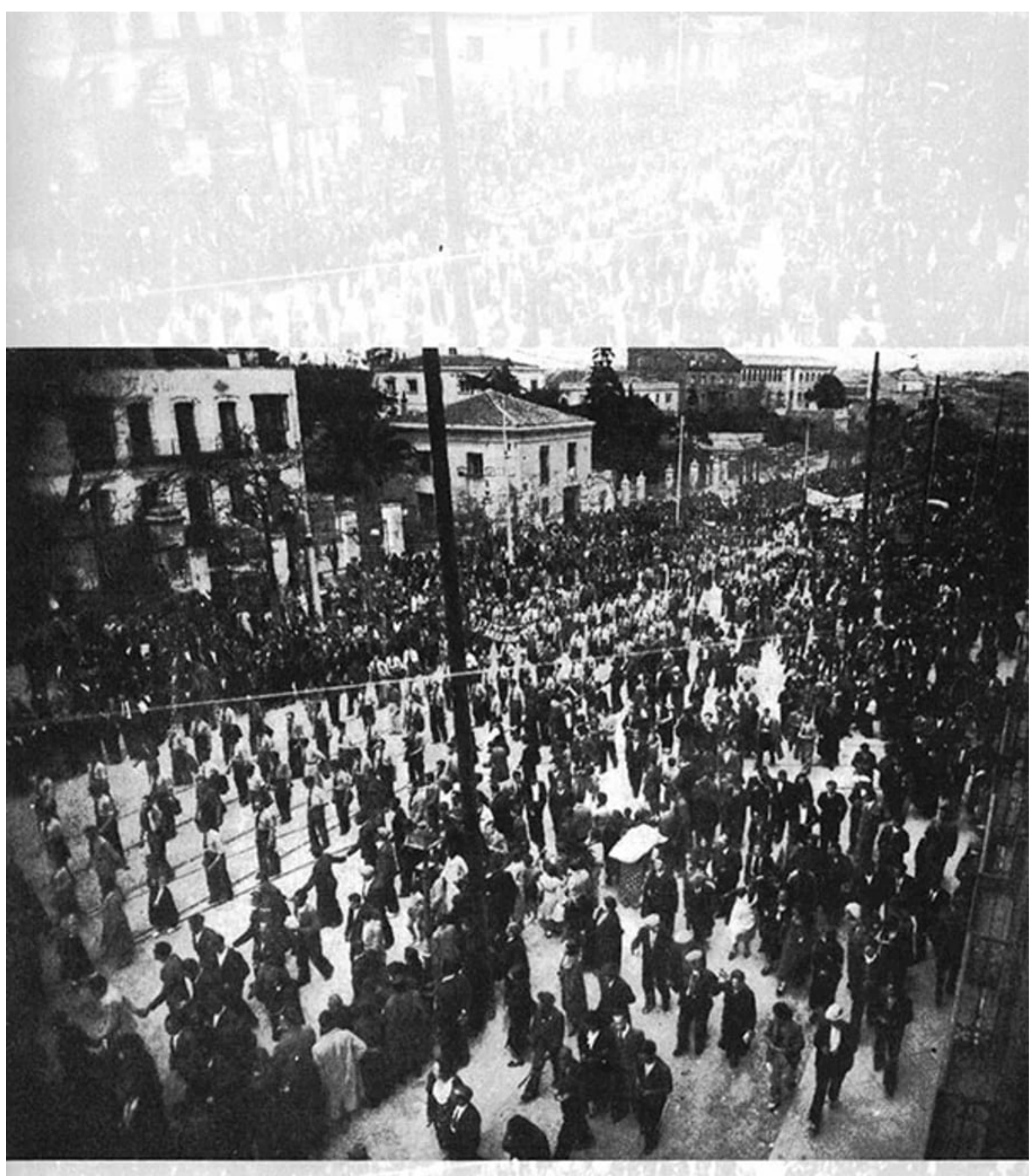
(29-4-1936; retranscrito)



LA DELEGACION OBRERA DE MAYO A LA U. R. S. S

Extraordinario entusiasmo en las organizaciones sindicales de todas las tendencias

(13-4-1936; retranscrito)



Las milicias marxistas desfilan uniformadas
por la madrileña calle de Alcalá.

Milicias del Pueblo

Urge formarlas hasta en la última aldea de España

Queremos reiterar a todos nuestros camaradas socialistas, comunistas y sindicalistas la necesidad, imprescindible y urgente, de constituir en todas partes, conjuntamente y a cara descubierta, las milicias del pueblo. Todas las conquistas que va obteniendo la clase trabajadora peligran en tanto que ella no tenga una fuerza propia que las respalde. [...]

Las milicias del pueblo son las que han de hacer el desarme a fondo de los enemigos del proletariado y de la República. Ellas suplirán los fallos de los resortes del Estado que se hallan en manos de la burguesía latifundista y del capitalismo financiero. Protegerán nuestras conquistas y serán la base de nuevos avances.

¿Que cómo se formulan milicias? ¡Formándolas! Primero, se encuadra el personal con camaradas enérgicos y bien probados. Después se arbitran elementos.

(2-4-1936; retranscrito)

"La República sólo ha de serlo para los trabajadores"

Quieran o no, la República española, o ha de ser una República en beneficio de la clase obrera, o dejar de ser República. No caben los términos medios. Eso de que la República es lo mismo para los trabajadores que para los no trabajadores, no es cierto. Dentro de nuestra ideología, existiendo una lucha de clases y existiendo las clases, sí hay una República que quiere favorecer a los obreros. Y es indudable que si quiere favorecer a los obreros, lastimará los intereses de los patronos. No sirven subterfugios ni habilidades.

(Largo Caballero)

(11-4-1936; retranscrito)

La cultura proletaria

En los libros se nos entrega la cultura. Pero hay que tener cuidado con ellos. La vigilancia es imprescindible, pues aunque algunos sean fruto de la inteligencia, otros —la mayoría, sin duda— lo son del bajo vientre. ¿Está claro?... En la vigilancia establecemos el punto de mira de nuestra crítica. Habrá que ser implacables. Bueno sería que esta expresión no se tomara por fanfarronería. (...)

El lector habrá leído ya muchas veces que el verdadero "tema de nuestro tiempo" reside en la crisis de la cultura. Así es, efectivamente; la crisis de la cultura dimana, a su vez, de la crisis económica de la postguerra. Los mejores escritores, los ricos de hombría, lo han aceptado así, situándose frente a un sistema incapaz de superar sus contradicciones; los otros, los estériles, prefieren no enterarse, manejando para ello frases malolientes: "la eternidad del espíritu", "los derechos del alma", etcétera. Pura carroña insepulta. Con esto presente nadie se extrañará de que los libros de nuestra época sean armas de lucha; es que tienen que serlo. (...)

Por lo tanto, los libros no nos interesan por sí mismos, sino en cuanto sean expresión del dilema frente al que está colocada la cultura, como la vida social entera: o socialismo o fascismo —etapa defensiva del capitalismo—. La crítica literaria tiene que transformarse en crítica humana; el escritor tiene que ser despojado de la literatura.

F. CARMONA NECLARES

(11-4-1936; retranscrito)

"Los libros no nos interesan sino en cuanto expresión del dilema frente al que está colocada la cultura: o socialismo o fascismo"

LA GUERRA Y LA REVOLUCION

El nuevo rumbo del Socialismo en España

Por LUIS ARAQUISTAIN

¡España no es Rusia! —nos dicen los que se alarman ante la posibilidad de que el próximo Congreso del Partido Socialista adopte la reforma del programa que presentará a él la Agrupación de Madrid—. En Rusia —prosiguen— hubo una gran guerra, cuyos desastres empujaron al pueblo a la revolución, al grito de paz, pan y tierra. Y en España no se ve ninguna guerra en perspectiva; por lo tanto, las probabilidades de una revolución triunfante en nuestro país no son las mismas, ni mucho menos, que en Rusia. [...]

¿Por qué la guerra conduce en Rusia a una gran revolución social y por qué en Alemania, Austria y en Italia —no hay que olvidar la ocupación de fábricas en 1920— la guerra sólo produce una revolución que se frustra y que, por frustrarse, desemboca en el fascismo? Sencillamente porque en esos países no había partidos socialistas revolucionarios —revolucionarios, sí, en la palabra, pero nada más que reformistas en la acción—, y en cambio había uno en Rusia, no muy grande, pero de suficiente voluntad revolucionaria, no sólo para tomar el Poder en la hora crítica, que eso también lo hicieron los socialistas alemanes y austriacos, sino para ejercerlo revolucionariamente, desarticular el antiguo Estado zarista y despojar de su poderío económico a la burguesía, cosa que no se hizo en Alemania, Austria e Italia. Y así les fue a unos y a otros.

(30-4-1936; retranscrito)

"En Rusia nos pasmó el respeto a la dignidad de los procesados, jamás amarrados ni esposados, tratados siempre por el Tribunal y los que los custodian (y se les custodia sólo en casos muy graves) como ciudadanos libres."

MARGARITA NELKEN

(11-4-1936; retranscrito)

Transcripción:

¡España no es Rusia! —nos dicen los que se alarman ante la posibilidad de que el próximo Congreso del Partido Socialista adopte la reforma del programa que presentará a él la Agrupación de Madrid—. En Rusia —prosiguen— hubo una gran guerra, cuyos desastres empujaron al pueblo a la revolución, al grito de paz, pan y tierra. Y en España no se ve ninguna guerra en perspectiva; por lo tanto, las probabilidades de una revolución triunfante en nuestro país no son las mismas, ni mucho menos, que en Rusia. [...].

¿Por qué la guerra conduce en Rusia a una gran revolución social y por qué en Alemania, Austria y en Italia —no hay que olvidar la ocupación de fábricas en 1920— la guerra sólo produce una revolución que se frustra y que, por frustrarse, desemboca en el fascismo? Sencillamente porque en esos países no había partidos socialistas revolucionarios —revolucionarios, sí, en la palabra, pero nada más que reformistas en la acción—, y en cambio había uno en Rusia, no muy grande, pero de suficiente voluntad revolucionaria, no sólo para tomar el Poder en la hora crítica, que eso también lo hicieron los socialistas alemanes y austriacos, sino para ejercerlo revolucionariamente, desarticular el antiguo Estado zarista y despojar de su poderío económico a la burguesía, cosa que no se hizo en Alemania, Austria e Italia. Y así les fue a unos y a otros.

30-4-1936

EL DISCURSO DE PRIETO EN EGEA

Dos conceptos y dos formas de la revolución

Prieto se equivoca fundamentalmente en el planteamiento de la cuestión. No se trata de un problema de programas, sino del modo de realizar el que sea. El programa, claro está, no puede ser la implantación del socialismo integral ni en 1934, ni en 1936, ni en 1946. Nadie hay tan insensato que haya pensado otra cosa. El socialismo integral no existe aún en Rusia, al cabo de diecinueve años de revolución triunfante y de un Gobierno socialista en todo este tiempo. ¿Cómo se pretende hacer creer que haya nadie que aquí, en España, aspire a implantar el socialismo integral de la noche a la mañana, como da a entender Prieto? Esa es una ingenua utopía que no puede admitirse ni como argumentación polémica.

El problema es otro, y Prieto no lo ignora, aunque parezca olvidarlo. El problema es qué clase de gobierno y qué forma de gobierno debe prescindir la realización del programa inicial, sea el de 1934 u otro semejante. [...]

Prieto y otros líderes se limitan a desear, en 1934 como en 1936, una República socializante, liberal y democrática, sostenida por el proletariado y por una parte de la burguesía. [...]

Otros, al contrario, aspiran a superar la República actual, convencidos de que sólo un Gobierno revolucionario como el que se concibió para 1934 podría destruir todos los obstáculos sociales y políticos que se oponen y se opondrán siempre a una radical transformación económica de España. [...]

Ellos viven aun los sueños utópicos de la vieja socialdemocracia reformista. Para otros, esas experiencias y las de España del primer bienio son decisivas y no se puede volver a ellas, porque equivaldría a repetir la historia, sin hacer estéril la sangre de los que en octubre de 1934 la dieron generosamente para una revolución socialista y no sólo para otra revolución democrática burguesa.

(18-5-1936; retranscrito)

González Peña y Prieto enjuician en Egea de los Caballeros el pleito interno socialista

Peña ataca a la izquierda del Partido. Indalecio Prieto habla del carácter de la revolución de Asturias y del infantilismo revolucionario

Discurso de González Peña

En la etapa posterior a octubre de 1934 está desarrollándose en España un revolucionarismo infantil, o sea, lo que Lenin llamó el infantilismo revolucionario, del cual estaban ya de vuelta todos los pensadores socialistas antes de la revolución rusa, y con respecto al cual no ya la propia revolución rusa, sino más concreta y acusadamente el régimen de los Soviets constituye una negativa elocuente impuesta por la experiencia, señora y madre de todas las enseñanzas. [...]

Discurso de Prieto

¿Por qué nos ha de asombrar que un número considerable de quienes en Asturias no supieron, o no pudieron, cumplir sus obligaciones revolucionarias sean los que en la crítica más alboroten, los que en la censura más griten, envolviendo en sus vituperios a quienes no vacilaron en ofrendarlo todo cuando llegó el momento dramático de la ofrenda? [...]

Nuestro programa no suponía la implantación del socialismo integral en España, ni muchísimo menos, pues lo constituían una serie de medidas —algunas de ellas, cierto, de gran hondura—, cuyo conjunto distaba mucho de significar la completa socialización de los medios de producción y de cambio. [...]

¿Cómo explicar que hombres plenamente socialistas suscribieran, para un movimiento revolucionario que habían de hacer exclusivamente las masas obreras, un programa que no era totalmente socialista? Pues sencillamente porque la contemplación de las realidades políticas y sociales de nuestro país les aconsejaron prescindir de aspiraciones totalitarias para ceñirse prácticamente a lo que esas realidades imperiosamente exigían. Y por eso recortaron —mejor dicho, recortamos— el programa, a fin de que, si la revolución triunfaba, no se asen-

tase en una bella quimera, sino que pudiera cimentarse firmemente en el terreno de la realidad. [...]

No creo que desde octubre de 1934 acá se haya multiplicado gigantescamente la capacidad revolucionaria de las masas trabajadoras. Aproximadamente es igual y no mayor a la que vino latiendo vigorosamente a todo lo largo del año 1934. Diré más, creo que las palpitaciones revolucionarias de entonces, aun siendo menos clamorosas y estridentes que las de ahora, eran más intensas y conscientes. [...]

El hecho de que ahora nos produzcamos más espectacularmente no quiere decir que nuestro vigor revolucionario sea mayor.

(18-5-1936; retranscrito)

> *"Prieto y otros líderes se limitan a desear, en 1934 como en 1936, una República socializante, liberal y democrática, sostenida por el proletariado y por una parte de la burguesía"*



Alevosas insinuaciones de "El Socialista"

Lleva dos días "El Socialista" haciendo insinuaciones sobre los "oscuros orígenes" de CLARIDAD, que no constituyen un juego más o menos ingenioso de vocablos, sino una muy sucia "diversión estratégica" con que pretende embarullar a los militantes del Partido Socialista y de la U. G. T. [...]

En su último número la procacidad de los redactores del diario de la calle de Carranza llega al record, dejando clavada la especie [...] de si no serán los jesuitas quienes han facilitado los medios necesarios para lanzar CLARIDAD, con el designio de dividir el Partido. Aunque la injuria es, aparte de su bajeza, de un cretinismo perfecto, por una sola vez vamos a replicar a ella, produciéndonos con la claridad absoluta que es nuestro lema.

(14-5-1936; retranscrito)

La solución al hondo malestar que impera en el seno del Partido Socialista sería un Congreso extraordinario

El fascismo patronal es el mayor responsable de las huelgas e incautaciones

(30-5-1936; retranscrito)

Unamuno: odio senil hacia el marxismo

Unamuno está inspirado por un miserable odio senil hacia el marxismo. No lo entiende. Escribe contra él utilizando su absoluta incomprensión del fenómeno. [...]
Sí, Unamuno, ¡qué tremendo fracaso de la inteligencia! Es tan profundo, que resume el fracaso de una clase social entera. [...]

Todo esto viene a propósito de un reciente artículo suyo. Comenta en él un escrito de cierto ruso, Vladimiro Atrow, [...] donde se informa de la intimidad de una joven obrera soviética. "Lo que yo quisiera saber —dice ésta— es para qué vivimos propiamente. Ahora vamos al trabajo, volvemos a casa, vamos a reuniones o lo que sea. ¿Y después?" Confidencia absolutamente íntima, insistimos, de la cual deduce Unamuno, con la mejor gracia, el fracaso del ensayo marxista ruso. [...]

¿Por qué no se sitúa Unamuno a la salida de una fábrica y pregunta a los obreros, uno por uno, por su concepto de la vida?... Pero ¿es que Unamuno conoce el sentido de la vida humana? ¡Vamos! ¡Qué vanidosa pretensión! Aseguramos que ninguno de los obreros interrogados responderá la pregunta.

Sumido en el infierno capitalista, el proletario no ve la vida humana; sólo ve su propia y mezquina vida, que apenas lo es por estar cuajada de necesidades insatisfechas. La filosofía, el pensamiento "desinteresado" de las cosas, surgió históricamente de las necesidades satisfechas y, por lo tanto, de la aparición del ocio. Platón lo sabía ya. Unamuno pretende ignorarlo. Es tan tonto, que se hace a sí mismo trampas.

Subrayemos, pues, la diferencia encontrada. Una obrera soviética tiene ocio suficiente. Ocio vital, que le permite preguntas "desinteresadas" y no horas vacías, como el obrero del capitalismo [...].

Basta por hoy. Unamuno no entenderá ni una palabra de lo escrito; estamos seguros. Representa a una burguesía en descomposición. La dura tormenta del fracaso histórico cae sobre ella y la dispersa. Sus representantes van a parar a distintos lugares de refugio. La mayor parte, al fascismo. Allí esperamos ver a Unamuno.

F. CARMONA NENCLARES

(16-5-1936; retranscrito)

La unificación de las Juventudes Socialista y Comunista se realiza rápidamente en toda España

Más sobre la unificación socialista y comunista en Cataluña

La nota más simpática y saliente del Congreso de la Unió Socialista de Catalunya fue la presencia en él de las Delegaciones fraternales que representaban a la Federación Socialista Catalana (P.S.O.E), Partit Comunista de Catalunya, Partit Catalá Proletari y Juventudes Socialista Unificadas. Sobre todo, por los nutridos y fervorosos aplausos con que fueron acogidas sus salutaciones al Congreso y sus llamamientos a la unificación marxista. Esto denota que la unidad será un hecho consumado dentro de breves semanas.

No había más que dos razones fundamentales de división, superadas ya: autonomía orgánica y autonomía de actuación en todo cuanto se refiera a la política catalana. Referente a la línea general teórica y táctica, los socialistas de Cataluña no tienen inconveniente alguno en aceptar y defender lo que, de común acuerdo, en sus Congresos peninsulares, se den todos los socialistas del Estado español y de cuyo Partido único quieren formar parte.

Rafael Vidiella

(26-5-1936; retranscrito)



Transcripción:

La nota más simpática y saliente del Congreso de la Unió Socialista de Catalunya fue la presencia en él de las Delegaciones fraternales que representaban a la Federación Socialista Catalana (P. S. O. E), Partir Comunista de Catalunya, Partit Catalá Proletari y Juventudes Socialista Unificadas. Sobre todo, por los nutridos y fervorosos aplausos con que fueron acogidas sus salutaciones al Congreso y sus llamamientos a la unificación marxista. Esto denota que la unidad será un hecho consumado dentro de breves semanas.

No había más que dos razones fundamentales de división, superadas ya: autonomía orgánica y autonomía de actuación en todo cuanto se refiera a la política catalana. Referente a la línea general teórica y táctica, los socialistas de Cataluña no tienen inconveniente alguno en aceptar y defender lo que, de común acuerdo, en sus Congresos peninsulares, se den todos los socialistas del Estado español y de cuyo Partido único quieren formar parte.

Rafael Vidiella

26-5-1936

"CLARIDAD", FIRME EN SU PUESTO

Al servicio del marxismo y de la unificación de la clase trabajadora española

"El Socialista" osa acusarnos.- Las campañas reformistas y centristas ponen en peligro el socialismo revolucionario.

Los elementos reformistas del Partido —que en 1930, 1931 y 1934 habían sido desleales—, aprovechando la suspensión de "El Socialista", [...] desataban —como ahora el centrismo— una inmunda campaña de confusión y desprestigio de los mejores valores del marxismo. En las alturas, con actos y declaraciones, el Presidente de la República —Alcalá Zamora— y los capitostes del radicalismo —Lerroux y Samper— alentaban el predominio de los socialistas "sensatos", limpios —para vergüenza suya— de responsabilidad octubrista. Y éstos, aprovechando las circunstancias de excepción, en mítines y toda suerte de campañas, [...] lanzaban el virus de su rencor contra las entonces tan enconadamente perseguidas como legítimas autoridades del socialismo español. [...]

Indalecio Prieto, aprovechando las columnas de su diario "asocialista" "El Liberal", y desarrollando una frenética actividad epistolar, [...] planteaba las consignas de la solapada supeditación a la supremacía republicana. [...]

Por otra parte, la resurrección de las ilusiones democráticas de una conjunción republicanosocialista representaba lamentable regresión a tiempos definitivamente dejados atrás por la fecha histórica de octubre, encarnada entonces por la Comisión ejecutiva del Partido.

(19-5-1936; retranscrito)



Transcripción:

¡¡OBREROS!! los CALZADOS COLAS son los preferidos. Además concede 8% descuento a todo el que presente el carnet sindical. BRAVO MURILLO, 111 (Cuatro Caminos), y AVENIDA DE LA LIBERTAD, 22 (Tetuán de las Victorias).

La revolución de Asturias perseguía la transformación del régimen social en que vivimos

(Discurso de Largo Caballero)

Octubre era la revolución

Querer hacer ver ahora que lo que queríamos en octubre lo podemos realizar hoy sin el acto que entonces se realizó es, a juicio mío, un error, pero un error fundamental que puede desviar la conciencia de las clase trabajadora española y despertar en ella la ilusión de que puede conseguir su emancipación completa haciendo desaparecer la explotación del hombre por el hombre con medidas subalternas y fragmentarias, con procedimientos que en la práctica, como veis, no solamente son difíciles, sino casi imposibles de realizar. No; el movimiento de octubre iba dirigido a hacer una revolución social en España. [...]

El acto de fuerza por el cual se pueda conquistar el Poder es el procedimiento, el paso indispensable para hacer después la revolución social, que es desarraigar todos los privilegios que hay en el mundo y transformar el régimen creando una sociedad en la que exista la igualdad social. Fijaos bien: la igualdad social, no otras igualdades de que hablan nuestros enemigos. Eso es la revolución social (Aplausos.) [...]

Se habla de economías dirigidas, de economías planificadas, y nosotros tenemos que decir: señores, ¿cómo podéis planificar las economías cuando cada uno en el régimen presente puede hacer lo que quiera con su fábrica, con su mina, con su ferrocarril, etc., etc.? ¿No comprendéis que para planificar la economía, toda la producción y la dirección y el intercambio de esa producción han de estar en manos de un poder para que éste sea el que pueda planificar y determinar cómo ha de producirse y cómo debe efectuarse el intercambio de esos productos para consumirlos? [...]

Los plenos poderes y la dictadura

Quisiera hablaros de un particular que está hoy, como vulgarmente se dice, sobre el tapete. Habréis leído en la prensa que se habla de la conveniencia de constituir Gobiernos de colaboración socialista y hasta de plenos poderes. ¡Plenos poderes! Cuando nosotros hemos afirmado que una de las aspiraciones de la clase trabajadora es la conquista del Poder político para implantar la dictadura del proletariado, se nos ha dicho: "¡Ah, no queremos la dictadura roja". Pues ellos saben pedir o exigir lo mismo, con otras palabras: plenos poderes.

Pero, ¿qué son plenos poderes? Plenos poderes significa, o no entendemos bien lo que eso quiere decir,

que haya un Gobierno que pueda actuar con libertad en beneficio, a su juicio, de esa libertad o de la República, a reserva de dar cuenta luego de su gestión. Pues ¿qué es eso? Eso es una dictadura, y con eso lo que ha venido a confirmarse es que teníamos nosotros razón cuando hablábamos que el programa del Frente Popular no era suficiente para resolver los problemas de España y de que la clase trabajadora ha de tener el Poder en sus manos para implantar lo que llamamos dictadura. [...]

(15-6-36; retranscrito)

"La clase trabajadora ha de tener el Poder en sus manos para implantar lo que llamamos dictadura del proletariado"

LA GRAN CONCENTRACION COMUNISTA DEL DOMINGO EN OVIEDO

José Díaz afirmó: "Todos aquellos que consideren que la emancipación del proletariado se puede hacer por vías de evolución, engañan al proletariado"

"El proletariado debe organizar la guardia permanente en la calle para barrer sin compasión al enemigo"

Transcripción:

Octubre era la revolución

Querer hacer ver ahora que lo que queríamos en octubre lo podemos realizar hoy sin el acto que entonces se realizó es, ajuicio mío, un error, pero un error fundamental que puede desviar la conciencia de las clase trabajadora española y despertar en ella la ilusión de que puede conseguir su emancipación completa haciendo desaparecer la explotación del hombre por el hombre con medidas subalternas y fragmentarias, con procedimientos que en la práctica, como veis, no solamente son difíciles, sino casi imposibles de realizar. No; el movimiento de octubre iba dirigido a hacer una revolución social en España. […].

El acto de fuerza por el cual se pueda conquistar el Poder es el procedimiento, el paso indispensable para hacer después la revolución social, que es desarraigar todos los privilegios que hay en el mundo y transformar el régimen creando una sociedad en la que exista la igualdad social. Fijaos bien: la igualdad social, no otras igualdades de que hablan nuestros enemigos. Eso es la revolución social (Aplausos.) […].

Se habla de economías dirigidas, de economías planificadas, y nosotros tenemos que decir: señores, ¿cómo podéis planificar las economías cuando cada uno en el régimen presente puede hacer lo que quiera con su fábrica, con su mina, con su ferrocarril, etc., etc.? ¿No comprendéis que para planificar la economía, toda la producción y la dirección y el intercambio de esa producción han de estar en manos de un poder para que éste sea el que pueda planificar y determinar cómo ha de producirse y cómo debe efectuarse el intercambio de esos productos para consumirlos? […].

Los plenos poderes y la dictadura

Quisiera hablaros de un particular que está hoy, como vulgarmente se dice, sobre el tapete. Habréis leído en la prensa que se habla de la conveniencia de constituir Gobiernos de colaboración socialista y hasta de plenos poderes. ¡Plenos poderes! Cuando nosotros hemos afirmado que una de las aspiraciones de la clase trabajadora es la conquista del Poder político para implantar la dictadura del proletariado, se nos ha dicho: "¡Ah, no queremos la dictadura roja!". Pues ellos saben pedir o exigir lo mismo, con otras palabras: plenos poderes.

Pero ¿qué son plenos poderes? Plenos poderes significa, o no entendemos bien lo que eso quiere decir, que haya un Gobierno que pueda actuar con libertad en beneficio, a su juicio, de esa libertad o de la República, a reserva de dar cuenta luego de su gestión. Pues ¿qué es eso? Eso es una dictadura, y con eso lo que ha venido a confirmarse es que teníamos nosotros razón cuando hablábamos que el programa del Frente Popular no era suficiente para resolver los problemas de España y de que la clase trabajadora ha de tener el Poder en sus manos para implantar lo que llamamos dictadura. [...].

15-6-1936

El capitalismo, agonizante, no puede resolver los problemas planteados. Sólo hay una solución: el Socialismo

Otro gran discurso de Largo Caballero

El momento actual, para mí, es verdaderamente revolucionario. No son los tiempos aquellos en que podíamos vegetar en los Jurados mixtos o en las Juntas tales o cuales [...]. El capitalismo, camaradas, según yo lo veo, está agonizando. Le pasa lo que al enfermo que para sostenerle le tienen que administrar oxígeno. [...]

Lo que quiero decir con esto, camaradas, es que nosotros nos debemos percatar [...] de que para hacer una revolución social no basta tener valor, no basta tener deseos de salir a la calle con un arma y matar a un semejante enemigo; no. Hace falta tener ideas, hace falta tener una base teórica revolucionaria y saber adónde se va y cuál es la obligación histórica y la misión histórica del proletariado. Y a eso es a lo que hay que ir, a decir a todos los trabajadores cuál es su misión histórica y que todo lo actual es puramente circunstancial, pasajero, que tiene que pasar, pero que, después de esto, a nosotros es a quienes nos está encomendado resolver definitivamente todos los problemas, absolutamente todos. [...]

El proletariado tenía que insurreccionarse en Asturias

¿Qué se quiere decir con esto? ¿Que no deberíamos haber ido al movimiento de octubre? En ese día, bien preparados, mal preparados, a la derrota, como fuera, la obligación del proletariado español era ir al movimiento. *(Enorme ovación y gritos de ¡U. H. P.!)* [...]

Porque hubiera provincias o pueblos que no estuvieran preparados, ¿hubiera sido, no lícito, leal, honrado, haber dicho a la clase obrera en octubre que se estuviera quieta en su casa? [...] ¡Había que ir, a sabiendas de que nos podían derrotar, porque vale más ir a una lucha en esas condiciones, a sabiendas de la derrota, pero cumpliendo con el deber de proletarios, a dejar abandonada, por habilidades o por lo que fuera, a la clase trabajadora! [...]

Para vencer al capitalismo hay que pasar por calvarios muy grandes, en los que se van dejando víctimas y se van dejando tiras de

nuestra piel y de nuestra conciencia y de todo lo que somos, que así es el camino que tenemos que recorrer para llegar al triunfo final. *(Muy bien.)*

Camaradas: Lo ocurrido hoy no debe servir, como ya se ha dicho aquí, para acentuar nuestros resquemores, nuestros odios o nuestras antipatías; no. Yo tengo la seguridad, o la creencia, por lo menos, de que los camaradas que interrumpían, que era un grupo pequeño, como sabéis, no representan la gran opinión de la masa trabajadora en cuanto a la unificación. No tengáis contra ellos ninguna prevención. [...]

Los verdaderos revolucionarios

No es que seamos unos locos; no es que vayamos a hacer tonterías; pero el espíritu revolucionario, el concepto revolucionario, la teoría revolucionaria hay que mantenerlos al minuto y al segundo. Sin ese espíritu, que ninguna clase sueñe jamás con poder vencer a su enemigo en un día determinado, porque no se derrota a una clase simplemente con las armas en la mano.

(1-6-1936; retranscrito)

"Para hacer una revolución social no basta tener valor, no basta tener deseos de salir a la calle con un arma y matar a un semejante enemigo; no. Hace falta tener ideas"

"El capitalismo, camaradas, según yo lo veo, está agonizando"

Largo Caballero

EL ESTATUTO VASCO Y LA LUCHA DE CLASES

De esos temores de tipo liberal no tienen por qué participar los socialistas integrales, es decir, los bien amparados de la concepción marxista de la historia, considerada fundamentalmente como la historia de la lucha de clases. Dentro de esta concepción, el reconocimiento del derecho de un país no sólo a la autonomía, sino incluso a la independencia, como lo reconoce la Constitución Soviética, beneficia a la evolución histórica en cuanto pone al descubierto y por lo tanto agudiza el antagonismo irreconciliable de las clases en el seno de la sociedad.

(9-7-1936; retranscrito)

«El reconocimiento del derecho de un país a la autonomía o incluso a la independencia, como lo reconoce la Constitución Soviética»

¡Viva el caos!

Las revoluciones no se hacen con guante blanco. Pues si eso es el caos —agregábamos irónicamente en un artículo de hace unos días—, ¡viva el caos!; es decir, siga o empiece la revolución antifeudal, antioligárquica y antifascista que tienen el deber de llevar a cabo el Gobierno del Frente Popular y el propio pueblo. Nos ratificamos.

Nos ratificamos y lo ampliamos. "El Liberal" de hoy nos da pie para hacerlo. "Están, pues, en su derecho —escribe este periódico— las reclamaciones que se formulan en demanda de más jornal y menos jornada; pero ello, naturalmente, tiene que tener un tope: LAS POSIBILIDADES DE LA EMPRESA." No es la primera vez que se alega este argumento, ni será la última. Lo adujo también nada menos que Indalecio Prieto en su discurso de Bilbao, oponiendo las posibilidades de las Empresas navieras a las reclamaciones de los trabajadores del mar. Cuando un socialista recurre a ese argumento, una de dos: o ese socialista está totalmente equivocado o es una razón de mucho peso. [...]

Pero hay una cuestión previa, y a ella nos circunscribiremos [...]. ¿Cuáles son las posibilidades de una Empresa? ¿Cómo se delimitan? ¿Cómo se conocen? [...]

No hay más que una solución: el control obrero en las Empresas, para saber lo que ganan o lo que pierden; lo que publican y lo que ocultan; lo que gastan en servicios necesarios y en un parasitismo superfluo. Venga, pues, el control obrero si se quiere dar alguna consistencia al argumento de las "posibilidades de las Empresas". ¿Estamos conformes? Pues a pedir y a apoyar, en el Parlamento y en la prensa y en la calle, una ley de control obrero. Lo demás es andarse por las ramas.

(20-6-1936; retranscrito)

Otro choque sangriento en Málaga

Un sindicalista muerto y otro herido

(12-6-1936)

Frente a la soberanía popular no hay poderes independientes

El Gobierno parece decidido a actuar con mano enérgica contra las negligencias y complicidades emanadas del Poder judicial

LOS TRABAJADORES, POR LA POSICION MARXISTA



CLARIDAD

Año I - Núm. 100 - Precio: 15 céntimos — DIARIO DE LA NOCHE — Madrid, jueves 30 de julio de 1936

Si en el primer año de la República se hubiera aceptado la proposición de Largo Caballero, cuando pedía que se armara al pueblo, se hubieran ahorrado a España muchos días de luto y ríos de sangre proletaria

TRASCENDENCIA HISTORICA DE NUESTRA GUERRA CIVIL

EL MUNDO NOS MIRA APASIONADAMENTE

LOS SUCESOS TRAGICOS DE REINOSA

Probable muerte del capitán Sanjurjo

(30-7-1936)

LLAMAMIENTO A LA FRATERNIDAD OBRERA

Los organismos supremos de la C. N. T. y la U. G. T. tienen el deber imperioso de terminar a toda costa con lo que está sucediendo en Málaga.—En nombre de la unificación proletaria, puesta en peligro, CLARIDAD se lo suplica

(12-6-1936)

Transcripción:

LLAMAMIENTO A LA FRATERNIDAD OBRERA

Los organismos supremos de la C. N. T. *y la* U. G. T. *tienen el deber imperioso de terminar a toda costa con lo que está sucediendo en Málaga. En nombre de la unificación proletaria, puesta en peligro, CLARIDAD se lo suplica.*

12-6-1936

¡Adelante, adelante, adelante!

¡Hasta el triunfo definitivo, hasta que el enemigo esté aniquilado y la democracia proletaria en franquía!

El que cae en la lucha se eterniza en la nueva Humanidad socialista

¡VICTORIA! ¡VICTORIA!

Tras una lucha heroica, las Milicias obreras baten brillantemente a los grupos facciosos que en la Sierra trataban de volar la presa de Santillana

Ejemplos de heroísmo en nuestras fuerzas y de cobardía en los facciosos.—Catorce jefes y oficiales muertos en las cercanías de Colmenar.—Han quedado aniquilados los rebeldes de El Pardo y Somosierra

(22-7-1936)

En Oviedo, los partidarios de Largo Caballero, *El Lenin español*, aclaman, puño en alto, al dirigente socialista.



Transcripción:

¡Adelante, adelante, adelante!

¡Hasta el triunfo definitivo, hasta que el enemigo esté aniquilado y la democracia proletaria en franquía!

El que cae en la lucha se eterniza en la nueva Humanidad socialista.

¡VICTORIA! ¡VICTORIA!

Tras una lucha heroica, las Milicias obreras baten brillantemente a los grupos facciosos que en la Sierra trataban de volar la presa de Santillana.

Ejemplos de heroísmo en nuestras fuerzas y de cobardía en los facciosos. Catorce jefes y oficiales muertos en las cercanías de Colmenar. Han quedado aniquilados los rebeldes de El Pardo y Somosierra.

22-7-1936

EDITADO POR LA FEDERACION NACIONAL DE JUVENTUDES SOCIALISTAS*

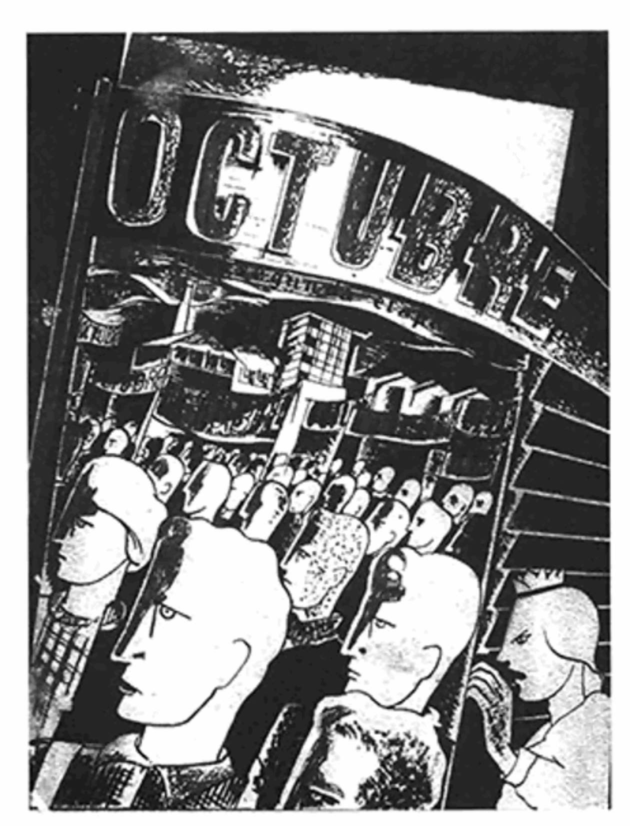
CONCLUSIONES

La Federación Nacional de Juventudes Socialistas, sus secciones y militantes, lucharán con denuedo:

¡Por la bolchevización del Partido Socialista!

(Exclusión del reformismo. Eliminación del centrismo de los puestos de dirección. Abandono de la Segunda Internacional).

¡Por la transformación de la estructura del Partido en un sentido centralista y con un aparato ilegal!



* En la publicación *Octubre: Segunda etapa.*

EDITADO POR LA FEDERACION NACIONAL DE JUVENTUDES SOCIALISTAS

¡Por la unificación política del proletariado español en el Partido Socialista! ¡Por la propaganda antimilitarista y la penetración en los Cuerpos armados del Estado!

(Creación de células j. s. en los cuarteles. Edición de prensa y pasquines para minar las bases del Ejército y de los demás Cuerpos armados, convirtiéndolos en órganos de la Revolución).

¡Por la unificación del movimiento sindical!

(Ingreso de todas las organizaciones autónomas en la U.G.T. y alianza de ésta con la C.N.T.).

¡Por la derrota de la burguesía y el triunfo de la Revolución bajo la forma de la dictadura proletaria!

¡Por la reconstrucción del movimiento obrero internacional sobre la base de la Revolución rusa!

Para llevar a cabo estas consignas, los jóvenes socialistas deberán mostrar su superioridad y su espíritu de sacrificio para que los obreros les confíen los cargos de dirección.

La Federación de Juventudes Socialistas de España, hoy más unida y más fuerte que nunca, se inspira al lanzar estas consignas en la historia revolucionaria del proletariado de nuestro país, en las mejores tradiciones del bolchevismo ruso y en los dos grandes paladines del Socialismo clásico: Marx y Lenin.

Las Juventudes Socialistas consideran como jefe e iniciador de este resurgimiento revolucionario al camarada Largo Caballero.

EL SOCIALISTA
PABLO IGLESIAS, FUNDADOR
Redacción y Administración: Carranza, 20
Teléfono: Redacción, 41378. Administración, 31862
APARTADO DE CORREOS NÚM. 10.036
Año XLIX.—Núm. 7.804 Madrid, jueves 8 de febrero de 1934 Precio del ejemplar, 10 céntimos.

INDALECIO PRIETO PRONUNCIA UN IMPORTANTE DISCURSO EN CUENCA

"Yo no justifico los desmanes que están ocurriendo en España. Un país no puede soportar la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata"

En el escenario del teatro Cervantes fueron colocadas muchísimas banderas socialistas, comunistas, republicanas y sindicalistas de la localidad y pueblos cercanos.

Al levantarse a hablar Prieto, es acogido con una gran ovación: [...]

Nosotros en octubre de 1934 hicimos una revolución. Sabíamos —¡cómo no habíamos de saberlo!— que rompíamos los cordones que circundan la legalidad, y sabíamos que jurídicamente éramos, en el grado de nuestras respectivas culpas, rebeldes sobre quienes la acción de los Tribunales podía descargar incluso implacablemente su rigor si nos acompañaba el fracaso, que ése es el riesgo de todas las revoluciones, porque quienes vayan a ellas solamente imbuidos por la ceguera del éxito seguro, ¡ah!, ésos no son revolucionarios profundos, sino, a lo sumo, unos inconscientes.

El revolucionario ha de saber que delante de él está el éxito, del cual acaso él no haya de disfrutar personalmente, ni siquiera sus coetáneos, los hombres de su generación, sino las generaciones que vengan detrás, estos muchachos que vemos aquí vestidos con camisas rojas (señalando a los jóvenes que ocupan las primeras filas de butacas.), y si no ellos, esos niños, esos críos que están sentados tras ellos, y que me miran atónitos. [...]

Yo no justifico los desmanes que están ocurriendo en España, no los aplaudo, no los aliento. Esto no quiere decir que yo pretenda debilitar la tensión revolucionarias de las masas populares, y singularmente de la clase obrera. Cuando desaparezca esa tensión revolucionaria, estaremos

definitivamente vencidos, nos pisotearán, nos humillarán. [...]

Si mi voz se oye fuera de aquí, diré para vosotros y para quienes fuera de aquí reciban el eco palpitante de mis palabras: ¡Basta ya, basta, basta!

¿Sabéis por qué? Porque en esos desmanes, cuya explicación os he dado, no veo signo alguno de fortaleza revolucionaria. Si lo viera, quizá lo exaltase. No; un país —conste que mido bien mis palabras— puede soportar la convulsión de una revolución verdadera, [...] pero lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata: lo que no soporta una nación es el desgaste de su Poder público y de su propia vitalidad económica manteniendo el desasosiego, la zozobra y la intranquilidad. [...]

Lo que procede hacer es ir inteligentemente en la destrucción de los privilegios, a derruir la cimentación en que esos privilegios descansan; pero eso no se hace a virtud de excesos aislados, esporádicos, que dejan por toda huella del esfuerzo popular unas imágenes chamuscadas, unos altares quemados o unas puertas de templos ennegrecidas por las llamas. Yo os digo que eso no es revolución. (Muy bien.) Y agrego que si una organización verdaderamente revolucionaria, inteligentemente revolucionaria, no capta esas energías malgastadas, dominándolas, encauzándolas fecundamente, oídme bien esta afirmación: eso es colaborar con el fascismo. [...]

Sed conscientes, refrenad vuestro ímpetu. ¿Para perderlo? No, para mantenerlo acrecido en lo más profundo del alma y hacerlo fecundo cuando el momento sea decisivo, con conciencia plenamente revolucionaria; porque de otro modo, amigos y compañeros, si el desmán y el desorden se convierten en un sistema perenne, por ahí [...] ni se va al Socialismo, ni se va al Comunismo: se va a una anarquía completamente desesperada. *(Prolongada ovación.)*

(2-5-1936; retranscrito)



EN OVIEDO

El camarada Largo Caballero diserta en un acto organizado por las Juventudes Socialistas

La revolución de Asturias tenía un programa: el del Partido Socialista, que es la socialización de todos los medios de producción y de cambio

El movimiento de octubre iba dirigido a hacer una revolución social en España, pero había que tomar medidas inmediatas para que el triunfo, después del acto revolucionario, se consolidase y se pudiera hacer la revolución. [...]

Nosotros fuimos a octubre para instaurar una sociedad, y aquellos hombres que dieron su opinión y su voto a favor del movimiento no pueden decir ahora que la clase trabajadora no está madura intelectual y moralmente para hacer la revolución. [...]

En las luchas pacíficas hemos visto cómo se ha portado la mujer. Pero en las luchas graves y trágicas su abnegación ha llegado al heroísmo. La mujer es un factor indispensable en nuestras luchas. Para ello, mujeres, yo os recomiendo que, aunque por vuestra naturaleza y por vuestra posición social tengáis que sufrir muchas veces más que nosotros, hacedlo; con vuestros sacrificios lograréis la emancipación en absoluto de la clase trabajadora.

(16-4-1936; retranscrito)

Transcripción:

Camaradas: Por compañerismo y economía, debéis comer en el Restaurante «EL LOUVRE», MONTERA, 35 (PASAJE). Cubierto de 1,75 a 5 pesetas. Abonos de 90 a 108 pesetas.

“Tiene completa razón el proyecto de la nueva Constitución al no consignar derecho alguno en cuanto a la creación de múltiples partidos políticos”

El proyecto de Constitución soviética

Las modificaciones fundamentales de la estructura del Estado que contiene el proyecto de Constitución de la U. R. S. S., difundido ahora por toda la prensa del mundo, eran ya conocidas del país por los discursos de los líderes, por los acuerdos de las organizaciones gubernamentales, por las interviús concedidas por J. Stalin y V. Molotov a periodistas extranjeros y por las opiniones publicadas en la prensa soviética. Creemos interesante recoger algunos de los juicios emitidos allí acerca del proyecto.

Desde luego, las discusiones más vivas se promueven, tanto en los mítines como en la prensa, a propósito de la cuestión del sufragio universal. Nadie emite dudas acerca de la igualdad del derecho de sufragio de los campesinos y de los obreros. Las objeciones son de otra índole. Véase, por ejemplo, una carta de N. Alexeeva, de Yaroslav, publicada, como tantas otras, por la *Pravda*:

“Soy de opinión que sería menester introducir un artículo en el cual se consignase que los ministros del culto quedarán privados del derecho al voto mientras no hayan empezado a realizar un trabajo útil a la sociedad. Sería muy justo, porque no puede decirse que es un trabajador un hombre que vive de la falta de instrucción y de la ignorancia de los demás y que explota a las gentes en provecho propio.”

La cuestión del derecho al voto de personas que, por su situación de clase, son ajenas al Socialismo, promueve abundante correspondencia. Por ejemplo, el subteniente del servicio de enlace Gorobetz expone las dudas que le sugiere la extensión del derecho al sufragio. “Me parece —escribe— que el capítulo del sistema electoral contiene

fórmulas demasiado absolutas. Propongo la adición al capítulo XI de un nuevo artículo que permita en determinados casos privar del derecho electoral a los elementos hostiles". [...]

Tiene completa razón el proyecto de la nueva Constitución al no consignar derecho alguno en cuanto a la creación de múltiples partidos políticos. Entre nosotros no hay clases en lucha y por ello no puede haber entre nosotros muchos partidos políticos. Los hombres de vanguardia de nuestro país están agrupados en el Partido Comunista, que nos lleva de victoria en victoria.

(5-7-1936; retranscrito)

Lean EL SOCIALISTA, hoy más que nunca órgano auténtico de expresión del proletariado organizado



Transcripción:

Lean EL SOCIALISTA, hoy más que nunca órgano auténtico de expresión del proletariado organizado.

INSIGNIAS PROLETARIAS. Partido Socialista, Comunista y Juventudes Socialista. Iluminados en colores, PESETAS, 1. Pablo Iglesias, Largo Caballero, Lenin y Stalin, PESETAS, 0,60.

Envío contra reembolso. No se remiten insignias como muestra. COMERCIAL S. S. S. Añover de Tajo (TOLEDO).

PARADOJA DIPLOMÁTICA

España, República laica de trabajadores, no tiene relaciones con Rusia

Volvemos a insistir en un tema que nos es particularmente grato: el de las relaciones de España y la U.R.S.S. A raíz del triunfo del Frente popular cuidamos de advertir que, entre los deberes de la nueva política, no era el de menos entidad el enlace diplomático de las dos Repúblicas de Trabajadores de Europa. Y alguna vez, al lamentar la situación de bochorno con que habían deslucido el rango de un Estado laico las reacciones de conciencia de su primer magistrado y los desdenes de la Santa Sede, [...] hubimos de aducir la paradoja de que nuestra amistad con Rusia careciera de delegados oficiales. Conforme pasa el tiempo, nuestra extrañeza toma carácter imperativo. Nada, absolutamente nada, se opone, en buena política, a que España y Rusia establezcan un sistema de correspondencia económica y moral [...]

El período de la fábula roja pasó. Hoy, Rusia nos ofrece el espectáculo formidable de un pueblo de 160 millones de seres, en plena construcción socialista, que despierta el interés y el respeto del mundo.

Todavía otra circunstancia abona la precisión de cambiar embajador con la patria de Lenin. Y es que en este instante, justamente, el Gobierno soviético deduce de sus propias experiencias motivos para retroceder hacia la democracia. No acariciamos la ambición de enseñarle a la gran República Socialista nada que no sepa; pero sí que sus observadores diplomáticos puedan extraer juicios convenientes para la eficiencia experimental del marxismo en determinadas condiciones de su evolución. Casi estamos por decir que este

aspecto de las relaciones diplomáticas es tan sugestivo como el comercial. [...]
Entre las esperanzas de Europa, una reside en esta magistral aptitud de la U. R. S. S. para las concepciones prácticas. Insistimos en el tema, confiados en que obtenga fortuna en los círculos oficiales y simpatías en la opinión pública.

(7-6-1936; retranscrito)

"Hoy, Rusia nos ofrece el espectáculo formidable de un pueblo de 160 millones de seres, en plena construcción socialista, que despierta el interés y el respeto del mundo"

OBRAS DE CARLOS MARX

	Ptas.
«La revolución española»	5
«Revolución y contrarrevolución»	2
«Discurso sobre el libre cambio»	0,35
«Trabajo, asalariado y capital»	4
«Manifiesto comunista» (comentado por Marx y Engels)	2
«El capital» (resumido por Deville)	5

Adquiriendo todas las obras, el precio queda reducido a 14,70 pesetas, libre de gastos.
Pedidos a la Administración de EL SOCIALISTA, Carranza, 20.

Transcripción:

VENÉREO, SÍFILIS, PIEL. Económico. MONTERA, 22.

Profesora ruso. Método rapidísimo. Teléfono 2783.

Banderas, insignias, retratos de líderes socialistas. Agapito Millán, Isasi, 3. EIBAR (Guipúzcoa).

OBRAS DE CARLOS MARX

La revolución española 5 ptas.

Revolución y contrarrevolución 2 ptas.

Discurso sobre el libre cambio 0,35 ptas.

Trabajo asalariado y capital 4 ptas.

Manifiesto comunista, (comentado por Marx y Engels) 2 ptas.

El capital, (resumido por Deville) 5 ptas.

Adquiriendo todas las obras, el precio queda reducido a 14,70 pesetas, libre de gastos.

Pedidos a la Administración de EL SOCIALISTA, Carranza, 20.

Discurso del camara José Díaz, del Partido Comunista

Lo que debe hacer una verdadera República

Más de cinco mil personas penetraron en el Salón Guerrero, en un alarde de sacrificio, pues estaban por completo apretados y de pie. Fueron numerosos los casos de desfallecimiento como consecuencia del calor producido por tan inmensa muchedumbre. Grandes transparentes y banderas adornaban el local, en cuya presidencia se colocaron retratos de líderes proletarios y banderas con inscripciones entusiásticas. Repetidas veces se entonó «La Internacional», en medio de gran entusiasmo, así como otros himnos proletarios.

Jóvenes comunistas y socialistas estuvieron encargados de guardar el orden, que no se vio alterado en ningún instante. El camarada José Díaz, en representación del Partido Comunista, acogido con una gran ovación, inició su discurso diciendo:

UN SALUDO

Camaradas, obreros y antifascistas: Recibid un saludo en nombre del Comite Central del Partido Comunista de España; camaradas que habéis llegado andando por las carreteras para presenciar el mitin, también recibid nuestro saludo; camaradas ciegos, también recibid el saludo del Comite Central del Partido Comunista de España; os decimos que cuando podamos —y podremos y lo haremos— cambiar el régimen en beneficio de la clase trabajadora y de las masas populares, estoy seguro que muchos de vosotros, camaradas ciegos, gracias a la ciencia puesta al servicio del pueblo, recobraréis la vista; pero si a todos no les es posible, tendrán una situación de bienestar que no tienen en el día de hoy. [...]

EL PARTIDO COMUNISTA Y EL BLOQUE POPULAR

Hoy, camaradas, en estos grandes mítines, en que participan obreros y campesinos, trabajadores manuales e intelectuales, en que participa lo más honrado de España, os puedo decir: hablan ante vosotros todos los representantes de los Partidos defensores de vuestros intereses y de los intereses de todas las fuerzas populares, y en la realización de este hecho histórico, nuestro Partido, el Partido Comunista, ha sido uno de los primeros artificies. (Aplausos.) [...]

¿QUE SIGNIFICAN ESTAS ELECCIONES?

Camaradas: ¿Qué representan las elecciones en el momento presente en España? ¿Son unas elecciones de carácter normal, unas elecciones donde se juegan cinco diputados más de izquierda o de derecha? ¿Unas elecciones del tipo de las elecciones normales de Inglaterra, de Norteamérica, o de Suecia? No, camaradas. En las elecciones del 16 de febrero nos jugamos algo mas importante y fundamental. Nos jugamos toda una situación, nos jugamos todo un régimen.

Es así, pues, camaradas como se plantea el problema. La lucha esta planteada entre fascismo y democracia; revolución o contrarrevolución.

(11-2-1936; retranscrito)

"Camaradas ciegos, [...] cuando podamos [...] cambiar el régimen en beneficio de la clase trabajadora y de las masas populares, estoy seguro que muchos de vosotros, camaradas ciegos, gracias a la ciencia puesta al servicio del pueblo, recobraréis la vista"

NUEVAS JACTANCIAS DERECHISTAS

Reflexiones y lecciones del último debate

Las masas, cuya rebelión analizó cierto ingenio de ahora desde un ángulo aristocrático, [...] se revuelven en estos tiempos contra su incomodidad vital y buscan soluciones empíricas. Los productores natos, el trabajador indiferenciado, los que tienen conciencia de su papel en el complejo social, se alistan al marxismo, menos las porciones todavía iluminadas por el reflejo platónico de la anarquía. Igualmente la masa de los burgueses se acogen, según sus inclinaciones, a las banderas que les prometan una existencia agasajada y con el menor esfuerzo posible. Casi siempre tienden al "statu quo" capitalista, porque una distribución racional de funciones y utilidades los amedrenta. No puede la historia escapar a este esquema. España sufrió en abril de 1931 una de esas crisis de las masas que derriban regímenes seculares. Pero en el mero cambio de los chirimbolos constitucionales no residía la satisfacción pública. El productor-masa quería sentir revolucionado lo social; al burgués-masa le atemorizaba el albur, pero fingió aceptarlo. Escasa fue la obra de innovación económica, o si no propiamente escasa, no muy distanciada de las normas liberales y jurídicas de la economía burguesa. Algo de leyes de amparo al obrero, algo de reparto de tierras, separación de la iglesia y el Estado, un poco, muy poco, de policía republicana. En general, el esqueleto y la naturaleza legal del Estado venían a ser los mismos de la monarquía, salvo los inevitables retoques que caracterizaran el avatar político.

La burguesía castiza, el burgués católico y recalcitrante, respiró. Había salido incólume del ensayo, y al amparo de la Constitución republicana tomó el desquite. Aquí es donde procede examinar las miserias de la psicología burguesa, a las que guardan reverencia los señores Calvo Sotelo y Gil Robles. Ninguna de las generosidades típicas de la Revolución española, que respetó y aun veló la vida de doña Victoria de Battemberg y sus hijos, cuando los llamados a defender las instituciones, puesto que de ellas venían nutriéndose, los abandonaron a su suerte, con inaudita cobardía; ninguno de los rasgos de civilidad de las masas fueron agradecidos.

(18-6-1936; retranscrito)

Transcripción:

Las masas, cuya rebelión analizó cierto ingenio de ahora desde un ángulo aristocrático, [...] se revuelven en estos tiempos contra su incomodidad vital y buscan soluciones empíricas. Los productores natos, el trabajador indiferenciado, los que tienen conciencia de su papel en el complejo social, se alistan al marxismo, menos las porciones todavía iluminadas por el reflejo platónico de la anarquía. Igualmente la masa de los burgueses se acogen, según sus inclinaciones, a las banderas que les prometan una existencia agasajada y con el menor esfuerzo posible. Casi siempre tienden al "*statu quo*" capitalista, porque una distribución racional de funciones y utilidades los amedrenta. No puede la historia escapar a este esquema. España sufrió en abril de 1931 una de esas crisis de las masas que derriban regímenes seculares. Pero en el mero cambio de los chirimbolos constitucionales no residía la satisfacción pública. El productor-masa quería sentir revolucionado lo social; al burgués-masa le atemorizaba el albur, pero fingió aceptarlo. Escasa fue la obra de innovación económica, o si no propiamente escasa, no muy distanciada de las normas liberales y jurídicas de la economía burguesa. Algo de leyes de amparo al obrero, algo de reparto de tierras, separación de la iglesia y el Estado, un poco, muy poco, de policía republicana. En general, el esqueleto y la naturaleza legal del Estado venían a ser los mismos de la monarquía, salvo los inevitables retoques que caracterizaran el avatar político.

La burguesía castiza, el burgués católico y recalcitrante, respiró. Había salido incólume del ensayo, y al amparo de la Constitución republicana tomó el desquite. Aquí es donde procede examinar las miserias de la psicología burguesa, a las que guardan reverencia los señores Calvo Sotelo y Gil

Robles. Ninguna de las generosidades típicas de la Revolución española, que respetó y aun veló la vida de doña Victoria de Battenberg y sus hijos, cuando los llamados a defender las instituciones, puesto que de ellas venían nutriéndose, los abandonaron a su suerte, con inaudita cobardía; ninguno de los rasgos de civilidad de las masas fueron agradecidos.

18-6-1936

> **“Hemos de hacer la revolución por etapas, lo mismo que la está realizando, con gran esfuerzo, la nación rusa”**
>
> ***(González Peña)***
>
> **“El Partido Socialista, si quiere ser revolucionario, ha de ser oportunista”**
>
> ***(Indalecio Prieto)***

LA CONCENTRACION SOCIALISTA DE EJEA DE LOS CABALLEROS

González Peña e Indalecio Prieto analizan la situación interna del Partido y la externa de la política

Habló en primer lugar González Peña, quien declaró:

Al Partido Socialista cabe la honra de ser el iniciador y el organizar de la revolución de octubre y el que más sacrificios aportó a ella. [...]

Si en serio creemos que los republicanos, por lo que sea, por falta de entusiasmo o por indecisión, no han de dejar cumplidos sus compromisos con nosotros, y que será preciso recurrir a una nueva insurrección, es ineludible que analicemos las conductas de los hombres comprometidos en la pasada. [...]

Yo tengo mi concepto de lo que es una revolución. No se si estaré equivocado; pero creo que coincidiréis conmigo al estimar que la revoluciones se diferencian fundamentalmente de los motines, de la revueltas. El motín, la revuelta, los producen los desesperados o los provocadores. En cambio, una revolución ha de tener un objetivo concreto, previamente estudiado. [...]

Creemos nosotros que es una nota de debilidad —no nos atrevemos a pronunciar la palabra traición— el que a la hora de comparecer ante los Tribunales de Justicia para responder de lo que habíamos realizado, se salgan con la disculpa de que no se estaba enterado de nada y de que aquello se había producido como por generación espontánea. (Ovación.) No, aquello lo había producido alguien y alguien tenia que responder. [...]

Cuando el camarada Indalecio Prieto, que luego os hablará, declaraba en el Parlamento solemnemente, en nombre del Partido, que de ser entregado el poder a las derechas, el Partido Socialista desencadenaría la revolución, ¿creíamos nosotros que tan pronto triunfásemos íbamos a realizar rapídisimamente todo el programa que significa la doctrina socialista? No. Nosotros creíamos que iríamos por etapas, lo mismo que lo está realizando, con gran esfuerzo, la nación rusa. [...]

Pues bien; no triunfó la revolución, pero más tarde ha triunfado el frente popular. [...]

El Partido ha de ser oportunista

El Partido Socialista, si quiere ser revolucionario, ha de ser oportunista. Si examinamos la conducta de Lenin en Rusia antes de la revolución y después de ella, vemos que responde a un oportunismo bien administrado. Por eso ha sido posible que en Rusia se haga la revolución más honda que registra la historia. No creamos renunciar a esa táctica oportunista. [...]

Después de una gran ovación, tomó la palabra Indalecio Prieto. [...]

Revolucionarismo infantil y la lección de Rusia

En la etapa posterior a octubre de 1934 está desarrollándose en España un revolucionarismo infantil, o sea lo que Lenin llamó el infantilismo revolucionario, del cual estaban ya de vuelta todos los pensadores socialistas antes de la revolución rusa, y con respecto al cual no ya la propia revolución rusa, sino más

concreta y acusadamente, el régimen de los Soviets, constituye una negativa elocuente impuesta por la experiencia, señora y madre de todos la enseñanzas. [...]

Asistimos a la paradoja de que los hombres que en la revolución de Asturias, por su conducta abnegada en la preparación del movimiento, por su valentía heroica durante la lucha y, sobre todo, por el temple del alma que demostraron antes los tribunales, dándose cuenta de la repercusión histórica de su gesto, sean ahora los más denostados. Tal fenómeno no es nuevo en la Historia.

Los que en octubre no supieron o no pudieron

No creo que desde octubre de 1934 acá se haya multiplicado gigantescamente la capacidad revolucionaria de las masas trabajadoras. Aproximadamente es igual y no mayor a la que vino latiendo vigorosamente a todo lo largo del año 1934. Diré más, creo que las palpitaciones revolucionarias de entonces, aun siendo menos clamorosas y estridentes que las de ahora, eran más intensas y conscientes. Entonces, aparte del fervor de las multitudes, tan grande o más que el de ahora, existía, como muy bien ha recordado González Peña, una larga labor preparatoria. ¿Existe también ahora esa labor? Lo dudo mucho. [...]

El vigor revolucionario y la espectacularidad

Se está dando ahora el caso de los comunistas españoles, antes colocados en actitud de férrea y absurda intransigencia, frenando impulsos que podían arrastrarles fuera de el terreno de la eficacia, y que se nos presentan en una actuación política más flexible, que resulta magnifica si se la compara con la manifestaciones de un revolucionarismo verbalista al que se entrega algún sector de nuestro partido, antes tan ponderado y tan atento a las oportunidades.

(De algunos pequeños grupos que figuran entre la muchedumbre congregada en la plaza salen interrupciones que, al ser replicadas por otra parte de los concurrentes, promueve algunas incidencias, que obligan al orador aguardar una pausa.)

(19-5-1936; retranscrito)

DESPUES DE SEIS MESES DE SILENCIO

"Claridad", a oscuras

Centristas y descentrados. El Partido, los embarulladores y la anécdota interna

PARIERON LOS MONTES y nacieron siete apretadas columnas de "Claridad". Prosa excesiva para revestir tan escasas razones. Argumentación mal trabada. Y en el fondo, huída al bulto, que es el malestar vicioso causado al Partido por los embarulladores. Vamos a realizar un esfuerzo de síntesis. Rechazaremos lo adjetivo y procuraremos seleccionar nuestras palabras, pensando en la sencillez de nuestros habituales lectores.

El semanario "Claridad" al nacer dijo que venía a suplir la ausencia de órganos oficiales y a propugnar la conducta de la Comisión Ejecutiva —no la personal de Largo Caballero—. Después lanzóse a campañas, dosificadas desde la sombra por camaradas a quienes, sin duda, les interesaba transformar las responsabilidades de octubre en torneos doctrinarios y en maniobras de desplazamiento. El Partido, que esperaba la suspensión de "Claridad" cuando reapareciera EL SOCIALISTA, no se dio cuenta —ocupado en restañar heridas— de que "algo" se estaba tramando al margen de la disciplina, y cuyo instrumento era la natural fogosidad y la inexperiencia de las Juventudes. [...]

¿QUÉ SIGNIFICABA EL CENTRISMO? Lo contrario, exactamente, que la excentricidad. El Partido frente al aluvión; la disciplina frente a las ambiciones; la política frente a la anarquía; la responsabilidad frente a la bagatela seudorrevolucionaria. El centrismo era Pablo Iglesias. La acometividad en su instante y la prudencia a todas horas. El centrismo no era, desde luego, la camisa de color, sino la blusa proletaria, más eficaz que aquélla.

Después de octubre viene la oleada de sangre de la represión. ¿Qué anhelaba el Partido Socialista? [...] Una unión sagrada y urgente [...] Entonces surgió la idea del Frente Popular. ¿Qué hizo "Claridad"? Salvar su punto de vista. Sólo Alvarez del Vayo,

tan identificado con la línea de Moscú, habló, a título personal, de la conveniencia del Frente. "Claridad", en nombre de las consignas "clase contra clase" —que ya habían sido abandonadas por los comunistas—, hizo todo lo posible por frustrar el triunfo del 16 de febrero, y fue entonces cuando Indalecio Prieto, con su certero sentido de la realidad, le salió al paso con sus cinco famosos artículos, que contribuyeron poderosamente a formar la gran línea electoral de las izquierdas. [...]

¿QUIÉNES PUSIERON EN PELIGRO AL MARXISMO?... Es curioso. Los centristas demandaban normas de la Ejecutiva *para la unificación*, que el presidente de aquélla se obstinaba en negar. Y al mismo tiempo, el Partido Comunista solicitaba desde "El Pueblo" una alianza obrero-democrática. Y se dio el caso de que los centristas, por su cuenta, intervenían en los mítines de Alianza, mientras los bolchevizantes se oponían a ello y los censuraban. [...]

La situación del Partido reclama imperativamente que continúen la guardia y el deber frente a los enemigos y a los escisionistas.

(20-5-1936; retranscrito)

ETICA PERIODÍSTICA, por Arribas



¡El periódico que se edita con dinero inconfesable! ¡El provocador de la derrota de los proletarios!

Transcripción:

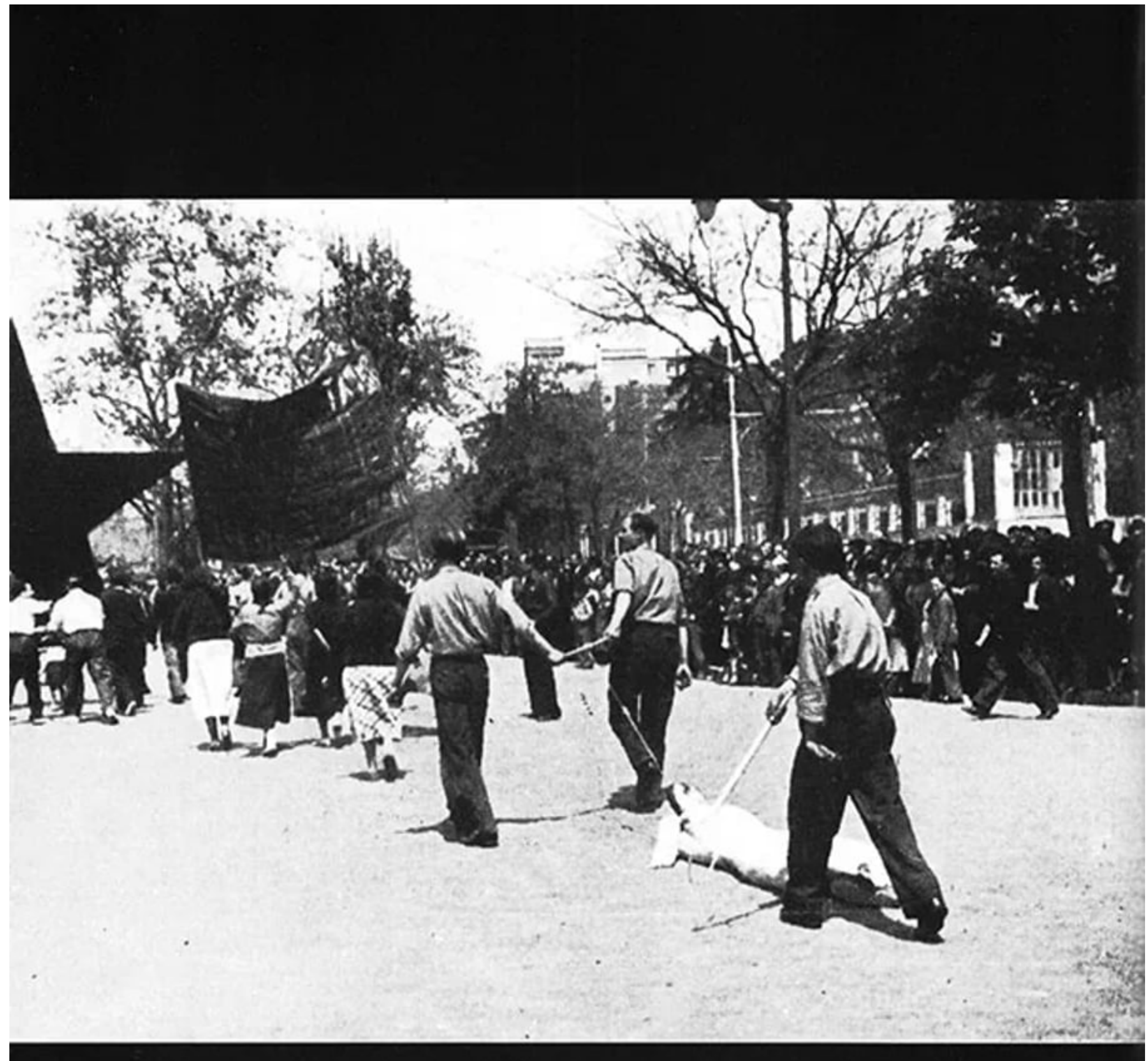
ÉTICA PERIODÍSTICA, por Arribas.

CLARIDAD

¡El mejor insulto el nuestro!

Lo del dinero lo sabe el padre santo y nos basta.

¡El periódico que se edita con dinero inconfesable! ¡El provocador de la derrota de los proletarios!



Los manifestantes del 1.º de mayo arrastran por el suelo —de momento sólo en efigie— a los principales dirigentes de la derecha.

Largo Caballero en Zaragoza, Prieto en Ecija

Grandes escándalos

Hizo uso de la palabra Belarmino Tomás, quien dijo lo siguiente:

«Camaradas: Es para mí verdaderamente doloroso lo que acabo de presenciar a la entrada a este acto. (*El orador es interrumpido por fuertes protestas.*) Digo que es doloroso verdaderamente para mí, porque es el grito de una cuadrilla de camaradas esparcidos por esta plaza que ignoran o no sienten los ideales socialistas (*Nuevas interrupciones.*) Francamente, camaradas: esto sería para mí muy respetable si obedeciera a convicciones (*Más protestas.*) Pero obedece a una consigna de venir a provocar. (*Las fuertes protestas impiden oír el final de la frase.*) (...)

Los altavoces dejan de funcionar a causa de una avería y, a pesar de que acude algún mecánico, no es posible hacerlos funcionar nuevamente. Es algo tarde. En el ruedo, y en parte de los tendidos, hay numerosas discusiones y en todas partes un gran griterío.

Con la palabra en la boca

Comienza a hablar González Peña. «Camaradas: Dos palabras nada más (*Grandes interrupciones y gritos «U.H.P.»*)

Sólo dos palabras (*Nuevas interrupciones.*) Dos palabras solamente: (*Se hace un poco de silencio y Gonzáles Peña sigue.*) El 15 de febrero de 1935...

En este momento, en un tendido se promueve un incidente entre los grupos. Un individuo saca una pistola. Otros forcejean con él para quitarle el arma. Otros grupos, después de discutir acaloradamente, llegan a las manos. Los ánimos están excitadísimos y un grupo con camisas rojas y azules, que se había distinguido en las interrupciones, se acerca a la tribuna e increpa a los oradores. En este momento se oyen disparos en los corrales de la plaza, lo cual contribuye a aumentar la confusión. Los momentos son críticos y muchos correligionarios rodean a Prieto y las demás personas que se hallan en la tribuna.

En los tendidos las discusiones acaloradas se multiplican.

Prieto se marcha

Por fin, los oradores se disponen a abandonar la plaza. Prieto avanza entre un grupo que le increpa, rodeado por varios correligionarios, y muchos exaltados intentan agredirle, lo que evitan sus acompañantes. Después de no pocos esfuerzos consigue llegar al automóvil y marcharse. Belarmino Tomás y Gonzáles Peña salieron por otra puerta.

(2-6-1936; retranscrito)

Después de los escándalos, las colisiones y la suspensión del acto, quisieron linchar al secretario de Prieto. En Zaragoza hubo colisiones entre socialistas y C.N.T.

Transcripción:

Grandes escándalos

Hizo uso de la palabra Belarmino Tomás, quien dijo lo siguiente:

Camaradas: Es para mí verdaderamente doloroso lo que acabo de presenciar a la entrada a este acto. (*El orador es interrumpido por fuertes protestas*). Digo que es doloroso verdaderamente para mí, porque es el grito de una cuadrilla de camaradas esparcidos por esta plaza que ignoran o no sienten los ideales socialistas (*nuevas interrupciones*). Francamente, camaradas: esto sería para mí muy respetable si obedeciera a convicciones (*más protestas*). Pero obedece a una consigna de venir a provocar. (*Las fuertes protestas impiden oír el final de la frase*). (…).

Los altavoces dejan de funcionar a causa de una avería y, a pesar de que acude algún mecánico, no es posible hacerlos funcionar nuevamente. Es algo tarde. En el ruedo, y en parte de los tendidos, hay numerosas discusiones y en todas partes un gran griterío.

Con la palabra en la boca

Comienza a hablar González Peña. «Camaradas: Dos palabras nada más (*grandes interrupciones y gritos* "U. H. P.").

»Sólo dos palabras (*nuevas interrupciones*). Dos palabras solamente: (*se hace un poco de silencio y González Peña sigue*). El 15 de febrero de 1935…

En este momento, en un tendido se promueve un incidente entre los grupos. Un individuo saca una pistola. Otros forcejean con él para quitarle el arma. Otros grupos, después de discutir acaloradamente, llegan a las manos. Los ánimos están excitadísimos y un grupo con camisas

rojas y azules, que se había distinguido en las interrupciones, se acerca a la tribuna e increpa a los oradores. En este momento se oyen disparos en los corrales de la plaza, lo cual contribuye a aumentar la confusión. Los momentos son críticos y muchos correligionarios rodean a Prieto y las demás personas que se hallan en la tribuna.

En los tendidos las discusiones acaloradas se multiplican.

Prieto se marcha

Por fin, los oradores se disponen a abandonar la plaza. Prieto avanza entre un grupo que le increpa, rodeado por varios correligionarios, y muchos exaltados intentan agredirle, lo que evitan sus acompañantes. Después de no pocos esfuerzos consigue llegar al automóvil y marcharse. Belarmino Tomás y González Peña salieron por otra puerta.

2-6-1936

De las cartas de Azaña a Cipriano de Rivas Cherif *

«Hasta los desórdenes me los perdonaban, y el que más y el que menos los encontraba... naturales»

Martes, 17 de marzo de 1936

Continúo esta noche lo que empecé ayer. (Antes de contar más cosas, intercalo mi negra desesperación. Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha y el Registro de la Propiedad. A media tarde, incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes Madrid: tres iglesias. El jueves y el miércoles, Vallecas... Han apaleado, en la calle del Caballero de Gracia, a un comandante, vestido de uniforme, que no hacía nada. En Ferrol, a dos oficiales de artillería; en Logroño, acorralaron y encerraron a un general y cuatro oficiales... Lo más oportuno. Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno, y he perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos: ¡hasta en Alcalá! Omito las reflexiones pertinentes). [...]

Estos catalanes parecen chiquillos y me dan mucho que hacer para traerlos al buen sentido. Aunque me esté mal el decirlo, las tres cosas: amnistía, readmisión de obreros y Estatuto, las resolví con elegancia y aparente facilidad, quitando de en medio tres conflictos mayúsculos. En aquellos días, el gobierno y el Sr. Azaña no hicieron más que subir, subir, subir... Hasta los desórdenes me los perdonaban, y el que más y el que menos los encontraba... naturales. Ahora, vamos cuesta abajo, por la anarquía persistente en algunas provincias, por la taimada deslealtad de la política socialista en muchas partes, por las brutalidades de unos y otros, por la incapacidad de las autoridades, por los disparates que el «Frente Popular» está haciendo en casi todos los pueblos, por los despropósitos que empiezan a decir algunos diputados republicanos de la mayoría. No sé, en esta fecha, cómo vamos a dominar esto. [...]

---

* Cipriano de Rivas Cherif. *Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña*, Grijalbo, Barcelona, 1981.

Miércoles, 18 de marzo de 1936

Esta madrugada se han insubordinado los dos regimientos de caballería de Alcalá. Hace tiempo que allí estaba mal la situación, porque en tiempos de Lerroux y Gil Robles había destinados a Alcalá los oficiales del 10 de agosto, readmitidos. Desde febrero, han ocurrido varios incidentes entre la guarnición y los paisanos, con tiros, heridos, etc. Estando yo todavía de Presidente, se acordó trasladar la brigada entera a Palencia y Salamanca. Anoche dio la orden de salida el ministerio, y se negaron a obedecer todos los jefes y oficiales del 1, y casi todos los del 2. Figúrate el escándalo. Se enviaron fuerzas de asalto y otros jefes. La oficialidad está presa, se les sigue juicio sumarísimo. Los regimientos, sin oficiales, están camino de su nuevo destino. Esto por un lado. Por otro: motines en la provincia de Valencia. En Carcagente han quemado tres conventos, varias iglesias, han arrastrado las momias de unas monjas, han arrasado naranjales, quisieron matar a nuestro amigo Donat. Sucesos análogos en Alcira. Asaltos y quemas en Vigo. En fin, muy bien. [...]

Sábado, 21 de marzo de 1936

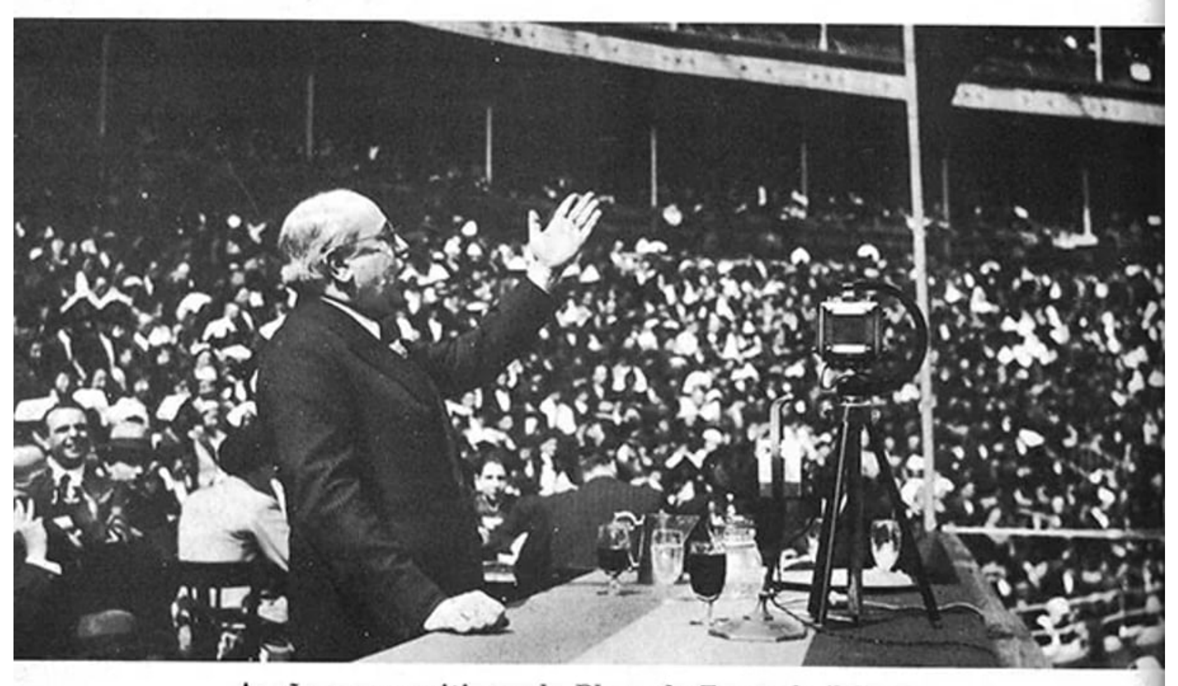
Ayer, en la sección de Cortes, discutiendo las actas de Salamanca, hubo las primeras bofetadas, a cargo de Pérez Madrigal. Los socialistas dieron el espectáculo de separarse del resto de la mayoría, después de haber votado con los republicanos en la comisión. Pudo arreglarse el caso por el momento, pero si no aprenden, no doy cinco céntimos por la solidez del bloque. Los socialistas están reñidísimos entre sí. La dictadura de Largo en el partido y en el grupo parlamentario llega a cosas nimias, como la de haber designado a cada diputado el escaño que debe ocupar en el Congreso. Los importantes no se saludan. Los soldados de fila, están muy insolentes. Nadie se entiende. Parece seguro que en el Congreso del partido triunfe Largo, lo que determinaría una escisión. [...]

Habrás leído en los periódicos que Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Sánchez Mazas y otros de Falange están presos y procesados. También *ABC* se está rascando, porque la readmisión de sus obreros, a que le hemos obligado, le cuesta millón y medio de pesetas por las indemnizaciones. [...]

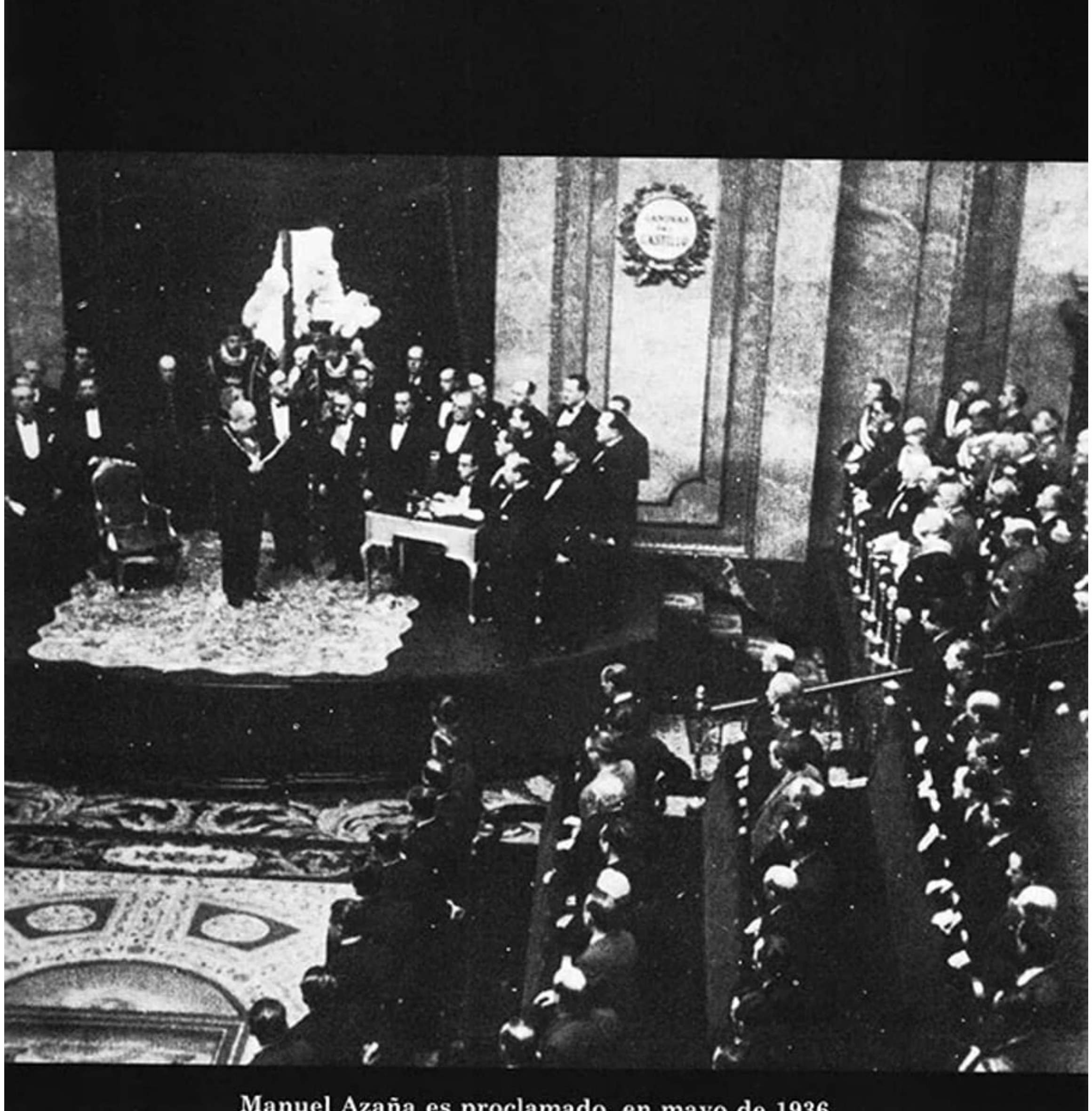
Viernes, 5 de junio de 1936

Las cosas públicas andan como siempre; muy medianas. Asesinatos a diario. El otro día, se salvaron de milagro Prieto, González Peña y Belarmino, a quienes quisieron asesinar en u mitin *socialista* de Écija. Parece que los agresores eran de los extremistas del partido, que encuentran poco revolucionario a González Peña y siguen a Araquistáin y Baraibar. El mundo es ansí. En Madrid, además de la huelga de la construcción, hay huelga de camareros y del ramo de ascensores. Y huelga minera en Asturias. [...]

«Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el Gobierno, y he perdido la cuenta de las poblaciones en que han quemado iglesias y conventos»

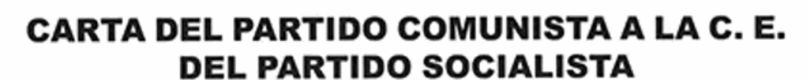


Azaña en un mitin en la Plaza de Toros de Bilbao.



Manuel Azaña es proclamado, en mayo de 1936, presidente de la República.





CARTA DEL PARTIDO COMUNISTA A LA C. E. DEL PARTIDO SOCIALISTA

¡Por el Partido único del proletariado, marxista-leninista!



¡CAMARADAS!

Las luchas heroicas del pueblo trabajador español están dando sus frutos.

En la memorable jornada electoral del 16 de febrero, los obreros y campesinos, unidos a las fuerzas democráticas, hemos asestado un duro golpe a la reacción. [...]

El proletariado unido tiene la responsabilidad histórica de organizar y dirigir las luchas de todas las masas populares, en primer lugar, de los campesinos trabajadores.

El Comité Central del Partido Comunista estima que, frente a los acontecimientos en curso y a los que se avecinan, corresponde a nuestros dos grandes Partidos, unidos en frente de combate, la tarea de organizar a las masas laboriosas y dirigirlas a la lucha y al triunfo. Para eso, es preciso, en primer lugar, fortalecer las relaciones orgánicas entre los dos Partidos, a través de Comités permanentes de enlace en el centro, en las provincias y en todas las localidades. Estos Comités, entre otras tareas, deben dedicar una atención especial a las Alianzas Obreras y Campesinas, reforzándolas y vivificándolas allí donde existen, y creándolas allí donde aún no están constituidas. El movimiento revolucionario de España nos ha dado esta forma histórica de organización y de lucha de los obreros y campesinos —Octubre, y en especial Asturias, nos han dado el ejemplo de su eficacia revolucionaria—, e importa ahora conservarla y consolidarla. [...]

Así pues, nuestra opinión sobre lo que debe constituir nuestra acción común –la lucha conjunta de los Partidos Socialista y Comunista– es: ejecución rápida del pacto del Bloque Popular y lucha por nuestro propio programa, por el programa del Gobierno Obrero y Campesino.

Este, a nuestro entender, debe abarcar aquellos puntos que fueron o no admitidos o disminuidos en el Bloque Popular, a saber:

- Lucha por la confiscación, sin indemnización, de todas las tierras del señorío, de la nobleza, de los grandes terratenientes, de la Iglesia y de las Órdenes religiosas. [...]
- Lucha por la nacionalización de las Empresas de la gran industria trustificada, los Bancos, los Ferrocarriles y todos los medios de transporte y de comunicación que se hallan en manos del gran capital (barcos, tranvías, autobuses, aviones, telégrafos, teléfonos, radio, etc.). Las Alianzas Obreras y Campesinas realizarán el control de la producción y distribución. [...]
- Lucha por la liberación nacional de todos los pueblos oprimidos, reconociendo a Cataluña, Vasconia y Galicia el pleno derecho a disponer de sí mismos hasta la separación de España y la formación de Estados independientes.
- Lucha por la liberación inmediata y completa, sin restricción ni limitación de Marruecos y demás colonias. [...]
- Lucha por la supresión de la Guardia civil y de Asalto y de todas las fuerzas armadas de los capitalistas y terratenientes. Armamento general de los obreros y campesinos. Liquidación de la burocracia hostil al pueblo y elección de los funcionarios públicos por las Alianzas Obreras y Campesinas. [...]
- Creación de un Ejército Rojo obrero y campesino, que defenderá los intereses de las masas populares y de la Revolución.
- Solidaridad proletaria con los oprimidos del mundo entero y alianza fraternal con la Unión Soviética, que construye victoriosamente el Socialismo. [...]. Lucha incesante por la paz, al lado de los pueblos que la desean, a cuya cabeza está la Unión Soviética.
- Lucha por un Gobierno Obrero y Campesino, que realizará inmediatamente este programa, apoyándose en las grandes masas de obreros, campesinos y soldados, y sobre las Alianzas Obreras y Campesinas, como órganos revolucionarios del Poder. [...]

Estos puntos son susceptibles de discusión. Pero no dudamos que, en su conjunto, serán aceptados por esa Ejecutiva y por las Organizaciones del Partido Socialista por responder a la situación actual. [...]

Para el mejor desarrollo de esta acción , que abre las perspectivas para el triunfo del Socialismo, os proponemos:

Creación de los Comités de enlace en la dirección de los Partidos Comunista y Socialista, subsanando las deficiencias que a este respecto han existido hasta la fecha, Comités de enlace en todos los escalones de nuestras Organizaciones: provinciales, locales, de fábrica, minas, Empresas, etc. [...]

La situación actual, el desarrollo ulterior de la Revolución , la necesidad de asegurar su triunfo, plantea ante nuestros Partidos la necesidad de la constitución de un **PARTIDO ÚNICO DEL PROLETARIADO** del **PARTIDO MARXISTA-LENINISTA**, dirigente de la Revolución. A este propósito, reiteramos nuestra proposición del 23 de octubre del pasado año, que tuvo una acogida favorable en la inmensa mayoría de los afiliados al Partido Socialista, para llegar al establecimiento de la unidad política sobre la base de las condiciones siguientes:

Independencia completa, vis a vis de la burguesía y ruptura completa del Bloque de la socialdemocracia con la burguesía; realización de antemano de la unidad de acción; reconocimiento de la necesidad del derrocamiento revolucionario de la dominación de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado en la forma de los Soviets; renuncia al apoyo de la propia burguesía en caso de guerra imperialista; edificación del Partido sobre la base del centralismo democrático, asegurando la unidad de voluntad y de acción, templada por la experiencia de los bolcheviques rusos. [...]

¡POR EL FRENTE ÚNICO DE COMBATE!

¡POR LAS ALIANZAS OBRERAS Y CAMPESINAS!

¡POR EL PARTIDO ÚNICO DEL PROLETARIADO, MARXISTA-LENINISTA!

¡HACIA EL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN!

En espera de vuestra contestación, que no dudamos será favorable, recibid, camaradas, nuestro saludo comunista.

(4-3-1936; retranscrito)

Impresionante mitin del Socorro Rojo Internacional

Cien mil personas acudieron el sábado a la Plaza de Toros

> **"Hay que obligar al Gobierno a dar un ritmo más acelerado a la labor de la depuración"**
>
> *La Pasionaria*

El acto que el sábado convocó el Socorro Rojo Internacional en la Plaza de Toros Monumental fue un digno antecedente de la grandiosa manifestación de ayer. [...]

A las tres de la tarde era ya imposible el acceso al interior de la Plaza de Toros. Todo estaba repleto de hombres, mujeres y niños. Ondeaban desplegadas las banderas rojas. Gritaban sus consignas los transparentes. [...]

La Banda Municipal, que asistía al acto por orden del Ayuntamiento, cuya representación ostentaba el teniente alcalde y batallador hombre de izquierdas Eduardo Ortega y Gasset, tocó admirablemente "La Internacional". [...]

La ovación fue grandiosa cuando se anunció que estaba presente el Gobierno de la Generalitat de Cataluña. El público madrileño, los trabajadores allí reunidos tributaron un homenaje que era la identificación con sus anhelos de liberación al pueblo laborioso de Cataluña.

Nota destacable era que la inmensa mayoría de las banderas y transparentes diseminados por la Plaza de Toros eran de los Radios y Células del Partido Comunista.

Un gran discurso de «Pasionaria»

Hay que pensar en que si hemos dado un paso muy firme, nos falta recorrer un gran trecho del camino, y os digo, como militante del Partido Comunista que estéis alerta, porque los enemigos no han muerto. [...] Hay que impedir como sea, desde el Parlamento, o desde la calle, que vengan otra vez a apoderarse o pretender apoderarse del país [...]

Se olvida que vivimos en periodo revolucionario y se pretende echar el vino nuevo en odres viejos, y esto hay que impedirlo cueste lo que cueste.

Hay que obligar al Gobierno a dar un ritmo más acelerado a la labor de la depuración. [...]

Que no nos vengan con empachos de legalidad; estamos empachados ya de legalidad. El pueblo exige el castigo de quienes condenaron a muerte, de

quienes mataron a los trabajadores. Esa es la legalidad, y lo que el Gobierno ha de tener presente. Los partidos obreros, el Bloque Popular no ha hipotecado sus principios revolucionarios ni ha arriado sus banderas. Pero las organizaciones obreras que integran ese Bloque tienen que exigir que se dé satisfacción a las aspiraciones del pueblo y a cumplir rigurosamente el pacto establecido. [...]

Vayamos a imponer la legalidad con nuestra fuerza y con nuestro espíritu revolucionario. *(Prolongada ovación.)*

Discurso del camarada Esteban Vega

Pide que se depuren las responsabilidades, "y que sean detenidos Lerroux, Gil Robles, Velarde... (La ovación impide oír el final de la frase.) Pedimos que se juzgue inmediatamente a los enemigos del pueblo trabajador de España.

Hay que impedir que los culpables traspasen la frontera, y hay que entregarlos al Tribunal popular.

Termina diciendo que deben ser juzgados, porque el pueblo quiere aplastar definitivamente a sus odiosos enemigos. *(Ovación prolongada)*.

Julio Álvarez del Vayo

Saluda al corazón del proletariado español en nombre del proletariado de la URSS. Añade que el 16 de febrero fue una victoria definitiva contra la reacción. "Pero hay que tener presente que una contrarrevolución no se vence a medias, sino definitivamente, y el único procedimiento que hay para no malograr la victoria del 16 de febrero es el frente único proletario. La solidaridad entre comunistas y socialistas, extendida hacia los compañeros de la CNT, culminó de una manera magnífica el 16 de febrero."

Discurso de Albornoz

Habló después el consecuente republicano don Alvaro de Albornoz. Explica cómo la revolución no puede detenerse. En su concepto, o ésta se hace desde el Poder, o se tiene que hacer desde la calle. Dice, por último, que el proletariado no sólo tiene derechos que exigir en esta hora, sino también deberes que cumplir, el principal de los cuales es mantener la unidad para impedir que las derechas vuelvan a imponerse.

Alberti leyó tres poesías

Durante el acto, el gran poeta revolucionario, camarada Rafael Alberti, leyó tres magníficas poesías, que fueron extraordinariamente aplaudidas.

(2-3-1936; retranscrito)

"Que no nos vengan con empachos de legalidad; estamos empachados ya de legalidad. El pueblo exige castigo"

La Pasionaria



Candidatura por Madrid del Bloque Popular

JOSE DIAZ
Secretario del Partido Comunista
F. LARGO CABALLERO
Líder del Partido Socialista
LUIS JIMENEZ DE ASUA
Del Partido Socialista
JULIO ALVAREZ DEL VAYO
Del Partido Socialista
LUIS ARAQUISTAIN
Del Partido Socialista
ENRIQUE DE FRANCISCO
Del Partido Socialista
C. HERNANDEZ ZANCAJO
Del Partido Socialista
J. BESTEIRO FERNANDEZ
Del Partido Socialista

JOSE DIAZ

MANUEL AZAÑA, jefe de Izquierda Republicana
ENRIQUE RAMOS, de Izquierda Republicana
ANTONIO VELAO, de Izquierda Republicana
LEANDRO PEREZ URRIA, Izquierda Republicana
DIEGO MARTINEZ BARRIO, de Unión Republicana



15 cts.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Mundo Obrero

ORGANO CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA (S.E.I.C.)

La candidatura de derechas significa: Hambre, paro, represión, barbarie fascista, monarquía, «straperlo», pena de muerte...



LA CANDIDATURA DEL BLOQUE POPULAR REPRESENTA:

Pan, trabajo, libertad, cultura, honestidad, abolición de la pena de muerte, AMNISTIA

(6-02-1936)

Como a raíz del 10 de agosto de 1932, está planteada la necesidad de suspender la Prensa monárquica y fascista

Son las tribunas diarias del insulto, de la injuria y los animadores del pistolerismo fascista y de la resistencia patronal

LOS QUE APUÑALAN LA LIBERTAD NO TIENEN DERECHO A DISFRUTAR DE ELLA

(16-5-1936)

¡ACCION, ACCION, ACCION! Esto reclama el pueblo laborioso del Gobierno y del Parlamento

Antes de que las maniobras y los planes contrarrevolucionarios se desarrollen, hay que cortarlos de raíz con mano dura

PARA VENCER AL ENEMIGO: ALIANZAS OBRERAS Y CAMPESINAS

(19-5-1936)

La Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, al hacer suyas las palabras de su secretario general, camarada Largo Caballero, se manifiesta:

POR LA CONSOLIDACION DEL FRENTE POPULAR

POR LAS ALIANZAS OBRERAS Y CAMPESINAS

UNA ACERTADA POSICION DEL CAMARADA LARGO CABALLERO

Estábamos en lo cierto cuando en nuestro editorial de día 8, al comentar los acuerdos de la Comisión Ejecutiva de nuestra Central Sindical, la Unión General de Trabajadores, con relación al Frente Popular, decíamos: "Nosotros sabemos que los camaradas de la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores no piensan en que esta ruptura se produzca, y que su acuerdo sólo tiende a advertir determinadas orientaciones ministeriales."

El discurso pronunciado ayer por el camarada Largo Caballero a los diputados y compromisarios de la izquierda socialista en el homenaje que éstos le dedicaron, lo confirma plenamente. [...]

El camarada Largo Caballero coincide con nosotros en que la reacción y el fascismo no están todavía aplastados, y que hay que realizar en su totalidad el programa del Frente Popular para crear las premisas indispensables que nos permitan hacer triunfar la Revolución. Pero si vemos confirmada con satisfacción la justa posición adoptada con relación al Frente Popular por el secretario de la U. G. T. no es de menor importancia y satisfacción su posición en torno a las Alianzas Obreras y Campesinas.

Algo hay que tendrá que profundizarse para el mayor esclarecimiento y compenetración de lo que estos órganos significan en la preparación de las luchas, en el desarrollo de éstas y en la organización de la misma Revolución. Pero esto, que será objeto de otros artículos, no obvia para que manifestemos nuestra total satisfacción por el camino emprendido por los camaradas de la izquierda socialista, al reconocer la necesidad de tales órganos , que si no encontraran la suficiente convicción en las razones expuestas a lo largo de su planteamiento, tienen el aval del triunfo, demostrado prácticamente en las gloriosas jornadas de Octubre.

Saludamos el camino emprendido por los camaradas de la izquierda socialista.

He aquí la justa posición.

(12-5-1936; retranscrito)

Transcripción:

Estábamos en lo cierto cuando en nuestro editorial de día 8, al comentar los acuerdos de la Comisión Ejecutiva de nuestra Central Sindical, la Unión General de Trabajadores, con relación al Frente Popular, decíamos: «Nosotros sabemos que los camaradas de la Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores no piensan en que esta ruptura se produzca, y que su acuerdo sólo tiende a advertir determinadas orientaciones ministeriales.»

El discurso pronunciado ayer por el camarada Largo Caballero a los diputados y compromisarios de la izquierda socialista en el homenaje que éstos le dedicaron, lo confirma plenamente. […]

El camarada Largo Caballero coincide con nosotros en que la reacción y el fascismo no están todavía aplastados, y que hay que realizar en su totalidad el programa del Frente Popular para crear las premisas indispensables que nos permitan hacer triunfar la Revolución. Pero si vemos confirmada con satisfacción la justa posición adoptada con relación al Frente Popular por el secretario de la U. G. T. no es de menor importancia y satisfacción su posición en torno a las Alianzas Obreras y Campesinas.

Algo hay que tendrá que profundizarse para el mayor esclarecimiento y compenetración de lo que estos órganos significan en la preparación de las luchas, en el desarrollo de éstas y en la organización de la misma Revolución, Pero esto, que será objeto de otros artículos, no obvia para que manifestemos nuestra total satisfacción por el camino emprendido por los camaradas de la izquierda socialista, al reconocer la necesidad de tales órganos, que si no encontraran la suficiente convicción en las razones expuestas a lo largo de su planteamiento, tienen el aval del

triunfo, demostrado prácticamente en las gloriosas jornadas de Octubre.

Saludamos el camino emprendido por los camaradas de la izquierda socialista.

He aquí la justa posición.

12-5-1936

Georgia Soviética, celebra el XV aniversario de su existencia

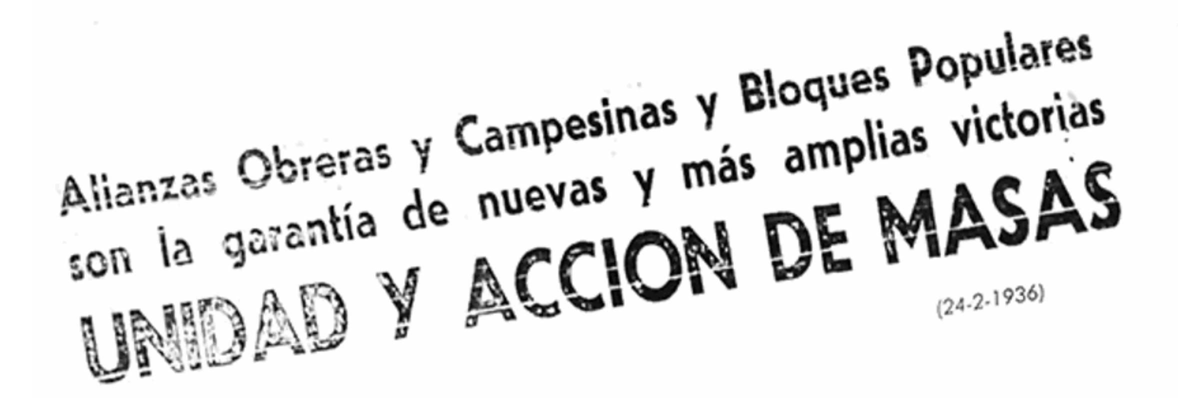
Durante los quince años de poder soviético, Georgia se ha convertido en un pueblo alegre y feliz

Sus campesinos trabajan y cantan en los campos de té, tabaco, de flores y de frutas

(Crónica telegráfica de nuestro redactor-corresponsal)

Moscú. La República Soviética Socialista de Georgia, y con ella todo el país soviético, celebra el XV aniversario de su existencia. Los quince años de poder soviético de Georgia constituyen las más brillantes páginas de la historia del pueblo georgiano. El pueblo georgiano recuerda los siglos anteriores al poder soviético como el camino duro, lleno de opresión y sufrimiento, que ha tenido que recorrer para llegar a la felicidad actual. Desde los primeros días del nacimiento del bolchevismo en Rusia, los mejores representantes de la clase obrera georgiana se afiliaron bajo las banderas de Lenin.

(26-2-1936; retranscrito)


Alianzas Obreras y Campesinas y Bloques Populares son la garantía de nuevas y más amplias victorias

UNIDAD Y ACCION DE MASAS

(24-2-1936)









De los asesinatos de Asturias son responsables:

Gil Robles, Lerroux, Doval, Velarde, Salazar Alonso y otros

¡A LA CARCEL LOS VERDUGOS!

El programa del Bloque Popular obliga al Gobierno a exigir responsabilidades a los que ordenaron las ferocidades de la represión y a quienes las cometieron

El programa ordena:

«Llevar a cabo la investigación de responsabilidades concretas hasta el esclarecimiento de la culpa individual y su castigo»

¿Va a repetirse lo del 14 de abril, que ayudaron a escapar a los responsables de los crímenes contra el pueblo, permitiéndoles volver al Poder y ensangrentar a España?

EL PUEBLO LABORIOSO NO DEBE TOLERARLO

A LA CARCEL LOS VERDUGOS; DESPUES SE LES JUZGARA

(25-2-1936)

Transcripción:

De los asesinatos de Asturias son responsables:

Gil Robles, Lerroux, Doval, Velarde, Salazar Alonso y otros.

¡A LA CÁRCEL LOS VERDUGOS!

El programa del Bloque Popular obliga al Gobierno a exigir responsabilidades a los que ordenaron las ferocidades de la represión y a quienes las cometieron.

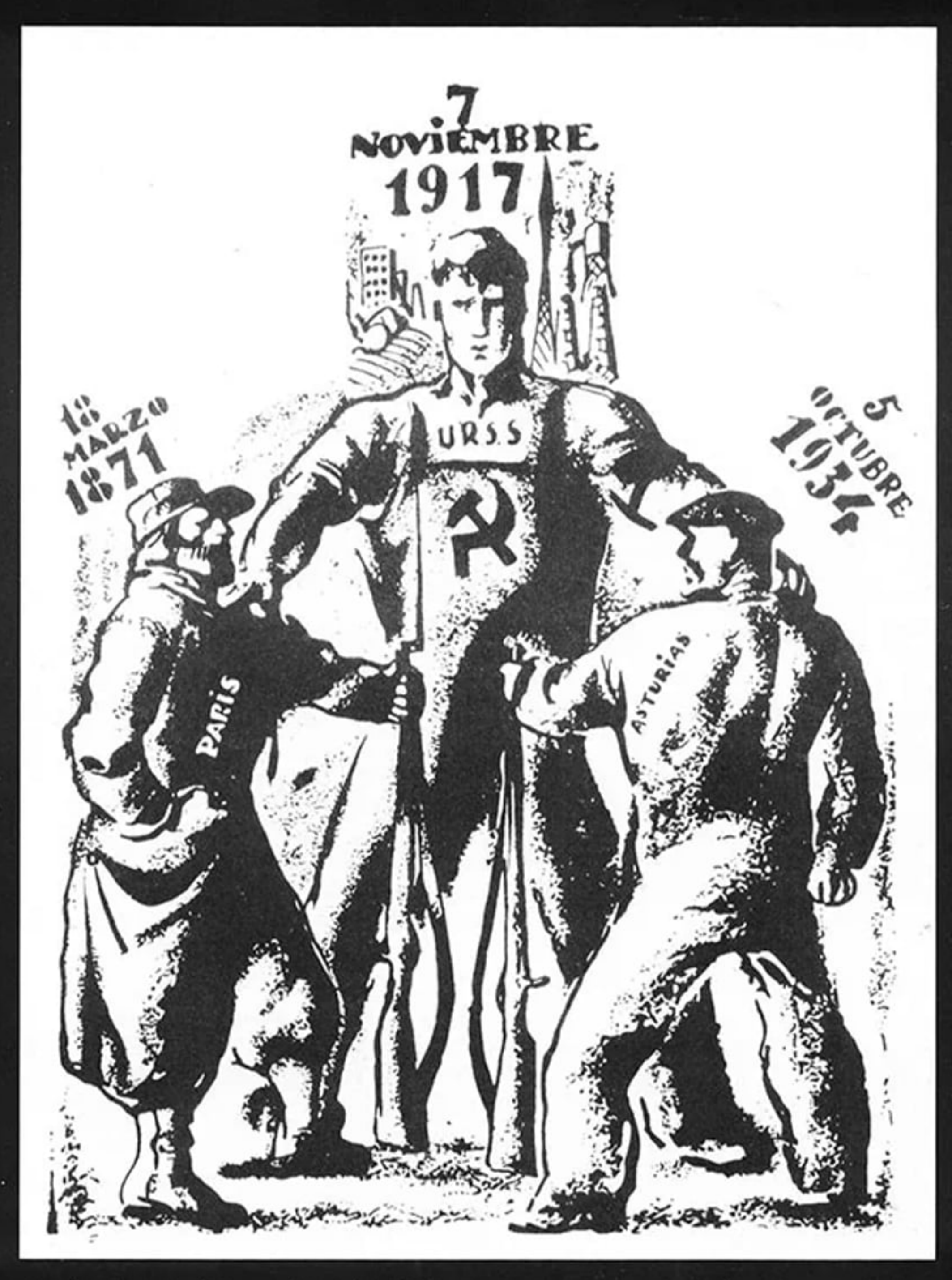
El programa ordena:

«Llevar a cabo la investigación de responsabilidades concretas hasta al esclarecimiento de la culpa individual y su "castigo"».

¿Va a repetirse lo del 14 de abril, que ayudaron a escapar a los responsables de los crímenes contra el pueblo, permitiéndoles volver al Poder y ensangrentar a España?

EL PUEBLO LABORIOSO NO DEBE TOLERARLO, A LA CÁRCEL LOS VERDUGOS; DESPUÉS SE LES JUZGARA.

25-2-1936



Según *Mundo Obrero* (18-3-1936), las tres revoluciones están emparentadas y buscan lo mismo: la revolución soviética de 1917, la Comuna de 1871 en Francia, y la revolución de Asturias, estallada dos años atrás.

La democracia en el Ejército Rojo de la Unión Soviética

La confianza del Ejército Rojo en el país; la confianza del país en el Ejército rojo, y la mutua seguridad en su triunfo, que es al mismo tiempo el triunfo nuestro, el triunfo de todos los trabajadores del mundo

Por José Laín

UN EJÉRCITO DE PAZ

Esto no es una frase solamente. Es una realidad. La profunda y real democracia que reina en el Ejercito Rojo no es más que una de las manifestaciones de la verdadera y viva democracia que alienta en el país de los Soviets, de la democracia proletaria. Por el contrario, la semejanza de los cuarteles burgueses a las prisiones, la semejanza de las ordenanzas militares a los reglamentos carcelarios es el trasunto de lo que en realidad son las democracias burguesas, aun las que en apariencia son más liberales.

En primer lugar, el Ejército Rojo no es una organización creada para la guerra. El Ejército Rojo es un instrumento de paz. En la medida en que se fortifica aumenta las seguridades de paz en el mundo. Y esto es así porque su potencia, la potencia del Ejército Rojo es lo único que impone respeto a los Estados actualmente más agresivos que son los que con más virulencia tienen planteados problemas internos irresolubles desde el punto de vista burgués. Si el fascismo alemán y el imperialismo japonés no se han lanzado ya sobre la U.R.S.S. es porque fundamentalmente temen salir trasquilados. En cambio la U.R.S.S. que no necesita la guerra, que no tiene condiciones internas, se sirve del Ejército Rojo para mantener la paz. El mantenimiento actual de la paz o el reforzamiento del socialismo, de la revolución, es debilitar el frente contrarrevolucionario internacional. Esto es ya una característica firme del Ejército Rojo, ejército de la paz.

(22-2-1936; retranscrito)

«El Ejército Rojo no es una organización creada para la guerra»

Transcripción:

Esto no es una frase solamente. Es una realidad. La profunda y real democracia que reina en el Ejercito Rojo no es más que una de las manifestaciones de la verdadera y viva democracia que alienta en el país de los Soviets, de la democracia proletaria. Por el contrario, la semejanza de los cuarteles burgueses a las prisiones, la semejanza de las ordenanzas militares a los reglamentos carcelarios es el trasunto de lo que en realidad son las democracias burguesas, aun las que en apariencia son más liberales.

En primer lugar, el Ejército Rojo no es una organización creada para la guerra. El Ejército Rojo es un instrumento de paz. En la medida en que se fortifica aumenta las seguridades de paz en el mundo. Y esto es así porque su potencia, la potencia del Ejército Rojo es lo único que impone respeto a los Estados actualmente más agresivos que son los que con más virulencia tienen planteados problemas internos irresolubles desde el punto de vista burgués. Si el fascismo alemán y el imperialismo japonés no se han lanzado ya sobre la U. R. S. S. es porque fundamentalmente temen salir trasquilados. En cambio la U. R. S. S. que no necesita la guerra, que no tiene condiciones internas, se sirve del Ejército Rojo para mantener la paz. El mantenimiento actual de la paz o el reforzamiento del socialismo, de la revolución, es debilitar el frente contrarrevolucionario internacional. Esto es ya una característica firme del Ejército Rojo, ejército de la paz.

22-2-1936

Inaugurado el nuevo Parlamento de la República

Nuestra minoría, secundada por la socialista, cantó «La Internacional». Primera vez que este hecho se produce en el Parlamento

Por ser el primer diputado que presentó acta, presidió el acto inicial el camarada Largo Caballero [...], quien dejó su sitial al monárquicofascista don Ramón Caranza, ex marqués de Villapesadilla, ex almirante de la Armada, ex alcalde de Cádiz y cacique feudal de dicha capital. [...] El presidente dijo que se diera lectura al orden del día para la sesión de hoy y se levantaría la sesión.

El diputado de Izquierda Republicana, señor Osorio Tafal, interrumpió diciendo:

—¡No, señor presidente; antes hay que dar un viva a la República!

—¡No me da la gana! —respondió el monárquico ex almirante.

La respuesta no se hizo esperar. Nuestro camarada Uribes se irguió y levantó —en un gesto magnífico— el brazo con el puño cerrado. Los revolucionarios, en pie, adelantaban sus puños hacia el provocador: le denostaban violentamente y daban vivas a la República y al Bloque Popular.

Nuestro camarada Uribes levantaba el puño y cantaba junto al presidente, que contemplaba el magnífico espectáculo con sonrisa estúpida de asombro e inconsciencia, mientras los diputados republicanos continuaban insultándole.

(14-3-1936; retranscrito)



Los diputados cantan, con el puño en alto, *La Internacional*.

Transcripción:

Por ser el primer diputado que presentó acta, presidió el acto inicial el camarada Largo Caballero […], quien dejó su sitial al monárquicofascista don Ramón Caranza, exmarqués de Villapesadilla, exalmirante de la Armada, exalcalde de Cádiz y cacique feudal de dicha capital. […] El presidente dijo que se diera lectura al orden del día para la sesión de hoy y se levantaría la sesión.

El diputado de Izquierda Republicana, señor Osorio Tafal, interrumpió diciendo:

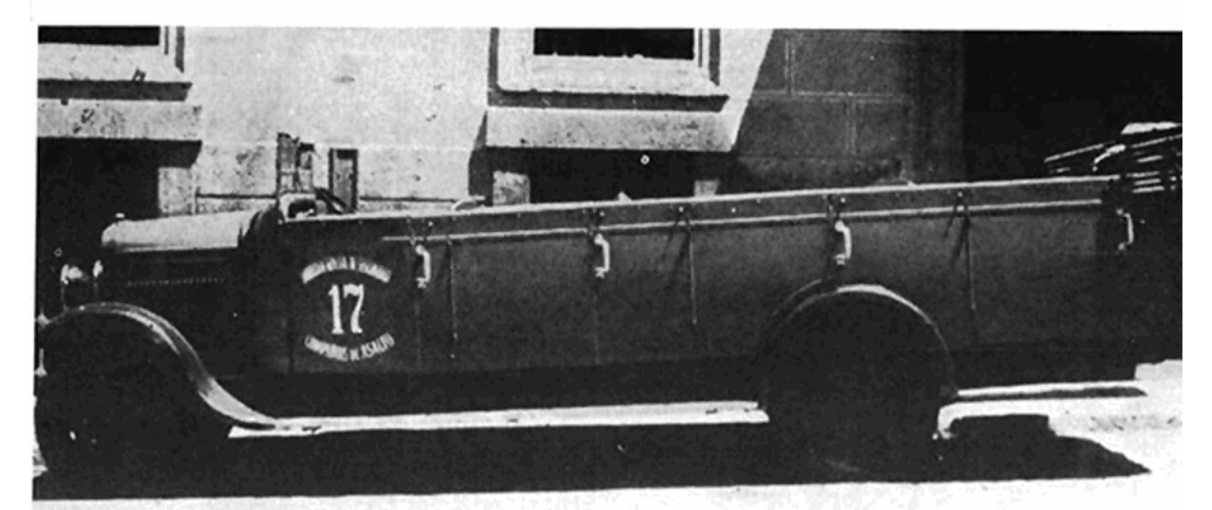
—¡No, señor presidente; antes hay que dar un viva a la República!

—¡No me da la gana! —respondió el monárquico exalmirante.

La respuesta no se hizo esperar. Nuestro camarada Uribes se irguió y levantó —en un gesto magnífico— el brazo con el puño cerrado. Los revolucionarios, en pie, adelantaban sus puños hacia el provocador: le denostaban violentamente y daban vivas a la República y al Bloque Popular.

Nuestro camarada Uribes levantaba el puño y cantaba junto al presidente, que contemplaba el magnífico espectáculo con sonrisa estúpida de asombro e inconsciencia, mientras los diputados republicanos continuaban insultándole.

14-3-1936



Camioneta de la Compañía de Asalto n.º 17, de las fuerzas de policía de la República, en la que fue asesinado Calvo Sotelo.

Sin careta. Calvo Sotelo y el pistolerismo fascista

La defensa —ardorosa, provocativa, cínica— que ayer hizo Calvo Sotelo en la Diputación Permanente de los crímenes fascistas es toda una caracterización política de ese lacayo de dictadores, incubado bajo la bota del General majo y chulón que tiranizó al país durante siete años, que sueña con el solio dictatorial. Exaltó y justificó el terrorismo como instrumento de lucha, y esta defensa del fascista Sotelo, de sus pistoleros, tuvo como trampolín la derogación del estado de alarma.

Como pocas veces, representó su papel de cínico primero. Protestó de todo. Protestó de las detenciones de asesinos. Estos miserables, además de una buena pistola y un buen salario, cuentan en la Cámara con un buen abogado [...], un caudillo con investidura parlamentaria para agitar un espantajo de martirologio con las actividades de unos asesinos.

(15-6-1936; retranscrito)

"La destrucción de todo esto es tarea inmediata del Frente Popular. Con ese miserable Calvo Sotelo a la cabeza"

LA TRACA – Periódico satírico

¿QUÉ HARÍA USTED CON LA GENTE DE SOTANA?

282. Que subieran a la estratosfera en globo, y una vez arriba, que no pudieran bajar. –*Antonio Morales*.
283. Con toda la clericalla haría una traca con balas dum-dum, de mecha [ilegible], y por último, de bomba el Papa. Y que al estallar no dijera ni pío. –*Id.*
284. Afeitarlos en seco dos veces en semana con un cristal. Ayudas de alcachofas borriqueras enteras, y los que palmasen, para jabón verde; de alimento, tortillas de jamón rellenas de tachuelas, y de postre yeso y agua a su gusto. –*Isidoro Franco*. Sevilla.
285. Cocerlos como se cuecen los capachos; los prensaba luego y el jugo que soltaran lo quemaba, y con las cenizas y pólvora cañoneaba el palacio del Papa. –*Francisco Gueto*. Cádiz.
286. Hacerle tomar una dosis al Papa para que rabie y le muerda al nuncio y a ese Gil Robles, hasta terminar con el último monaguillo y mandaderas de conventos (por si las moscas). –*Francisco Martínez*. Córdoba.
287. Darles trabajo en las minas de Almadén (8 horitas diarias), diez kilogramos de hostias consagradas para desayuno, comida y cena, más 3.000 indulgencias de postres, para hacerlos bien santitos. –*Emilio Vitallé*. Zaragoza. [...]
297. Pelarlos, cocerlos, ponerlos en latas de conserva y mandarlos como alimento a las tropas italianas fascistas de Abisinia. –*José Bravo*. Blanes (Gerona).
298. Que el Gobierno se apodere de todo lo que ellos han estafado, y convertirlos en cardenales para hacer grasa para los carros , que buena falta hace. –*Manuel Araes*. Badalona.
299. De los conventos, fábricas; de las iglesias, escuelas, y de la gente de sotana a trabajar, para ganar un jornal . Y *tuti contenti*. –*Francisco Sabater*. Cartagena.
300. Yo quisiera que hubieran doble, por lo que los cortaría por la mitad. Incluso al padre Juan. –*Antonio Mateu*. Palma de Mallorca.
301. Caparlos y ponerlos a pan y agua, incluyendo al Papa. –*Antonio Avellano*.
302. Engancharlos en una grúa y subirlos al cielo, para ver las amarguras que está pasando el clero. –*José Moreno*. Cieza (Murcia).
303. Darles una buena paliza de quinientos palos a la salida del sol de cada día. –*José Martínez*. Melilla.
304. Lo que se hace con las uvas: a los buenos, colgarlos, y a los malos, pisotearlos, hasta que no les quedara ni gota de sangre. –*José Arbones*. Lérida. [...]
313. Darles 24 horas de tiempo para salir de España, y los que se quedaran aplicarles la ley del Talión. –*Pere Colina*. Barcelona.
314. Castrarlos, hacerles tirar de un carretón, hacerlos en salsa y darlos a comer a Gil Robles y al ex ministro Salmón. –*Juan Gran*. Barcelona.
315. Ponerlos en los cables de luz eléctrica, rociarlos con gasolina, pegarles fuego, y después hacer morcillas de ellos para alimento de bestias. –*Domingo Alcaraz*. Murcia.
316. Menos uno, que es G. M. A todos los demás los metería en marraneras y los engordaría con berza. Luego, matarlos y hacer jamones para mandarlos a Mussolini, y las tripas y el mondongo, para el Papa. ¡A ver si reventaban!. –*Antonio Roda*. Murcia.
317. Hacer un estofado con ellos, hechos pedazos, y que se los comiera el jefazo y sus trescientos. –*Ángel Tarín*. Cheste (Valencia).
318. Echarlos a una caldera de agua hirviendo, y después a otra de agua fría y ponerlos a secar. A ver si así se consumían y acabábamos con esa pillería que tanto daño ha hecho a la humanidad. –*Caridad Ballester*. Torrevieja (Alicante).
328. ¡Pobrecitos curas! Es tanto lo que les quiero, que uno a uno los haría colgar de la torre de mi pueblo para que no hicieran más crímenes, que bastantes han hecho. ¡Canallas! –*Un comunista*. Casas de Don Pablo (Badajoz).
329. Yo, como no son humanos, los pagadores del fascio; subirlos en aeroplano, y tirarlos al espacio, a unos veinte mil metros, para que bajen despacio. Y cuando lleguen abajo, ya tendré yo preparado al doctor Pedro Ballina para que vaya a curarlos. ¡Canallas! –*Otro comunista*. Casas de Don Pablo (Badajoz).
330. De las sotanas y hábitos de monjas y frailes haría vestidos para quien los necesitase, y a ellos les pondría un letrero que dijese: «Para alquilar o vender». –*José Campos*. Mahón.
332. Castrarlos. Molerlos. Hervirlos. Hacerlos zurrapas. Echarlos a la estercolera. –*Dolores Trenas*. Córdoba.
341. Ahorcar a los frailes con las tripas de los curas. –*José Pérez*. Almería.
342. Hacerles sufrir pasión y muerte, como Cristo, a ver si, como dignos representantes suyos, lo sufrían con aquella resignación del Nazareno. Si le imitaban en todo, entonces, después de muertos, sería cuando creería en ellos. –*Viadel*. Valencia.
343. Que bajasen a un pozo sin suelo. O que subiesen por una escalera sin fin. Y que comiesen una clase de plantas que a obscuras se encuentra por los pinchazos que da. –*Francisco Orriols*. Pobla de Lillet.
344. Incautarme de las iglesias, y ayudado con el esfuerzo de los curas, las transformaría en escuelas, y el cura refractario que no quiera trabajar, lo internaría en el Sahara haciendo de Cirineo. –*Un Mendigo condenado*. Valencia.
345. Los dedicaría a la repoblación forestal de España, que tanta falta hace. O a abrir fosas para enterrar a los muertos, con lo que practicarían una obra de misericordia. Pero sin rezos ni latinajes, que tanto hacen reir. –*Otro Mendigo condenado*. Valencia.

(17-7-1936; retranscrito)

Transcripción:

282. Que subieran a la estratosfera en globo, y una vez arriba, que no pudieran bajar. —Antonio Morales.

283. Con toda la clericalla haría una traca con balas dum-dum, de mecha [ilegible], y por último, de bomba el Papa. Y que al estallar no dijera ni pío. —Id.

284. Afeitarlos en seco dos veces en semana con un cristal. Ayudas de alcachofas borriqueras enteras, y los que palmasen, para jabón verde; de alimento, tortillas de jamón rellenas de tachuelas, y de postre yeso y agua a su gusto. —Isidoro Franco, Sevilla.

285. Cocerlos como se cuecen los capachos; los prensaba luego y el jugo que soltaran lo quemaba, y con las cenizas y pólvora cañoneaba el palacio del Papa. —Francisco Gueto. Cádiz.

286. Hacerle tomar una dosis al Papa para que rabie y le muerda al nuncio y a ese Gil Robles, hasta terminar con el último monaguillo y mandaderas de conventos (por si las moscas). —Francisco Martínez. Córdoba.

287. Darles trabajo en las minas de Almadén (8 horitas diarias), diez kilogramos de hostias consagradas para desayuno, comida y cena, más 3000 indulgencias de postres, para hacerlos bien santitos. —Emilio Vitallé. Zaragoza. […].

297. Pelarlos, cocerlos, ponerlos en latas de conserva y mandarlos como alimento a las tropas italianas fascistas de Abisinia —José Bravo. Blanes (Gerona).

298. Que el Gobierno se apodere de todo lo que ellos han estafado, y convertirlos en cardenales para hacer grasa para los carros, que buena falta hace. —Manuel Araes. Badalona.

299. De los conventos, fábricas; de las iglesias, escuelas, y de la gente de sotana a trabajar, para ganar un jornal. Y

tuticontenti. —Francisco Sabater. Cartagena.

300. Yo quisiera que hubieran doble, por lo que los cortaría por la mitad. Incluso al padre Juan. —Antonio Mateu. Palma de Mallorca.

301. Caparlos y ponerlos a pan y agua, incluyendo al Papa. —Antonio Avellano.

302. Engancharlos en una grúa y subirlos al cielo, para ver las amarguras que está pasando el clero. —José Moreno. Cieza (Murcia).

303. Darles una buena paliza de quinientos palos a la salida del sol de cada día. —José Martínez. Melilla.

304. Lo que se hace con las uvas: a los buenos, colgarlos, y a los malos, pisotearlos, hasta que no les quedara ni gota de sangre. —José Arbones. Lérida. […].

313. Darles 24 horas de tiempo para salir de España, y los que se quedaran aplicarles la ley del Talión. —Pere Colina Barcelona.

314. Castrarlos, hacerles tirar de un carretón, hacerlos en salsa y darlos a comer a Gil Robles y al exministro Salmón. —Juan Gran. Barcelona.

315. Ponerlos en los cables de luz eléctrica, rociarlos con gasolina pegarles fuego, y después hacer morcillas de ellos para alimento de bestias. —Domingo Alcaraz. Murcia.

316. Menos uno, que es G. M. A todos los demás los metería en marraneras y los engordaría con berza. Luego, matarlos y hacer jamones para mandarlos a Mussolini, y las tripas y el mondongo, para el Papa. ¡A ver si reventaban! —Antonio Roda. Murcia.

317. Hacer un estofado con ellos, hechos pedazos, y que se los comiera el jefazo y sus trescientos. —Ángel Tarín. Cheste (Valencia).

318. Echarlos a una caldera de agua hirviendo, y después a otra de agua fría y ponerlos a secar. A ver si así se consumían y acabábamos con esa pillería que tanto daño

ha hecho a la humanidad. —Caridad Ballester. Torrevieja (Alicante).

328. ¡Pobrecitos curas! Es tanto lo que les quiero, que uno a uno los haría colgar de la torre de mi pueblo para que no hicieran más crímenes, que bastantes han hecho. ¡Canallas! —Un comunista Casas de Don Pablo (Badajoz).

329. Yo, como no son humanos, los pagadores del fascio; subirlos en aeroplano, y tirarlos al espacio, a unos veinte mil metros, para que bajen despacio. Y cuando lleguen abajo, ya tendré yo preparado al doctor Pedro Ballina para que vaya a curarlos. ¡Canallas! —Otro comunista Casas de Don Pablo (Badajoz).

330. De las sotanas y hábitos de monjas y frailes haría vestidos para quien los necesitase, y a ellos les pondría un letrero que dijese: «Para alquilar o vender». —José Campos. Mahón.

332. Castrarlos. Molerlos. Hervirlos. Hacerlos zurrapas. Echarlos a la estercolera. —Dolores Trenas. Córdoba.

341. Ahorcar a los frailes con las tripas de los curas. —José Pérez. Almería.

342. Hacerles sufrir pasión y muerte, como Cristo, a ver si, como dignos representantes suyos, lo sufrían con aquella resignación del Nazareno. Si le imitaban en todo, entonces, después de muertos, sería cuando creería en ellos. —Viadel. Valencia.

343. Que bajasen a un pozo sin suelo. O que subiesen por una escalera sin fin. Y que comiesen una clase de plantas que a obscuras se encuentra por los pinchazos que da —Francisco Orriols. Pobla de Lillet.

344. Incautarme de las iglesias, y ayudado con el esfuerzo de los curas, las transformaría en escuelas, y el cura refractario que no quiera trabajar, lo internaría en el Sahara haciendo de Cirineo. —Un Mendigo condenado. Valencia.

345. Los dedicaría a la repoblación forestal de España, que tanta falta hace. O a abrir fosas para enterrar a los muertos, con lo que practicarían una obra de misericordia. Pero sin rezos ni latinajes, que tanto hacen reír. —Otro Mendigo condenado. Valencia.

17-7-1936









Caricaturas ferozmente anticlericales publicadas por las revistas *La Traca* y *Fray Lazo*. En la página anterior, artículo de *La Traca*.

SOLIDARIDAD OBRERA

AIT

ORGANO DE LA CONFEDERACION REGIONAL DEL TRABAJO DE CATALUÑA — PORTAVOZ DE LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO DE ESPAÑA

Cuanto antes se destruya la fe en la democracia impotente y envilecida, antes se resolverá el proletariado a presentar a las fuerzas de dominación histórica un amplísimo frente de lucha revolucionaria

(8-2-1936)

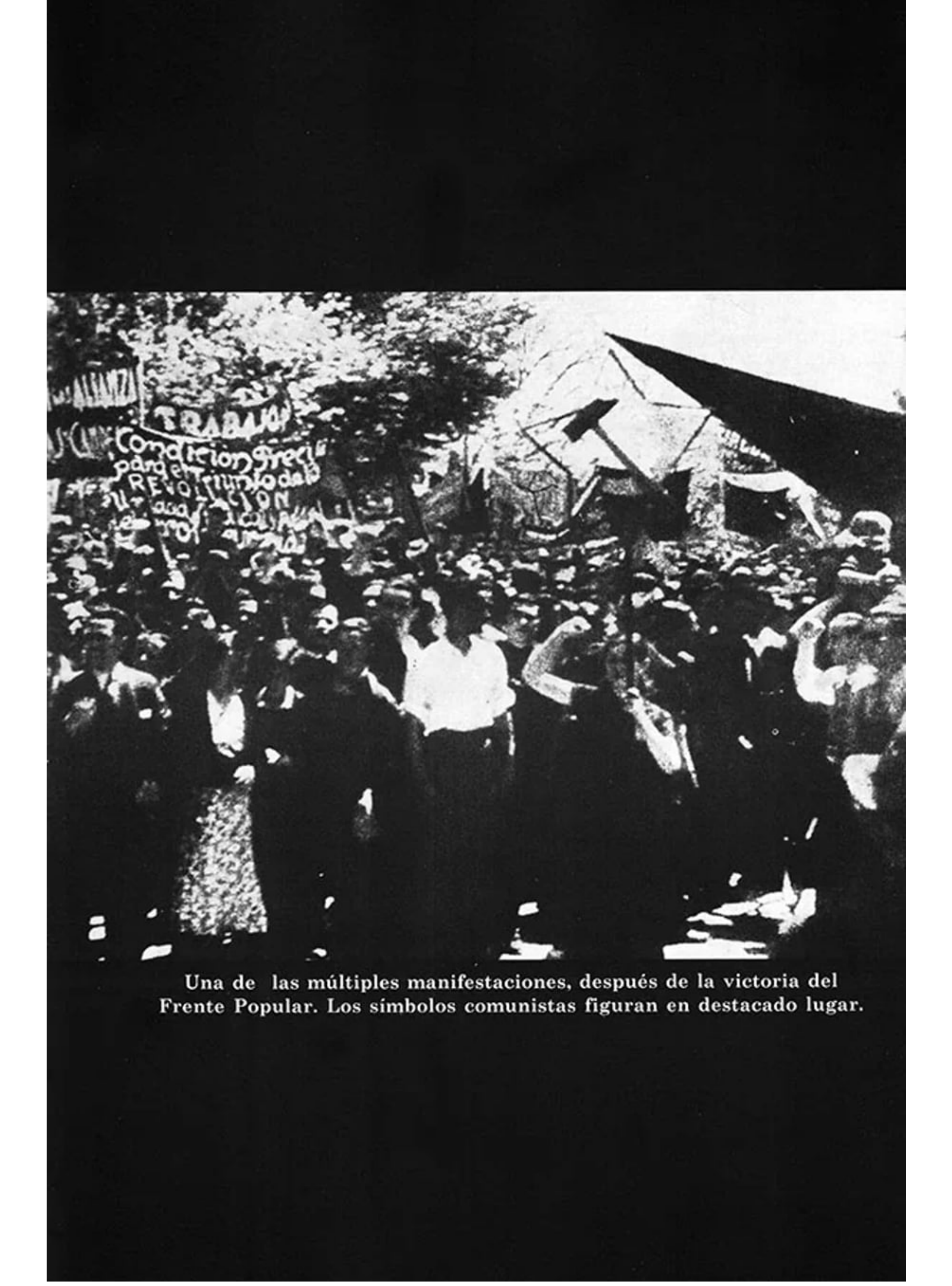
El Comité Nacional fundamenta la posición resueltamente abstencionista de nuestro organismo confederal

La democracia liberal no es más que la matriz que concibe y alumbra al fascismo, con su pasividad ante el capitalismo dictatorial

(6-2-1936)



Calles de Madrid sembradas de propaganda durante la campaña electoral de febrero de 1936.



Una de las múltiples manifestaciones, después de la victoria del Frente Popular. Los símbolos comunistas figuran en destacado lugar.

La democracia no ha hecho nada nuevo. Ha sido la negación de la revolución. El proletariado, ante la próxima batalla electoral, debe abstenerse, organizando su defensa desde los Sindicatos

El 14 de Abril tiene el sentido histórico de una revolución frustrada al comenzar. La democracia ha evidenciado su fracaso rotundo y es la responsable de este hecho. En cuatro años recorrió todas las fases de su vida. No puede darnos nada nuevo. Se nos ha mostrado bajo todos sus aspectos. Es la negación de la revolución.

En el mejor de los casos, el resultado de las elecciones que se aproximan nos llevará a repetir matemáticamente todo el pasado. [...]

Nuestra abstención, la abstención confederal es de sentido constructivo. Destruye el ilusionismo en la democracia, que desarma a los obreros porque orienta sus actividades en sentido político, y afirma la confianza clara y fuerte en su propia fuerza, organizada en los Sindicatos, orientada hacia la revolución. Las elecciones son el arma de los débiles, que no creen en el poder transformador, que emana de la fuerte unión sindical, con vistas al derrumbe de lo estatuido.

(4-2-1936; retranscrito)

"Las elecciones son el arma de los débiles"

Contra el fascismo criminal, ahora y siempre; no en las urnas: en la calle

Solamente de una manera pueden solucionarse los problemas de la clase trabajadora: con la revolución social, realizada por todo el proletariado unido, al margen de la lucha política

(9-2-1936)

Transcripción:

El 14 de Abril tiene el sentido histórico de una revolución frustrada al comenzar. La democracia ha evidenciado su fracaso rotundo y es la responsable de este hecho. En cuatro años recorrió todas las fases de su vida. No puede darnos nada nuevo. Se nos ha mostrado bajo todos sus aspectos. Es la negación de la revolución.

En el mejor de los casos, el resultado de las elecciones que se aproximan nos llevará a repetir matemáticamente todo el pasado. […]

Nuestra abstención, la abstención confederal es de sentido constructivo. Destruye el ilusionismo en la democracia, que desarma a los obreros porque orienta sus actividades en sentido político, y afirma la confianza clara y fuerte en su propia fuerza, organizada en los Sindicatos, orientada hacia la revolución. Las elecciones son el arma de los débiles, que no creen en el poder transformador, que emana de la fuerte unión sindical, con vistas al derrumbe de lo estatuido.

4-2-1936

Contra el Estado

El Estado de hoy, el de ayer y el de mañana, significa atropello, violación, desorden, desigualdad y miseria. Hay que dar la batalla al Estado, lejos de la política, desde el seno de nuestros organismos de defensa: los Sindicatos

(13-2-1936)

LA HORA DEL HALAGO

Los políticos se desviven por ofrecer en bandeja de plata, al proletariado, la víctima eterna de todas las villanías, programas seductores. Pero las elecciones pasarán, y quedará en pie todo el séquito de miserias que constituyen su existencia

(14-2-1936)

La revolución empieza ahora. No puede estancarse en los cauces marcados por los partidos políticos. Sólo el proletariado la llevará a cabo

(19-2-1936)

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas «evoluciona

Después de dieciocho años de dictadura férrea, los comunistas rusos abren la puerta a los arcaicos principios del capitalismo privado, haciendo buena la frase de Lenín: «la libertad es un prejuicio burgués»

(16-6-1936)

¡LA MORDAZA!

Señor Azaña; señor Martínez Barrio; señor Largo Caballero; señor Prieto: Estamos amordazados. No podemos escribir. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? Las izquierdas en el Poder. La mordaza a la Prensa. ¡Sencillamente escandaloso!

(29-2-1936)

UNA COSA URGENTE

Derribar el capitalismo y el Estado. Y crear una profunda voluntad de lucha y de transformación, a través de la revolución libertaria

(30-5-1936)

La democracia ha caducado. Los trabajadores que intentan darle una inyección de vida, trabajan por perpetuar las miserias inherentes al actual régimen capitalista

¡Obrero, tu puesto está en el Sindicato! De la alianza sin política entre C. N. T. y U. G. T. depende el fin de la esclavitud

(31-1-1936)

Besteiro, socialista domesticado

En el Sitio, de Bilbao, ha pronunciado un esperado discurso. Besteiro ha dado pruebas de que se halla sumido en un profundo reformismo. Siente el patriotismo. Es partidario de las organizaciones corporativas, y es, por lo tanto, casi fascista.

De socialista sólo tiene el nombre. Es un valioso defensor de la



burguesía. No ha tenido la franqueza de sentar la táctica colaboracionista con las fuerzas de Azaña. Pero ha hecho alusión a los militantes socialistas que sienten la vocación de gobernantes. Se refería a su compadre Prieto. La maniobra es de gran habilidad.

A través de su discurso descubrimos al hombre que no vibra, que no siente la pasión revolucionaria. Julián Besteiro es un témpano de hielo. Es el prototipo del socialismo domesticado que hace falta a la burguesía.

(27-5-1936)

Transcripción:

En el Sitio, de Bilbao ha pronunciado un esperado discurso Besteiro ha dado pruebas de que se halla sumido en un profundo reformismo. Siente el patriotismo. Es partidario de las organizaciones corporativas, y es, por lo tanto, casi fascista.

De socialista tiene el nombre. Es un valioso defensor de la burguesía. No ha tenido la franqueza de sentar la táctica colaboracionista con las fuerzas de Azaña. Pero ha hecho alusión a los militantes socialistas que sienten la vocación de gobernantes. Se refería a su compadre Prieto. La maniobra es de gran habilidad.

A través de su discurso descubrimos al hombre que no vibra, que no siente la pasión revolucionaria. Julián Besteiro es un témpano de hielo. Es el prototipo del socialismo domesticado que hace falta a la burguesía.

27-5-1936

Réplica a "Claridad"

No podemos eludir el diálogo a que nos invita el órgano de un sector del socialismo: "Claridad". No por cortesía, sino por deber. Porque el socialismo español y todo el movimiento marxista se están apartando de aquella línea revolucionaria en la que decían haber entrado en octubre de 1934.

Por interés de la revolución proletaria, nosotros tenemos empeño —lo confesamos con toda sinceridad— en que los socialistas dejen de ser soporte de los partidos y del Gobierno de la burguesía. Las luchas entre el capital y el trabajo han llegado a tal extremo de tirantez, que no son permitidos ya los términos medios. O se lucha en favor de la burguesía, o se lucha en favor del proletariado. Este es el dilema de esta hora grave.

La clase trabajadora no puede confiar en la democracia —paréntesis abierto entre el fascismo y la revolución social—, por haber fracasado estrepitosamente en todos los países de Europa y del mundo. La democracia conviene a la burguesía, mas no a las clases obreras. [...]

"Claridad" se ha disgustado porque nuestros camaradas del Ramo de la Construcción de Madrid no han aceptado el laudo del ministro de Trabajo. El laudo ha sido rechazado, no porque proviene del Gobierno, sino porque no satisface las aspiraciones de los huelguistas. El Gobierno no ha pensado jamás en favorecer a los obreros. [...]

[Varias líneas tachadas por la censura.]

Los partidos del Frente Popular, el Gobierno y los socialistas tienen especial empeño en desvirtuar las tácticas peculiares a la C.N.T. Y el artículo que comentamos de "Claridad", no es más que una cuchillada artera.

(10-7-1936; retranscrito)

"La democracia conviene a la burguesía, mas no a las clases obreras"

Transcripción:

No podemos eludir el diálogo a que nos invita el órgano de un sector del socialismo: "Claridad". No por cortesía, sino por deber. Porque el socialismo español y todo el movimiento marxista se están apartando de aquella línea revolucionaria en la que decían haber entrado en octubre de 1934.

Por interés de la revolución proletaria, nosotros tenemos empeño —lo confesamos con toda sinceridad— en que los socialistas dejen de ser soporte de los partidos y del Gobierno de la burguesía. Las luchas entre el capital y el trabajo han llegado a tal extremo de tirantez, que no son permitidos ya los términos medios. O se lucha en favor de la burguesía, o se lucha en favor del proletariado. Éste es el dilema de esta hora grave.

La clase trabajadora no puede confiar en la democracia —paréntesis abierto entre el fascismo y la revolución social—, por haber fracasado estrepitosamente en todos los países de Europa y del mundo. La democracia conviene a la burguesía, mas no a las clases obreras. [...]

"Claridad" se ha disgustado porque nuestros camaradas del Ramo de la Construcción de Madrid no han aceptado el laudo del ministro de Trabajo. El laudo ha sido rechazado, no porque proviene del Gobierno, sino porque no satisface las aspiraciones de los huelguistas. El Gobierno no ha pensado jamás en favorecer a los obreros. [...]

[Varias líneas tachadas por la censura].

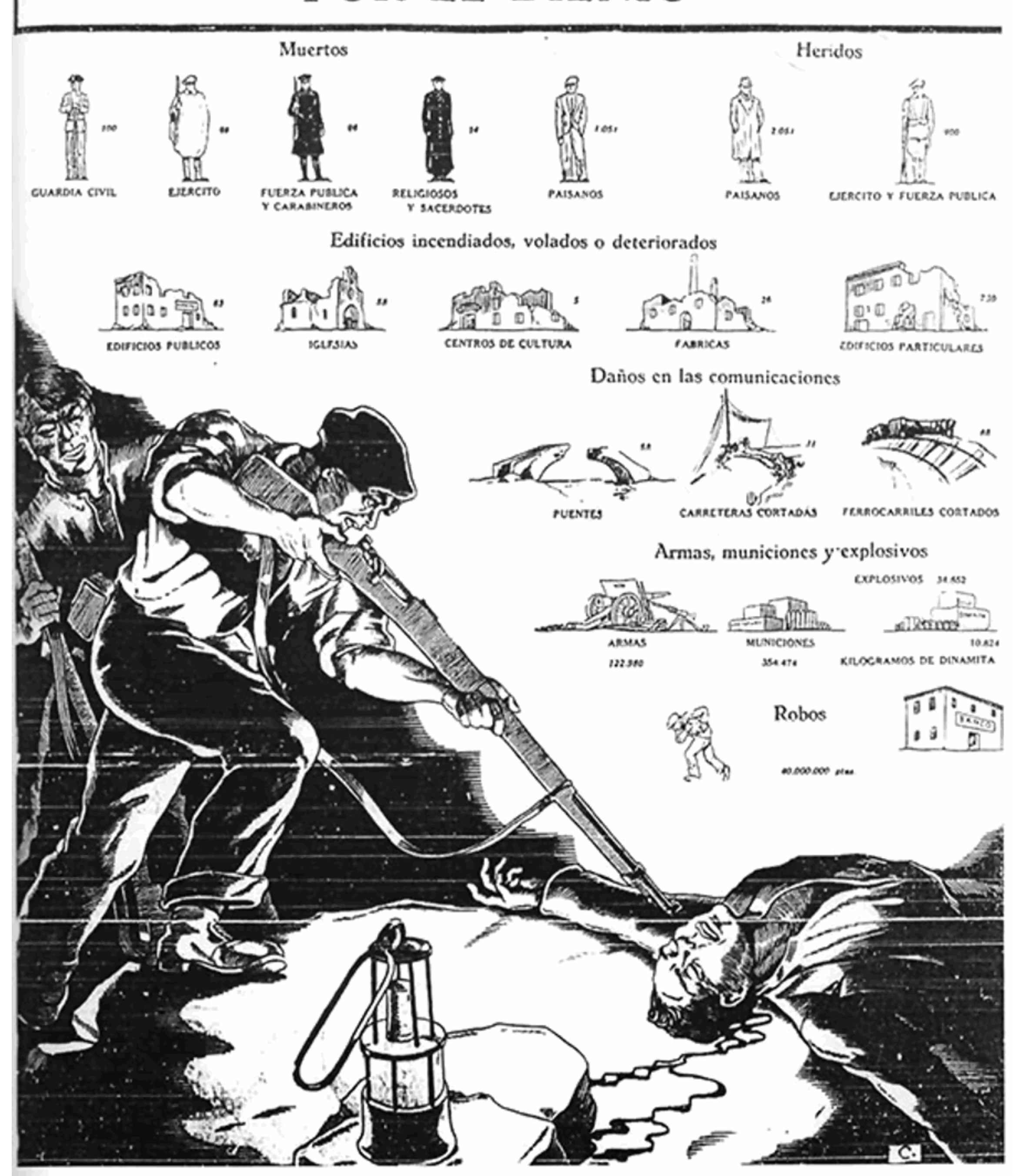
Los partidos del Frente Popular, el Gobierno y los socialistas tienen especial empeño en desvirtuar las tácticas peculiares a la C. N. T. Y el artículo que comentamos de "Claridad", no es más que una cuchillada artera.

10-7-1936

EL DEBATE

CINCO EDICIONES DIARIAS

LO QUE FUE LA REVOLUCION PREPARADA POR EL BIENIO



(2-2-1936)

Transcripción:

Muertos
GUARDIA CIVIL: 100
EJÉRCITO: 94
FUERZA PÚBLICA Y CARABINEROS: 96
RELIGIOSOS Y SACERDOTES: 14
PAISANOS: 1051

Heridos
PAISANOS: 2051
EJÉRCITO Y FUERZA PÚBLICA: 900

Edificios incendiados, volados o deteriorados
EDIFICIOS PÚBLICOS: 63
IGLESIAS: 58
CENTROS DE CULTURA: 5
FABRICAS: 26
EDIFICIOS PARTICULARES: 730

Daños en las comunicaciones
PUENTES: 58
CARRETERAS CORTADAS: 31
FERROCARRILES CORTADOS: 88

Armas, municiones y explosivos
ARMAS: 122 980
MUNICIONES: 354 474
KILOGRAMOS DE DINAMITA: 10 824
EXPLOSIVOS: 34 852

Robos

40 000 000 ptas.

2-2-1936

Las derechas se retiraron de la Comisión de Actas ante los atropellos de la mayoría

El Presidente de la Cámara logra una fórmula de aplazamiento

Se pretendía la anulación de las Actas de Cuenca y Granada sin previo estudio. También se quiso anular la de Zaragoza (provincia) En cambio se aprueba el pucherazo Izquierdista de Cáceres

La batalla de las actas dió comienzo ayer. Las izquierdas de la Comisión intentaron arrebatar puestos que legítimamente habían conquistado en las urnas las derechas. Todo lo anterior habían sido escaramuzas. La Comisión, con un espíritu partidista sin precedentes —a juicio de todos— en los anales parlamentarios, ante la presión marxista ha pretendido desfigurar resultados claros. Las derechas anunciaron su retirada. Se trató de convencerlas. Se ha llegado a un aplazamiento de los trabajos de la Comisión. El combate se ha suspendido por cuarenta y ocho horas. Las perspectivas dentro de la Comisión no son muy favorables a la paz.

(28-2-1936; *retranscrito*)

Quedan veinte puestos para la segunda vuelta

RESUMEN DE VOTOS

Conforme a los datos oficiales proclamados por las Juntas del Censo, el resultado en votos de las elecciones del 16 de febrero, a falta de Las Palmas y de algunas secciones de Tenerife y Málaga (capital), es el siguiente:

Candidaturas antirrevolucionarias	4.570.744
Frente Popular	4.356.559
Centristas	340.073
Nacionalistas vascos	141.137

En las candidaturas antirrevolucionarias están comprendidas las de radicales, monárquicos y tradicionalistas, que se presentaron en candidaturas aisladas. Lo mismo se ha hecho con algún izquierdista suelto respecto al Frente Popular. En los centristas están las candidaturas de portelistas, progresistas y algunas que se presentaron como centristas.

RESUMEN DE PUESTOS

DERECHA

Ceda	94
Agrarios	12
Renovación Española......	12
Tradicionalistas	11
Nacionalista español......	1
Independientes	11
Dudosos	2
Total	143

CENTRO

Centristas	19
Lliga	11
Progresistas	6
Radicales	8
Independientes	7
Liberales demócratas......	1
Nacionalistas vascos......	-
Conservadores	1
Total......	55

IZQUIERDA

Izquierda Republicana.	75
Unión Republicana	32
Socialistas	85
Comunistas	14
Esquerra	20
Acción Catalana......	5
Unión Marxista......	1
Catalán Proletario	1
Unión de «Rabasaires».	2
Unión Socialista	4
Nacionalistas Esquerra...	2
Esquerra Valenciana......	1
Galleguistas	3
Federales	2
Agrarios de izquierda...	1
Independientes izqda......	8
Total......	256

Faltan veinte puestos de la segunda vuelta.

(26-2-1936)

Transcripción:

Quedan veinte puestos para la segunda vuelta

RESUMEN DE VOTOS

Conforme a los datos oficiales proclamados por las Juntas del Censo, el resultado en votos de las elecciones del 16 de febrero, a falta de Las Palmas y de algunas secciones de Tenerife y Málaga (capital), es el siguiente:

Candidaturas antirrevolucionarias: 4 570 744

Frente Popular: 4 356 559

Centristas: 340 073

Nacionalistas vascos: 141 137

En las candidaturas antirrevolucionarias están comprendidas las de radicales, monárquicos y tradicionalistas, que se presentaron en candidaturas aisladas. Lo mismo se ha hecho con algún izquierdista suelto respecto al Frente Popular. En los centristas están las candidaturas de portelistas, progresistas y algunas que se presentaron como centristas.

RESUMEN DE PUESTOS

DERECHA

Ceda: 94

Agrarios: 12

Renovación Española: 12

Tradicionalistas: 11

Nacionalista español: 1

Independientes: 11

Dudosos: 2

Total: 143

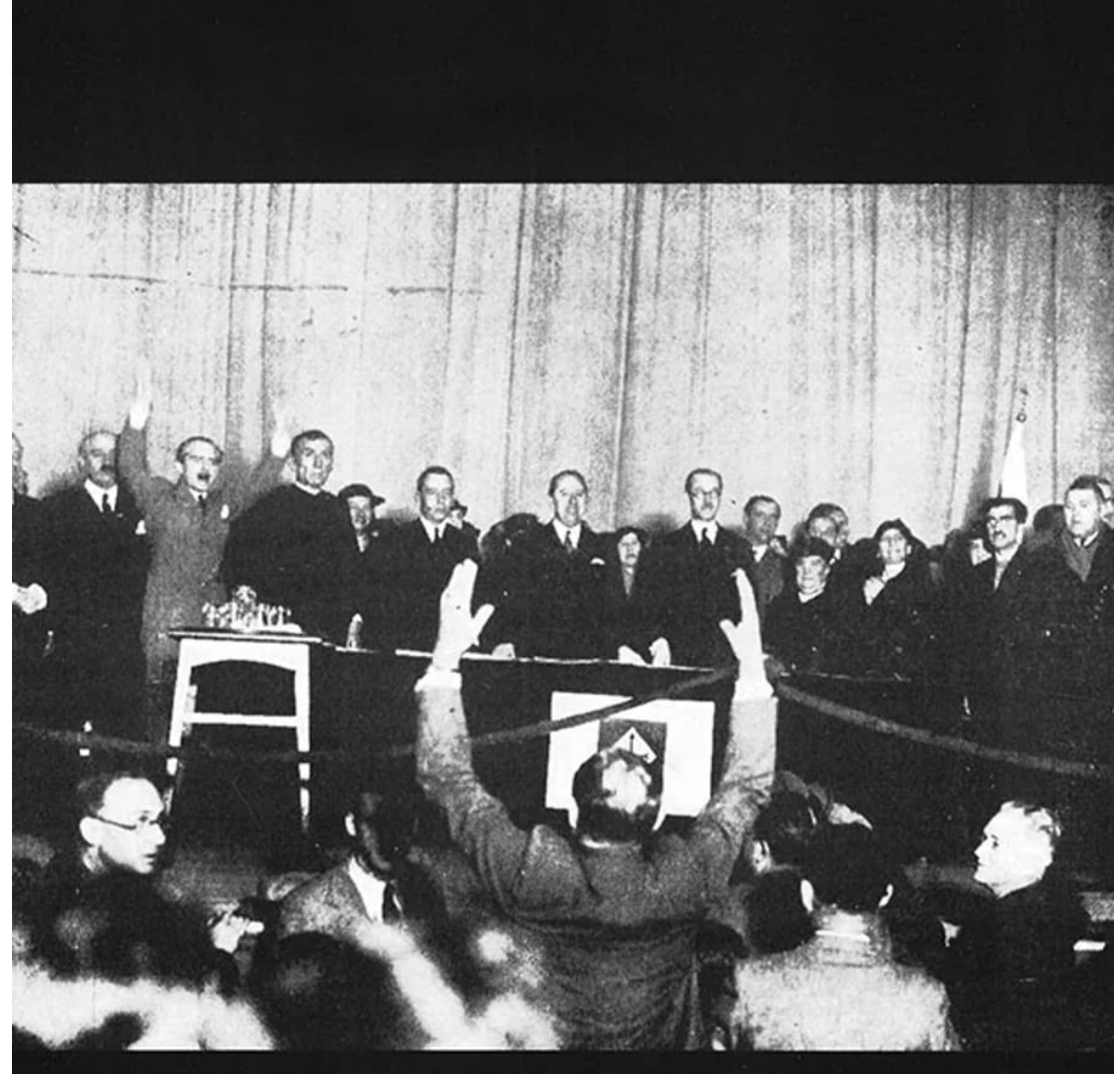
CENTRO

Centristas: 19

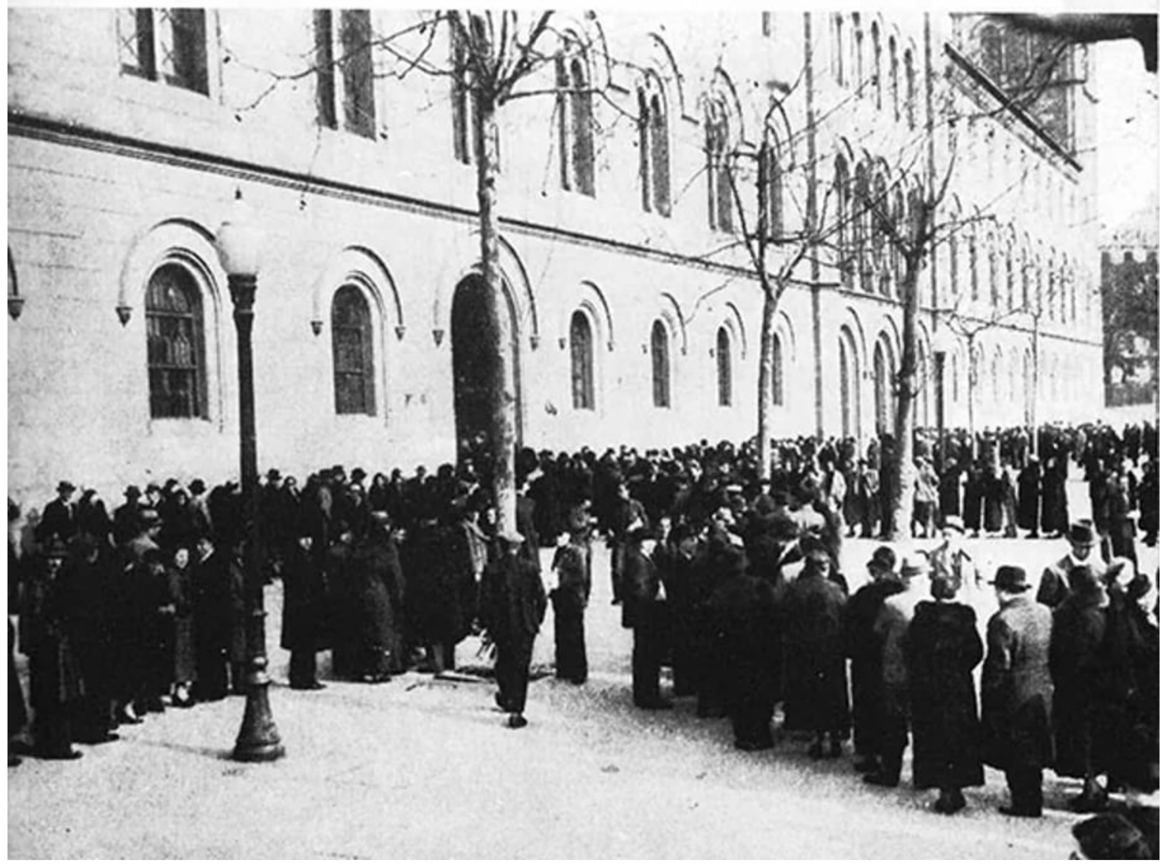
Lliga: 11
Progresistas: 6
Radicales: 8
Independientes: 7
Liberales demócratas: 1
Nacionalistas vascos: —
Conservadores: 1
Total: 55

IZQUIERDA
Izquierda Republicana: 75
Unión Republicana: 32
Socialistas: 85
Comunistas: 14
Esquerra: 20
Acción Catalana: 5
Unión Marxista: 1
Catalán Proletario: 1
Unión de Rabasaires: 2
Unión Socialista: 4
Nacionalistas Esquerra: 2
Esquerra Valenciana: 1
Galleguistas: 3
Federales: 2
Agrarios de izquierda: 1
Independientes izquierda: 8
Total: 256
Faltan veinte puestos de la segunda vuelta

26-2-1936



Elecciones del 16 de febrero de 1936: mitin de la CEDA en Zaragoza con la presencia de Gil-Robles.



Colas de electores para ir a votar en la Universidad de Barcelona, convertida en colegio electoral.

"LA PASIONARIA" PIDE QUE SE FORME EL EJERCITO PROLETARIO

UN MITIN DEL PARTIDO COMUNISTA EN BARCELONA

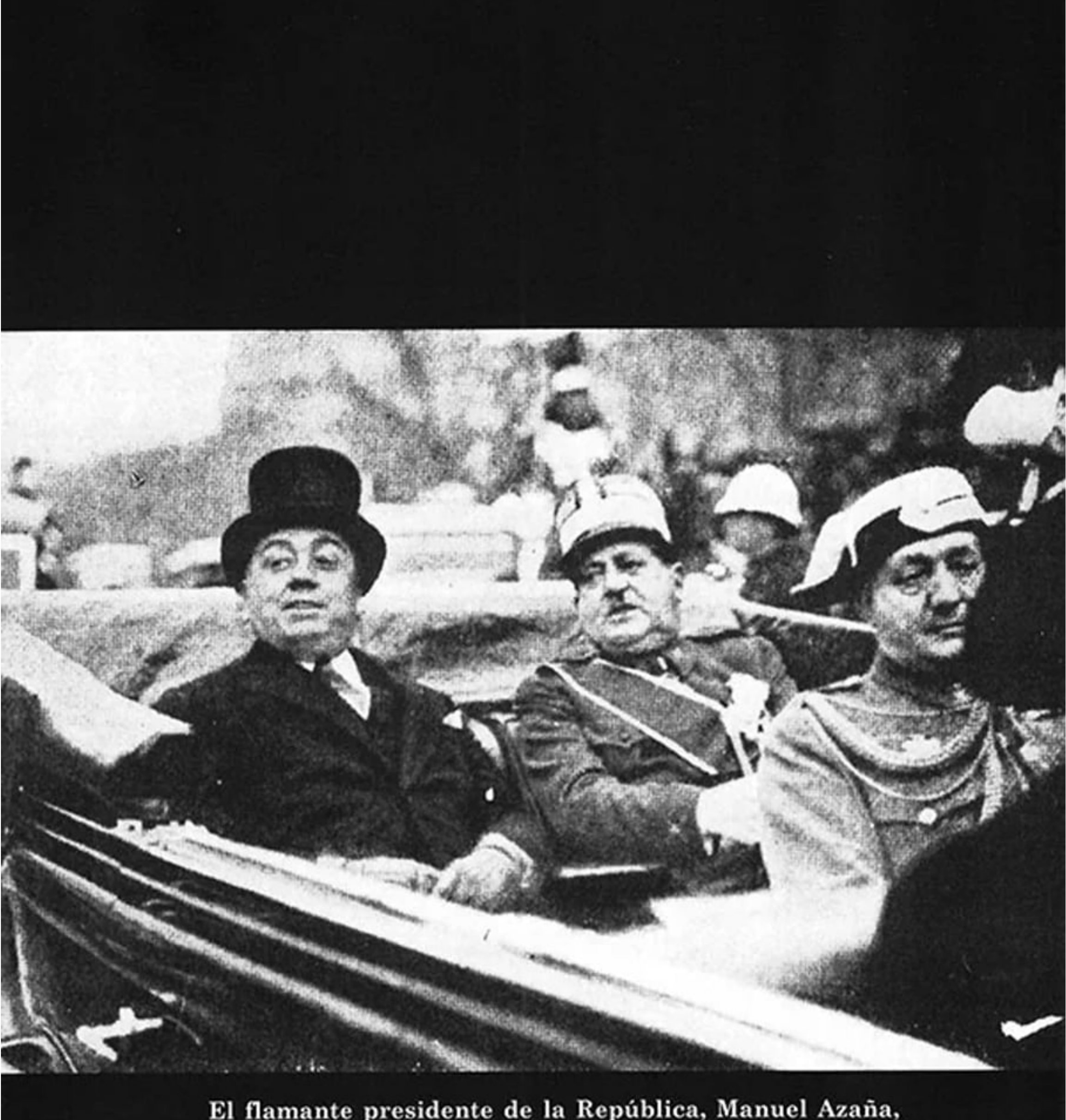
BARCELONA, 12.- Dolores Ibarruri "La Pasionaria" [...] dijo que el último triunfo electoral ha sido un triunfo del comunismo y del socialismo, que deben seguir luchando unidos para ganar a la pequeña burguesía. Dice que Azaña y Companys estarán en el Poder mientras cumplan el programa del Frente Popular, que debe ser cumplido rápidamente, pero en caso contrario se pasará por encima de ellos para dar satisfacción a los anhelos del pueblo.

Dice que el triunfo se ha debido a la represión y ha llegado el momento de que los bosques de puños que se levantan se conviertan en bosques de bayonetas para imponer el pueblo y su justicia. Hace grandes elogios de Rusia. Dice que Azaña ya ha demostrado que sabe desarrollar la represión y hay que hacer una limpieza en el Ejército y en las fuerzas armadas para librarlas de burgueses que las dirigen. Hay que ir cuanto antes a la organización del ejército proletario.

(12-3-1936; retranscrito)



Azaña, Prieto y otros diputados reunidos en el bar del Congreso cuando fue destituido el presidente de la República.



El flamante presidente de la República, Manuel Azaña, llega con el ministro del Ejército a la Castellana, donde el 14 de abril presidirá, antes de ser interrumpidos por los disturbios, los actos del V aniversario de la República.

Hay cuatro muertos y treinta y un heridos, ocho graves

Desde una obra en construcción de la Castellana y otra de Recoletos partieron muchos disparos. La comitiva mantuvo gran serenidad y no abandonó el entierro.

La fúnebre comitiva del entierro del infortunado alférez de la Guardia Civil, don Anastasio de los Reyes, fue hostilizada a tiros ocho veces en el trayecto registrándose con este motivo nutridos tiroteos frente a la Escuela Nacional de Sordomudos, en el Hipódromo; cien pasos más adelante, a la altura de las calles de Almagro, Miguel Ángel y Lista; en la calle de Abascal, Biblioteca Nacional y Cibeles. Resultado de este tiroteo han sido cuatro muertos, ocho heridos graves y veintitrés heridos de pronóstico leve y reservado.

Las víctimas se produjeron al hostilizar a la fuerza pública desde azoteas, calles adyacentes a las recorridas por el entierro y obras en construcción.

Al regresar del entierro se reprodujeron los incidentes, cruzándose varios disparos a la altura de la calle de Castelló. Se organizó una nutrida manifestación, que fue disuelta por la fuerza pública, a caballo, entre la calle de Torrijos y la plaza de Manuel Becerra.

Se han practicado más de 170 detenciones.

(17-4-1936; retranscrito)

Incidentes en el desfile militar de ayer

Hicieron explosión unos petardos cerca de la tribuna presidencial

En el tumulto sonaron unos disparos y cayó muerto un alférez de la Guardia Civil, de paisano

Otro número de la Benemérita, también de paisano, resulto herido

Hay varios heridos leves y se practicaron numerosas detenciones

En la mañana de ayer se celebró en el paseo de la Castellana el anunciado desfile militar con motivo del aniversario de la proclamación de la República.

A los pocos minutos de iniciado el desfile hizo explosión una traca de pólvora colocada entre la tribuna que ocupaba el Presidente de la República y el Gobierno y terreno destinado a la Escolta presidencial, a caballo. La explosión, que dio la sensación de una bomba, en los primeros momentos ocasionó el consiguiente revuelo y la alarma degeneró en la detención de un oficial del Ejército, en la muerte de un alférez de la Guardia Civil y en las heridas graves que han sufrido un número de la Benemérita y un transeúnte.

Se practicaron numerosas detenciones y el desfile continuó normalmente en lo que cabe.

(15-4-1936; retranscrito)

FUNCIONA YA UN "COMITE OBRERO DE EMPRESA"

Lo dirigen socialistas y se ha adueñado de los "tranvías blancos" de Madrid. Pide al Estado que "legalice la incautación" realizada

Entierro del bombero asfixiado en el incendio de la iglesia de San Luis

SE PROPONIAN ASALTAR LA CARCEL DE ZARAGOZA Y LIBERTAR A LOS PRESOS

Un plan de los extremistas y los reclusos políticos

Contaban con placas y carnets falsificados para hacerse pasar por policías y allanar domicilios

ATENTAN EN SEVILLA CONTRA EL PRESIDENTE DE LA AUDIENCIA

El y un agente que le custodiaba resultaron heridos

Al repeler la agresión, el policía hirió gravemente a uno de los pistoleros

Un alcalde socialista hiere a un vecino

Antes había publicado un bando anunciando el reparto de tierras

SE RESUELVE EL CONFLICTO DEL FERROCARRIL DE ZAFRA A HUELVA

Desde ayer circulan normalmente los trenes

NORMALIDAD EN VIGO

Magistrado del Supremo muerto a tiros

Dos desconocidos dispararon contra él en la calle de Luchana, donde vivía

Entierro del guardia de Asalto muerto

Transcripción:

Lo dirigen socialistas y se ha adueñado de los "tranvías blancos" de Madrid. Pide al Estado que "legalice la incautación" realizada.

Entierro del bombero asfixiado en el incendio de la iglesia de San Luis.

Él y un agente que le custodiaba resultaron heridos.

Al repeler la agresión, el policía hirió gravemente a uno de los pistoleros.

Antes había publicado un bando anunciando el reparto de tierras.

Desde ayer circulan normalmente los trenes.

Normalidad en Vigo.

Dos desconocidos dispararon contra él en la calle de Luchana, donde vivía.

Incidentes estudiantiles en Barcelona

Varios universitarios contusos y lesionados. Es descubierto un depósito de armas y se practican varias detenciones. Nuevo comisario general de Policía. Incurre en contradicciones el dueño del coche desde el que se tiroteó a la fuerza pública.

Armonías revolucionarias en Bilbao

Vivas y mueras a Largo Caballero y a Prieto. Durruti los llama a los dos asesinos

Herido grave en un tiroteo

Esta madrugada, después de las dos, se produjo un tiroteo en la calle de Goya entre dos grupos de individuos de distinta ideología política. A consecuencia del tiroteo resultó gravemente herido Marcelino del Pozo Babi, de veinte años, al parecer afiliado a Izquierda Republicana. El herido fué asistido en la Casa de Socorro de Buenavista de una herida por arma de fuego con orificio de entrada por el tercio medio del muslo derecho y de contusiones en las regiones frontal y parietal izquierda.

¡Se espera que el miércoles quede resuelto el conflicto metalúrgico catalán

Ayer se trabajó ya en cincuenta y cinco talleres. El señor Companys protesta contra las campañas de descrédito de cierta Prensa extranjera. Se descubre en Lérida un fardo con culatas de fusil

Los metalúrgicos de Barcelona acuerdan la vuelta al trabajo

Se cree que la efectuarán mañana. Se inaugura oficialmente el monumento a Pi y Margall en el paseo de Gracia

Entierro del policía muerto anteayer

La Casa del Pueblo ordenó a sus afiliados que asistieran

Transcripción:

Varios universitarios contusos y lesionados. Es descubierto un depósito de armas y se practican varias detenciones. Nuevo comisario general de Policía. Incurre en contradicciones el dueño del coche desde el que se tiroteó a la fuerza pública.

Armonías revolucionarias en Bilbao. Vivas y mueras a Largo Caballero y a Prieto. Durruti los llama a los dos asesinos.

Esta madrugada, después de las dos, se produjo un tiroteo en la calle de Goya entre dos grupos de individuos de distinta ideología política. A consecuencia del tiroteo resultó gravemente herido Marcelino del Pozo Babi, de veinte años, al parecer afiliado a Izquierda Republicana. El herido fué asistido en la Casa de Socorro de Buenavista de una herida por arma de fuego con orificio de entrada por el tercio medio del muslo derecho y de contusiones en las regiones frontal y parietal izquierda.

Ayer se trabajó ya en cincuenta y cinco talleres. El señor Companys protesta contra las campañas de descrédito de cierta Prensa extranjera. Se descubre en Lérida un fardo con culatas da fusil.

Se cree que la efectuarán mañana. Se inaugura oficialmente el monumento a Pi y Margall en el paseo de Gracia.

La Casa del Pueblo ordenó a sus afiliados que asistieran.

Son arrebatadas a las derechas todas las actas de la provincia de Cuenca

El "pucherazo" de Lalín

LAS ACTAS FALSAS DE CORUÑA, SON VALIDAS

Triunfan 13 izquierdistas, entre ellos el Sr. Casares Quiroga

LAS ACTAS DE ORENSE SON, EN CAMBIO, ANULADAS

Un maestro nacional, agredido en clase

POR DOS VECINOS DE LA LOCALIDAD

Acuerdan reanudar hoy el trabajo en Córdoba

Se da también por terminada la huelga en Teruel

NORMALIDAD EN LAS MINAS DE THARSIS

UN MUERTO Y HERIDOS EN UN ASALTO AL CENTRO FASCISTA DE VIGO

Un grupo de sindicalistas irrumpio en el local, pistola en mano

De las víctimas del tiroteo, uno está gravísimo y tres graves

MANIFESTACIONES EN DIFERENTES PROVINCIAS

En Madrid desfilaron uniformadas las milicias socialistas y comunistas.

Entregaron al jefe del Gobierno las conclusiones del Frente Popular

Transcripción:

Son arrebatadas a las derechas todas las actas de la provincia de Cuenca. El "pucherazo" de Lalín.

Triunfan 13 izquierdistas, entre ellos el Sr. Casares Quiroga.
Las actas de Orense son, en cambio, anuladas.

Por dos vecinos de la localidad.

Se da también por terminada la huelga de Teruel. Normalidad en las minas de Tharsis.

Un grupo de sindicalistas irrumpió en el local, pistola en mano. De las víctimas del tiroteo, uno está gravísimo y tres graves.

En Madrid desfilaron uniformadas las milicias socialistas y comunistas. Entregaron al jefe del Gobierno las conclusiones del Frente Popular.

Asaltan y registran una casa en Cuatro Caminos

Es el domicilio de un empleado de "Informaciones"

Nueva forma de "sabotage" en los autobuses

Como la extremada vigilancia impide los incendios, arrojan gases lacrimógenos, que hacen llorar y estornudar al público. Más incidentes escolares en Barcelona.

Tiran líquido inflamable al patio de butacas

Varios espectadores sufren quemaduras y, al producirse pánico en la salida, resultan varios contusos.
La Policía sorprende una reunión clandestina de la C.N.T.

Asaltan y registran una casa en Cuatro Caminos

Es el domicilio de un empleado de "informaciones"

JOVEN DE ACCION POPULAR MUERTO A TIROS POR UNOS EXTREMISTAS

El vecindario, amotinado, se lanza a la calle a vengar la agresión

La Guardia Civil detuvo al autor de los disparos

UN MUERTO Y UN HERIDO AL INTENTAR DESARMAR A LA GUARDIA CIVIL

Esta iba a detener en un café a un agitador extremista

Transcripción:

Es el domicilio de un empleado de "Informaciones".

Nueva forma de "sabotage" en los autobuses.

Como la extremada vigilancia impide los incendios, arrojan gases lacrimógenos, que hacen llorar y estornudar al público. Más incidentes escolares en Barcelona.

Tiran líquido inflamable al patio de butacas.

Varios espectadores sufren quemaduras y, al producirse pánico en la salida, resultan varios contusos. La Policía sorprende una reunión clandestina de la C. N. T.

El vecindario, amotinado, se lanza a la calle a vengar la agresión. La Guardia Civil detuvo al autor de los disparos.

Ésta iba a detener en un café a un agitador extremista.

Anoche terminó la huelga general en Cádiz

Por virtud del acuerdo ministerial de incautarse de los astilleros Echevarrieta

Matan a un derechista que fijaba carteles

En varios pueblos de Granada los oradores izquierdistas, después de combatir en sus discursos a la Guardia civil, hubieron de recabar su protección.

Irrumpen unos extremistas en una escuela de niños pobres de Albacete y causan grandes destrozos.

MAS DE CIEN BOMBAS EN UNA CONFITERIA DE ZARAGOZA

La Policía se incautó también de quince pistolas y gran cantidad de municiones

Otro derechista herido gravísimo a tiros

Los agresores se enfrentaron después con el alcalde y el juez. En un pueblo de Alicante hay un conato de motín porque es desarmado un individuo

Un muerto y cuatro heridos graves en atentados en Madrid

Dos de las agresiones parecen de motivo social entre obreros de C. N. T. y U. G. T. Otros dos heridos en una colisión entre socialistas y fascistas

Transcripción:

Por virtud del acuerdo ministerial de incautarse de los astilleros Echevarrieta.

En varios pueblos de Granada los oradores izquierdistas, después de combatir en sus discursos a la Guardia civil, hubieron de recabar su protección.

Irrumpen unos extremistas en una escuela de niños pobres de Albacete y causan grandes destrozos.

Los agresores se enfrentaron después con el alcalde y el juez. En un pueblo de Alicante hay un conato de motín porque es desarmado un individuo.

Dos de las agresiones parecen de motivo social entre obreros de C. N. T. y U. G. T. Otros dos heridos en una colisión entre socialistas y fascistas.

Los evolucionistas del PSOE derrotados

En la antevotación de los socialistas para la candidatura de izquierdas, Besteiro ha obtenido 1.557 votos; Saborit 607. Sale Besteiro candidato, pero sale definitivamente derrotada la tendencia de Besteiro. Eso es lo que significan las cifras.

Después de las varias peripecias de esta antevotación, puede rehacerse con perfecta exactitud la maniobra marxista. En el partido predominan los extremistas, los partidarios de todos los procedimientos de violencia. Se mostraron por eso en las primeras deliberaciones sobre la candidatura abiertamente contrarios a lo que Besteiro representa de moderación y de evolucionismo. Pero advirtieron que el nombre de Besteiro sería el reclamo de muchos votos, que los "amigos republicanos" quedaban en trance difícil si se excluía a Besteiro, que la exclusión de este nombre equivalía a desprenderse de lo poco que les restaba de disfraz. E idearon esa combinación, tan simple como burda, por la que se reniega de lo que Besteiro significa; mas quiere aprovecharse el crédito del nombre de Besteiro. Se admite a éste en la candidatura, pero se desprecia a Saborit, que representa lo mismo. Y lo mismo ha ocurrido en Valladolid con la derrota de Remigio Cabello.

El destino de Besteiro es así tan paradójico como triste: se le maldice, pero se le aprovecha. Si el jefe socialista se presta al juego, entrará en la candidatura. Pero, entre o no, la ineficacia de su tendencia es manifiesta. Han triunfado en toda la línea los extremistas. El nombre de Besteiro no podría servir más que para consolidar el triunfo con el engaño. No servirá ciertamente ni para eso, porque el ardid está a la vista y porque ya no hay gente dispuesta e dejarse engatusar.

(7-2-1936; retranscrito)

Hoy vuelven al trabajo los obreros que mantuvieron ayer la huelga general en Madrid

(18-4-1936)

El Colegio de Santa Isabel, de Madrid, va a ser incautado

EL COLEGIO EN QUE SANTA TERESA SE EDUCO HA SIDO CLAUSURADO

Funcionaba desde el siglo XV

SE RESUELVE EL CONFLICTO DE LA CONSTRUCCION EN BILBAO

Han reanudado ya el trabajo los campesinos de Chiva

Arreglado lo del ferrocarril Lorca-Baza, se mitigará la crisis en Serón (Almería)

SE RESUELVE EL CONFLICTO DE LOS CORTADORES DE FRUTA EN MURCIA

Se hará un empréstito para obras municipales en Almansa

Reanudan el trabajo los obreros de cafés y bares de Barcelona

El consejero de Trabajo dicta un laudo que fué aceptado por patronos y obreros. Anoche, a las doce, terminó la huelga

Transcripción:

Hoy vuelven al trabajo los obreros que mantuvieron ayer la huelga general en Madrid (18-4-1936).

Funcionaba desde el siglo XV.

Han reanudado ya el trabajo los campesinos de Chiva.

Arreglado lo del ferrocarril Lorca-Baza, se mitigará la crisis en Serón (Almería).

Se hará un empréstito para obras municipales en Almansa.

El consejero de Trabajo dicta un laudo que fue aceptado por patronos y obreros. Anoche, a las doce, terminó la huelga.

El señor Pérez Madrigal, agredido por un grupo de diputados

Después de una frase correcta que no encerraba ofensa para nadie. La mayoría contra el dictamen de la Comisión auxiliar de actas

CLAUSURA DE COLEGIOS REGIDOS POR MAESTROS CATOLICOS

El alcalde de Benifar ordena en un bando a los vecinos que lleven sus hijos a escuelas nacionales

Numerosos sacerdotes detenidos en Oviedo

Siguen las detenciones de elementos de derechas

Rusia da instrucciones para el 1 de mayo

DEDICA UN ELOGIO AL MARXISMO ESPAÑOL

MOSCU, 22.—El Comité central del partido comunista ruso ha publicado hoy sesenta consignas para el proletariado internacional con motivo de las próximas fiestas del primero de mayo.

Como de costumbre, estas consignas tienen carácter interior. En ellas se subraya el heroísmo del marxismo español, las provocaciones militaristas japonesas en Extremo Oriente, etc.

El ex ministro don A. Martínez herido a tiros

Unos individuos emboscados le hicieron varios disparos

El herido tiene dos balazos y anoche había mejorado algo dentro de la gravedad

Una manifestación en Barcelona

Con banderas separatistas y rojas llegaron hasta el Gobierno civil para pedir amnistía

Transcripción:

Después de una frase correcta que no encerraba ofensa para nadie. La mayoría contra el dictamen de la Comisión auxiliar de actas.

Siguen las detenciones de elementos de derechas.

El alcalde de Benifar ordena en un bando a los vecinos que lleven sus hijos a escuelas nacionales.

Unos individuos emboscados le hicieron varios disparos. El herido tiene dos balazos y anoche había mejorado algo dentro de la gravedad.

MOSCÚ. 22.—El Comité central del partido comunista ruso he publicado hoy sesenta consignas para el proletariado internacional con motivo de las próximas fiestas del primero de mayo.

Como de costumbre, estas consignas tienen carácter interior. En ellas se subraya el heroísmo del marxismo español, las provocaciones militaristas japonesas en Extremo Oriente, etc.

Con banderas separatistas y rojas llegaron hasta el Gobierno civil para pedir amnistía.

Bajo el Gobierno "centro"

NO PASA DIA SIN QUE SE COMETAN ATRACOS Y ATENTADOS SANGRIENTOS

A continuación reseñamos brevemente, por las fechas del periódico en que los sucesos aparecieron registrados, los éxitos del pistolerismo bajo este Gobierno, que en todos los sentidos, puede llamarse el de la disolución:

31 de diciembre de 1935

La Coruña.—Dos desconocidos hieren a un centinela.

1 de enero de 1936

Tenerife.—Un chófer asesinado a tiros por dos desconocidos.

Vigo.—Un obrero metalúrgico en huelga, muerto a tiros por unos desconocidos.

Barcelona.—Cinco individuos, pistola en mano, queman un autobús.

Barcelona.—Dos sujetos piden dinero, y al negárselo, roban y hieren a Juan Trulles.

Granada.—Unos pistoleros atracan un estanco.

Zaragoza.—Dos rateros que robaban coles, disparan contra los dueños de la finca al ir a detenerlos.

2 de enero

Barcelona.—Unos ladrones hieren a una mujer que pretendía impedir el robo.

Madrid.—Un individuo tirotea a los guardias que pretendían detenerlo.

3 de enero

Sevilla.—Atracan a un contratista de obras públicas.

Tarrasa.—Roban de un Banco 5.000 pesetas.

5 de enero

Bilbao.—Dos individuos atracan a una mujer. Es detenido uno de ellos.

6 de enero

Oviedo.—Dan una puñalada a un fascista en Laviana.

Talavera.—Atentados a tiros contra varios fascistas. Tres heridos.

Lérida.—En Vallcalent se encuentra el cadáver de un ganadero, a quien los malhechores habían despojado de todo su dinero.

Barcelona.—Varios desconocidos, pistola en mano, hacen desalojar un tranvía y después lo queman.

7 de enero

Ciudad Real.—Atracan a un vecino de Luciana llevándose 200 pesetas.

8 de enero

Barcelona.—Apedrean un tren.

Alicante.—Unos desconocidos incendian un taller.

Alicante.—En Almoradí, unos desconocidos se llevan la caja de la Administración de Correos.

10 de enero

Madrid.—Un muerto y cuatro heridos en atentado.

11 de enero

Málaga.—Atraco en una oficina, se llevan 500 pesetas.

Valencia.—Un factor y un guardia civil muertos a tiros por los atracadores.

Barcelona.—Tres heridos en un tiroteo al pretender detener a un desconocido.

Santander.—Un anciano asesinado en Vega de Pas para robarle.

13 de enero

Valencia.—Cuatro atracadores roban más de 30.000 pesetas.

Barcelona.—Dos atracos por más de 1.600 pesetas.

Barcelona.—Cinco individuos intentan realizar, pistola en mano, un atraco, fracasando en sus propósitos.

Madrid.—Es herido un vendedor de periódicos.

14 de enero

Barcelona.—Es muerto a tiros el encargado de una fábrica.

Madrid.—Colisión entre fascistas y comunistas.

Carabanchel.—Se comete una agresión.

San Sebastián.—Es agredido un patrono.

Murcia.—Es apuñalado un vendedor de periódicos.

16 de enero

Madrid.—Es tiroteado un guardia civil.

Cádiz.—Es apedreado un centinela.

17 de enero

Jerez.—Resulta un paisano muerto y un guardia civil herido.

Madrid.—Un obrero muerto a tiros.

18 de enero

Arcos (Cádiz).—Un alférez de la Guardia civil muerto a tiros.

Barcelona.—Atraco a una fábrica.

Madrid.—Incidentes entre los estudiantes de la Universidad.

19 de enero

Barcelona.—Atraco a una fábrica; se llevaron 2.000 pesetas y huyeron en una camioneta que habían robado.—Detienen a un individuo que vendía armas a los empleados de tranvías y autobuses. Se le ocupó documentación de la C. N. T.—Asaltan un colmado.

Madrid.—Continúan los incidentes estudiantiles.

21 de enero

Se extiende la protesta estudiantil

(22-1-1936)

Transcripción:

NO PASA DIA SIN QUE SE COMETAN ATRACOS Y ATENTADOS SANGRIENTOS.

A continuación reseñamos brevemente por las fechas del periódico en que los sucesos aparecieron registrados, los éxitos del pistolerismo bajo este Gobierno, que en todos los sentidos, puede llamarse el de la disolución:

31 de diciembre de 1935

La Coruña.— Dos desconocidos hieren a un centinela.

1 de enero de 1936

Tenerife.— Un chófer asesinado a tiros por dos desconocidos.

Vigo.— Un obrero metalúrgico en huelga, muerto a tiros por unos desconocidos.

Barcelona.— Cinco individuos, pistola en mano, queman un autobús.

Barcelona.— Dos sujetos piden dinero, y al negárselo, roban y hieren a Juan Trulles.

Granada.— Unos pistoleros atracan un estanco.

Zaragoza.— Dos rateros que robaban coles, disparan contra los dueños de la finca al ir a detenerlos.

2 de enero

Barcelona.— Unos ladrones hieren una mujer que pretendía impedir el robo.

Madrid.— Un individuo tirotea a los guardias que pretendían detenerlo.

3 de enero

Sevilla.— Atracan a un contratista de obras públicas.

Tarrasa.— Roban de un Banco 5000 pesetas.

5 de enero

Bilbao.— Dos individuos atracan a una mujer. Es detenido uno de ellos.

6 de enero

Oviedo.— Dan una puñalada a un fascista en Laviana.

Talavera.— Atentados a tiros contra varios fascistas. Tres heridos.

Lérida.— En Vallealent se encuentra el cadáver de un ganadero, a quien los malhechores habían despojado de todo su dinero.

Barcelona.— Varios desconocidos, pistola en mano, hacen desalojar un tranvía y después lo queman.

7 de enero

Ciudad Real.— Atracan a un vecino de Luciana llevándose 200 pesetas.

8 de enero

Barcelona.— Apedrean un tren.

Alicante.— Unos desconocidos incendian un taller.

Alicante.— En Almoradí, unos desconocidos se llevan la caja de la Administración de Correos.

10 de enero

Madrid.— Un muerto y cuatro heridos en atentado.

11 de enero

Málaga.— Atraco en una oficina, se llevan 500 pesetas.

Valencia.— Un factor y un guardia civil muertos a tiros por los atracadores.

Barcelona.— Tres heridos en un tiroteo al pretender detener a un desconocido.

Santander.— Un anciano asesinado en Vega de Pas para robarle.

13 de enero

Valencia.— Cuatro atracadores roban más de 30 000 pesetas.

Barcelona.— Dos atracos por más de 1600 pesetas.

Barcelona.— Cinco Individuos intentan realizar, pistola en mano, un atraco, fracasando en sus propósitos.

Madrid.— Es herido un vendedor de periódicos.

14 de enero

Barcelona.— Es muerto a tiros el encargado de una fábrica.

Madrid.— Colisión entre fascistas y comunistas.

Carabanchel.— Se comete una agresión.

San Sebastián.— Es agredido un patrono.

Murcia.— Es apuñalado un vendedor de periódicos.

16 de enero

Madrid.— Es tiroteado un guardia civil.

Cádiz.— Es apedreado un centinela.

17 de enero

Jerez.— Resulta un paisano muerto y un guardia civil herido.

Madrid.— Un obrero muerto a tiros.

18 de enero

Arcos (Cádiz).— Un alférez de la Guardia Civil muerto a tiros.

Barcelona.— Atraco a una fábrica.

Madrid.— Incidentes entre los estudiantes de la Universidad.

19 de enero

Barcelona.— Atraco a una fábrica; se llevaron 2000 pesetas y huyeron en una camioneta que habían robado. —Detienen a un individuo que vendía armas a los empleados de tranvías y autobuses. Se le ocupó documentación de la C. N. T. —Asaltan un colmado.

Madrid.— Continúan los incidentes estudiantiles.

21 de enero

Se extiende la protesta estudiantil.

Así fué la revolución

En Turón hubo un "cierto desorden", según "El Socialista"

El ingeniero y los religiosos asesinados fueron víctimas de "circunstancias diversas"

Quedaba sólo Turón. La lucha allí era brutal, porque el ataque había atraído a centenares de compañeros, que se sumaron a él imprimiéndole cierto desorden. En el cuartel perdieron la vida un suboficial, comandante del puesto, y tres guardias, después de ocho horas soportando el asedio. Cuando los revolucionarios quedaron dueños del campo, hicieron prisioneros a los ingenieros de la Empresa Hulleras de Turón, a varios hermanos de la Doctrina Cristiana, que en contacto con la Dirección de la citada Empresa coaccionaban la conciencia del pueblo, y a los guardias jurados que, al mando de un tal Cándido del Agua, había organizado «Hulleras» para algo más que las funciones propias de estos individuos. Se asegura que a este Cándido del Agua le encontraron los revolucionarios en el bolsillo una lista con los nombres de los más destacados dirigentes de las organizaciones sindicales, y los de otras personas de matiz republicano de izquierda. Contra la política reaccionaria de Hulleras de Turón clamaba a diario nuestro periódico. Esta política había desencadenado el rencor proletario. Ahora bien: los prisioneros a los cuales se fusiló en Turón cuando el movimiento estaba ya vencido, estimo que fueron víctimas de circunstancias diversas. El Comité revolucionario había ordenado que se les respetase a todos para juzgarlos en días en que la calma dejase más sereno el ánimo. Influyeron en su desgracia, primero, la famosa lista, de cuya finalidad no cabía dudar; después, los rumores de estragos producidos por la aviación, y, por último, la misma derrota de la revolución.

("El Socialista", 19 de enero de 1936 Páginas 4 y 5.)

LA C. N. T. CONSIDERA A LOS SOCIALISTAS ENEMIGOS DE LOS OBREROS

Su paso por el Poder se caracterizó por la persecución de que les hizo objeto

No quieren contacto ni colaboraciones con partidos burgueses

ZARAGOZA, 25.—Los principales elementos dirigentes de la C. N. T. se reunieron para tratar de la próxima contienda electoral, y predominó el criterio de mantenerse completamente apolíticos. Rechazaron todo intento de aproximación con los socialistas, a quienes consideran enemigos del obrero, como lo demostraron cuando estuvieron en el Poder, durante cuya etapa se hizo objeto de muchas persecuciones a los trabajadores.

También en Barcelona

BARCELONA, 25.—Se ha reunido en el local del Sindicato de la Construcción de la calle de Mercaders el pleno de la Confederación local de Sindicatos únicos de Cataluña. Han asistido delegados de toda Cataluña y gran cantidad de afiliados.

La impresión general es de que los obreros acordarán no acudir a las urnas. En este sentido aconseja a los afiliados el fondo de «Solidaridad Obrera». Parece que se decidirá la abstención y triunfará el propósito de no establecer contactos ni colaboraciones con partidos burgueses

Transcripción:

En Turón hubo un "cierto desorden", según "El Socialista".

El ingeniero y los religiosos asesinados fueron víctimas de "circunstancias diversas".

Quedaba sólo Turón. La lucha allí era brutal, porque el ataque había atraído a centenares de compañeros, que se sumaron a él imprimiéndole cierto desorden. En el cuartel perdieron la vida un suboficial, comandante del puesto, y tres guardias, después de ocho horas soportando el asedio. Cuando los revolucionarlos quedaron dueños del campo, hicieron prisioneros a los ingenieros de la empresa Hulleras de Turón, a varios hermanos de la Doctrina Cristiana, que en contacto con la Dirección de la citada Empresa coaccionaban la conciencia del pueblo, y a los guardias jurados que, al mando de un tal Cándido del Agua, había organizado Hulleras para algo más que las funciones propias de estos individuos. Se asegura que a este Cándido del Agua le encontraron los revolucionarios en el bolsillo una lista con los nombres de los más destacados dirigentes de las organizaciones sindicales, y los de otras personas de matiz republicano de izquierda. Contra la política reaccionaria de Hulleras de Turón clamaba a diario nuestro periódico. Esta política había desencadenado el rencor proletario. Ahora bien; los prisioneros a los cuales se fusiló en Turón cuando el movimiento estaba ya vencido, estimo que fueron victimas de circunstancias diversas. El Comité revolucionarlo había ordenado que se les respetase a todos para juzgarlos en días en que la calma dejase más sereno el ánimo. Influyeron en su desgracia, primero, la famosa lista, de cuya finalidad no cabía dudar; después, los rumores de estragos producidos por la aviación, y, por último, la misma derrota de la revolución.

("El Socialista", 19 de enero de 1936, páginas 4 y 5).

Su paso por el Poder se caracterizó por la persecución de que les hizo objeto.

No quieren contacto ni colaboraciones con partidos burgueses.

ZARAGOZA, 25.— Los principales elementos dirigentes de la C. N. T. se reunieron para tratar de la próxima contienda electoral, y predominó el criterio de mantenerse completamente apolíticos. Rechazaron todo intento de aproximación con los socialistas, a quienes consideran enemigos del obrero, como lo demostraron cuando estuvieron en el Poder, durante cuya etapa se hizo objeto de muchas persecuciones a los trabajadores.

También en Barcelona.

BARCELONA.— Se ha reunido en el local del Sindicato de la Construcción de la calle de Mercaders el pleno de la Confederación local de Sindicatos únicos de Cataluña. Han asistido delegados de toda Cataluña y gran cantidad de afiliados.

La impresión general es de que los obreros acordarán no acudir a las urnas. En este sentido aconseja a los afiliados el fondo de Solidaridad Obrera. Parece que se decidirá la abstención y triunfará el propósito de no establecer contactos ni colaboraciones con partidos burgueses.

Termina la huelga general de Puertollano

Salen los 130 obreros que han permanecido diez días en los pozos.

Desalojan las fincas invadidas en Badajoz

Los campesinos, a los requerimientos de la fuerza pública

Se eleva a 19.000 el número de los hasta hoy asentados

Quitarán el nombre a la plaza de España

Lo ha acordado el Ayuntamiento de Bilbao, que dará a una calle el nombre de Maciá

Además, se querellará contra el señor Velarde por lo de los Ayuntamientos vascos

Cómo se practica la libertad de trabajo

Recibimos la siguiente nota de la Asociación de Hoteles y Similares de Madrid:

"Hace varios días que están circulando por distintos establecimientos de Madrid comisiones de obreros representantes de la U. G. T. y de la C. N. T. con la pretensión de que cesen en el trabajo los obreros que no les son gratos, bien por pertenecer a otras asociaciones profesionales o no querer incluirse en ninguna, por haberse dado de baja en algunas de aquéllas, el estar retrasado en el pago de recibos, etc., y llevan de antemano unas listas de sustitutos de ideología análoga a la de los comisionados; y amenazan con hacerlo violentamente si a ello no se accede de manera voluntaria. La acción que vienen ejercitando es tan intensa, que han motivado el cierre de algunos establecimientos.

Transcripción:

Salen los 130 obreros que han permanecido diez días en los pozos.

Los campesinos, a los requerimientos de la fuerza pública. Se eleva a 19 000 el número de los hasta hoy asentados.

Lo ha acordado el Ayuntamiento de Bilbao, que dará a una calle el nombre de Maciá. Además, se querellará contra el señor Velarde por lo de los Ayuntamientos vascos.

Recibimos la siguiente nota de la Asociación de Hoteles y Similares de Madrid:

Hace varios días que están circulando por distintos establecimientos de Madrid comisiones de obreros representantes de la U. G. T. y de la C. N. T. con la pretensión de que cesen en el trabajo los obreros que no les son gratos, bien por pertenecer a otras asociaciones profesionales o no querer incluirse en ninguna, por haberse dado de baja en algunas de aquéllas, el estar retrasado en el pago de recibos, etc., y llevan de antemano unas listas de sustitutos de ideología análoga a la de los comisionados; y amenazan con hacerlo violentamente si a ello no se accede de manera voluntaria. La acción que vienen ejercitando es tan intensa, que han motivado el cierre de algunos establecimientos.

El Frente Popular, grato a los soviets

MOSCÚ, 15.- Los periódicos de la U.R.S.S. hacen resaltar con visible satisfacción que durante esta última semana se han celebrado en Madrid muchas reuniones de propaganda electoral del Frente de izquierdas, a las que ha asistido numeroso público.

La Agencia Tass evalúa en doscientos el número de estos mítines. [...] También subraya que en muchas de estas reuniones se han fijado cartelones con la inscripción de "¡Viva la Unión Soviética!", así como que en una reunión celebrada en Madrid se dieran estos vivas repetidamente por los asistentes.

(16-2-1936; retranscrito)

LOS EXTREMISTAS TRIUNFAN EN EL SOCIALISMO MADRILEÑO

Besteiro acogido con "fuertes rumores e increpaciones"

El señor Besteiro "cree —según el resumen que de su pensamiento hace 'Claridad'— que el partido español deja de ser socialista para convertirse en comunista, y que esto es un error, porque las posibilidades de España ahora distan mucho de ser las mismas que en Rusia al final de la guerra".

(21-4-1936; retranscrito)

Son reconocidos cuatro autores de la colocación de una bomba

La Generalidad, neutral en la huelga de dependientes

Convento de religiosas para escuela socialista

Mitin en Zaragoza. Colisiones e insultos entre socialistas y anarquistas

La F.A.I. adquirió el "auto" en que huyeron los asesinos de los hermanos Badía

Empieza en Madrid la huelga de la construcción

A los requerimientos de la fuerza pública los campesinos desalojan las fincas invadidas en Badajoz. Se eleva a 19.000 el número de los hasta hoy asentados

Sigue el conflicto marítimo en Barcelona

Son varias las tripulaciones de barcos que están en huelga de brazos caídos

Anarquista muerto en Málaga en un tiroteo

A primera hora de la mañana se acometieron dos grupos formados por elementos de la C.N.T., de la U.G.T. y comunistas

Paro en el ramo textil en Onteniente

Termina la huelga general en Cuenca

Tan resueltos como los malhechores

El anuncio de la guerra civil viene siendo un motivo de especulación política. Donde hay especulación, hay negocio. El anuncio de la contienda intestina podría ser un buen negocio para unos; la contienda misma sería un negocio para otros; quien nada habría de ganar con ella sería el país, es decir la mayoría de los españoles, es decir España.

Con la guerra civil especulan los que, invocándola, quieren formar un partido que no han podido constituir y que no podrían constituir de otra manera. Es infinitamente probable que tampoco así habrán de lograrlo; mas la seguridad del fracaso no les retrae de la especulación.

Con la guerra civil especulan singularmente los directores revolucionarios de las masas obreras. "Si ganan las derechas, decía el domingo el señor Largo Caballero en Alicante, al día siguiente tendremos que ir a la guerra civil declarada." Y un periódico del conglomerado revolucionario gritaba ayer aparatosamente desde la primera página: "Si las derechas triunfaran en las elecciones, al día siguiente desencadenarían la guerra civil en España." Y no son una casualidad, ni una excepción, ni un caso aislado tales amenazas y malos augurios. Son la cantinela de todos los días. Tienen, naturalmente, una explicación.

Los jefes revolucionarios de las masas obreras han prometido a éstas toda suerte de prosperidades y bienandanzas. Fijaron la fecha de la realización de las promesas. La fecha llegó con el triunfo de la revolución y con la subida de los directores revolucionarios al Poder. Y las promesas no pudieron ser cumplidas.

(29-1-1936; retranscrito)

> ***«Si ganan las derechas, decía el domingo el señor Largo Caballero, al día siguiente tendremos que ir a la guerra civil declarada»***

Transcripción:

El anuncio de la guerra civil viene siendo un motivo de especulación política. Donde hay especulación, hay negocio. El anuncio de la contienda intestina podría ser un buen negocio para unos; la contienda misma sería un negocio para otros; quien nada habría de ganar con ella sería el país, es decir la mayoría de los españoles, es decir España.

Con la guerra civil especulan los que, invocándola, quieren formar un partido que no han podido constituir y que no podrían constituir de otra manera. Es infinitamente probable que tampoco así habrán de lograrlo; mas la seguridad del fracaso no les retrae de la especulación.

Con la guerra civil especulan singularmente los directores revolucionarios de las masas obreras. «Si ganan las derechas, decía el domingo el señor Largo Caballero en Alicante, al día siguiente tendremos que ir a la guerra civil declarada». Y un periódico del conglomerado revolucionario gritaba ayer aparatosamente desde la primera página: «Si las derechas triunfaran en las elecciones, al día siguiente desencadenarían la guerra civil en España». Y no son una casualidad, ni una excepción, ni un caso aislado tales amenazas y malos augurios. Son la cantinela de todos los días. Tienen, naturalmente, una explicación.

Los jefes revolucionarios de las masas obreras han prometido a éstas toda suerte de prosperidades y bienandanzas. Fijaron la fecha de la realización de las promesas. La fecha llegó con el triunfo de la revolución y con la subida de los directores revolucionarios al Poder. Y las promesas no pudieron ser cumplidas.

29-1-1936



Discurso del Señor Calvo Sotelo en las Cortes

"Han ardido esculturas de Salzillo, magníficos retablos de Juan de Juanes, tallas policromadas, monumentos nacionales como la iglesia de Santa María, en Elche, lo han hecho en medio del abandono, cuando no con la protección cómplice de los representantes de la autoridad"

El señor Azaña recomendaba calma; nos ha dicho que el Gobierno no quiere la guerra civil. Todo eso, dicho a principios de marzo, hubiera podido sonar bien y ser aplaudido por muchos *(Protestas en socialistas y comunistas)*; ¡pero hablar de calma ahora, al cabo de varias semanas en que se puede decir que no existen en muchos puntos de España ni las garantías más elementales de vida!... (*Protestas en los bancos marxistas, que degeneran en gran alboroto, que impiden oír el final del párrafo.)* Cuando por todas partes se sienten las amenazas y se oye gritar: ¡Patria, no! ¡Patria, no!, y a los vivas a España se contesta con vivas a Rusia *(Nuevo alboroto)*; cuando se nos está escarneciendo por espacio de siete semanas... *(Alborotos y gritos de protesta, que no permiten oír el final.)*

Estadística de actos realizados

Señores diputados: A partir del 16 de febrero dijérase que se ha volcado sobre España un ventarrón de fuego y de furor.

Desde el 16 de febrero hasta el 2 de abril [...] ha habido:

Asaltos y destrozos: en Centros políticos, 58; [...] en establecimientos públicos y privados, 72; en domicilios particulares: 33; en iglesias, 36. *(Un diputado: muy poco, cuando no os han arrastrado a vosotros todavía.)* Incendios: en Centros políticos, 12; en establecimientos públicos y privados, 45; en domicilios particulares, 15; en iglesias, 106, de las cuales 56 quedaron completamente destrozadas. Huelgas generales, 11; tiroteos, 39; agresiones, 65; atracos, 24; heridos, 345; muertos, 74. (*La señora IBARRURI: "¿Cuánto dinero habéis tenido que pagar a los asesinos?")* [...]

(Varios diputados pronuncian palabras que no se perciben.)

El señor CALVO SOTELO: mientras la presidencia me ampare en mi derecho, permaneceré impertérritamente en pie, dispuesto a decir todo lo que tengo que decir. *(Nuevas interrupciones: Todas las agresiones han partido de vosotros. ¡Que cinismo!)* Advierto que las interrupciones que tengan carácter ofensivo, viniendo de algunas personas para mi no lo serán. [...] Iba diciendo, señor presidente, que, con su venia, entregaré a la redacción del *Diario de Sesiones* los datos cuya lectura omito para no prolongar mi intervención. *(Rumores.)* Y advierto que entre esos episodios los hay tan horrendos, que los mismos que me interrumpen serían los primeros en guardar silencio, porque no hay ninguna persona, no ya con figura, con alma, que quiere decir figura humana, que ante ciertos episodios canallescos y horrendos, cualesquiera que sean sus autores y sus víctimas, no sienta indignación. (*Nuevas protestas.)*

El señor Azaña se limitaba a calificar de tontería el incendio de las iglesias. [...]

Nunca, señor Azaña, se puede calificar así el incendio de un templo. *(Rumores y protestas. El presidente reclama orden. La señora NELKEN: Hay cosas que no se pueden oír con paciencia, ni con campanilla ni sin ella.)*

Grandes son las pérdidas que ha experimentado el arte español, y yo supongo que al margen de la religión el arte os interesa a todos. [...] Esculturas de Salzillo, magníficos retablos de Juan de Juanes, tallas policromadas, obras que habían sido declaradas monumentos nacionales, como la igle-

sia de Santa María, en Elche, han ardido en medio del abandono, cuando no con la protección cómplice de los representantes de la autoridad pública. (Protestas. Un diputado: "Los habían vendido ya los arzobispos.") Todo esto ha producido consternación en el extranjero y, por supuesto, en España [...]

¿Sabéis lo que ha ocurrido ayer y lo que está ocurriendo hoy en Jerez? *(Nuevas protestas. El presidente reclama orden.)* Pues en Jerez, según parece, han ardido esta noche varios conventos, un periódico y un Centro político; en tanto la fuerza pública está recluida, porque el representante de la autoridad le prohíbe salir a la calle. [...]

Señor Azaña, no se puede jugar con el fuego. Su señoría, que conoce la Historia, sabe que sirve para dar lecciones, y yo digo que su señoría ha llegado al Poder en momentos culminantes en que las fuerzas proletarias españolas, por su volumen y por su disciplina, se disponen a continuar la obra iniciada en Asturias y a dar su segundo paso, que consiste en la instauración del comunismo.

El señor AZAÑA: Reconocerá su señoría conmigo, que la instauración del comunismo sería fatal para su señoría y para mí.

El señor CALVO SOTELO: pero lo más grave es que también sería fatal para España. [...]

Nosotros, señor Azaña, miramos a Rusia, si, ¿cómo no hemos de mirar a Rusia?, y a Hungría, y al resto del mundo; pero ahora no estamos en Rusia ni en Hungría, y miramos a nosotros, ¿cómo no?, y nos encontramos ante ciento diez diputados que quieren implantar el comunismo en España y que se llaman ministeriales, que influyen en el seno del Gobierno y en la política del Gobierno. ¿Es que vamos a permanecer nosotros fríos e indiferentes, como si no medrasen intereses supremos? *(Rumores.)* Miramos a Rusia y a Hungría, leemos y repasamos las páginas de su historia reciente, y como sabemos que aquello fue una tragedia, corta para Hungría, permanente todavía para Rusia, queremos que esa tragedia se evite en España y decimos al Gobierno que a él le incumbe esta misión y que, para cumplirla, no le faltarán ciertamente ni los votos ni la opinión de los que aquí estamos. *(Rumores.)* ¡Ah!, pero si el Gobierno muestra flaqueza,

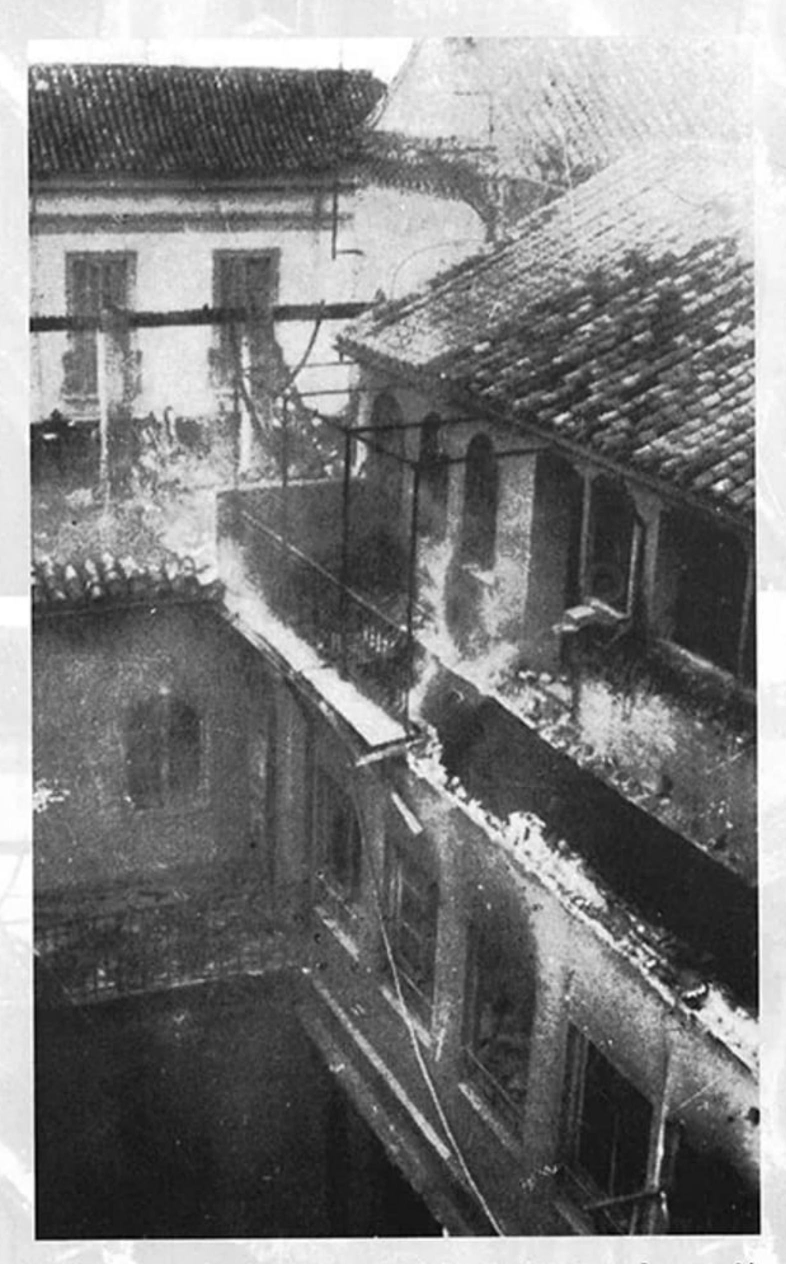
vacila, si se produce con indecisiones que permitan suponer la posibilidad de que en la fortaleza del Estado se entrometan de una manera tortuosa los que lo quieren arrasar, nosotros tenemos que levantarnos aquí a gritar que estamos dispuestos a oponernos por todos los medios, diciendo que el ejemplo de exterminio, de trágica destrucción que las clases sociales conservadoras y burguesas de Rusia vivieron no se repetirá en España, porque ahora mismo, si tal ocurriese, nos moveríamos a impulsos de un espíritu de defensa que a todos llevará al heroísmo, porque antes que el terror rojo... *(Rumores.)*

(16-4-1936; retranscrito)

«¿Qué puede ocurrir si la democracia parlamentaria fracasa? Ya el señor Largo Caballero, deducía la conclusión diciendo: "Si eso ocurre, no hay más que una salida: la dictadura del proletariado"»



Los talleres del periódico *La Nación*, de Madrid, fueron también asaltados e incendiados.



La furia revolucionaria se cebó asimismo en los periódicos. Aquí el *Ideal* de Granada, saqueado y quemado.



Discurso del señor Gil Robles en las Cortes

"Media nación no se resigna a morir"

A su señoría, señor Azaña, que dice que siente profundamente a España [...] le pregunto: ¿Cómo puede cohonestar ese sentido de la patria con la colaboración de grupos que se dicen internacionalistas, que niegan la patria, que propugnan su disolución y que recientemente han amparado a grupos que en manifestaciones públicas se han permitido dar el grito de *¡Muera España!*? *(Muy bien.)*

Su señoría propugnaba una política democrática [...] Pero ese sentido netamente democrático, que significa la colaboración de todos los ciudadanos en la obra y en los empeños del gobierno y de regir la vida pública, ¿se acomoda con ese concepto de la dictadura del proletariado, que no es más que la imposición de una clase para destruir al resto de las clases sociales? *(Muy bien y rumores.)* [...]

Su señoría, con las masas que le siguen, parece que desconoce que en los momentos actuales en todos los pueblos y aldeas de España se está desarrollando una persecución implacable contra las gentes de derecha; que se multa, y se encarcela, y se deporta, y se asesina a gentes de derecha por el mero hecho de haber sido interventor, o apoderado, o directivo de una organización de derechas durante estos tiempos; que ahora, a los que estamos actuando dentro de la legalidad, se nos persigue, y se nos atropella, y en el momento en que se va a abrir una consulta para elegir al supremo magistrado de la República, nos encontramos con que nues-

tras fuerzas dicen que no existe la mínima garantía, no ya de independencia para emitir el sufragio, sino de vida. [...]

Media nación no se resigna a morir

Desengañaos, señores diputados, una masa considerable de opinión española que, por lo menos, es la mitad de la nación, no se resigna implacablemente a morir; yo os lo aseguro. Si no puede defenderse por un camino se defenderá por otro. Frente a la violencia que allí se propugna surgirá la violencia por otro lado, y el Poder público tendrá el triste papel de espectador de una contienda ciudadana en la que se va a arruinar, material y espiritualmente, la nación. La guerra civil la impulsa por una parte la violencia de aquellos que quieren ir a la conquista del Poder por el camino de la revolución; por la otra, la está mimando, sosteniendo y cuidando la apatía de un Gobierno que no se atreve a volverse contra sus auxiliares, que tan cara le están pasando la factura de la ayuda que le dan. [...]

(16-4-1936; retranscrito)





[En las Cortes los comunistas insinúan el asesinato del jefe de la oposición Gil Robles]

El señor Díaz, comunista, declaró en la sesión de la noche: «Decía Gil Robles que era preferible morir en la calle a morir no sé de qué manera. Yo no sé cómo morirá el señor Gil Robles (*una Voz: «En la horca»*). Yo sé que morirá el señor Gil Robles con los zapato puestos. *(El escándalo que estas palabras producen en las derechas es inenarrable. Puestos en pie protestan airadamente, y a su vez las izquierdas contraprotestan. La presidencia logra imponerse por medio del altavoz y ruega al orador que se produzca en términos de respeto al Parlamento.)* [...]

Se oye la voz de la señora Ibarruri que grita: «¡Si os molesta, le quitaremos los zapatos y le pondremos las botas!»

El señor Gil Robles exclama: «¡Yo no soy un asesino como vosotros!» *(El escándalo que estas palabras producen es tremendo. Los diputados del Frente Popular increpan a las derechas y éstas contraprotestan. [...] Los señores González Peña, Belarmino Tomás y Escribano se lanzan al hemiciclo en actitud agresiva contra las derechas, dando vivas a Asturias; pero otros compañeros logran detenerlos.)* [...]

El diputado comunista prosigue diciendo: Nosotros, con los socialistas, somos la dictadura del proletariado, pero apoyaremos con todas nuestras fuerzas al Gobierno.

(16-4-1936; retranscrito)

"Yo no sé cómo morirá el señor Gil Robles *(una voz: "En la horca")*. Yo sé que morirá el señor Gil Robles con los zapatos puestos"

Transcripción:

El señor Díaz, comunista, declaró en la sesión de la noche: «Decía Gil Robles que era preferible morir en la calle a morir no sé de qué manera. Yo no sé cómo morirá el señor Gil Robles (una Voz: "En la horca"). Yo sé que morirá el señor Gil Robles con los zapato puestos». (El escándalo que estas palabras producen en las derechas es inenarrable. Puestos en pie protestan airadamente, y a su vez las izquierdas contraprotestan. La presidencia logra imponerse por medio del altavoz y ruega al orador que se produzca en términos de respeto al Parlamento). […]

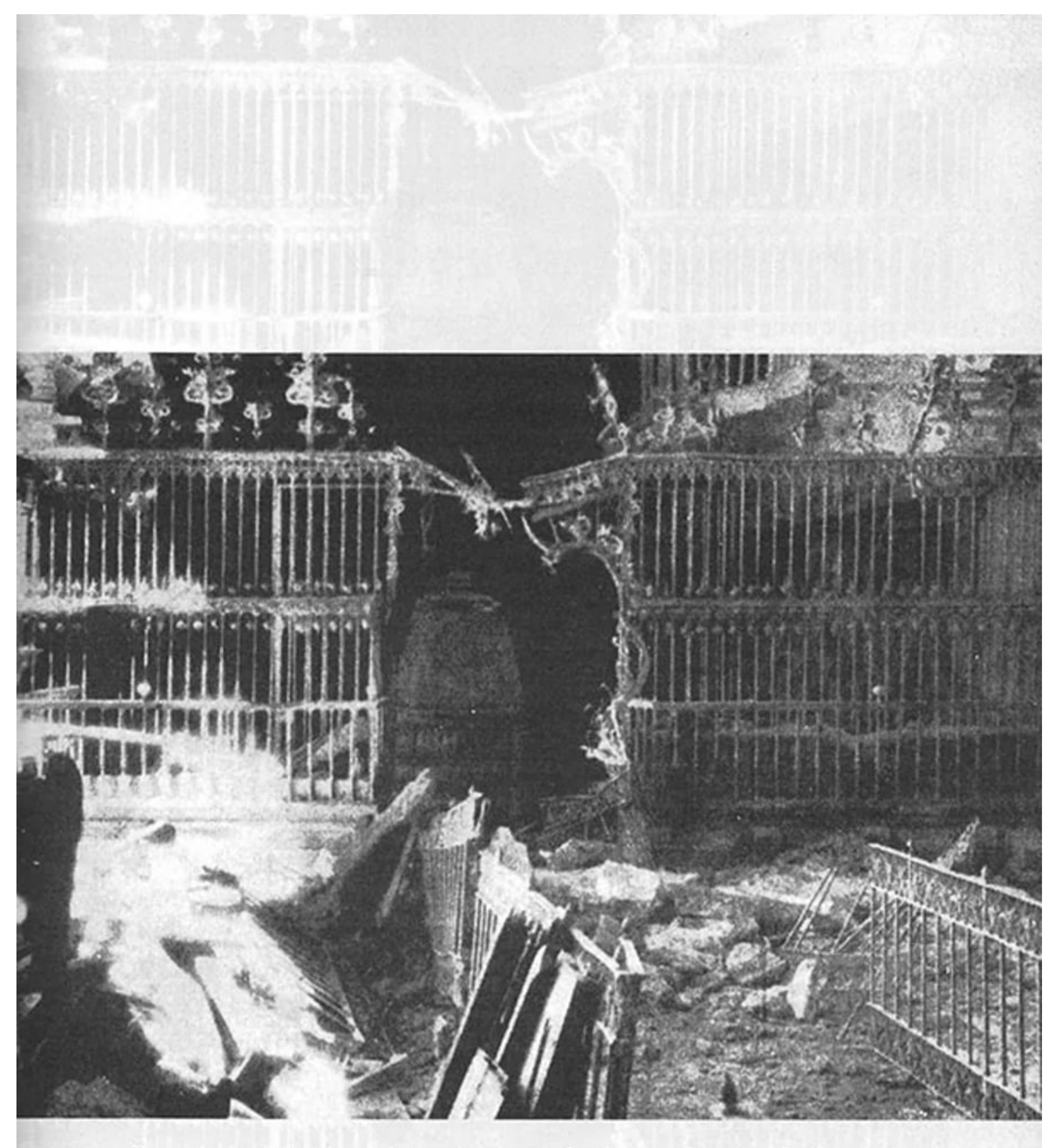
Se oye la voz de la señora Ibarruri que grita: «¡Si os molesta, le quitaremos los zapatos y le pondremos las botas!».

El señor Gil Robles exclama: «¡Yo no soy un asesino como vosotros!». (El escándalo que estas palabras producen es tremendo. Los diputados del Frente Popular increpan a las derechas y éstas contraprotestan. […] Los señores González Peña, Belarmino Tomás y Escribano se lanzan al hemiciclo en actitud agresiva contra las derechas, dando vivas a Asturias; pero otros compañeros logran detenerlos). […]

El diputado comunista prosigue diciendo: Nosotros, con los socialistas, somos la dictadura del proletariado, pero apoyaremos con todas nuestras fuerzas al Gobierno.

16-4-1936

Disturbios provocados en los suburbios madrileños por la patraña de los caramelos envenenados por religiosas y damas catequistas.



La catedral de Córdoba tras ser asaltada por los revolucionarios.

[La patraña de los envenenamientos de niños por parte de religiosos. Las turbas incendian iglesias y asesinan a católicos]

Relato del conde de Gamazo

Decía yo ayer, y repetía el señor Calvo Sotelo, que España vive en la anarquía y en el desorden, y que estamos en plena barbarie, y yo quiero, señores diputados, relataros los hechos ocurridos en Madrid en un solo día, en un día nada anormal, en un día vulgar, corriente, por la pasión desencadenada de las multitudes. [...]

Intento de asalto en el convento de Franciscanos, a primera hora de la tarde de el día 4, incendio de el colegio de niños de San Vicente de Paúl, en la calle de la Santísima Trinidad, numero 2; después de las tres y media, incendio en la iglesia de San Sebastián; en la iglesia de Raimundo Lulio, prendieron la puerta en la esquina de la calle de Juan de Asturias.

Los encargados de los surtidores de gasolina, en las proximidades de Cuatro Caminos, piden auxilio a la Dirección General de Seguridad, porque la turba arrebatan, por la violencia, la gasolina de sus aparatos. En la plaza de Chamberí, esquina a la calle de Santa Engracia, los grupos detienen los coches particulares y les obligan a entregar la gasolina. Ya podéis suponer con qué finalidad: el arrebato de la gasolina.

En la iglesia de las Comendadoras de la plaza de Chamberí, incendio de las puertas, que apagan los bomberos. A esos bomberos se les reclama enseguida para apagar, en la calle de Galileo, un incendio cuya causa se ignora.

Barriada de Tetuán. Incendio de la iglesia situada en la calle de Garibaldi y de una casa propiedad de don Miguel Mas. Por cierto, señores, para no haceros tan monótona la lectura de esto, he de decir que me extraña que todos es-

tos datos que yo tengo, recogidos de las galeradas de periódicos censurados, aparacen clara, tranquila, y profusamente en un periódico de Bilbao, adonde, sin duda, no alcanza la censura. [...]

En el barrio de Almenara, la iglesia y la casa del cura, quemadas. A las dos y media arde el colegio de Nuestra Señora del Pilar, anejo a la iglesia de Los Angeles. Las pobres monjas se descuelgan con unas sabanas por los balcones. Una señora francesa, apaleada en la calle de Pinos Altos: conmoción cerebral y visceral. A estas horas me dicen que esta pobre señora ha muerto. [...]

La tragedia de doña Rafaela Armada de Sanchís es conocida de muchos de nosotros. Una señora que va a recoger a una hija carmelita en el convento de la calle de Ponzano; abre una persona —un hombre o una mujer— su saco de mano, encuentra en él una señas de convento y no sé si una pequeña cantidad, y eso es motivo para que las gentes arremetan contra ella, para que digan que es una envenenadora, la saquen a la calle, la arrastren, le rompan una mano y tenga treinta heridas en la cabeza y un ojo medio perdido; la recoge un ambulancia de la Cruz Roja, que pasa por casualidad por el lugar, y la llevan al equipo quirúrgico del doctor Segovia, en la calle de la Flor.

En la calle de Villamil son quince las señoras que hay dedicadas a la enseñanza, que alternan la enseñanza gratuita, en el colegio de la calle Villamil, con cuatrocientos alumnos. A quienes enseñan sin recibir nada, mientras que la enseñanza relativamente remunerada la imparten en la calle de Francos Rodríguez, en otro local que tienen tomado para ellos. Estas personas, a la vuelta de un colegio a otro, se encuentran con una multitud, que supone que son las enmendadoras; arremeten con ellas, les arrancan los pelos, las arrastran por las calles, les rompen las ropas, las hieren, y esto, señores, sin ninguna protección. [...]

Cuatro monjas de un patronato de enfermos, una de ellas Andrea de Miguel, en Cuatro Caminos, son arrastradas; pierden parte del cuero cabelludo.

Pero, además de estos desordenes, vivimos la huelga ferroviaria, la huelga de los puertos de España. En Valladolid hay paro general. [...]

La censura, señores, acalla toda estas noticias, que solo aquí se divulgan con claridad; pero en el extranjero el ambiente respecto de España es horroroso.

(7-5-1936; retranscrito)

Transcripción:

Decía yo ayer, y repetía el señor Calvo Sotelo, que España vive en la anarquía y en el desorden, y que estamos en plena barbarie, y yo quiero, señores diputados, relataros los hechos ocurridos en Madrid en un solo día, en un día nada anormal, en un día vulgar, corriente, por la pasión desencadenada de las multitudes.

Intento de asalto en el convento de Franciscanos, a primera hora de la tarde del día 4, incendio del colegio de niños de San Vicente de Paúl, en la calle de la Santísima Trinidad, numero 2; después de las tres y media, incendio en la iglesia de San Sebastián; en la iglesia de Raimundo Lulio, prendieron la puerta en la esquina de la calle de Juan de Asturias.

Los encargados de los surtidores de gasolina, en las proximidades de Cuatro Caminos, piden auxilio a la Dirección General de Seguridad, porque la turba arrebatan, por la violencia, la gasolina de sus aparatos. En la plaza de Chamberí, esquina a la calle de Santa Engracia, los grupos detienen los coches particulares y les obligan a entregar la gasolina. Ya podéis suponer con qué finalidad: el arrebato de la gasolina.

En la iglesia de las Comendadoras de la plaza de Chamberí, incendio de las puertas, que apagan los bomberos. A esos bomberos se les reclama enseguida para apagar, en la calle de Galileo, un incendio cuya causa se ignora.

Barriada de Tetuán. Incendio de la iglesia situada en la calle de Garibaldi y de una casa propiedad de don Miguel Mas. Por cierto, señores, para no haceros tan monótona la lectura de esto, he de decir que me extraña que todos estos datos que yo tengo, recogidos de las galeradas de periódicos censurados, aparecen clara, tranquila, y

profusamente en un periódico de Bilbao, adonde, sin duda, no alcanza la censura.

En el barrio de Almenara, la iglesia y la casa del cura, quemadas. A las dos y media arde el colegio de Nuestra Señora del Pilar, anejo a la iglesia de Los Angeles. Las pobres monjas se descuelgan con unas sabanas por los balcones. Una señora francesa, apaleada en la calle de Pinos Altos: conmoción cerebral y visceral. A estas horas me dicen que esta pobre señora ha muerto. […]

La tragedia de doña Rafaela Armada de Sanchís es conocida de muchos de nosotros. Una señora que va a recoger a una hija carmelita en el convento de la calle de Ponzano; abre una persona —un hombre o una mujer— su saco de mano, encuentra en él una seña de convento y no sé si una pequeña cantidad, y eso es motivo para que las gentes arremetan contra ella, para que digan que es una envenenadora, la saquen a la calle, la arrastren, le rompan una mano y tenga treinta heridas en la cabeza y un ojo medio perdido; la recoge un ambulancia de la Cruz Roja, que pasa por casualidad por el lugar, y la llevan al equipo quirúrgico del doctor Segovia, en la calle de la Flor.

En la calle de Villamil son quince las señoras que hay dedicadas a la enseñanza, que alternan la enseñanza gratuita, en el colegio de la calle Villamil, con cuatrocientos alumnos. A quienes enseñan sin recibir nada, mientras que la enseñanza relativamente remunerada la imparten en la calle de Francos Rodríguez, en otro local que tienen tomado para ellos. Estas personas, a la vuelta de un colegio a otro, se encuentran con una multitud, que supone que son las enmendadoras; arremeten con ellas, les arrancan los pelos, las arrastran por las calles, les rompen las ropas, las hieren, y esto, señores, sin ninguna protección. […]

Cuatro monjas de un patronato de enfermos, una de ellas Andrea de Miguel, en Cuatro Caminos, son arrastradas; pierden parte del cuero cabelludo.

Pero, además de estos desordenes, vivimos la huelga ferroviaria, la huelga de los puertos de España. En Valladolid hay paro general. […]

La censura, señores, acalla toda estas noticias, que sólo aquí se divulgan con claridad; pero en el extranjero el ambiente respecto de España es horroroso.

7-5-1936

Unión de Juventudes Socialistas y Comunistas. Dependerán de la Internacional Juvenil Comunista

Los directivos nacionalistas de las Juventudes Socialistas y Comunistas, reunidos ayer, luego de recibir inspiración en el viaje de algunos de ellos a Moscú, han decidido unirse, convocando al efecto un Congreso de Juventudes. Del manifiesto redactado reproducimos algunos párrafos:

«Nuestra unidad se ha forjado a lo largo de los combates de octubre, y posteriormente, en más de un año de luchas comunes.»

«Queremos edificar una organización de nuevo tipo, capaz de conducir y educar a la nueva generación en los principios del marxismo-leninismo. Sobre la base de los acuerdos del VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, vamos a construir la organización de la Juventud Obrera y Campesina, que defienda diariamente sus intereses económicos, políticos y culturales; que luche contra el régimen capitalista en su conjunto; por la libertad y la victoria del socialismo.»

Contra el centrismo

«El desarrollo del nuevo tipo de organización está estrechamente relacionado con la realización de la unidad de los partidos Socialistas y Comunistas y de toda la clase obrera.»

«Por esto, nosotros reforzaremos nuestra lucha contra los oportunistas y reformistas que han hecho fracasar la insurrección de octubre, y contra los centristas, que con su política, encubren el oportunismo de la derecha.»

(27-3-1936; retranscrito)

Transcripción:

Los directivos nacionalistas de las Juventudes Socialistas y Comunistas, reunidos ayer, luego de recibir inspiración en el viaje de algunos de ellos a Moscú, han decidido unirse, convocando al efecto un Congreso de Juventudes. Del manifiesto redactado reproducimos algunos párrafos:

«Nuestra unidad se ha forjado a lo largo de los combates de octubre, y posteriormente, en más de un año de luchas comunes».

«Queremos edificar una organización de nuevo tipo, capaz de conducir y educar a la nueva generación en los principios del marxismo-leninismo. Sobre la base de los acuerdos del VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista, vamos a construir la organización de la Juventud Obrera y Campesina, que defienda diariamente sus intereses económicos, políticos y culturales; que luche contra el régimen capitalista en su conjunto; por la libertad y la victoria del socialismo».

Contra el centrismo

«El desarrollo del nuevo tipo de organización está estrechamente relacionado con la realización de la unidad de los partidos Socialistas y Comunistas y de toda la clase obrera».

«Por esto, nosotros reforzaremos nuestra lucha contra los oportunistas y reformistas que han hecho fracasar la insurrección de octubre, y contra los centristas, que con su política, encubren el oportunismo de la derecha».

27-3-1936



Discurso del Señor Gil Robles en las Cortes

"Si algo hemos significado ha sido el deseo de llevar a las masas conservadoras por los caminos de la democracia. Pero ¿cómo les vamos a pedir que crean en esa democracia que no habéis hecho otra cosa que destrozar?"

Los que formamos parte del partido en cuyo nombre hablo, no podemos sentir ni entusiasmos ni concomitancias con la ideología fascista. Comprenderéis que no digo esto para conquistar una benevolencia que sé que de ninguna manera me iba a ser otorgada: lo digo para obedecer a una profunda convicción personal y de partido. Si nos fijamos en un punto de vista exclusivamente nacional, a nosotros tiene que sernos poco simpático un movimiento que lleva un sello extranjero, que no se acomoda a la idiosincrasia y a la tradición del pueblo español; si hemos de atenernos a un contenido filosófico, no podemos olvidar que ciertas doctrinas totalitarias del Estado están empapadas de un panteísmo filosófico y político que pugna profundamente con nuestra convicción doctrinal; si hemos de ver el resultado práctico en la gobernación del Estado, tenemos que rechazar en el fascismo todo lo que tiene de socialismo, de Estado absorbente que va contra las personalidades integrantes del Estado y que va a la misma anulación de cuanto de noble y de espiritual existe en la personalidad humana; si nos hemos de referir a las doctrina, nosotros, por nuestra convicción de creyentes, no podemos en modo alguno aceptar una táctica que sirve única y exclusivamente para la conquista del poder por el camino de la violencia.

Desde ese punto de vista, podéis tener la seguridad de que no existe en nosotros contacto doctrinal ni simpatía ideológica con lo que domináis un movimiento fascista. [...]

Si algo hemos significado nosotros durante estos años ha sido el deseo de llevar a las masas conservadoras por caminos de evolución y de democracia. Abriendoles los horizontes de la posible defensa de sus ideales dentro de regímenes de normalidad. ¡Ah! Pero cuando al llegar unas elecciones como las del 16 de febrero, lanzando a la calle a las masas, se les arrebata a los partidos unas cuantas actas; cuando otras son anuladas, contra toda razón, en el Parlamento; cuando se repite la elección en las circunstancias vergonzosas de Granda y Cuenca; cuando se va a la máxima ficción de las elecciones de compromisarios, ¿cómo le vamos a pedir a nuestra opinión, como le vamos a pedir a nuestra gente, como le vamos a pedir a la masa de España que crea en esa democracia que vosotros, los defensores tradicionales de ella, no habéis hecho otra cosa que destrozar en pedazos?

(20-5-1936; retranscrito)



Otro colegio arrasado e incendiado por los izquierdistas. Éste en Tetuán de las Victorias.



Gran discurso de Calvo Sotelo ante el Parlamento

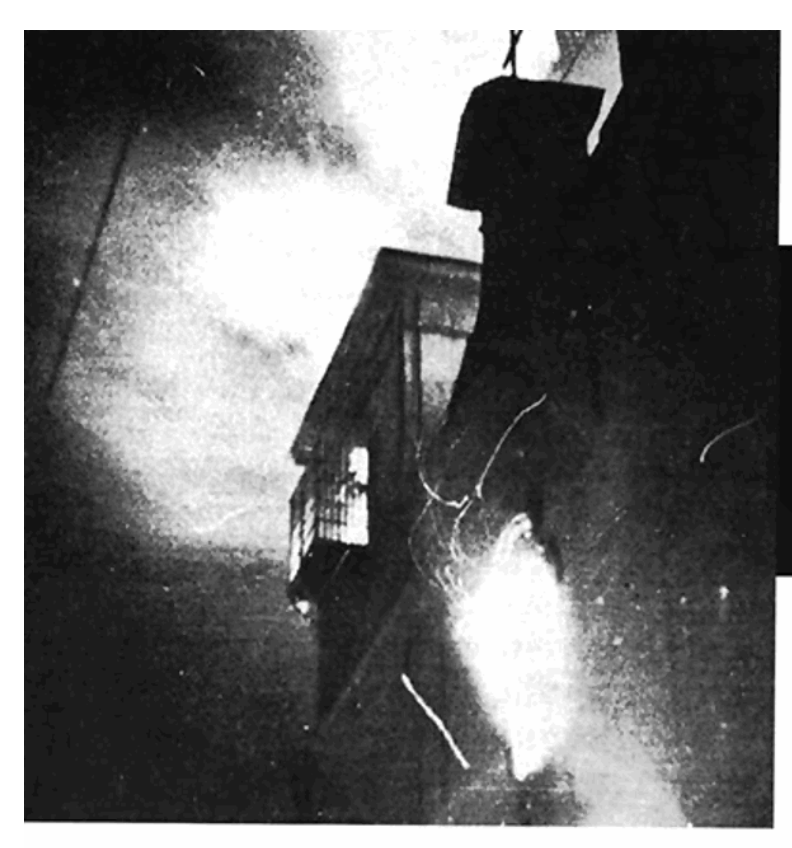
"Trescientas iglesias, han sido incendiadas , y sobran dedos de la mano para contar a quienes se les ha exigido alguna responsabilidad"

El fascismo contra el capitalismo

"Se comete una impostura y se realiza una mixtificación enorme de la doctrina de lo que genéricamente se llama fascismo, al presentarla como reducto o baluarte del capitalismo: nada de eso. El fascismo ha mutilado el capitalismo como ningún otro país burgués. En Inglaterra, no Bélgica, en Holanda, en Suiza, en los Países Escandinavos, aun gobernando como gobiernan los socialistas en varios de éstos, el capitalismo tiene prerrogativas que ha suprimido el fascismo de Italia o en Alemania. [...] ¿En qué país burgués se ha mutilado el interés del capital, el interés de los dividendos, señalándole un tope máximo, más que en Italia y en Alemania? ¿En qué país burgués de democracia parlamentaria se ha llegado como en Alemania y en Italia a la nacionalización de las industrias? [...] *(Rumores. Un diputado pronuncia palabras que no se perciben.)* Hace falta ingenio para interrumpir, señor diputado. *(El señor Alonso González: Ya sabemos que lo es su señoría; pero no tiene el valor de declararlo públicamente.)* Yo tengo el valor para decir lo que pienso, y su señoría menos que nadie puede prohibirme la expresión legítima de mi pensamiento. Su señoría es una pequeñez, un pigmeo. *(El señor Alonso González: Yo soy tanto como su señoría aquí y en la calle.) (El señor Gamazo: ¡Cállese, hombre, cállese!) (Rumores.)*»

Desmanes e incendios de iglesias

Hablando de la pérdida de autoridad, se refiere el señor Calvo Sotelo al cargo de un alcalde de un pueblo de Levante, que corta los hilos del teléfono de la Casa-cuartel de la Guardia Civil para que no puedan acudir en socorro de quienes la llamen; y da el ejemplo del alcalde de



Fachada de la iglesia de San Luis, incendiada en la calle Montera de Madrid, en las inmediaciones de la Puerta del Sol.

un pueblo extremeño, "que ha invadido la finca de una dama cubana, dando lugar a una reclamación, que no sé si habrá llegado ya al ministerio del Estado; y el del alcalde de Fuentelapiedra, que en estos últimos días ha organizado y acaudillado personalmente un motín, encaminado al incendio de las iglesias. Y el de los alcaldes de Cambre y Vimianzo, en la provincia de La Coruña, que han acordado (aunque es de suponer que no lo consigan) expropiar sin indemnización, uno de ellos, un viejo castillo, y el otro una casa particular.

»En un pueblo de Granada, Pinos Puente, muere, de muerte natural, un guardia civil, y los sepultureros, por presión de los elementos marxistas, se niegan a abrir la fosa y tienen que abrirla los compañeros de ese guardia, y a los tres particulares, únicos paisanos que acompañan al entierro, les apalean brutalmente los extremistas de la localidad.

»¡Principio de la autoridad! Trecientas iglesias, por lo menos, han sido incendiadas desde el 16 de febrero *(Protestas)*, y sobran dedos de la mano para contar las personas a quienes se les ha exigido alguna responsabilidad por estos hechos. En cambio, conozco casos concretos, se ha detenido injustamente a muchas personas; sé de un muchacho de Valladolid, Villapecellin, que lleva mas de dos meses en la cárcel, sin que haya sido interrogado todavía, y está ahí por el horrendo delito de que, al cruzarse en las calles de Madrid con una manifestación "jubilosa" del Frente Popular, se le ocurrió gritar "¡Viva España!" *(Rumores y protestas.)*»

(20-5-1936; retranscrito)



VEA USTED EN LA ULTIMA PLANA
EL ANUNCIO BICOLOR

EL DEBATE

CINCO EDICIONES DIARIAS

Las derechas se retiran de la sesión ante las ofensas a la conciencia religiosa

La legalidad docente

UN MOVIMIENTO ESPONTANEO DE PROTESTA INDIGNADA

Este número está visado por la censura

Lea usted EL DEBATE

Lea usted EL DEBATE

La sesión

Lea usted EL DEBATE

Se cree que hoy será total el paro en Francia

En París no hubo ayer reparto de periódicos. Tampoco se pudo abastecer algunos mercados. Se han roto las negociaciones entre patronos y obreros

EL MOVIMIENTO TIENE CARACTER REVOLUCIONARIO

La minoría de la C. E. D. A. se reunirá hoy, a las doce, para tratar de la retirada de anoche

Esta tarde, la interpelación sobre los sucesos de Yeste

(5-6-1936)

PRORROGA POR UN MES DEL ESTADO DE EXCEPCIO[N]

(12-6-1936)

Transcripción:

Las derechas se retiran de la sesión ante las ofensas a la conciencia religiosa.

Un movimiento espontáneo de protesta indignada.

Este numero está visado por la censura.

La legalidad docente.

Se cree que hoy será total el paro en Francia.

En París no hubo ayer reparto de periódicos. Tampoco se pudo abastecer algunos mercados. Se han roto las negociaciones entre patronos y obreros.

El movimiento tiene carácter revolucionario.

La minoría de la C. E. D. A. se reunirá hoy, a las doce, para tratar de la retirada de anoche.

Esta tarde, la interpelación sobre los sucesos de Yeste.

5-6-1936



Intervención del señor Gil Robles

Habéis ejercido el Poder con arbitrariedad, pero, además, con absoluta, con total ineficacia. Aunque os sea molesto, señores diputados, no tengo más remedio que leer unos datos estadísticos.

Desmanes en cuatro meses de Frente Popular, del 16 de febrero al 15 de junio:

- 411 iglesias incendiadas, asaltadas o destruidas
- 269 asesinatos políticos
- 1.287 heridos
- 381 centros particulares y políticos asaltados o destruidos
- 43 periódicos asaltados o destruidos
- 224 bombas colocadas de diversa magnitud

Un día son los ingenieros de una mina que, durante diecinueve días están secuestrados y encerrados en el fondo de la mina, sin que el Gobierno tenga fuerza suficiente para acabar con ese conflicto. Otro día, o todos los días, son los asaltos, las detenciones de los coches que circulan por las carreteras, para exigirles el pago de una contribución para el Socorro Rojo Internacional, sin que haya una autoridad que evite ese ejemplo bochornoso que no se da en ninguna nación del mundo. [...] Ahí está la circular dictada por el Automóvil Club de Inglaterra, diciendo que no se garantiza a ningún coche que entre en el territorio español. [...] Otro día es el caso verdaderamente sangriento que se ha dado en un pueblo de la provincia de Córdoba, donde elemento societarios, con el Alcalde a la cabeza, hirieron a un Guardia Civil... *(el señor Jaén:* Miente sus señoría.) *(Grandes protestas y contraprotestas.)* [...]

Decía y repito, señores diputados, el caso de este Guardia Civil, al que las turbas, con el Alcalde a la cabeza, le hacen

entrar violentamente en la Casa del Pueblo y le degüellan con una navaja barbera. *(Fuertes rumores y protestas.)* [...]

Los grupos obreristas saben perfectamente a dónde van: van a cambiar el orden social existente; cuando puedan, por el asalto violento al Poder, por el ejercicio desde arriba de la dictadura del proletariado. [...] Ellos saben adónde van, ellos tienen marcado su camino; vosotros no, señores de Izquierda Republicana. Estáis unidos, atados a la responsabilidad de esos grupos. [...]

Ha sonado la palabra "dictadura", pero ha sido en vuestros labios, pidiendo plenos poderes, hablando de la necesidad de una dictadura republicana. Sois vosotros los que estáis extendiendo la papeleta de defunción al régimen parlamentario, al régimen liberal, al régimen democrático.

(17-6-1936; retranscrito)

"Los grupos obreristas saben perfectamente a dónde van: van a cambiar el orden social existente; por el asalto violento al Poder, por el ejercicio de la dictadura del proletariado"

Debate parlamentario del 16 de junio

Intervención del señor Calvo Sotelo

Aquí hay diputados republicanos elegidos con votos marxistas; diputados marxistas partidarios de la dictadura del proletariado, y apóstoles del comunismo libertario; y ahí y allí hay diputados con votos de gentes pertenecientes a la pequeña burguesía y a las profesiones liberales que a estas horas están arrepentidos de haberse equivocado el 16 de febrero al dar sus votos al camino de perdición por donde ni siquiera lleva a todos el Frente Popular. *(Rumores.)* [...]

El marxismo constituye hoy en España la predisposición de las masas proletarias para conquistar el Poder, sea como fuere, y así el marxismo desarrolla una táctica de destrucción económica, porque no piensa en la finalidad económica inmediata, sino en la conquista, a ser posible inmediata, de los instrumentos del Poder público.

España padece el fetichismo de la turbamulta, que no es el pueblo, sino que es la figura caricaturesca del pueblo. Son muchos los que con énfasis salen por ahí gritando: "¡Somos los más!" Grito de tribu —pienso yo—; porque el de la civilización sólo daría derecho al énfasis cuando se pudiera gritar: "¡Somos los mejores!", y los mejores casi siempre son los menos. La turbamulta impera en la vida española de una manera sarcástica, en pugna con nuestras supuestas condiciones democráticas y, desde luego, con los intereses nacionales. ¿Qué es la turbamulta? La minoría vestida de mayoría. La ley de la democracia es que la ley del número absoluto, de la mayoría absoluta, sea equivalente a la ley de la razón o de la justicia, porque, como decía Anatole France, "una tontería, no por repetida por miles de voces deja de ser tontería". Pero la ley de la turbamulta es la ley de la minoría disfrazada con el ademán soez y vociferante, y eso es lo que está imperando ahora e España; toda la vida española en estas últimas semanas es un pugilato constante entre la horda y el individuo, entre la cantidad y la calidad, entre la apetencia material y los resotes

espirituales, entre la avalancha brutal del número y el impulso selecto de la personificación jerárquica; [...] es la horda contra el individuo, y la horda triunfa porque el Gobierno no puede rebelarse contra ella o no quiere rebelarse contra ella, y la horda no hace nunca la Historia, señor Casares Quiroga. [...] La horda destruye o interrumpe la Historia y sus señorías son víctimas de la horda. *(Rumores.)*

Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto— que exista actualmente en el Ejército español [...] un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera, sería un loco, lo digo con toda claridad *(Rumores.)*, aunque considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera. *(Grandes protestas y contraprotestas.)* [...]

Anteayer ha pronunciado el señor Largo Caballero un nuevo discurso [...] y en él, quizá con mayor estruendo, con mayor solemnidad, con mayor rotundez, ha acentuado su posición política. El señor Largo Caballero ha dicho terminantemente en Oviedo [...] que ellos van resueltamente a la revolución social, y que esta política, la política del Gobierno del Frente Popular, sólo es admisible para ellos en tanto en cuanto sirva el programa de la revolución de Octubre, en tanto en cuanto se inspire en la revolución de Octubre. [...] Pues basta, señor Presidente del Consejo; si es cierto eso, si es cierto que su señoría, atado umbilicalmente a esos grupos, según dijo aquí en ocasión reciente, ha de inspirar su política en la revolución de Octubre, sobran notas, sobran discursos, sobran planes, sobran propósitos, sobra todo; en España no puede haber más que una cosa: la anarquía. *(Aplausos.)*

(17-6-1936; retranscrito)

"La ley de la turbamulta es la ley de la minoría disfrazada con el ademán soez y vociferante, y eso es lo que está imperando ahora e España"



Intervención del señor Casares Quiroga, Presidente del Consejo de Ministros

Yo no quiero incidir en la falta que cometía su señoría, pero sí me es lícito decir que después de lo que ha hecho su señoría hoy ante el Parlamento, de cualquier cosa que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a su señoría. *(Fuertes aplausos.)*

«De cualquier cosa que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a su señoría»

Intervención de la señora Ibarruri

Cuando el Gobierno se decida a cumplir con ritmo acelerado el pacto del Frente Popular (...) e inicie la ofensiva republicana, tendrá a su lado a todos los trabajadores, dispuestos, como el 16 de febrero, a aplastar a esas fuerzas y a hacer triunfar una vez más al Bloque Popular. Conclusiones a que yo llego: para evitar las perturbaciones, para evitar el estado de desasosiego que existe en España, no solamente hay que hacer responsable de lo que pueda ocurrir a un señor Calvo Sotelo cualquiera, sino que hay que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a aceptar los laudos del Gobierno. Hay que comenzar por encarcelar a los terratenientes que hambrean a los campesinos; hay que encarcelar a los que, con cinismo sin igual, llenos de sangre de la represión de octubre, vienen aquí a exigir responsabilidades por lo que no se ha hecho, y cuando se comience por hacer esta obra de justicia, no habrá Gobierno que cuente con un apoyo más firme, más fuerte que

el vuestro, porque las masas populares de España se levantarán, repito, como el 16 de febrero, y aun quizá, para ir más allá, contra todas esas fuerzas que, por decoro, nosotros no debiéramos tolerar que se sentasen ahí. *(Grandes aplausos.)*

«No solamente hay que hacer responsable de lo que pueda ocurrir a un señor Calvo Sotelo cualquiera, sino que hay que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a aceptar los laudos del Gobierno»

Réplica del señor Calvo Sotelo

Bien, señor Caseres Quiroga, (...) yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para el bien de mi patria (...).

Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó al rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis».

Y es preferible morir con honra a vivir con vilipendio.

«Bien, señor Casares Quiroga. [...] Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó al rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis". Y es preferible morir con honra a vivir con vilipendio»

(17-6-1936; retranscrito)



Al primer piso de esta casa, en la calle Velázquez de Madrid, domicilio de Calvo Sotelo, subieron los guardias de Asalto para secuestrar y luego asesinar al diputado de la oposición.

Confusión en el conflicto de camareros

La C. N. T. acuerda mantener la huelga con carácter indefinido y declarar "esquirol" al que trabaje

Huelga del ramo de Limpiezas en Barcelona

Posible huelga en el Mercado de Verduras

LOS DEPENDIENTES SE HAN SOLIDARIZADO CON LOS TRANSPORTISTAS

Se declaran en huelga los obreros del campo de Puertollano

LOS SUCESOS DE YESTE, EN LA CAMARA

La Guardia Civil tuvo un muerto y 14 heridos

LA CONCENTRACION DE FUERZAS, REQUERIDA POR EL GOBERNADOR

Transcripción:

La C. N. T. acuerda mantener la huelga con carácter indefinido y declarar "esquirol" al que trabaje.

Los dependientes se han solidarizado con los transportistas.

La Guardia Civil tuvo un muerto y 14 heridos.

La concentración de fuerzas, requerida por el gobernador.

HUELGA POLÍTICA

El comunismo moviliza a los dependientes de Barcelona para crearle un conflicto a la Generalidad

COMIENZA EL PARO EN LOS RAMOS DE SASTRERIA Y DE LA MADERA

Los nuevos conflictos afectan a más de 20.000 obreros

Ocupan fincas cedidas por sus propietarios

Sigue la huelga general en Huelva

La secundan los obreros municipales y los de fielatos. El Sindicato minero de Vizcaya anuncia el paro general para el día 2. Continúa el conflicto harinero en Zaragoza

Transcripción:

El comunismo moviliza a los dependientes de Barcelona para crearle un conflicto a la Generalidad.

Los nuevos conflictos afectan a más de 20 000 obreros.

Ocupan fincas cedidas por sus propietarios.

La secundan los obreros municipales y los de fielatos. El Sindicato minero de Vizcaya anuncia el paro general para el día 2. Continúa el conflicto harinero en Zaragoza.



Después del asesinato de Calvo Sotelo, reunión de la Diputación Permanente de las Cortes

El Bloque Nacional se retira del Parlamento

Discurso del señor Suárez de Tangil, conde de Vallellano

«No queremos engañar al país y a la opinión internacional aceptando un papel en la farsa de fingir la existencia de un Estado civilizado y normal, cuando, en realidad, desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una monstruosa subversión de todos los valores morales.»

En nombre de las minorías tradicionalistas y de Renovación Española integrantes del Bloque Nacional, voy a dar lectura del siguiente documento:

«No obstante la violencia desarrollada durante el último período electoral y los atropellos cometidos por la Comisión de Actas, creímos los diputados de derechas en la conveniencia de participar en los trabajos del actual Parlamento, cumpliendo así un penoso deber en aras del bien común, de la paz y de la convivencia nacional.

»El asesinato de Calvo Sotelo —honra y esperanza de España— nos obliga a modificar nuestra actitud. Bajo el pretexto de una ilógica y absurda represalia ha sido asesinado un hombre que jamás preconizó la acción directa, ajeno completamente a las violencias callejeras, castigándose en él su actuación parlamentaria perseverante y gallarda, que le convirtió en el vocero de las angustias que sufre nuestra Patria. Este crimen, sin precedentes en nuestra historia política, ha podido realizarse merced al ambiente creado por las incitaciones a la violencia y al atentado personal contra los Diputados de derechas que a diario se profieren en el Parlamento. "Tratándose de Calvo Sotelo, el atentado personal es lícito y plausible", han declarado algunos.

»Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto. No queremos engañar al país y a la opinión internacional aceptando un papel en la farsa de fingir la existencia de un Estado civilizado y normal, cuando, en realidad, desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una monstruosa subversión de todos los valores morales, que ha

conseguido poner la Autoridad y la Justicia al servicio de la violencia.

No por esto desertamos de nuestros puestos en la lucha empeñada, ni arriamos la bandera de nuestros ideales. Quien quiera salvar a España, a su patrimonio moral como pueblo civilizado, nos encontrará los primeros en el camino del deber y del sacrificio.»

Inmediatamente después de la lectura del documento, el señor Suárez de Tangil lo entregó a la Mesa e hizo ademán de retirarse.

Discurso del señor Gil Robles

> **«¿Es que no recordamos que el diputado señor Galarza dijo en el salón de sesiones que contra el señor Calvo Sotelo toda violencia era lícita?»**
>
> **«El señor Calvo Sotelo no ha sido asesinado por unos ciudadanos cualesquiera: el señor Calvo Sotelo ha sido asesinado por agentes de la autoridad.»**

¿Ha cumplido alguna de las finalidades el estado de alarma en manos del Gobierno? ¿Ha servido para contener la ola de anarquía que está arruinando moral y materialmente a España? Mirad lo que pasa por campos y ciudades. Acordaos de la estadística a que di lectura en la pasada sesión de las Cortes. Desde el 16 de junio al 13 de julio se han cometido en España los siguientes actos de violencia [...]: incendios de iglesias, 10; atropellos y expulsiones de párrocos, 9; robos y confiscaciones, 11; derribos de cruces, 5; muertos, 61; heridos de diferente gravedad, 224; atracos consumados, 17; asaltos e invasiones de fincas, 32; incautaciones y robos, 16; centros asaltados o incendiados, 10; huelgas generales, 15; huelgas parciales, 129; bombas, 74; petardos, 58; botellas de líquidos inflamables lanzadas contra personas o cosas, 7; incendios, no comprendidos los de iglesias, 19. Esto en veintisiete días.

Ya sería bastante grave; pero lo es muchísimo más que esos resortes [los del estado de alarma] en poder del Gobierno tampoco han servido para garantizar el normal funcionamiento de los órganos del Estado. Las sentencias de los Jurados mixtos no se cumplen; el ministro de la Gobernación puede decir hasta qué punto los alcaldes no hacen caso de sus indicaciones; los ciudadanos españoles pueden decir cómo en muchos pueblos del sur existen Comités de huelga, los cuales dan el aval, el permiso, la autorización para que se pueda circular por carretera.

Pero si necesitamos algún testimonio del fracaso estrepitoso del Gobierno, ahí tenemos lo que está ocurriendo en Madrid con la huelga de la construcción. [...] Las obras paradas, los obreros tiroteándose, la autoridad por los suelos. ¿Para eso queréis una prórroga del estado de alarma? [...]

¡Ah!, pero yo sé que fácilmente os vais a acoger al recurso ordinario con que estáis pretendiendo paliar vuestro fracaso: esto es una maniobra fascista, esto es un ataque de los enemigos del régimen. [...] Cuando tenéis un fracaso, tenéis que invocar al fascismo, parte por un comodín ante la opinión pública,

parte porque estáis viendo el estado de opinión que se está creando en España. [...]

A nosotros diariamente llegan voces que nos dicen: «Os están expulsando de la legalidad; están haciendo un baldón de los principios democráticos; están riéndose de las máximas liberales incrustadas en la Constitución; ni en el Parlamento ni en la legalidad tenéis nada que hacer». Y este clamor que nos viene de campos y ciudades [...] no es más que el ansia, muchas veces nobilísima, de libertarse de un yugo y de una opresión que en nombre del Frente Popular el Gobierno y los grupos que le apoyan están imponiendo a sectores extensísimos de la opinión nacional. [...]

(Refiriéndose al asesinato del diputado señor Calvo Sotelo, declara lo siguiente.) Yo sé que muchas gentes que ahora disminuyen el volumen del suceso pretenden establecer un simple parangón entre dos crímenes que se han producido con una leve diferencia de horas. Yo esos parangones no los admito. En primer lugar, porque tanto condeno una violencia como la otra. Ante el cadáver del teniente Castillo tengo yo idéntica consideración que para todos esos actos de violencia, y no pienso en sus ideas, ni en su actuación; para mí es nefando, para mí es criminal el modo cómo se le ha arrebatado la vida. ¡Ah!, pero pretender ligar un acontecimiento con el otro [...], eso es, a mi juicio, la mayor condenación que puede tener toda la política que vosotros estáis desarrollando. ¿Qué tenía que ver el señor Calvo Sotelo con el asesinato del teniente Castillo? ¿Quién ha podido establecer la menor relación de causa a efecto entre su actitud y la muerte de este teniente? [...]

Hace hoy exactamente ocho días el señor Calvo Sotelo me llamó aparte, en uno de los pasillos de la Cámara, y me dijo: «Individuos de mi escolta, que no pertenecen ciertamente a la Policía, sino a uno de los Cuerpos armados, han recibido una consigna de que, en caso de atentado contra mi persona, procuren inhibirse. ¿Qué me aconseja usted?» «Que hable usted inmediatamente con el señor ministro de la Gobernación.» El señor Calvo Sotelo fue a contárselo, el miércoles o el jueves, al señor ministro de la Gobernación, el cual [...] dijo que de él no había emanado en absoluto ninguna orden de esa naturaleza. [...]

El señor Ventosa lo sabe porque yo se lo comuniqué: «Contra el señor Calvo Sotelo se prepara un atentado. Ha habido por parte de organismos dependientes del ministerio de la Gobernación —aunque nunca del ministro de la Gobernación—, órdenes para que se deje impune el atentado que se prepara. [...]» Y esa amenaza se ha realizado y ese atentado ha tenido lugar. ¿Se estableció la debida vigilancia alrededor de una persona seriamente amenazada, para evitar el atentado? [...]

¿Es que no recordamos [...] que el diputado señor Galarza, perteneciente a uno de los grupos que apoyan al Gobierno, dijo en el salón de sesiones —yo estaba presente y lo oí— que contra el señor Calvo Sotelo toda violencia era lícita? ¿Es que acaso tales palabras no im-

plican una excitación, tan cobarde como eficaz, a la comisión de un delito gravísimo? [...] Pero hay otra responsabilidad, todavía mayor si cabe. El señor Calvo Sotelo no ha sido asesinado por unos ciudadanos cualesquiera: el señor Calvo Sotelo ha sido asesinado por agentes de la autoridad.

Tened la seguridad de que la sangre del señor Calvo Sotelo está sobre vosotros, y no os la quitaréis nunca; sobre vosotros y sobre la mayoría. ¡Triste sino el de este régimen si incurre, frente a un crimen de esa naturaleza, en el error tremendo de pretender paliar los acontecimientos!

"Tened la seguridad de que la sangre del señor Calvo Sotelo está sobre vosotros, y no os la quitaréis nunca"

Gil Robles



Uno de los asesinos de Calvo Sotelo, el guardia de Asalto Aniceto Castro Piñeiro, declara ante la Comisión nombrada a raíz del crimen.

Transcripción:

Discurso del señor Suárez de Tangil, conde de Vallellano.

No queremos engañar al país y a la opinión internacional aceptando un papel en la farsa de fingir la existencia de un Estado civilizado y normal, cuando, en realidad, desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una monstruosa subversión de todos los valores morales.

En nombre de las minorías tradicionalistas y de Renovación Española integrantes del Bloque Nacional, voy a dar lectura del siguiente documento:

No obstante la violencia desarrollada durante el último período electoral y los atropellos cometidos por la Comisión de Actas, creímos los diputados de derechas en la conveniencia de participar en los trabajos del actual Parlamento, cumpliendo así un penoso deber en aras del bien común, de la paz y de la convivencia nacional.

El asesinato de Calvo Sotelo —honra y esperanza de España— nos obliga a modificar nuestra actitud. Bajo el pretexto de una ilógica y absurda represalia ha sido asesinado un hombre que jamás preconizó la acción directa, ajeno completamente a las violencias callejeras, castigándose en él su actuación parlamentaria perseverante y gallarda, que le convirtió en el vocero de las angustias que sufre nuestra Patria. Este crimen, sin precedentes en nuestra historia política, ha podido realizarse merced al ambiente creado por las incitaciones a la violencia y al atentado personal contra los Diputados de derechas que a diario se profieren en el Parlamento. «Tratándose de Calvo Sotelo, el atentado personal es lícito y plausible», han declarado algunos.

Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto. No

queremos engañar al país y a la opinión internacional aceptando un papel en la farsa de fingir la existencia de un Estado civilizado y normal, cuando, en realidad, desde el 16 de febrero vivimos en plena anarquía, bajo el imperio de una monstruosa subversión de todos los valores morales, que ha conseguido poner la Autoridad y la Justicia al servicio de la violencia.

No por esto desertamos de nuestros puestos en la lucha empeñada, ni arriamos la bandera de nuestros ideales. Quien quiera salvar a España, a su patrimonio moral como pueblo civilizado, nos encontrará los primeros en el camino del deber y del sacrificio.

Inmediatamente después de la lectura del documento, el señor Suárez de Tangil lo entregó a la Mesa e hizo ademán de retirarse.

Discurso del señor Gil Robles.

¿Es que no recordamos que el diputado señor Galarza dijo en el salón de sesiones que contra el señor Calvo Sotelo toda violencia era lícita?

El señor Calvo Sotelo no ha sido asesinado por unos ciudadanos cualesquiera: el señor Calvo Sotelo ha sido asesinado por agentes de la autoridad.

¿Ha cumplido alguna de las finalidades el estado de alarma en manos del Gobierno? ¿Ha servido para contener la ola de anarquía que está arruinando moral y materialmente a España? Mirad lo que pasa por campos y ciudades. Acordaos de la estadística a que di lectura en la pasada sesión de las Cortes. Desde el 16 de junio al 13 de julio se han cometido en España los siguientes actos de violencia [...]: incendios de iglesias, 10; atropellos y expulsiones de párrocos, 9; robos y confiscaciones, 11; derribos de cruces, 5; muertos, 61; heridos de diferente gravedad, 224; atracos consumados, 17; asaltos e

Invasiones de fincas, 32; incautaciones y robos, 16; centros asaltados o incendiados, 10; huelgas generales, 15; huelgas parciales, 129; bombas, 74; petardos, 58; botellas de líquidos inflamables lanzadas contra personas o cosas, 7; incendios, no comprendidos los de iglesias, 19. Esto en veintisiete días.

Ya sería bastante grave; pero lo es muchísimo más que esos resortes [los del estado de alarma] en poder del Gobierno tampoco han servido para garantizar el normal funcionamiento de los órganos del Estado. Las sentencias de los Jurados mixtos no se cumplen; el ministro de la Gobernación puede decir hasta qué punto los alcaldes no hacen caso de sus indicaciones; los ciudadanos españoles pueden decir cómo en muchos pueblos del sur existen Comités de huelga, los cuales dan el aval, el permiso, la autorización para que se pueda circular por carretera.

Pero si necesitamos algún testimonio del fracaso estrepitoso del Gobierno, ahí tenemos lo que está ocurriendo en Madrid con la huelga de la construcción. […] Las obras paradas, los obreros tiroteándose, la autoridad por los suelos. ¿Para eso queréis una prórroga del estado de alarma? […].

¡Ah!, pero yo sé que fácilmente os vais a acoger al recurso ordinario con que estáis pretendiendo paliar vuestro fracaso: esto es una maniobra fascista, esto es un ataque de los enemigos del régimen. […] Cuando tenéis un fracaso, tenéis que invocar al fascismo, parte por un comodín ante la opinión pública, parte porque estáis viendo el estado de opinión que se está creando en España. […].

A nosotros diariamente llegan voces que nos dicen: «Os están expulsando de la legalidad; están haciendo un baldón de los principios democráticos; están riéndose de las máximas liberales incrustadas en la Constitución; ni en el Parlamento ni en la legalidad tenéis nada que hacer». Y este clamor que nos viene de campos y ciudades […] no es

más que el ansia, muchas veces nobilísima, de libertarse de un yugo y de una opresión que en nombre del Frente Popular el Gobierno y los grupos que le apoyan están imponiendo a sectores extensísimos de la opinión nacional. […].

(Refiriéndose al asesinato del diputado señor Calvo Sotelo, declara lo siguiente). Yo sé que muchas gentes que ahora disminuyen el volumen del suceso pretenden establecer un simple parangón entre dos crímenes que se han producido con una leve diferencia de horas. Yo esos parangones no los admito. En primer lugar, porque tanto condeno una violencia como la otra. Ante el cadáver del teniente Castillo tengo yo idéntica consideración que para todos esos actos de violencia, y no pienso en sus ideas, ni en su actuación; para mí es nefando, para mí es criminal el modo cómo se le ha arrebatado la vida. ¡Ah!, pero pretender ligar un acontecimiento con el otro […], eso es, a mi juicio, la mayor condenación que puede tener toda la política que vosotros estáis desarrollando. ¿Qué tenía que ver el señor Calvo Sotelo con el asesinato del teniente Castillo? ¿Quién ha podido establecer la menor relación de causa a efecto entre su actitud y la muerte de este teniente? […].

Hace hoy exactamente ocho días el señor Calvo Sotelo me llamó aparte, en uno de los pasillos de la Cámara, y me dijo: «Individuos de mi escolta, que no pertenecen ciertamente a la Policía, sino a uno de los Cuerpos armados, han recibido una consigna de que, en caso de atentado contra mi persona, procuren inhibirse. ¿Qué me aconseja usted?». «Que hable usted inmediatamente con el señor ministro de la Gobernación». El señor Calvo Sotelo fue a contárselo, el miércoles o el jueves, al señor ministro de la Gobernación, el cual […] dijo que de él no había emanado en absoluto ninguna orden de esa naturaleza. […].

El señor Ventosa lo sabe porque yo se lo comuniqué: «Contra el señor Calvo Sotelo se prepara un atentado. Ha habido por parte de organismos dependientes del ministerio de la Gobernación —aunque nunca del ministro de la Gobernación—, órdenes para que se deje impune el atentado que se prepara. […]». Y esa amenaza se ha realizado y ese atentado ha tenido lugar. ¿Se estableció la debida vigilancia alrededor de una persona seriamente amenazada, para evitar el atentado? […].

¿Es que no recordamos […] que el diputado señor Galarza, perteneciente a uno de los grupos que apoyan al Gobierno, dijo en el salón de sesiones —yo estaba presente y lo oí— que contra el señor Calvo Sotelo toda violencia era lícita? ¿Es que acaso tales palabras no implican una excitación, tan cobarde como eficaz, a la comisión de un delito gravísimo? […] Pero hay otra responsabilidad, todavía mayor si cabe. El señor Calvo Sotelo no ha sido asesinado por unos ciudadanos cualesquiera: el señor Calvo Sotelo ha sido asesinado por agentes de la autoridad.

Tened la seguridad de que la sangre del señor Calvo Sotelo está sobre vosotros, y no os la quitaréis nunca; sobre vosotros y sobre la mayoría. ¡Triste sino el de este régimen si incurre, frente a un crimen de esa naturaleza, en el error tremendo de pretender paliar los acontecimientos!



Calvo Sotelo, en compañía de su esposa y sus cuatro hijos.

MADRID DIA 14 DE JULIO DE 1936 NUMERO SUELTO 15 CENTS.



DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO. N.° 10.339

SUSCRIPCION: MADRID, UN MES, 3,50 PESETAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 12. AMERICA Y PORTUGAL: TRES MESES, 12,50. EXTRANJERO: TRES MESES, 30 PESETAS. REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 61, MADRID. APARTADO N.° 43

EN LA MADRUGADA DE AYER FUE ASESINADO EN MADRID, DON JOSE CALVO SOTELO

El asesinato en una camioneta

Los primeros rumores

Mediada la mañana de ayer comenzaron a circular por Madrid los rumores de que el ilustre jefe del Bloque Nacional D. José Calvo Sotelo, había sido secuestrado de su domicilio en las primeras horas de la madrugada. Estos rumores circularon rápidamente y fueron tomando consistencia, produciendo en todas partes una impresión extraordinaria.

Se aseguraba que a las horas citadas había llegado al domicilio del Sr. Calvo Sotelo un camión ocupado por varios individuos, y que detuvieron al ex ministro de Hacienda, saliendo con él en dirección desconocida.

La impresión que produjeron estos rumores, que en los primeros momentos no podían confirmarse, fué enorme.

A mediodía la noticia era conocida en todo Madrid. A los centros oficiales y a las redacciones de los periódicos acudían infinidad de personas en demanda de su confirmación. En todas partes se hablaba con extraordinaria indignación del suceso, al que se le reconocía gravedad extraordinaria, pues también se aseguraba que la Dirección de Seguridad no había dado orden alguna de detención contra el ilustre ex ministro de Hacienda y que eran las propias autoridades las primeras que se encontraban sorprendidas por este hecho.

En el domicilio del Sr. Calvo Sotelo

Personado uno de nuestros redactores en el domicilio del Sr. Calvo Sotelo, calle de Velázquez, número 89, piso tercero, no pudo avistarse con la familia por hallarse ésta en la intimidad.

Los salones se hallaban atestados de personalidades políticas, figurando desde luego, casi todos los diputados del Bloque Nacional y los ex ministros señores Yanguas y Callejo.

El diputado Sr. Amado da cuenta de la forma en que se realizó el secuestro del Sr. Calvo Sotelo

—Como de costumbre, fuimos tarde los que hicimos la tertulia al Sr. Calvo Sotelo anoche, hasta las diez y media, hora en la que, bromeando, nuestro jefe dijo que tenía que cenar.

A las tres y cuarto de la madrugada, la señora de Calvo Sotelo me llamó por teléfono alarmada por la forma extraña en que su marido había sido detenido. Desde esa hora yo me puse en movimiento para averiguar qué es lo que podía haberle ocurrido. Lo mismo hicieron otras personas, entre ellas el Sr. Goicoechea.

Quiso el Sr. Calvo Sotelo utilizar el teléfono, pero se lo impidieron. Entonces rogó a los asaltantes que le permitieran vestirse, pues se hallaba en pijama. Dos individuos armados con pistolas presenciaron la operación de vestirse el Sr. Calvo Sotelo.

Finalmente, el Sr. Calvo Sotelo ocupó un sitio en el camión, que fué reconocido por los guardias que habitualmente se hallan a la puerta del domicilio del ilustre político.

La noticia se difunde rápidamente por todo Madrid

A medida que avanzaba la mañana, en todas las oficinas del Estado, centros periodísticos, círculos, etc., iba conociéndose la noticia. Todo el mundo, sin excepción, condenaba el hecho, aun las personas más separadas de la ideología del Sr. Calvo Sotelo.

El Sr. Gil Robles conoce el suceso telefónicamente y adelanta su regreso a Madrid

El secretario de la Confederación Española de Derechas Autónomas, Sr. Carrascal, se puso al habla telefónicamente con el Sr. Gil Robles que se hallaba pasando los días de vacación parlamentaria en un pueblecillo del Norte. El Sr. Gil Robles, profundamente afectado por el hecho rogó al Sr. Carrascal que volviese a telefonearle dos horas después con la confirmación o rectificación de la noticia.

El Sr. Carrascal, desgraciadamente, tuvo que confirmarla en todas sus partes y entonces, el Sr. Gil Robles, dispuso su regreso a Madrid en automóvil, a donde llegará a primera hora de la noche.

En el domicilio social de Acción Popular se presentaron a media mañana casi todos los diputados de la C. E. D. A. para inquirir detalles sobre el secuestro del Sr. Calvo Sotelo y no fueron pocos los diputados que realizaron activas y constantes gestiones cerca del subsecretario de la Gobernación para inquirir detalles.

El presidente de las Cortes dirige una comunicación al Gobierno

Anoche regresó de Valencia el presidente de las Cortes, quien hallándose muy fatigado del viaje ordenó a sus familiares no le interrumpiesen el sueño hasta que se despertase.

A las cuatro de la madrugada comenzaron a sonar los timbres del teléfono del señor Martínez Barrio y ante la insistencia de la llamada hubo de ponerse al aparato la propia esposa del señor Martínez Barrio. El conde de Vallellano le dió cuenta de lo que ocurría, rogándole se lo comunicara al presidente de las Cortes lo antes posible.

A las nueve y media de la mañana el señor Martínez Barrio conocía la noticia. Inmediatamente se puso al habla con el oficial mayor del Congreso, al que ordenó extendiera una comunicación al Gobierno para que éste, si se trataba de una detención, pusiera inmediatamente en libertad al Sr. Calvo Sotelo, y si no era así, para que le explicase los términos en que el hecho se había producido.

Inmediatamente después el Sr. Martínez Barrio se puso al habla con el ministro de la Gobernación. El Sr. Moles le dió toda clase de seguridades de que no había tal detención, es decir, que el Gobierno no había dictado orden de detención alguna contra el Sr. Calvo Sotelo. Añadió el ministro de la Gobernación que había dispuesto que inmediatamente se movilizasen todas las fuerzas necesarias para que buscasen al Sr. Calvo Sotelo.

El oficial mayor del Congreso, a las once de la mañana, entregó en las propias manos del ministro de la Gobernación la comunicación del presidente de las Cortes.

El ministro de la Gobernación comunica al presidente de las Cortes que el cadáver del Sr. Calvo Sotelo ha aparecido en el cementerio del Este

El señor Martínez Barrio tuvo la atención de recibirnos para manifestarnos lo que antecede, lamentando extraordinariamente el suceso de manera especial por haber recaído en persona de los méritos del señor Calvo Sotelo y además por ser su ideología tan opuesta a la suya.

El señor Martínez Barrio juzgó el hecho severamente.

El cadáver que llevaron al cementerio unos individuos

Al conocerse la noticia de que había sido llevado al cementerio de la Almudena un cadáver que se suponía fuera el del señor Calvo Sotelo, uno de nuestros redactores se personó en el citado lugar, pero no pudo comprobarlo, porque fuerzas de Policía impedían el acceso.

Sólo pudo saberse que a las cuatro de la mañana llegó al cementerio del Este una camioneta que conducía un cadáver. [illegible]

Este número está visado por la Censura

Transcripción:

EN LA MADRUGADA DE AYER FUE ASESINADO EN MADRID, DON JOSÉ CALVO SOTELO.

El asesinato en una camioneta. Los primeros rumores.

En el domicilio del Sr. Calvo Sotelo.

El diputado Sr. Amado da cuenta de la forma en que se realizó el secuestro del Sr. Calvo Sotelo.

La noticia se difunde rápidamente por todo Madrid.

El Sr. Gil Robles conoce el suceso telefónicamente y adelanta su regreso a Madrid.

El presidente de las Cortes dirige una comunicación al Gobierno.

Inmediatamente después de la lectura del documento, el señor Suárez de Tangil lo entregó a la Mesa e hizo ademán de retirarse.

El ministro de la Gobernación comunica al presidente de las Cortes que el cadáver del Sr. Calvo Sotelo ha aparecido en el cementerio del Este.

El cadáver que llevaron al cementerio unos individuos.

MADRID DIA 15 DE JULIO DE 1936
NUMERO SUELTO 15 CENTS.

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOSEGUNDO.
N.° 10.340

SUSCRIPCIÓN: MADRID, UN MES, ,50 PESETAS. PROVINCIAS: TRES MESES, 12. AMÉRICA Y PORTUGAL: TRES MESES, 12,50. EXTRANJERO: TRES MESES, 30 PESETAS. REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 61, MADRID. APARTADO N.° 43

EL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON JOSE CALVO SOTELO

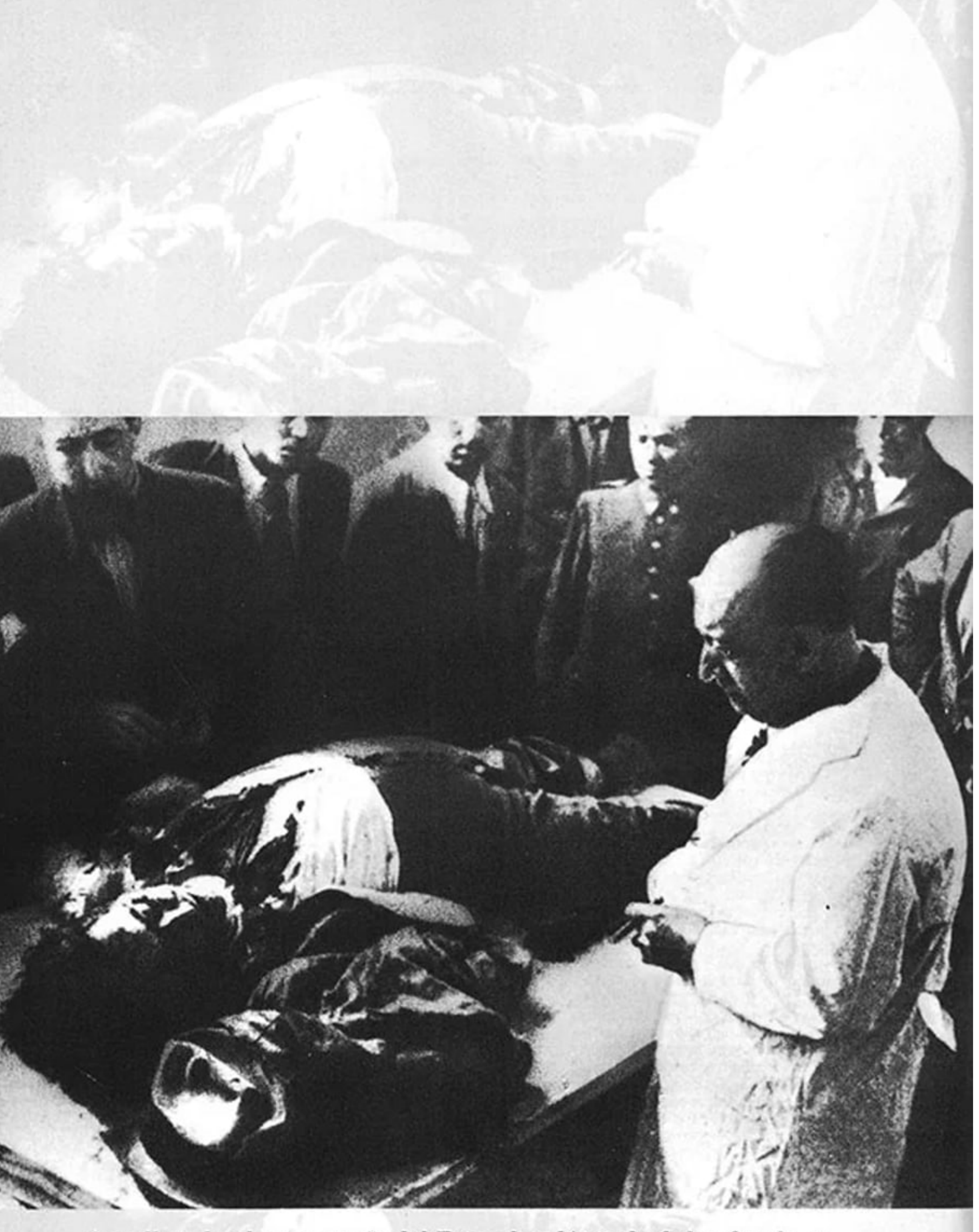
Ex ministro de Hacienda, Diputado a Cortes

Murió asesinado en la madrugada del 13 de julio de 1936

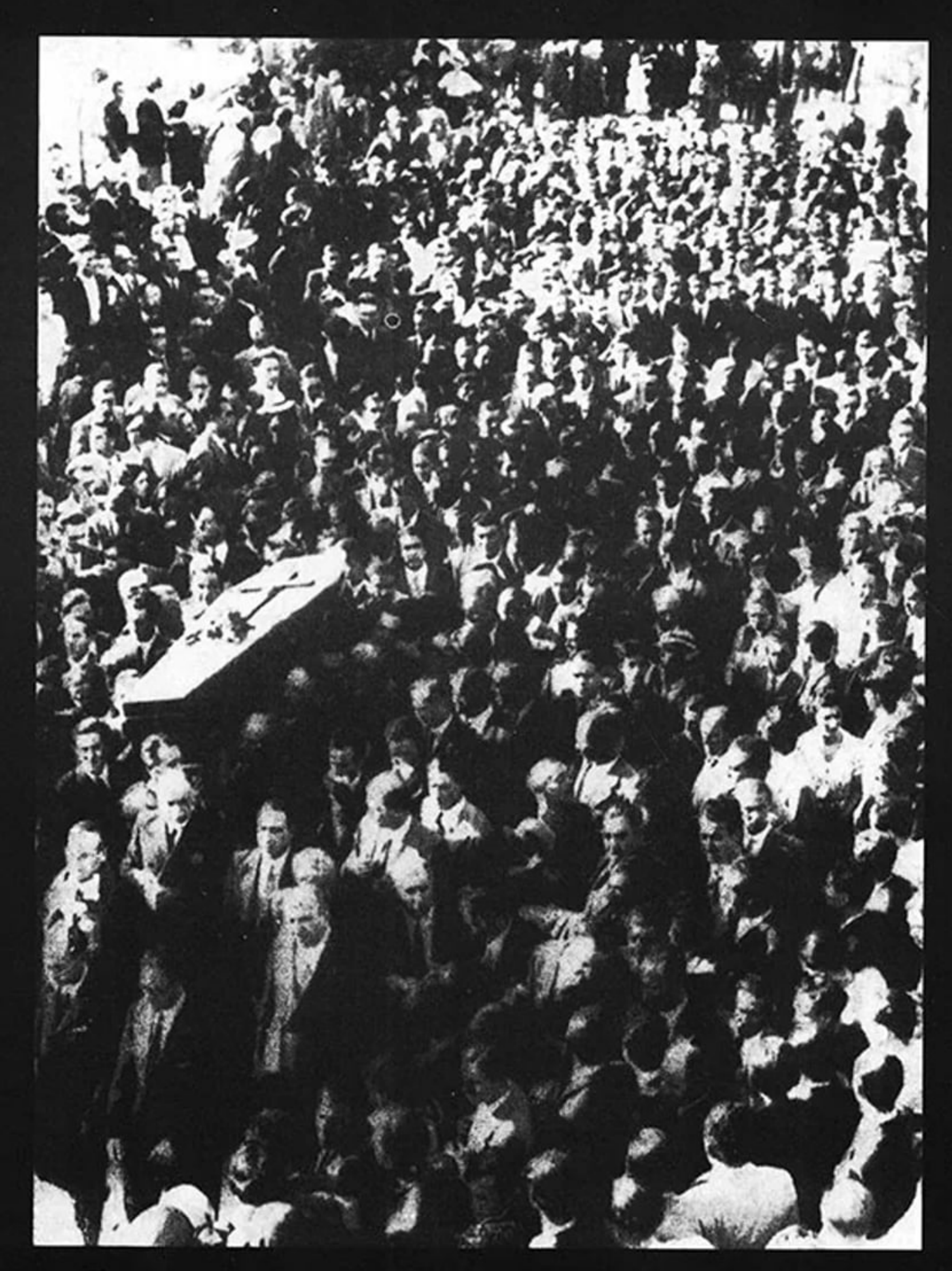
R. I. P.

Su familia, las fuerzas nacionales que representaba, sus amigos y correligionarios,

RUEGAN una oración por el eterno descanso de su alma.



A su llegada al cementerio del Este, el cadáver de Calvo Sotelo es examinado por el Dr. Piga, de la Escuela de Medicina Legal.



Una enorme multitud participó en el entierro de Calvo Sotelo.



¡Proletarios de todos los países, uníos!

Mundo Obrero

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA

¡DOS RESPONSABLES!

PALABRAS DEL GOBIERNO:

"Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República"

"Una parte del Ejército que representa a España se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la propia patria"

"Los españoles han reaccionado de modo unánime y con la más profunda indignación contra la tentativa reprobable"



¡Viva la República democrática!

El pueblo vigila su victoria y no se la dejará arrebatar. ¡Escarmiento ejemplar a los traidores a la patria! ¡Suspensión de la Prensa incitadora del golpe de fuerza! ¡Incautación de los bienes de los traidores y de sus cómplices!

¡Acusamos a Gil Robles de principal culpable del criminal atentado contra la República!

¡EL MÁXIMO CASTIGO PARA LOS RESPONSABLES POLÍTICOS!

¡ALERTA, MÁS ALERTA QUE NUNCA EL PUEBLO!

Todos vigilantes al lado del Gobierno

Los periódicos del 18 y 19 de julio ofrecen, en cada bando, su versión de lo acontecido.

Diario Regional

RELIGION · PATRIA · ORDEN · TRABAJO

Valladolid · Año XXIX · Núm. 9.593

Domingo 19 de Julio de 1936

Ya no es delito gritar

¡VIVA ESPAÑA!

El Frente Popular se ha derrumbado bajo el peso de sus propias iniquidades

La sangre de Calvo Sotelo, mártir de España, ha librado de sus enemigos a la Patria

Las fuerzas gubernativas y del Ejército, entusiásticamente compenetradas con el pueblo

¡Viva España, Arriba España, España sobre todas las cosas, y sobre España, Dios!

BANDO

Don Andrés Saliquet Zumeta, general de División y jefe de las fuerzas de la Séptima División

Ordeno y mando:

DIARIO DE NAVARRA

FRANQUEO CONCERTADO — PERIÓDICO INDEPENDIENTE

¡Viva España!

El General Mola declara el estado de guerra en toda Navarra

Hoy, a las diez de la mañana, el General Mola dirigirá una alocución a España, desde Radio Navarra

BANDO

Martínez Barrio ofrece beligerancia y el General Mola se la niega

Nos comunicaron en Capitanía que el estado de guerra será declarado en Burgos, Logroño, Vitoria, Zaragoza, Estella, San Sebastián, Huesca y Jaca

También supimos por noticias particulares que nos merecen entero crédito, que el General Franco es dueño de la situación en Sevilla donde se encuentran ya las fuerzas militares de Africa

Han sido detenidos en Burgos los Generales Batet y Mena, que no quisieron secundar el movimiento y fueron hechos prisioneros por la Guarnición de aquella ciudad.

El 17 de julio de 1936, poco después de mediodía, recibí un telefonazo del capitán Varela, secretario del ministro, para que fuese al Ministerio, pues en Melilla se había sublevado la guarnición. Cuando llegué encontré al ministro en el antedespacho bromeando con sus ayudantes sobre la rebelión de Melilla.

Don Santiago Casares, presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, a pesar de la gravedad de la noticia, continuaba sin dar importancia a la sublevación. Era tan grande su inconsciencia que, habiendo recibido a las *diez* de la mañana el telegrama en que le daban cuenta de la rebelión, asistió tranquilamente al Consejo de ministros ordinario, que duró tres horas, y sólo cuando terminó, acordándose de que tenía en el bolsillo el telegrama, dio cuenta a los ministros, como si aquella noticia no tuviese la menor importancia.

HIDALGO DE CISNEROS: *Memorias* [10]

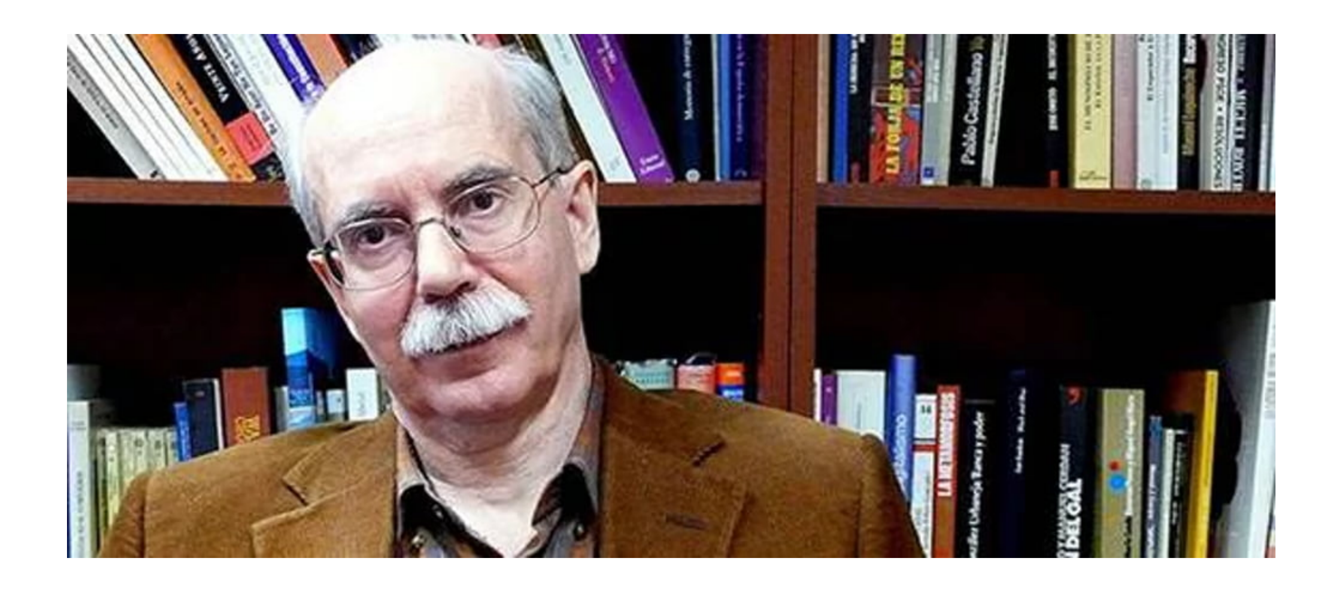
ALZAMIENTO EN LA PENINSULA



CONTRA EL FEIXISME
ALLISTEU-VOS A LES MILICIES
U.G.T. - P.S.U.


POR LAS ARMAS
La Patria
el Pan y la Justicia

El autor



Luis Pío Moa Rodríguez. (Vigo, 1948) es un articulista, historiador y escritor español, especializado en temas históricos relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo y los movimientos políticos de ese período.

Participó en la oposición antifranquista dentro del Partido Comunista de España (reconstituido) o PCE(r) y de la banda terrorista GRAPO. En 1977 fue expulsado de este último partido e inició un proceso de reflexión y crítica de sus anteriores posiciones políticas ultraizquierdistas para pasar a sostener posiciones políticas conservadoras.

En 1999 publicó *Los orígenes de la guerra civil*, que junto con *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la guerra civil*

conforman una trilogía sobre el primer tercio del siglo XX español. Continuó su labor con *Los mitos de la guerra civil, De un tiempo y de un país* (donde narra su etapa juvenil de militante comunista, primero en el PCE y más tarde en los GRAPO), *Una historia chocante* (sobre los nacionalismos periféricos), *Años de hierro* (sobre la época de 1939 a 1945), *Viaje por la Vía de la Plata, Franco para antifranquistas, La quiebra de la historia progresista* y otros títulos. En la actualidad colabora en *Intereconomía, El Economista* y *Época*.

Moa considera que la actual democracia es heredera del régimen franquista, que experimentó una «evolución democratizante», y no de las izquierdas del Frente Popular, según él totalitarias y antidemocráticas y que dejaron un legado de «devastación intelectual, moral y política». Su obra ha generado una gran controversia y suscitado la atención de un numeroso público, que ha situado a varios de sus libros en las listas de los más vendidos en España: su libro *Los mitos de la Guerra Civil* fue, con 150 000 ejemplares vendidos, número uno de ventas durante seis meses consecutivos.

La obra de Moa ha sido descalificada por numerosos autores e historiadores académicos, quienes lo han sometido al ostracismo porque su obra revisa ideas generalmente admitidas sobre ese período —ideas asentadas en una perspectiva política de izquierdas que mitifica la II República—, y sienta tesis innovadoras, que sin embargo, no han sido rebatidas documentalmente hasta la fecha.

Pero Moa cuenta también con algunos defensores en el ámbito académico: Ricardo De la Cierva, José Manuel Cuenca Toribio, o Carlos Seco Serrano han elogiado la obra de Moa.

Fuera de España, historiadores e hispanistas como Henry Kamen, Stanley G. Payne o Hugh Thomas han

comentado en términos favorables trabajos y conclusiones de Moa. Por ejemplo, Kamen se lamenta de que, según su opinión, la represión ejercida por la República no haya sido estudiada, con la única excepción de Pío Moa, el cual habría sido marginado por los historiadores del *establishment*.

Stanley G. Payne ha elogiado en repetidas ocasiones los trabajos de Pío Moa, sobre todo sus investigaciones sobre el periodo que va de 1933 a 1936: «Cada una de las tesis de Moa aparece defendida seriamente en términos de las pruebas disponibles y se basa en la investigación directa o, más habitualmente, en una cuidadosa relectura de las fuentes y la historiografía disponibles»; destaca la originalidad de su trabajo: «ha efectuado un análisis realmente original y ha llegado a conclusiones que no han sido todavía refutadas. Lo han denunciado, lo han vetado pero no han logrado rebatir con pruebas las tesis de Moa sobre la República», e incide en que las tesis de Moa no han sido refutadas: «lo más reseñable es que, aparentemente, no hay una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa que realice un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones. Los críticos adoptan una actitud hierática de custodios del fuego sagrado de los dogmas de una suerte de religión política que deben aceptarse puramente con la fe y que son inmunes a la más mínima pesquisa o crítica».

Hugh Thomas ha afirmado sobre la obra de Moa: «Lo que dijo Pío Moa sobre la revolución de 1934 es muy interesante y pienso que dijo la verdad. ¡Pero no fue tan original! Él me acusa en su libro, pero yo dije casi lo mismo: la revolución de 1934 inició la guerra civil, y fue culpa de la izquierda».

NOTAS

[1] Examino más ampliamente este asunto, muy propio de novela negra, en el capítulo «Azaña y Alcalá-Zamora acaban con Lerroux», de *Los personajes…*

[2] El dinero (unos 3000 millones de pesetas recientes o 18 millones de euros) expoliado al Banco de España y otros en Oviedo, cuando la revolución de octubre, para subvenir las necesidades de los dirigentes en el exilio, en caso de derrota. Parte de ese dinero había servido a tal fin, parte «se perdió» y parte ayudó a sufragar la campaña electoral de febrero de 1936, financiada así con fondos robados.

[3] El tomo correspondiente se titula *Todos fuimos culpables*, que se ha interpretado, erróneamente, como una expresión de reconciliación. En realidad, dice que las izquierdas fueron culpables por no haber aplastado a tiempo a las derechas. Vidarte era un destacado socialista y masón convencido, una de las escasas fuentes internas sobre actividades masónicas, a ratos del mayor interés.

[4] He estudiado estos nacionalismos en *Una historia chocante. Los nacionalismos vasco y catalán en la España contemporánea*. Sorprendentemente en un país tan acosado por los separatismos, el conocimiento del público sobre estas cuestiones se limita en la mayoría de los casos a tres o cuatro tópicos simplones.

[5] Desde el principio de la República, Azaña había definido su programa como un «plan de demoliciones» de las tradiciones españolas, católicas en especial. Esa estrategia sería dirigida por la minoría republicana de izquierdas, apoyada por los «gruesos batallones populares», es decir, por las izquierdas obreristas. Sólo por un breve período de su primer bienio de Gobierno aceptarían los «gruesos batallones» la dirección de la supuesta inteligencia azañista.

[6] El Sol comentaba el día 23: «Azaña se opuso a que en la amnistía que votaron las Cortes Constituyentes se incluyera a los [anarco]sindicalistas que en dos ocasiones provocaron movimientos insurreccionales en el período de su mando y que fueron reprimidos con la máxima energía, incluso apelando a la movilización de tropas. Autores y cómplices fueron condenados a penas graves. ¿Cómo ahora rectifica Azaña?». Y en cuanto a la revuelta de octubre, Azaña «públicamente negó que tuviera participación alguna, y fue rehabilitado con todos los pronunciamientos favorables en el proceso que se le siguiera. No quiso solidarizarse con aquel desencadenamiento de la violencia. Ahora parece mostrar una franca conformidad con lo que entonces repudiara, ya que propugna una amnistía incluyendo a los mismos autores de delitos comunes».

[7] Preston, por ejemplo. Le parecen poco importantes porque los realizaban las izquierdas. Protestas mucho más tranquilas de la derecha suelen parecerlo intolerables. Casi todos los desórdenes y muertes de la República proceden de las izquierdas. A Preston quizá le desagradasen unos desmanes semejantes en Inglaterra, aun si los autores fuesen izquierdistas. Son típicos de países ricos los intelectuales muy comprensivos hacia desórdenes en otros países que no les harían gracia en los suyos.

[8] En el Apéndice Documental figuran más amplios extractos de dichas cartas.

[9] No falta razón a Lerroux cuando comenta en su libro *La pequeña historia* estas palabras: «¿Maltratadas? ¿Agraviadas? Se habían rebelado, habían sido vencidas, fueron juzgadas y sentenciadas, y cumplían su condena en las penitenciarías. ¿Qué otra cosa hizo Azaña con el general Sanjurjo y sus compañeros sublevados […]? Nosotros no deportamos a sus jefes a los desiertos africanos, ni aplicamos la ley de fugas a sus obreros maniatados, ni exterminamos a sus campesinos rebeldes como en Casas Viejas». Alude a los métodos represivos de Azaña en su primer período de Gobierno, mucho más arbitrarios y violentos de los que suele escribirse.

[10] El plan de Largo se haría realidad ya en septiembre, con la guerra civil reanudada, cuando él sustituyó al republicano Giral a la cabeza del Gobierno.

[11] Estas y otras frases constan en el Diario de Sesiones de las Cortes, en los cuales solían suprimirse algunas consideradas especialmente ofensivas. (En la documentación anexa, extraídas del diario *El Debate*, figuran los fragmentos más significativos de dichas intervenciones). En cuanto a las personas que habían «quedado inútiles» en Asturias, las dos damas revolucionarias debían de saber bastante, pues una de ellas había presidido una comisión al respecto, de la cual nunca más se supo, como ya quedó señalado.

[12] El título de la obra de Vidarte ha sugerido un ánimo reconciliador a lectores poco atentos. No hay tal. El «todos» alude a los socialistas de Largo y de Prieto, cuyas desavenencias habrían permitido la rebelión final de las derechas, hacia las que no muestra la menor comprensión.

[13] Las teorías soviéticas sobre la autodeterminación partían de la experiencia de Europa central, donde numerosos pueblos habían vivido bajo los imperios ruso, austrohúngaro, alemán o turco, sin haberse asimilado nunca a sus dominadores. En España ocurría al revés:

vascos y catalanes se habían sentido españoles durante siglos, no existía dominación extranjera, y los nacionalistas debían aplicar un esfuerzo enorme y persistente para convencerles de lo contrario y dividir a sus paisanos entre «buenos y malos» catalanes o vascos. En *Una historia chocante. Los nacionalismos vasco y catalán en la historia contemporánea de España* trato con mayor detenimiento la postura del PNV, cuyos estereotipos políticos se reconocen con facilidad a lo largo de su evolución.

[14] En cambio negó en 1945 haber tenido cualquier relación con el golpe. Por entonces, al finalizar la guerra mundial, Gil-Robles estaba convencido de que los vencedores no admitirían la pervivencia del régimen de Franco, y pasó a conspirar contra éste al lado del pretendiente don Juan.

[15] Palabras similares pronunció Pablo Iglesias, fundador del PSOE, contra el conservador Antonio Maura.

[16] Estas operaciones conjuntas de los dos personajes merecerían un estudio a fondo por parte de algún historiador serio, independiente y sagaz. De seguro que saldrían muchas claves interesantes.

[17] Un «enanos de la venta», según esta antigua y hoy poco conocida expresión, es una figura provista de un cabezón de expresión terrible, que cuando había algún problema el ventero hacía aparecer por un ventanuco con objeto de asustar a quienes causaban dificultades. Pero el ardid sólo funcionó hasta que se supo que era un enano. (*Nota del E.*).

[18] Dada la creciente ignorancia en terrenos de la cultura que antaño se juzgaban básicos, no sobrará aclarar que la troyana Casandra advirtió a sus conciudadanos de la destrucción de la ciudad si introducían en ella el famoso caballo de madera. Pero nadie le hizo caso. Según una versión mitológica, Casandra recibió de Apolo el don de adivinar el futuro, pero habiéndose resistido a entregarse al

dios, éste le escupió en la boca, haciendo que en adelante sus profecías no fuesen creídas.

[19] Con alguna excepción algo grotesca, como la de Maciá en Prats de Motlló.

[20] Apodo del portavoz comunista Jesús Hernández; citado por Carlos Seco Serrano: *Historia de España*, Instituto Gallach, Barcelona, 1980, tomo VI, pág. 152.

[21] Carlos Seco Serrano, ibíd., pág. 152.

[22] Carlos Seco Serrano, ibíd., pág. 158.